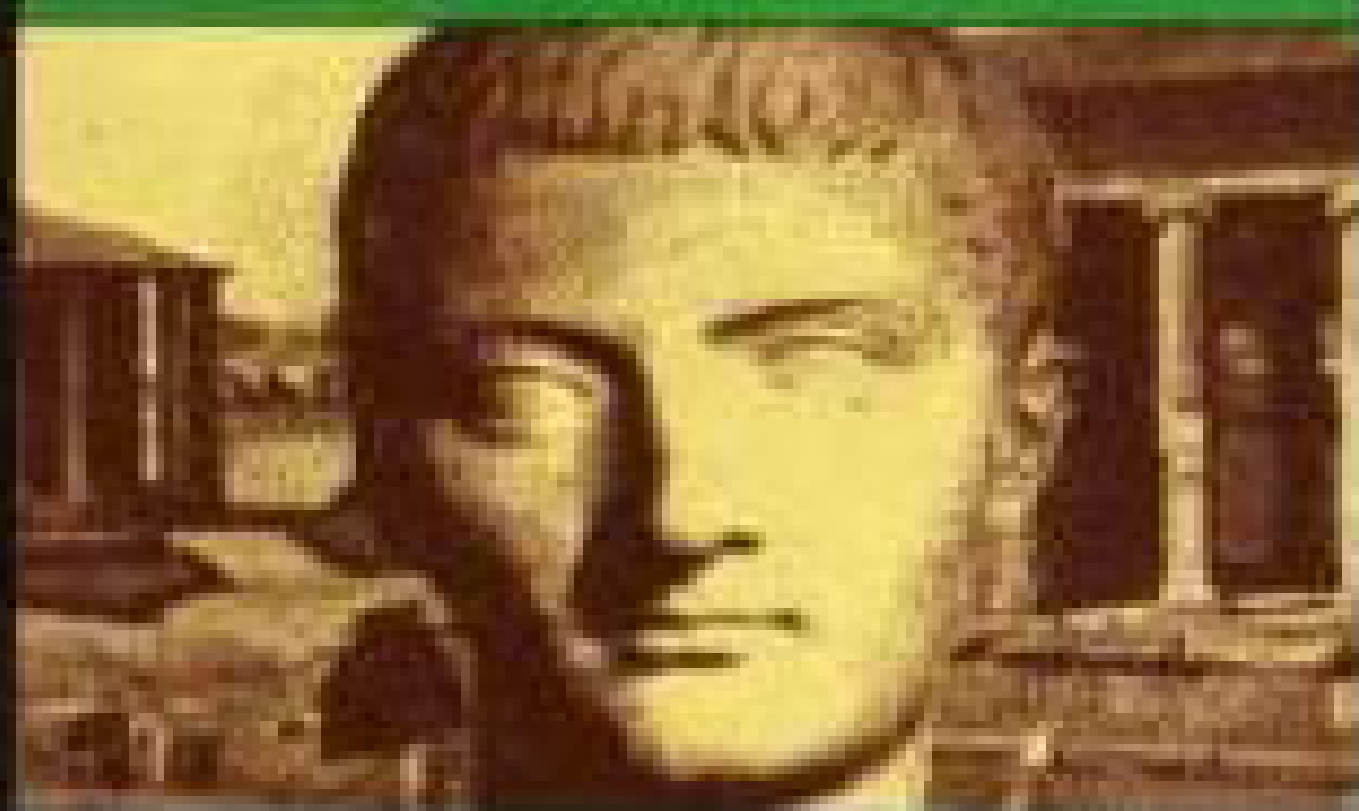


NOVELA HISTÓRICA

Allan Massie
Tiberio



Altaya

TIBERIO

ALLAN MASSIE

OceanofPDF.com



mipapyreebookreader.foroes.net

El libro **Tiberio** de **Allan MASSIE** publicado por la editorial **Salvat**,
ISBN: **9788434590427**

fue creado el 2010-10-24 — conforme estandar BBPP LARdT v1.141
Título original: traducido por

Versión Actual: 2010-10-24

Más libros, más libres

OceanofPDF.com

CRONOLOGÍA

Antes de Cristo

63 Nacimiento de Augusto.

49 Guerra civil. César se convierte en dictador.

46 César dictador y cónsul (segunda y tercera vez, respectivamente).

44 Asesinato de César.

43 Se forma el primer triunvirato, de Augusto, Antonio y Lépido.

42 Nacimiento de Tiberio. Bruto y Casio se suicidan después de la derrota de Filipo.

41 Guerra de Perugia. Antonio en Asia Menor. Encuentro con Cleopatra.

40 El tratado de Brindis divide el mundo romano. Antonio se casa con Octavia, hermana de Augusto.

39 La familia de Tiberio regresa a Roma después de haber sido expulsada de ella por haber apoyado a Antonio. Augusto hace las paces en Miseno con Antonio y Sexto Pompeyo.

38 Matrimonio de Augusto y Livia.

37 Matrimonio de Antonio y Cleopatra.

36 Se concede a Augusto el poder tribunicio. Sexto es derrotado. Lépido deja de ser triunviro.

32 Antonio se divorcia de Octavia.

31 Augusto derrota a Antonio en Actium.

30 Suicidio de Antonio y Cleopatra.

29 Triple triunfo de Augusto y consolidación de su poder.

27 Augusto recibe el título de imperator por diez años. Se lleva a Tiberio a la Galia, donde recibe su primera instrucción en asuntos militares. Augusto en Galia y España hasta el año 25.

25 Tiberio se casa con la hija de Agripa, Vipsania; Marcelo se casa con la hija de Augusto, Julia.

23 Enfermedad de Augusto. Conspiración de Cepión y Murena. Tiberio entabla proceso. Restablecimiento constitucional. Augusto renuncia a la dignidad de cónsul y recibe plenos poderes tribunicios. Muerte de Marcelo. Se envía a Agripa al Oriente.

21 Matrimonio de Agripa y Julia.

20 Primer mando militar de Tiberio —gran éxito en la campaña contra los partos, donde recupera los estandartes perdidos y los devuelve a Roma. Entrada en Armenia. Entrega de la corona a Tigranes.

18 Se renueva por cinco años el imperium de Augusto. Agripa gobierna con él como imperium maius y tribunicia potestas.

17 Augusto adopta a Cayo y Lucio, sus nietos.

15 Tiberio y Druso derrotan a los réticos y a los vindelici y llegan hasta el Danubio.

13 Se renueva el imperium de Augusto por otros cinco años. Se nombra cónsul a Tiberio.

12 Augusto alcanza la dignidad de pontifex maximus. Muerte de Agripa. Tiberio en Panonia. Campañas de Druso en Britania y Germania.

11 Se obliga a Tiberio a divorciarse de Vipsania y casarse con Julia.

09 Muerte de Druso cerca del Elba.

08 Tiberio en Germania.

06 Se otorga a Tiberio la tribunicia potestas por un período de cinco años. Se retira a Rodas.

05 Duodécimo consulado de Augusto. Introducción de Cayo en la vida pública.

02 Decimotercer consulado de Augusto. Julia cae en desgracia y es desterrada.

36 Empeora la reputación de Tiberio: se le acusa de numerosos asesinatos.

37 Tiberio enferma y se nombra a Calígula como su sucesor, con el apoyo de la guardia pretoriana. Tiberio recupera la salud, cunde el pánico, pero Macrón el Pretor lo ahoga con una almohada.

Después de Cristo

02 Tiberio vuelve a Roma desde Rodas. Muerte de Lucio.

04 Muerte de Cayo en Licia. Augusto adopta a Tiberio, que recibe la tribunicia potestas por diez años. Tiberio adopta a Germánico y se dirige al frente de Germania.

05 Tiberio avanza hacia el Elba.

06 Comienza la insurrección en Panonia, sofocada después por Tiberio.

09 Insurrección en Dalmacia. Varo pierde tres legiones en Germania.

12 Éxito total de Tiberio en Germania.

13 Se renueva el imperium de Augusto por diez años. Tiberio recibe la tribunicia potestas por diez años y el imperium proconsular, coordinado con el de Augusto.

14 Muerte de Augusto. Subida al poder de Tiberio. Nombramiento de Sejano como prefecto del pretorio. Se envía a Druso, el hijo de Tiberio, a sofocar el motín en Panonia. Germánico cruza el Rin.

15 Germánico continúa adentrándose en Germania.

16 Se vuelve a llamar a Germánico después de una nueva invasión de Germania.

17 Triunfo de Germánico. Pisón nombrado legado en Siria.

18 Tiberio nombrado cónsul por tercera vez, ahora con Germánico, que va a Egipto.

19 Muerte de Germánico.

20 Proceso y suicidio de Pisón.

21 Tiberio, cónsul por cuarta vez, esta vez con su hijo Druso. Tiberio se retira a Campania. Insurrecciones en Galia; inquietud en Tracia.

22 Se le otorga a Druso el poder tribunicio.

23 Muerte de Druso.

24—26 Se calman los disturbios en África y Tracia.

27 Tiberio se retira a Capri. Aumenta el poder de Sejano.

29 Muerte de Livia. Destierro de Agripina la Mayor. Deterioro de la salud de Tiberio. Empiezan a circular rumores de acciones monstruosas maquinadas por él.

31 Tiberio es cónsul por quinta vez, ahora con Sejano. Cayo (Calígula) recibe la toga virilis. Se nombra a Macrón prefecto del pretorio. Muerte de Sejano por orden de Tiberio, con la ayuda de Macrón. El Senado accede.

33 Muerte de Agripina en Pandataria. Calígula recibe el cargo de cuestor. Dificultades económicas en Roma.

PRÓLOGO

Como forma de exonerarme de toda responsabilidad.

No creo haber emprendido nunca nada con más vacilación que el escribir este prefacio que mis editores me han exigido. Lo han hecho así porque no quieren, según dicen, «estar asociados con nada que pueda resultar un fraude, sin hacer antes constar sus dudas en lo que respecta a la autenticidad de la publicación en cuestión».

Comprensible, naturalmente; pero ¿en qué situación me coloca esto a mí, ya que es muy difícil que la expresión de mi deseo de exonerarme de toda responsabilidad, por firme que sea, pueda aliviar las dudas del lector? Después de todo, si el libro no es lo que pretende ser, ¿por qué se ha de dar crédito a lo que el autor pueda exponer en el prólogo?

Sin embargo, sé por qué lo quieren. Y esto es lo más irritante. Es la coincidencia, tanto como cualquier otra cosa, lo que les inquieta. Déjenme que lo explique, entonces, en la medida de lo posible.

En 1984 se descubrió la autobiografía del emperador Augusto en el monasterio de los Santos Cirilo y Metodio en Macedonia (no San Cirilo Metodio, según afirma equivocadamente el profesor Aeneas Fraser-Graham en su prólogo a mi versión inglesa del libro, un error que se ha mantenido con obstinación, a pesar de mis súplicas para que se enmiende, en ediciones inglesas, americanas, francesas, italianas, alemanas y, si no me equivoco, escudriñando páginas danesas aún sin cortar).

Se me encomendó la traducción de esta autobiografía, perdida desde tiempos remotos, pero de existencia atestiguada por Suetonio y otros escritores. La mía tenía que ser una edición popular publicada antes de la gran edición eruditamente anotada y comentada que se estaba entonces preparando y, que yo sepa, sigue aún en proceso de preparación, y es probable que continúe en ese estado por muchos años. Pero eso no es asunto mío.

Mi traducción recibió en general una acogida halagadora, atrayendo también la atención de algún chalado que otro, por ejemplo, el que tuvo a bien informarme de que la página 121 de la edición americana revelaba los secretos de la Gran Pirámide, lo cual por supuesto no es muy probable.

Después, hace dieciocho meses, con ocasión de mi visita a Nápoles, invitado (según suponía yo, aunque esto fue en realidad un error por mi parte) por el Instituto Británico, se me acercó en la Galería Umberto un hombre fornido, de mediana edad, con un traje de color oscuro desvaído. Llevaba debajo del brazo izquierdo un libro de color negro.

La forma en que lo sostenía me hizo dirigir la atención a un agujero en el codo de su chaqueta. Se dirigió a mí por mi nombre, otorgándome, al estilo italiano, —un doctorado al que yo no tengo derecho, debido (si se me permite una digresión) a mi diferencia de criterio con las autoridades del Trinity College en Cambridge en 1960.

A continuación se me presentó como el conde Alessandro di Caltagirone, nombre cuyo significado no capté inmediatamente. Me dijo que le había causado una impresión profunda mi traducción de las memorias de Augusto, aunque comprendió, naturalmente, que no eran auténticas.

—¿Por qué lo cree usted así? —dije yo.

—Eso no es una pregunta que se me deba hacer a mí —replicó mientras pedía que la trajeran un coñac con soda, a cuenta mía—. Muy distinto a lo que yo puedo ofrecerle —continuó.

—¿Y qué es eso?

—Las auténticas memorias del emperador Tiberio —contestó.

—Vamos —dije—, esto es demasiada coincidencia...

—Al contrario, es solamente coincidencia porque estaba escrito que debía serlo.

—¿Escrito? —pregunté.

—En su horóscopo, que yo mismo predije hace más de doscientos años.

Se pueden ustedes imaginar que a estas alturas yo había sacado ya la consecuencia de que estaba hablando con un loco y traté de zafarme de él llamando la menor atención posible. Pero no hubo modo. Se pegó a mí, y para abreviar, he de decir que llegamos a un acuerdo cuyos términos no se me permite divulgar. En resumidas cuentas, tomé posesión del citado manuscrito en latín y esto es lo que he traducido y les voy a presentar a ustedes aquí.

No tengo intención de expresar lo que pienso de su autenticidad: esto le corresponde al lector. Si mi versión del manuscrito le convence, esto es ya un testimonio que ningún erudito puede refutar. (Y he de confesar que

mi fe en la investigación erudita se ha tambaleado en los últimos años. Los investigadores son como cualquier otro grupo de gente: creen lo que les conviene y después encuentran razones para justificar su creencia.)

Pero deseo hacer ciertas salvedades para proteger mi reputación.

En primer lugar, el manuscrito con el que trabajé es probablemente el único que existe y está escrito en un tipo de papel cuya fecha de origen no va más allá del siglo XVIII.

En segundo lugar, el conde Alessandro di Caltagirone es, según he oído decir, un hombre de dudosa reputación. Para empezar, ése no es ciertamente su nombre y es también muy dudoso que sea realmente un conde. Lectores más perspicaces habrán establecido enseguida una relación de la que yo no me di cuenta hasta pasados muchos meses. Caltagirone era el nombre del monasterio donde Giuseppe Balsarno, mejor conocido como el conde Alessandro di Cagliostro, se educó desde 1760 a 1769. Y es bien sabido que Cagliostro —físico, filósofo, alquimista y nigromante— afirmó poseer «el elixir de la eterna juventud», una frase que también salió de los labios de mi amigo Caltagirone, aunque me siento obligado a añadir que su aspecto la contradecía.

Cuando le pregunté acerca del origen de su manuscrito, me contestó primero de forma evasiva, diciendo después que podía dar cuenta de sus diversos paraderos a partir del año 1770. ¿Qué conclusión se puede sacar de esto?

Una primera lectura, por superficial que sea, de estas memorias, debe suscitar dudas en el crítico. Hay momentos en que Tiberio parece poseer la sensibilidad que uno asocia más con el período de la Ilustración en el siglo XVIII que con la Roma clásica.

Hay también una curiosa falta de detalles en lo referente a la vida diaria en la Roma imperial, y se halla ausente asimismo esa conciencia de la religión que, a pesar de muchas otras indicaciones que lo nieguen, constituyó una parte tan integral del supersticioso temperamento romano. Referencias relacionadas con esta experiencia central del espíritu de los romanos están hechas a la ligera, como si el autor del manuscrito encontrara el asunto especialmente aburrido, dedicándole no obstante alguna atención.

Si uno recuerda que el siglo XVIII vio la primera reacción adversa a Tácito, el traductor de Tiberio, oposición expresada, por ejemplo, por Voltaire y Napoleón, parece entonces plausible sugerir que lo que tenemos

aquí ahora es un «anti-Tácito» compuesto por algún malicioso intelectual de aquella época para su propio entretenimiento.

Por otra parte, si uno acepta la identificación Caltagirone-Cagliostro (algo que odio hacer), tal vez contenga cierto mensaje oculto que no he logrado descifrar.

Esto es, ciertamente, una posibilidad, pero de haber un mensaje así, no es probable que lo comprendan más que las logias supervivientes de los masones egipcios, fundadas por el propio Cagliostro. Hay una en Palermo, otra en Nápoles, una tercera en San Petersburgo (inactiva, según me dicen) y una cuarta, que es la mayor y más activa, en Akron, Ohio. Sin embargo, ni siquiera esta logia de Akron ha hecho el menor caso de mis llamamientos en busca de ayuda.

Una semana después de que Caltagirone me obligara a quedarme con el manuscrito, apareció el anuncio de su muerte en la primera página de *Il Mattino*, el principal periódico diario napolitano. Se describía a Caltagirone en la forma franca y sin ambages de la prensa italiana como «un notorio estafador».

Así que aquí estaba yo en posesión del manuscrito e, intrigado, me puse a trabajar en él.

Fueron apareciendo más contradicciones y se hizo evidente que, fuera cual fuese su origen o su elemento de autenticidad, las memorias eran producto de más de una mano, y habían sido escritas en diferentes épocas. Llegué a convencerme de que hasta el papel del siglo XVIII era una pista ciega o falsa, un ardid para apartar la atención del asunto principal. Parecía extraño, por ejemplo, que en la página 187 del manuscrito, Tiberio citara a Nietzsche. Esto, junto con el tono de algunos pasajes, me hicieron pensar si algún residente de Capri habría pulido el original (si existía), tal vez en la primera década de este siglo. Y esta sospecha se intensificó cuando mi perspicaz agente Giles Gordon hizo la observación de que había un episodio que parecía extraído del *Story of San Michele*, de Axel Munthe.

Aun si así fuera, esta coincidencia es plausible si uno recuerda que la figura que se le aparece a Munthe afirma habersele aparecido también siglos antes al mismo Tiberio. Siempre se asumió que Munthe inventó este *genius joci*; pero, se me ocurrió pensar, ¿y si no era así? ¿No sería tal suposición una confirmación de la autenticidad de las memorias?

Y hay otra historia —acerca de sirenas— que nos trae a la memoria una de Giuseppe di Lampedusa. Esto situaría la redacción de las memorias

inaceptablemente tarde, pensé; además, las regiones mediterráneas tienen una gran abundancia de historias acerca de sirenas, y se sabe que Tiberio tuvo un interés especial en el mito. Está también el epílogo, que es indudablemente extraño, aunque pretende justificar la supervivencia de las memorias originales en el manuscrito.

Últimamente me encuentro indeciso. No afirmo que éstas sean las memorias de Tiberio o al menos que lo sean de forma indiscutible. Creo que lo esencial de la narración es probablemente auténtico, pero que versiones sucesivas lo han refinado, ampliado y pulido.

Y me pregunto si esto tiene o no importancia. Lo que aquí tenemos, que es en mi opinión convincente y conmovedor —ya que de no ser así no hubiera emprendido la tarea de traducirlo—, es un extraordinario retrato de uno de los más ilustres, y ciertamente el más desdichado, de los emperadores romanos. A fin de cuentas, me digo a mí mismo, la ficción —si esto es ficción— puede mostrarnos verdades a las que no pueden aspirar ni la biografía ni siquiera la autobiografía. Porque ¿quién se conoce a sí mismo o a otro hombre tan profundamente como puede el artista imaginarse una vida? ¿Quién posee una identidad invariable? Tácito dejó prendido en la pared de la historia un terrible retrato de Tiberio. Si otra mano ha hecho un movimiento para tratar de corregir ese retrato, dejemos que así sea. Fue Napoleón, con su extraordinario conocimiento de los motivos e intenciones de los hombres, quien rechazó al gran historiador; no obstante, la falsa verdad de Tácito dominó la opinión pública durante siglos. El autor de esta autobiografía, quienquiera que sea, es, me parece, también en ocasiones un poeta y confío en que su versión de la historia, una versión que es ciertamente caso para la defensa, hará también sentir su influencia. Tiberio ha tenido que esperar mucho tiempo a que se le haga justicia; tal vez ha llegado el momento para que el pacto engañoso que le ofreció el joven divino en el jardín, prometiéndole al anciano emperador paz de espíritu a cambio del sacrificio de su reputación, sea borrado y olvidado.

No me importa, pues, que estas memorias sean o no auténticas. Estoy convencido de que contienen verdades de importancia. ¡Basta!

Había escrito esto dejándolo reposar una semana o dos para ver si quería añadir algo.

Cuando acababa de decidir que estaba satisfecho recibí una llamada telefónica. Reconocí la voz enseguida. Era el conde. Me recordó un pacto que no habíamos hecho: que él debía recibir el setenta y cinco por ciento de

mis derechos de traductor y el veinte por ciento de los derechos de autor ingleses. Cuando le dije que no me acordaba de eso y que por añadidura creí que él había muerto, se rió.

—Le he dado de beber a Tiberio mi elixir —dijo—. ¿Cómo puedes pensar que él o yo podamos morir?

No pude contestar a esto. Me ha prometido hacer acto de presencia a la publicación del libro. Veremos lo que pasa.

OceanofPDF.com

LIBRO 1

OceanofPDF.com

Que a mí me guste la sequedad, no es extraño. He hecho demasiadas campañas bajo las lluvias de los valles del Rin y del Danubio. He recorrido millas a pie, metido en barro hasta los tobillos, y he dormido en tiendas que amanecían empapadas de agua. No obstante, este gusto por todo lo seco es de otro tipo: odio el sentimentalismo o las manifestaciones de emoción; odio todo lo que sea representación, fingimiento. Odio la autocomplacencia, y esa emoción en la que el ojo no llora sino que observa el efecto de las lágrimas en aquellos que lo miran. Yo saboreo el lenguaje que es preciso, duro y cruel.

Todo esto ha hecho de mí una persona difícil e incómoda. Mi presencia le hace sentirse inquieto y molesto a mi padrastro, el princeps. Me he dado cuenta de esto desde mi adolescencia. Durante muchos años lo lamenté, porque deseaba no sólo su aprobación sino tal vez su amor. Después me di cuenta de que nunca podría conseguir ni la una ni el otro: él reaccionaba mejor al encanto espontáneo, pero falso, de Marcelo, como lo hace ahora al de sus dos nietos, Cayo y Lucio, que son también mis hijastros.

Nada ha sido fácil para mí, y no sería sorprendente que sucumbiera al morboso placer de compadecerme de mí mismo. Es una tentación, porque mis méritos no han sido nunca justamente reconocidos, debido a mi carencia de atractivo personal. Nunca he sido capaz de disipar las nubes con una sonrisa y una broma y es natural que haya experimentado punzadas de envidia al ver que mis inferiores son capaces de hacerlo.

Sin embargo, mi orgullo me impide caer en la debilidad de la propia conmiseración. Este orgullo lo he heredado. Es el orgullo de los Claudios.

A Augusto siempre le ha hecho sentirse incómodo la indignidad de su origen. Debe exclusivamente al accidente del matrimonio el haber progresado en su carrera; al accidente de dos matrimonios, he de aclarar, porque no hay duda de que su matrimonio con mi madre le facilitó y allanó el camino hacia el poder.

Fue no obstante el matrimonio de su abuelo, M. Acio Balbo, con Julia, hermana de Cayo Julio César, el futuro dictador, lo que elevó a su familia, sacándola de sus oscuros orígenes provincianos. El propio padre del

princeps fue el primer miembro de la familia que entró en el Senado. Comparen esto con mi linaje. No voy a presumir de la gens de los Claudios: nuestros éxitos y triunfos ilustran con su brillo todas las páginas de la historia de la República.

Marco Antonio —un embustero, por supuesto— solía regocijarse burlándose de los antecedentes de mi padrastro. Solía afirmar que el bisabuelo de su colega en el triunvirato había sido un liberto y cordelero de oficio, y su abuelo, un cambista de reputación dudosa. No es necesario creer tales alegaciones para comprender por qué la actitud de Augusto hacia la vieja aristocracia de Roma ha sido siempre ambigua: se ha sentido no sólo resentido, sino deslumbrado.

Yo, al ser uno de los Claudios, juzgo estas cosas mejor. Sé lo poco que valen mis amigos nobles. Reconozco que el estado de decadencia en que se hallan los ha incapacitado para gobernar, destruyendo así la libertad en Roma. Aunque el Imperio romano se extiende ahora por todo el mundo civilizado hasta las fronteras del imperio de los partos en el Oriente, hemos dejado atrás nuestros días de gloria; se nos ha forzado a ver como algo natural la supresión de la libertad.

Escribo esto desde mi retiro en Rodas, en la tranquilidad de mi villa, que mira al mar. Mi vida está ahora dedicada al estudio de la filosofía y de las matemáticas, y a meditar sobre la naturaleza de la experiencia. Por consiguiente, no es extraño que esté pensando en escribir mi autobiografía. Hay precedentes de esto, y cualquier hombre que posea una inteligencia inquisitiva debe por fuerza experimentar asombro ante el espectáculo de su propia vida, y sentir el deseo de descifrar su significado.

Tengo cuarenta y dos años. Mi vida pública ha terminado debido no sólo a las circunstancias, sino a mis propios deseos. Se me ha humillado en mi vida privada. He caído en desgracia y no por culpa mía sino por las maquinaciones de los demás y mi propia indiferencia. Si los dioses así lo disponen, tal vez viva otros tantos años, aunque ruego todas las noches que no sea así. Ni siquiera a la distancia en que me encuentro de él, puedo contemplar con ecuanimidad el naufragio que supone la vejez.

Mi padre fue Tiberio Claudio Nerón, muerto hace ya más de treinta años (yo tenía nueve cuando esto ocurrió. Me hicieron recitar su oración funeraria. Pero diré más de esto si puedo forzarme a escribirlo). Mi madre, que vive aún, es Livia Drusila. Fue seducida por el triunviro César Octaviano, ahora conocido como Augusto. El hecho de que mi madre

estuviera embarazada no le impidió hacerlo. Mi hermano Druso nació tres días después del matrimonio. No llegó a conocer más padre que Augusto, pues nuestro verdadero padre no quiso aceptarle; le gustaba fingir que Druso no era su hijo. Esto era una estupidez. Pero tal vez protegía su orgullo.

Yo solía ir a pasar temporadas con él en su finca en las colinas Sabinas, adonde se había retirado. Me gustaría poder evocar vívidas memorias. Pero tengo muy pocas, a no ser de las comidas. Se consolaba a fuerza de glotonería y su comida duraba toda una tarde. Le gustaba que yo, aunque no tenía entonces más de seis o siete años, bebiera vino con él.

—No le echas agua —decía—, retrasa el efecto...

A la caída del sol empezaba unos largos monólogos, que yo apenas escuchaba y que, aunque lo hubiera hecho, nunca habría podido comprender.

Era un hombre desafortunado, de pobre discernimiento y con cierto sentido del honor. Al haberle abandonado la fortuna, buscó en el comer y el beber un refugio para librarse de los remordimientos que le asaltaban. Con el paso de los años, he llegado a entenderle y hasta a compadecerme de él.

—¿Por qué prolongar la vida a no ser para prolongar el placer? —solía suspirar alzando su vaso de vino. Y una lágrima se deslizaba por su mofletuda mejilla.

Hace unos años mi padre empezó a aparecerseme en sueños. Solía verle de pie sobre un promontorio, cara al mar. Estaba contemplando una vela. Yo miraba también el agua azul, pero no me atrevía a acercarme a él. Entonces se oscurecía el sol como si hubiera tenido lugar un eclipse y cuando volvía la luz mi padre había desaparecido; en su lugar había un joven gallo blanco, sangrando de una herida en el cuello. Volvía a tener este sueño, de forma idéntica, unas siete veces más. Al final consulté a Trasilo, pero ni siquiera él, el más perspicaz intérprete de sueños, pudo darme una explicación. O tal vez no se atrevió a dármele. Cuando se ocupa una posición como la mía, hay pocos, ni siquiera entre los más fieles amigos, que tengan el valor de decir lo que piensan.

A Druso, como he dicho, nunca se le permitió que visitara a nuestro padre. No creo tampoco que pensara nunca en él, excepto cuando yo sacaba el tema. Pero él no tenía recuerdos, y Druso no se dedicó nunca a la introspección. Yo, por el contrario, puedo recordar a mi padre de rodillas, asiendo los tobillos de mi madre y declarándole su amor entre sollozos. Ella

separó las piernas; mi padre cayó postrado sobre el suelo de mármol; y yo empecé a dar gritos. Tenía entonces tres años.

Yo adoraba a mi madre por su belleza y por ser como era. Solía cantarme para que me durmiera, con una voz melodiosa; el toque de sus dedos en mis párpados era como de pétalos de rosa. Me contaba historias de mis ascendientes y de los dioses, de Troya y de Orfeo, y de los viajes de mi antepasado Eneas. A la edad de cinco años, lloré por Dido, reina de Cartago, y mi madre me dijo:

—No debes llorar. Eneas estaba cumpliendo su destino.

—¿Es el destino tan duro, mamá?

—Duérmete, hijo mío.

Druso solía trepar encima de nuestro padraastro, que le besaba, le lanzaba al aire y se reía a carcajadas de sus gritos. Pero yo me mantenía a distancia. Mi amor era para mamá, de la que bien sabía era yo el preferido. Esto era para mí muy importante y confirmaba algo que podía haber sido una convicción instintiva, es decir, que el mundo no conoce la justicia: porque yo sabía que Druso tenía un atractivo del que yo carecía y, lo que es más, yo reconocía en él una risueña manera de ser que le faltaba a mi carácter. Su temperamento era benigno. Nada le alarmaba. Era siempre sincero y generoso. Hasta cuando era sólo un bebé era capaz de renunciar a un juguete favorito con una sonrisa feliz. Pero yo era avaricioso e insincero y me daban miedo los lugares oscuros y la noche. (No obstante recibía con gusto la llegada de la noche y nunca protesté cuando se me hacía ir a la cama, porque sabía que a esa hora mi madre me otorgaría su exclusiva atención, me contaría cuentos, y yo disfrutaría del contacto refrescante y el dulce aroma de su mano; yo permanecía tendido en la cama esperando la llegada del sueño en una región que solamente habitábamos los dos, mi madre y yo...

Porque yo era su favorito, ella me castigaba. Solía azotarme por mis transgresiones hasta unos años antes de que yo recibiera la toga virilis. Yo reconocía en esos azotes, que hacían mella en mi carne con un gozo que escocía, la extraña expresión de su amor: cada golpe resonaba exclamando que yo era su criatura y sólo suya. Estábamos unidos en un rito salvaje: el orgullo de los Claudios azotaba al orgullo de los Claudios, y pedía una misericordia que no llegó nunca. Pero después, ¡qué dulce y meliflua la reconciliación!

Nos unía la pasión, tanto más intensa aún dado que ambos procurábamos evitar hablar de ella. En público le gustaba a veces a mi madre burlarse de mí; conforme fui haciéndome mayor me censuraba y reprendía por ser un desmañado patán. Nunca nos referíamos a tales arranques de carácter cuando estábamos solos. Yo bien sabía que los provocaba la intensidad de su amor, de la que ella se avergonzaba. Le molestaba, no, le enfurecía, darse cuenta de lo mucho que yo le importaba.

Cuando yo era un niño, hacía burla de mi tartamudeo y me pegaba para que se me quitara. «Te hace parecer imbécil», decía. «¿Quieres que el mundo te tome por tonto?» Así, a fuerza de voluntad, conseguí superar mi defecto.

Sus cambios de humor eran tan frecuentes como los del tiempo en una montaña. Su volubilidad era puro, embriagador encanto. Cuando sonreía, el mundo parecía estar bailado de un sol primaveral; sus malos momentos tenían el poder de oscurecer todo lo que la rodeaba. Por todo esto estábamos siempre los dos empeñados en una contienda interminable. Yo la encontraba cautivadora, pero me negaba a someterme a sus malos humores. Sin embargo, fue en la forma de reaccionar ante Livia en la que me di cuenta de la superioridad que tenía sobre mi padrastro: él le tenía miedo, yo no se lo tenía.

Por supuesto él la amaba, dependía de ella, no podía —como él mismo decía a menudo— imaginar la vida sin ella. Me parece muy bien y no lo discuto. Pero en su presencia siempre parecía menos hombre de lo que era, más tímido, más circunspecto, temeroso de que ella, de repente, se mostrara fría y se negara a hablar con él. Eso era lo único que Livia tenía que hacer para que Augusto estuviera sometido a ella: negarse a dirigirle la palabra. Mientras que yo, por mi parte, me consideraba su igual; de hecho, desde que me hice mayor, Livia me ha tenido cierto temor, cierto respeto.

Me he anticipado a mí mismo, me he adelantado a mi propia historia. Pero es difícil comprender cómo una autobiografía puede evitar las divagaciones. Todo lo que uno recuerda suscita una reflexión. Estoy hablando de personas sin las cuales mi vida no se podría imaginar.

Tal vez sea más fácil concentrarme cuando haya pasado ya de la infancia. Porque mirando hacia atrás, a la infancia, veo algo con gran claridad: allí no hay narración. La infancia es un estado, no una historia. Permítaseme por consiguiente revelar mi infancia en cuatro episodios diferentes.

Yo tenía, como dije, nueve años, cuando murió mi padre. Naturalmente, no lloré.

—Tú eres ahora el jefe de la familia —dijo Livia.

—¿Qué tengo que hacer, mamá?

—En primer lugar, será tu obligación recitar la oración funeraria...

No sé quién escribió esa oración, pero no me sorprendería que su autor hubiera tratado de componerla lo mejor posible. Después de todo esta gente tiene un cierto orgullo profesional. Pero había poco que decir del pobre hombre, y estaba lloviendo, un día de noviembre de nubes espesas que oscurecían las casas en la colina Palatina. Ensayé ese discurso tan bien, que todavía me acuerdo de parte de él hoy en día.

Mi padre era una víctima. Me doy cuenta de ello ahora, aunque en mi adolescencia llegué a formar un duro juicio de él y considerarle un hombre débil y fracasado. Su historia pública carecía de distinción. Luchó con Julio César en la guerra contra Pompeyo y estuvo al mando de la flota del dictador en Alejandría. Pero no le agradaba esa asociación porque veía en Julio un enemigo de las libertades tradicionales del pueblo romano. Demasiado tierno de corazón para unirse a la conspiración de los idus de marzo y cohibido tal vez por el conocimiento de lo que él mismo había recibido del dictador, se regocijó no obstante del éxito de esta conspiración. Y propuso en el Senado que se recompensara públicamente a los Libertadores. Esta sugerencia bastó para que incurriera en el odio imperecedero de mi padrastro; no es que Augusto (como es fácil referirse a él, aunque no se le había otorgado aún por aquel entonces ese título honorífico) tuviera afecto alguno por Julio el hombre, sino porque sabía que era oportuno que se le confiriera honor público a su nombre. Si no, ¿por qué habrían de luchar los viejos soldados de César por él?

Poco dispuesto a salir de Italia, donde temía que se le confiscaran sus bienes, convencido de todos modos de que los Libertadores no podrían hacerle frente a las fuerzas cesáreas, mi padre prefirió, naturalmente, aliarse con Antonio mejor que con Augusto. Por añadidura él era un viejo amigo —y la lealtad personal tenía una gran importancia para mi padre— del joven Antonio, Lucio, que le había persuadido a alistarse en la campaña que iba a terminar en el terrible sitio de Perugia. Nunca olvidó los rigores de aquel asedio, y la sola mención de la mujer de Antonio, la aborrecible Fulvia, le hacía estremecerse y le siguió estremeciendo hasta la hora de su muerte. Desesperado ahora, volvió a meter la pata, aliándose con Sexto

Pompeyo, el hijo sin principios de un padre dudosamente ilustre. Pronto se desilusionó y volvió a unirse a Antonio. Llegó entonces la Paz de Miseno. Durante las negociaciones que terminaron en ésta, Augusto conoció a Livia, se enamoró de ella y la consiguió.

¿Cómo es posible exaltar una vida así? Tan sólo con frases huecas, resonantes, con abundante charla de virtudes íntimas (de las que el pobre hombre no carecía) y con nobles y no falsos lugares comunes sobre la perversidad de la fortuna. Pero todos estos lugares comunes tenían sin embargo que modificarse, ya que no debían en manera alguna proyectar sus reflejos sobre la figura del vencedor, favorito de la fortuna, Augusto, su sucesor como esposo de Livia, que estaría de pie a la derecha del orador.

De acuerdo con todo esto, mi iniciación en el arte de la oratoria pública consistió en dejar salir de mis labios una retórica basada en falsedades. Hipocresías. Desde entonces he desconfiado de la retórica, aun reconociendo que el dominarla es una parte indispensable de la formación intelectual.

Cuatro años más tarde, después de Actium, mi padrastro Augusto se preparó para celebrar el triunfo que le otorgó el Senado y el pueblo romano por el éxito logrado en la guerra de Egipto. También aquí había hipocresía porque no estaba permitido que nadie nos recordara que eran ciudadanos romanos las principales víctimas de sus guerras. La atención, por el contrario, se concentraba en Egipto.

—¿Tendrá Cleopatra que desfilar arrastrando sus cadenas, mamá?

—¿Qué sabéis vosotros, niños, de Cleopatra?

—Que es una mala mujer que zedujo a los romanos —dijo Julia.

—Esa no es forma de hablar para una niña. ¿Quieres que te lave la boca con jabón?

—Es lo que he oído decir al tío Marco Agripa.

Hizo un puchero con sus labios de color de fresa, abiertos y fruncidos hacia delante. Yo tenía entonces doce años, así que Julia debía de tener diez. Pero sabía ya —creo que lo supo siempre, desde su nacimiento— cómo fingir, incitar y provocar. En aquella época a Augusto le gustaba que los tres nos comportáramos como si realmente fuéramos hermanos y hermana; Julia es, como es sabido, la hija de su segundo matrimonio con la terrible Escribonia, una de las pocas mujeres que he conocido jamás que es tan desagradable y espantosa como la fama que la precede. Livia no estaba muy

segura de que fuera una buena idea persuadirnos de que nos consideráramos como hermanos.

—¿Qué quiere decir zeducir? —dijo Druso.

—Es seducir —dije yo—. Julia dice zeducir porque se le ha caído un diente de delante. De todas maneras, Julia, Marco Agripa no es realmente tu tío, ya lo sabes. No puede serlo porque es un plebeyo.

—Exactamente —dijo Livia, cambiando de conversación.

A Augusto le gustaba, no obstante, que habláramos de Agripa como nuestro tío; tenía un gran empeño en que sus partidarios se consideraran como parte de la familia; más tarde, cuando Livia no estaba delante, me regañó por la forma en que había hablado de su amigo.

—Si tú llegas a ser la mitad de hombre que es Agripa —dijo— serás el doble de hombre que tu propio padre. Y no hables de plebeyos de esa manera tan estúpida. Si no fuera por la sangre de los plebeyos, Roma nunca habría llegado a ser un imperio...

Tenía razón, naturalmente, y yo mismo cobré más tarde un gran aprecio por Agripa, pero entonces lo único en que pensaba es que mi propio padraastro era esencialmente un plebeyo. Interpreté la irritación que mis palabras le habían producido como una evidencia más de su inferioridad respecto a los Claudios y su carencia de auténtica nobleza.

Su venganza se manifestó en los planes hechos para celebrar su triunfo. Se le otorgó a su sobrino Marcelo el honor de cabalgar sobre el caballo que iba a la cabeza, mientras que a mí se me relegó a una posición de menos importancia.

Cleopatra, naturalmente, no desfiló encadenada, como merecía hacerlo. Se había escapado de Augusto, con ayuda del famoso áspid.

Dos años más tarde Augusto declaró que había restaurado la República. (Trataré de esto con más detalle y filosóficamente en un momento más apropiado de mi historia.) Marcelo estaba entusiasmado.

—Nunca ha ocurrido una cosa así —dijo, una y otra vez—. ¡Qué extraordinaria cesión de poder!

—No comprendo por qué papá ha querido entregar el poder —dijo Julia—. Me parece muy extraño después de tanto luchar para conseguirlo.

Había perdido ya su ceceo.

—Sí —respondí—, muy extraño.

Miro desde la terraza en la que estoy escribiendo esto y contemplo el mar a esta hora del atardecer. Me parece ver reflejados en él nuestros

rostros de niños en esta fase de nuestra vida en que luchábamos con el alborear de nuestra conciencia política.

Veo a Marcelo, seis meses mayor que yo —y ¿cuánto más joven?—, cándido, hermoso, insípido. Está reclinado en un sofá, en una actitud lánguida que no es capaz de ocultar su alegría animal, y no obstante su aspecto es, como siempre, el de un joven que ha adoptado una postura afectada para deleite del escultor. Veo a Julia, el color dorado de su cabello de niña ya oscureciéndose hasta adquirir ese tono para describir el cual nunca he logrado el adjetivo justo; sus ojos, azules, bastante separados y húmedos en los bordes, sus labios siempre un poco entreabiertos. (Livia solía decir que tenía dificultades respiratorias, pero yo siempre pensé que esa costumbre era una indicación de su ansia de experiencia.) ¿Y yo? Cuando trato de imaginarme a mí mismo, una sombra desciende y mi rostro se retira a la oscuridad.

Así que discutimos el asunto y he olvidado lo que dijimos pero la impresión que me ha quedado de aquella noche es cálida. Podíamos oír el estrépito y el bullicio que se elevaban desde el foro a nuestros pies. Julia estaba comiendo un melocotón y el zumo le chorreaba por la barbilla para ser finalmente recogido por su lengua rápida y puntiaguda. Marcelo trataba de convencernos de la nobleza y generosidad de Augusto devolviendo la República al pueblo romano, y Julia se reía y decía:

—Papá no es noble, es listo, es demasiado listo para hacer eso. Yo soy tan sólo una muchacha y mi interés en los asuntos políticos es muy limitado, pero sé muy bien que no se libran guerras civiles durante quince años para entregar el dado a tus enemigos y decirles que jueguen al juego de nuevo de la manera que ellos quieran. Si aceptas las cosas como a simple vista parecen, Marcelo, eres un necio. Claro que eres tonto, Marcelo. Se me había olvidado.

Tenía razón. Marcelo era un tonto, un tonto hermosísimo, eso es verdad, pero más tonto aún por eso, porque estaba consumido por el amor a sí mismo. «Es como Narciso o Jacinto, ¿no crees?», me dijo una vez Julia. «Uno de esos estúpidos jóvenes griegos que se enamoran de su propia belleza.» Así que desde entonces le pusimos el apodo de El Jacinto.

«Tú eres diferente», me decía, echándome los brazos alrededor del cuello. «Tú te quedas sentado ahí como un sabio y no dices nada. Nadie sabe lo que estás pensando, ¿lo saben, Tiberio? Yo creo que eso es muy hábil.»

Y me besó. No era el beso de una niña. O de una hermana. Era un beso que se detenía en mis labios.

Pero Augusto no creía que Marcelo fuese un tonto. Creía que era un joven hermoso y lo adoraba. Me parece que Livia trató de advertirle de que estaba corriendo el riesgo de hacer el ridículo, pero lo cierto es que estaba encaprichado con el muchacho. Bien es verdad que Marcelo era hijo de su hermana Octavia, a la que siempre había considerado perfecta y que ahora le hacía sentirse culpable porque le había obligado a casarse con Marco Antonio por razones políticas; y el padre del muchacho, C. Claudio Marcelo, había sido uno de sus primeros partidarios. (Los Claudios Marcelos eran, naturalmente, primos míos.) Pero ésta no era la verdadera razón del embeleso de Augusto por su sobrino; y, a pesar de los comentarios despreciativos y el chismorreó de los romanos, no era tampoco una inclinación viciosa. La verdad es que Augusto veía en Marcelo lo que él deseaba ser, sabiendo, naturalmente, que no podía serlo: un aristócrata de nacimiento, espontáneo, generoso, idealista, impulsivo: un ser nacido para que se le adorara. El estúpido amor de Augusto por Marcelo representaba su entrega a un lado de su carácter que había reprimido: representaba el deseo de que la vida no fuera lo que era, sino un idilio.

Nos llevó con él de campaña a la Galia cuando éramos ambos muy jóvenes. Para entonces —aunque yo aún no me daba cuenta de ello— había decidido ya que Marcelo y Julia debían contraer matrimonio. De esa manera, pensaba afectuosamente, él continuaría poseyendo a las dos personas que el lado inmaduro de su naturaleza adoraba con más fervor. (Aquel que amaba a Livia era un aspecto distinto de su carácter, más respetable.) Pedía lo imposible, por supuesto, y olvidaba que ninguno de los dos podía continuar teniendo dieciocho años.

Le gustaba hacernos preguntas, a la caída de la tarde, para averiguar lo que pensábamos de la vida, y después tratar de corregir nuestras ideas; ha sido siempre un maestro por naturaleza. Nos dijo que el asunto del gobierno era como un acto de servicio. «La única satisfacción —decía— es el trabajo en sí. La única recompensa, la habilidad para continuar el trabajo. Es nuestro deber llevar la ley y la civilización a los bárbaros. Los verdaderos héroes de nuestro Imperio son los innumerables administradores que la historia nunca conocerá...»

Yo estaba fascinado. Era un Augusto diferente el que tenía ante mis ojos. Me di cuenta por primera vez de cómo mi madre debilitaba su

personalidad; en presencia de ella nunca se hubiera atrevido a hablar como si tuviera autoridad. Los hombres, me decía yo, llegan a la plenitud de su hombría cuando están lejos de las mujeres: en el campamento, en su despacho, sintiéndose responsables por las acciones y decisiones que determinan la vida y la muerte. Pero Marcelo estaba aburrido. Interrumpió:

—César invadió la isla de Britania, ¿verdad?

Si yo hubiera interrumpido de una forma tal, que indicaba que no había estado prestando atención a lo que él había estado diciendo, me habría reprendido. Pero a Marcelo le sonrió, riéndose después:

—Tú sabes que sí lo hizo. Has leído sus memorias, ¿no es verdad?...

Marcelo gruñó.

—No mucho de ellas. La verdad es que es muy aburrido.

—Entiendo que tú pienses así de él. —Extendió la mano y alborotó el pelo de mi primo—. ¿Piensas tú también así? —me preguntó a mí.

—Es asombrosamente lúcido —le respondí—, y yo no tengo experiencia, claro está, pero encuentro sus descripciones de batallas muy convincentes. Excepto en una cosa. Él es siempre el héroe. ¿Era realmente así, señor?

Nos sonrió, como si estuviera pensando. Yo mordisqueé un rábano. Marcelo tomó un trago de vino. Entonces, antes de que Augusto pudiera hablar, dijo:

—Britania parece un país interesante, hay perlas en él y los guerreros se pintan de azul. Deben de tener un aspecto extraño, pero a pesar de eso, parece que también son capaces de luchar. ¿Por qué no continuamos el trabajo de César y conquistamos la isla?

—¿A ti qué te parece esto, Tiberio...?

Yo vacilé para mostrar que estaba reflexionando. Pero no tenía la menor duda.

—Yo creo que ya tenemos bastantes problemas con el Imperio, tal como es. Y creo también que es suficientemente grande. ¿No sería mejor consolidar lo que tenemos antes de tratar de abarcar más...?

Y ¿cuál fue la reacción de Marcelo a esta juiciosa respuesta?

Me dijo que hablaba como una vieja. Si hubiéramos estado solos, tal vez le habría dicho que más valía hablar como una vieja que como una niña estúpida, pero, en esas circunstancias, me callé y sonreí.

Con gran sorpresa mía, Augusto estuvo de acuerdo conmigo.

—César era un aventurero —dijo—. Yo no lo soy. La conquista de Britania no tendría valor, porque la isla está cubierta por la niebla y hay poca evidencia de que las pesquerías de perlas tengan mucho valor...

Marcelo suspiró.

—Sería una aventura fantástica. —Y Augusto rió y volvió a alborotar el cabello de Marcelo.

OceanofPDF.com

Augusto fue, desde el principio y por naturaleza, un dinasta. La palabra es griega y significa un hombre de poder. Fue precisamente por su búsqueda exclusiva del poder por lo que triunfó en las guerras civiles; fue esa misma búsqueda la que impuso al pueblo romano la lucha contra Antonio y Cleopatra. Sin embargo no fue nunca un soldado competente. Debía sus victorias a Marco Agripa y a la diosa Fortuna.

Yo no llegué a conocer el valor de Agripa hasta que fue mi suegro. No me puedo reprochar el no haberlo logrado antes. Hubiera sido más sorprendente el que yo hubiera entendido el alcance de su genio, porque Agripa era la encarnación de todo aquello de lo que yo desconfiaba, por naturaleza: era áspero, tosco, tenía un fuerte acento provinciano y solía reírse ruidosamente de sus propias bromas, que eran bastante malas.

Le encantaba contar historias de color subido, un medio seguro para inspirar simpatías entre hombres; tengo la mala suerte de ser demasiado refinado y de detestar las obscenidades.

Augusto tenía absoluta confianza en Agripa. Se complementaban el uno al otro. Ninguno de ellos hubiera sido capaz de los éxitos del otro. Nosotros, de niños, solíamos burlarnos de Agripa, sobre todo Julia. Yo no me di cuenta entonces de que Augusto había ya arreglado mi matrimonio con la hija de Agripa, Vipsania. Me hubiera ofendido en extremo porque yo encontraba a esa muchacha muy insípida.

Ciertas escenas de nuestra juventud se destacan con la claridad de pinturas murales. Es una tarde de verano en los jardines de una villa que mira al mar, a unas veinte millas de distancia de Nápoles. Estoy leyendo a Homero y escuchando el canto de un ruiseñor, porque es casi demasiado oscuro para ver bien las letras. Alguien, por detrás, me tapa los ojos con la mano. No he oído acercarse a nadie. La mano es fresca y seca.

—Julia —digo, sin moverme y sintiendo cómo se mueven los dedos y acarician mi mejilla.

—Ojalá no estuvieras siempre leyendo. No sé lo que encuentras en los libros.

—Nos dicen —respondo— cómo la vida...

—Vamos, cariño —dice ella—, no seas pedante...

Incluso a esa edad —¿cuántos?, ¿trece años?—, cuando la mayoría de nosotros somos tímidos y nos sentimos incómodos con nosotros mismos, Julia puede utilizar la palabra «cariño» con la misma naturalidad que un niño o un amante.

Pero estaba inquieta ese verano, ese atardecer.

—Cierra el libro —dijo—, quiero hablar contigo.

—Bueno, está demasiado oscuro para leer...

—Por favor, habla en serio.

—¿Qué pasa? ¿Por que me pides que me ponga serio?

—Tengo noticias que darte. Papá dice que quiere que me case con El Jacinto.

—Enhorabuena.

—No seas estúpido.

—Lo digo en serio. Marcelo va a tener una carrera gloriosa. Tu padre se ocupará de ello...

—Eso es precisamente lo que quiero decir. Yo preferiría que mi marido ganara la gloria por sí mismo. ¿O tal vez no? Porque ¿qué es la gloria, después de todo?

—Pero Marcelo es también encantador —dije—; todo él está de acuerdo con eso.

—Oh, sí —respondió—, pero yo no lo quiero...

Se inclinó, me besó en los labios y se fue corriendo, riéndose como alborozada. Solía reír así, a intervalos, durante el tiempo que estuvo casada con Marcelo, y él lo tomaba como un tributo a sus encantos. Pero en Julia la risa no es necesariamente una señal de felicidad.

Dio la casualidad de que mi madre se oponía también al matrimonio. Expresó claramente su opinión pero ésta fue una de las pocas batallas con Augusto que ella perdió.

—Está obsesionado con el muchacho —me dijo más adelante—. Oscurece su claridad de juicio y le hace más terco que una mula.

Lo curioso era que a la propia madre de Marcelo, hermana de Augusto, Octavia, tampoco le parecía bien la idea de este matrimonio. Temía que expusiera a su hijo a la envidia de hombres más capacitados que él y más despiadados. Sabía que su hijo era persona de poco peso, por mucho que ella lo adorara. Y es posible que Marcelo despertara la adoración de su madre y de su tío precisamente por esa razón.

Sin embargo el matrimonio se celebró. Augusto estaba loco de alegría. Marcelo se pavoneaba. Julia estaba mohína. Pero se dio cuenta muy pronto de que su nuevo estado le confería ciertas ventajas. Como mujer casada tenía privilegios que no se concedían a una doncella. Tenía su propia casa familiar y descubrió que podía disfrutar de la libertad y de las oportunidades para dar órdenes que esta situación le otorgaba.

Pero no era feliz y tenía razones para ese descontento. Una noche me invitó a cenar. Me sorprendió comprobar que estábamos solos.

—No seas tonto, mi viejo oso —dijo—. Después de todo somos casi como hermanos.

Jugueteó con la comida, mordisqueando un poco de pescado seco y unas uvas verdes, una loncha de jamón ahumado y dos higos de color de púrpura que sostuvo entre sus dedos pulgar e índice antes de metérselos en la boca. Bebió dos o tres copas de vino y me animó a que lo hiciera yo. Entonces hizo retirarse a los esclavos y nos quedamos solos.

Se echó en el sofá, levantando el brazo para admirar la forma de su mano y dejarme vislumbrar sus senos. Se levantó las faldas de su túnica para mostrar sus piernas.

—Están mejorando, ¿verdad? —comentó—. Hace sólo unas semanas eran todavía gordas. ¿A ti qué te parecen, viejo oso?

—No sigas —objeté.

—¿Por qué?

—Porque no está bien...

—Yo no tengo la culpa de que me gustes tú y no mi marido. ¿La tengo o no?

Se acarició los muslos y sonrió.

—Gata —dije yo, pero no me moví.

—Oso viejo. ¿Eres aún virgen, oso viejo?

Estoy seguro de que me ruboricé.

—Si quieres saberlo: no —le respondí.

—Estupendo. El Jacinto no sabe hacerlo —dijo ella—, por lo menos no conmigo. Yo creo que necesita gente que le diga lo lindo que es, y yo no quiero hacerlo. ¿Sabes dónde está esta noche...?

Hice un gesto negativo con la cabeza. No podía dejar de mirar sus piernas y el movimiento de sus manos...

—Está cenando con Mecenas —dijo.

—¿No será la conversación demasiado erudita para él? —pregunté, porque el ministro etrusco de Augusto era famoso por su patrocinio de poetas y artistas.

Julia soltó una risita.

—Pero Mecenas da también otro tipo de fiestas. Con bailarines y chicos de conjunto maquillados. Y ése es el tipo de fiesta a la que invita a Marcelo. Lo lleva haciendo hace años y nadie se atreve a contárselo a mi padre, ni siquiera los espías a quienes paga. —Se incorporó—. Mírame. Soy una joven hermosa, la hija del hombre más poderoso del mundo, y el hombre con quien mi padre me ha obligado a casarme preferiría cualquier joven frigio que meneara rítmicamente su culo para provocarle.

Se postró en tierra, sollozando. Yo observaba la subida y bajada de sus hombros, y sentía la boca seca. Me pasé la lengua por los labios agrietados. Y me acerqué a consolarla. En un instante sus brazos me rodearon el cuello y su lengua buscaba la mía. Yo gusté lágrimas, vino, y una carne cálida, impaciente, perfumada; era suave como los pétalos de una rosa y firme como un caballo al galope. Gritó con un dolor inundado de gozo, y yo me sumergí en un deleite imposible de imaginar.

—Oso viejo, oso viejo, peludo bruto...

—Gata lasciva...

Y así fue. La noche muere sobre el océano. La luna se dilata detrás de las montañas de Asia, que van rodando hacia atrás, ola sobre ola, hasta los confines del Imperio.

Me sirvo más vino y lo bebo de un trago, buscando un olvido cruel que nunca ha de llegar.

A la mañana siguiente mi madre me mandó ir a sus habitaciones. Me dirigió lo que Druso y yo llamábamos una mirada de Medusa.

—Eres un estúpido —me increpó—, y tienes un aspecto terrible.

—Bebí demasiado vino anoche...

—No es eso lo que hiciste anoche. Supongo que eres demasiado mayor para que te dé un latigazo.

—Sí —dije—, estoy seguro de que lo sientes, pero desde luego soy demasiado mayor para que me azotes.

—En ese caso tendré que hacer uso de mi lengua. No te he dado permiso para que te sientes.

—No, no me lo has dado. No obstante...

—No seas insolente. No añadas la insolencia a tu otra locura.

—Si por lo menos supiera de qué estás hablando...

—Lo sabes perfectamente. Y no te sonrías. Te has expuesto a ti mismo y has corrido el riesgo de perder todo lo que yo he hecho por ti desde que naciste, por un tarrito de miel con la moralidad de un gato callejero...

—¡Ah! —dije—, debía haber caído en la cuenta de que tú tendrías un espía en la mismísima casa de Julia...

—Debías haberte dado cuenta. ¿Quieres que te diga ahora algo que nunca vas a olvidar? El éxito en la vida y en la política, que para personas como nosotros son una misma cosa, depende de la información. Por consiguiente, y como es natural, uno organiza las cosas para obtenerla. Nunca creí que pudieras ser tan estúpido.

Cogí una manzana y la mordí. Sabía que tratar de mostrar despreocupación enfurecería aún más a Livia, pero había descubierto que una aparente indiferencia era el arma más segura contra ella. O, si no un arma, por lo menos un escudo.

—Tiberio, me pregunto si te das cuenta de lo que el princeps haría si se enterara de lo que yo sé... —dijo ella. Me irritaba oírle referirse a él de esa manera.

—Debería estarme profundamente agradecido por hacer feliz a su hija. Es más, parece ser, de lo que su amado Marcelo ha sido capaz de hacer... —

dije yo.

—¿Crees que me importa si ella es feliz o no?

—¿Te importa que cualquier otra persona sea feliz, madre?

—No seas necio. Tú sabes que mi preocupación constante es tu futuro y el de Druso. Pero yo conozco el mundo, tú no has visto la mejor parte de una generación destruida, como lo he visto yo. Por lo tanto no te das cuenta de lo necesario que es comportarse de una forma circunspecta, planear cada acción, evitar cualquier locura, especialmente aquellas como la de que tú has sido culpable. Tú no te das cuenta de que la vida de un hombre público, es decir, de cualquiera que pertenezca a la nobleza romana, es peligrosa. ¿Tú crees estar a salvo en un mundo en el que César, Antonio, Pompeyo, Cicerón, Marco Bruto, se encontraron impotentes al final contra la perversidad del destino? ¿Lo puedes imaginar? Creí que eras más inteligente.

—Pero, madre —dije yo—. Seguro que yo estoy protegido. El amor que te profesa el princeps es mi escudo...

La ironía en mi tono le molestó. Livia siempre ha sido susceptible a la ironía. Le molesta que pueda tomarse como una señal de superioridad.

—Naturalmente que me ama —dijo—, y yo le amo también. Pero no se trata de eso. Nosotros no podemos disfrutar de una vida privada y tenemos diferentes ambiciones para nuestros propios hijos. No pienses que el amor que el princeps siente por mí te protegerá si tú te inmiscuyes en sus planes. Es capaz de actuar en un mundo secreto del cual yo estoy excluida, y después sentir un gran arrepentimiento si sus acciones me han apenado. Un dinasta, un hombre de poder como tu padre...

—Mi padrastro, madre...

—Muy bien, tu padrastro, si insistes, vive en dos planos diferentes, ambos bastante reales. Por un lado el hombre familiar, lleno de inquietud y cálido afecto, y por otro el político que no tiene afectos, ni lealtad, ni escrúpulos. Él ama a su hermana Octavia. Eso no fue óbice para que la obligara a casarse con Marco Antonio, aunque sabía exactamente que éste la trataría con crueldad. Y ya que insistes en ello, acuérdate siempre de que es tu padrastro y no tu padre. No siente más afecto por ti que el que yo, si quieres que te diga la verdad, tengo por esa lagarta, su hija. Es más, he de decirte que es capaz de destruirse a sí misma y que no me gustaría que te arrastrara con ella...

No puedo estar seguro, a esta distancia en el tiempo, de si la memoria almacena las palabras exactas de nuestra conversación. Nuestro propio pasado, pienso a veces, es una especie de sueño, lo mismo que el acto de soñar nos revela a menudo momentos del futuro que no podemos reconocer hasta que nos encontramos a nosotros mismos representando esos momentos anunciados. La experiencia es como un viaje por el valle de un río, cubierto por la niebla: por unos breves momentos se puede ver la línea de las colinas; después la neblina las oculta. Nunca llegamos a saber quiénes somos o qué es lo que nos rodea. Hasta los sonidos que oímos son engañosos. Nuestra vida está hecha de una serie de ilusiones, a algunas de las cuales nosotros dignificamos llamándolas realidad, pero nuestras percepciones no son nunca más ciertas que las sombras que vacilan entre las paredes de la cueva de Platón. El hombre de éxito es a menudo el sonámbulo. Augusto creía en su destino. Esto le liberaba del escrutinio de uno mismo con el que yo me he quedado a menudo tan perplejo.

Lo que recuerda se convierte en realidad para él. Yo estoy aquí sentado preguntándome si esta conversación con mi madre sólo la he soñado. Pero ¿soñé su última frase?

—Créeme, hijo mío, el amor de tu padrastro por mí no te confiere a ti más protección de la que Tetis obtuvo de su amado Aquiles...

Y, si la soñé, ¿no fue mi sueño un verdadero aviso?

Entré en la vida pública al cumplir los veinte años, cuando se me nombró cuestor. Se me había concedido el derecho de presentarme como candidato a cualquier magistratura cinco años antes del límite legal. Retrospectivamente, lamento este ejemplo de favoritismo aunque debo aclarar que se me favoreció menos que a Marcelo, a quien se le excusaron diez años. No obstante, y a pesar de no parecerme justo, comprendo la decisión de Augusto. Se pueden aducir dos razones. Primero, siempre es difícil encontrar hombres con quienes se pueda contar para hacer el trabajo necesario y era natural que Augusto los buscara entre los miembros de su propia familia, a quienes pensaba que podía confiar. En segundo lugar, como Agripa solía decir en su cruda forma de expresarse: «A vosotros, jóvenes viciosos, lo mejor es manteneros ocupados. Así se os impide hacer lo que no debéis».

La cuestura no era un honor sin trabajo. Como cualquier escolar sabe, este cargo es una parte necesaria, sin ningún brillo, de nuestro sistema político. Se puede comparar con el puesto de brigada en el ejército: el brigada no dirige ninguna estrategia, no gana ninguna gloria, pero el ejército no puede funcionar sin él. Los que no saben nada de los asuntos militares piensan en el brigada, si es que piensan en él, como un tipo aburrido que desempeña un oficio aburrido. Pero cualquier soldado en servicio sabe que su comodidad y su seguridad dependen de la eficiencia con que trabaje este tipo aburrido.

Mi primera misión como cuestor fue investigar las irregularidades que estaban ocurriendo en el puerto de Ostia en relación con el suministro de grano a Roma. El asegurarse de que haya un suministro regular para la capital es una de las tareas gubernamentales más necesarias; si el suministro falla, no puede haber garantía de orden civil. Augusto me hizo ver y evaluar la importancia de la tarea que me había encomendado.

—Sé que eres joven —dijo—, pero tienes esta ventaja: la experiencia no te ha corrompido. He llegado a la conclusión de que cualquiera que haya estado mucho tiempo metido en este oficio llega a prestar oído a los razonamientos de intermediarios y monopolistas.

Descubrí pronto que era práctica común entre algunos agentes de los navieros en Ostia retrasar el traslado de la carga del puerto a la ciudad hasta que se habían asegurado de que el precio era satisfactorio. Si alguien trataba de convencerlos de que actuaran más deprisa, sólo lo hacían a cambio de una gratificación personal. Por añadidura, los inspectores en los muelles, generalmente libertos, estaban siempre dispuestos a demorar la descarga de un barco, si así les apetecía. En suma, había una cadena de corrupción que, al depender su funcionamiento de la ventaja personal de numerosos y diversos empleados, se convertía en una conspiración contra el interés público.

Pero yo no estaba seguro de cómo actuar. Una cosa es identificar la causa del mal funcionamiento de algo y otra es erradicarla. Uno de mis colegas cuestores sugirió que ofreciéramos una recompensa a cualquier comerciante en granos que entregara el maíz de Ostia a Roma dentro de un período especificado.

—De esta forma —dijo—, aceleraremos el proceso.

No discutí su razonamiento, pero le había visto en íntima conversación con algunos de estos comerciantes a quienes yo consideraba entre los más corruptos y me parecía muy probable que al menos una parte de esta recompensa terminaría en sus propias arcas. Por añadidura no me parecía bien, en principio, tratar de detener la corrupción mediante procedimientos que eran en sí mismos esencialmente corruptos.

No queriendo molestar a Augusto con mi problema, por creer que el hacerlo perjudicaría su opinión sobre mi capacidad profesional, consulté a Agripa. Al pensar ahora, encuentro mi decisión muy significativa. A pesar del prejuicio juvenil que yo tenía contra él, reconocía en el auxiliar imperial un hombre dedicado a promover eficiencia.

Me recibió en su oficina, donde se hallaba rodeado de mapas y planos en relación con el sistema de irrigación de Roma que estaba entonces intentando reorganizar. Le expliqué en términos generales mi problema, como yo lo veía. Me escuchó en silencio, algo que Augusto no hubiera hecho nunca.

—¿Qué es lo que quisieras hacer? —me preguntó—. Puesto que evidentemente no te gusta la sugerencia de tu colega.

—He explicado ya las razones para esto último —dije—. Pero me parece que hay posibilidad de elección en asuntos como éstos. Se puede

recompensar y se puede castigar. Lo que propone mi colega es de hecho un soborno. Yo preferiría imponer multas.

—¿Por qué?

—Yo no creo que se pueda hacer a los hombres mejores, pero sí creo que es posible hacer que se comporten bien.

—¿Y tú crees que el temor al castigo es más eficaz que la promesa del premio?

—Sí, cuando la promesa del premio supone un reconocimiento de la existencia de la ofensa.

—Tienes toda la razón.

Se dio un golpecito en la nariz.

—Yo soy un soldado —dijo—, y creo en la disciplina. Tal vez tú tengas también madera de soldado. Sería un cambio en tu familia.

Alentado por su aprobación, redacté un código de multas para que se impusieran sobre cualquier demora en la transmisión del grano. Mi colega estaba horrorizado; vio cómo desaparecía su posibilidad de recibir una recompensa. Yo me mantuve firme.

El código se puso en práctica. Durante un corto espacio de tiempo las obstrucciones en la distribución desaparecieron. Pero me duele decir que volvieron a aparecer cuando mis responsabilidades me llevaron a otras áreas.

No obstante, nunca olvidé esta experiencia. Soy muy consciente del hecho de que Roma depende de los suministros que vienen de fuera y de que la vida del pueblo romano está, día tras día, a merced, no sólo de los elementos sino de la avaricia de las clases mercantiles y sus secuaces. Éstos suben los precios y de esa manera se presenta la amenaza de una insurrección popular. Si el estado ha de permanecer en orden, como todos los ciudadanos honrados deben fervientemente desear, el suministro de cereales debe estar asegurado. La popularidad del gobierno depende de estómagos bien alimentados. Un pueblo hambriento no escucha razones.

Se me encomendó después otra tarea de extraordinario interés e importancia. Creo que por sugerencia de Agripa, se me puso al frente de una comisión encargada de investigar las condiciones en que estaban las barracas de esclavos a través de toda Italia.

(«¡Qué espanto! —dijo Julia cuando se lo conté—. Cuando hayas terminado, no te acerques a mí hasta que te hayas bañado varias veces.

Todo el mundo sabe que tenemos esclavos, pero ¿por qué tenemos además que pensar en ellos?»)

El objetivo inmediato de la comisión era, como descubrí al leer las instrucciones que se me habían encomendado, enterarse de si había libertos que estaban detenidos ilegalmente en estas barracas y de si dichas barracas cobijaban a desertores del ejército.

Pero pronto vi la necesidad de ir más allá de esta misión, y mi informe final iba a marcar un nuevo capítulo en la historia de esta desdichada pero necesaria institución. ¿Qué podemos decir de la esclavitud? Es una institución que se encuentra en todo el mundo, y ciertamente en todo el mundo civilizado. (Creo que existen unas pocas tribus bárbaras entre las cuales la esclavitud es desconocida, debido a su pobreza o a su carácter débil.) Sin embargo hay que reconocer también que la esclavitud es una violación de la ley natural. Nuestros antepasados no lo creían así; Marco Porcio Catón, uno de los hombres de peor carácter que se conocen, consideraba que el esclavo no era mas que un instrumento viviente. Esas eran sus exactas palabras, palabras que me inspiraban revulsión. Un esclavo tiene los mismos miembros y órganos que un hombre libre; la misma mente, la misma alma. Siempre he tenido cuidado de tratar a mis esclavos como a seres humanos. De hecho, los considero como amigos sin pretensiones. Hay un proverbio que dice: «Tienes tantos enemigos como esclavos». Pero no son esencialmente enemigos. Si los esclavos sienten enemistad hacia sus amos, son generalmente los amos quienes la han provocado. Hay demasiados romanos altaneros, crueles y ofensivos con sus esclavos, olvidando que estas pobres criaturas respiran, viven y mueren lo mismo que ellos. Un hombre sabio, que es lo mismo que decir un hombre bueno, trata a sus esclavos como él quisiera que los que tienen autoridad sobre él le trataran. Siempre he experimentado una mezcla de diversión y desprecio al oír a senadores quejarse de que la libertad ha desaparecido de Roma (lo que desgraciadamente es cierto), y, no obstante, he visto a esos mismos hombres deleitarse en humillar y extenuar a sus esclavos.

Éstas son ideas que he ido adquiriendo con el paso de los años. No era así cuando se me encomendó el investigar las barracas de los esclavos. Pero la semilla estaba ya en mí y esta experiencia la hizo germinar.

Estaba aprendiendo mucho sobre la naturaleza humana y casi siempre este aprendizaje originaba en mí una sensación de asco. En el año después de mi cuestura, la ambición y el descontento amenazaron la precaria

inestabilidad que había sucedido a las guerras civiles. Fannio Cepión, cuyo padre había sido partidario de Sexto Pompeyo, fue el incitador de una conspiración contra la vida del princeps. Su principal cómplice fue Terencio Varrón Murena, el cónsul de aquel año. Era el cuñado de Mecenas. Es evidente que la traición estaba en el mismo corazón de la República. La conspiración fue descubierta por la policía secreta de Augusto, cuya mera existencia era de por sí prueba de cómo Roma había ido empeorando. Habíamos entrado en una época en que, como observó Tito Livio en el prólogo a su Historia de Roma, «no podíamos soportar ni nuestros vicios ni sus remedios». Se me llamó a mí para que procesara a Cepión, misión que cumplí con una eficacia que muchos admiraron, por lo menos en público, y una consternación que traté de ocultar.

Aquel año me casé con Vipsania. Habíamos estado prometidos durante muchos años y yo me había acostumbrado a la idea de que un día seríamos marido y mujer. Al principio me rebelé contra ello. Me parecía una alianza inadecuada para un Claudio. Pero me reconcilié con la idea cuando llegué a conocer mejor a su padre, Agripa, y pude así formar un concepto más justo de sus excelentes aptitudes y cualidades.

—No te voy a preguntar cómo os va —me dijo unos días después de la boda—. Pero quiero que sepas que te doy la bienvenida como a un aliado.

—¿Un aliado, señor?

Se reclinó en un sillón, estirando frente a él sus sólidas, musculosas piernas.

—No hagas como si no me entendieras. He pasado años observándote desde que tu madre y yo acordamos esta unión matrimonial. No finjas ser ni un inocente ni un tonto. Sabes perfectamente bien que un matrimonio como el tuyo es más que un pacto familiar. Es un acto político. Naturalmente, espero que tú y Vipsania seáis felices juntos: es mi hija y la quiero; pero espero también que este matrimonio haga más fácil el que tú y yo trabajemos juntos. Tú eres joven pero tienes la cabeza bien asentada sobre los hombros y casi podría jurar que comprendes ya cómo están las cosas. Aunque no fuera más que eso, tu experiencia como fiscal en el caso reciente te ha debido abrir los ojos. ¿En qué tipo de estado te parece a ti que vivimos?

—Mi padrastro me ha dicho a menudo lo orgulloso que está de haber restaurado la República.

—Estupideces. Y tú lo sabes, ¿no es así'?

—Bueno...

—Exactamente.

—Naturalmente, me doy perfecta cuenta de que no es la República como solía ser y que él no se engaña creyendo que lo es.

—Eso es mejor. Ni es la República ni la República será restaurada nunca. Su momento ha pasado. No se puede dirigir un imperio a base de votos en el foro romano o prolijas deliberaciones en el Senado. Luego, no es la República. ¿Qué es entonces?

—Digamos que es el Imperio, señor.

—De acuerdo. Pero ¿qué es el Imperio? ¿Es una monarquía?

—No exactamente.

—¿Una dictadura?

—El oficio de dictador se ha abolido, ¿no es así?.

Agripa se rió, bebió un poco de cerveza, y me miró fijamente. Su mirada era dura, intensa, imperiosa. Yo sentí la fuerza de su poder.

Él esperó. Yo guardé silencio.

—Entonces, ¿qué es el imperio? —preguntó de nuevo.

—Vos sois uno de sus arquitectos, señor.

—Y sin embargo ni siquiera lo sé yo. Pero sí te puedo decir esto: sólo estados que no han llegado a la madurez pueden ser o democracias o monarquías. Nosotros hemos crecido ya más allá de esas formas de gobierno. Ya no es posible aplicarnos la clásica definición griega de tipos de gobierno, porque ni siquiera somos una oligarquía, tal y como ellos entienden este término. Tal vez seamos una constelación de poderes...

Agripa no tenía fama de ser un teórico. Oyéndole hablar se le hubiera considerado como una simple fuerza de la naturaleza, un exponente de fuerza bruta. Pero no era así.

—El princeps es un hombre extraordinario —dijo—. Pero tú ya lo sabes. No obstante, debes darte cuenta de que no debe su éxito exclusivamente a sus propias cualidades.

—También sé eso, señor.

—Y que tiene sus defectos.

De nuevo, no dije nada. Estábamos en la villa de Agripa junto al mar, al norte de la ciudad, en un piso que daba al jardín. El sol iluminaba un sendero más allá de nosotros y una brisa que venía del oeste nos traía el aroma de los árboles de boj y romero que crecían en la terraza. Abajo, en un jardín bajo el nivel del suelo, había moreras e higueras. Yo podía oír en las

treguas de nuestra conversación el sonido del mar chapoteando contra el muro.

—Su principal defecto —dijo Agripa— es su afectuosa naturaleza. Porque a menudo deja que ésta domine su razón y oscurezca su juicio. Es extraño, cuando puede ser tan inflexible otras veces...

—Marcelo tiene un gran encanto —dije yo—. No me sorprende que mi padrastro le quiera tanto...

—Sí —dijo Agripa—, es un muchacho delicioso, ¿verdad?
Se levantó.

—Ya hemos dicho bastante, ¿no crees? Me alegro de que seas tú y no Marcelo el marido de mi hija. Tu madre está también preocupada por el cariño que el princeps siente hacia el muchacho. Se da cuenta, como me la doy yo, de que no es conveniente que le siga favoreciendo en su carrera. No demasiado deprisa, por supuesto. Esto no es, como hemos dicho, una monarquía. Somos una facción en el poder, un partido. Hay quienes estarían dispuestos a deshacerse de nosotros, si pudieran, como Cepión, a quien tú procesaste tan hábilmente, y su amigo Murena, y ya sabes de quién es cuñado éste último. Todo esto nos toca en lo más íntimo. Marcelo ve con demasiada frecuencia a este pervertido, mi viejo amigo Mecenas. Y basta, ya no tengo que delectarte más... Una cosa aún. No olvides que el fundamento de nuestro poder son las legiones. Yo creo que tú tienes madera de soldado. Estoy seguro de que Marcelo no la tiene.

Yo medité mucho sobre esa conversación.

Unas semanas después Augusto enfermó. Estuvo muy cerca de la muerte. Decían que llegó al delirio. Livia salió huyendo de la habitación, angustiada por lo que murmuraba en ese su loco delirio. Se retiró al templo de Vesta para orar y hacer sacrificios a los dioses, pidiéndoles que se apiadaran y devolvieran la salud a su marido. En un breve momento de lucidez, temiendo estar a punto de morir, hizo llamar a Agripa y a Calpurnio Pisón, que había sustituido a Murena como su colega consular, y les encomendó el cuidado de la República. Un cambio de médico y de tratamiento tuvieron resultados positivos. Se recuperó y todo siguió su curso.

Pero, aunque todo había vuelto a la normalidad, se había desvelado un secreto: la revolución que había llevado a cabo dependía totalmente de su vida. Los conspiradores del verano merecían una justificación póstuma. Si hubieran matado a Augusto, el régimen se habría venido abajo.

Ésta fue la razón por la que decidió reorganizarlo ese otoño, consiguiendo del Senado, para sí mismo, el *majus imperium* y abandonando la costumbre de retener él uno de los oficios de cónsul. Más importante aún, asoció a Agripa más estrechamente con la tarea de gobernar, otorgándole poder proconsular sobre todas las provincias del Imperio y, por añadidura, la tribunicia potestas, el poder tribunicio.

La voluntad de Livia y Agripa había prevalecido sobre las inclinaciones de mi padrastro. Marcelo fue eclipsado. Y aquel mismo invierno murió, repentinamente.

OceanofPDF.com

Julia había sufrido un aborto coincidiendo con la muerte de su marido, privando así a su padre del nieto que tanto ansiaba tener. Pero el dolor de la muerte de Marcelo le impidió por el momento darse cuenta de la otra pérdida. Su dolor fue desmesurado. Para consolarle, Virgilio incluyó en su Eneida una referencia a Marcelo, ridículamente exagerada, siento tener que decirlo.

Pero ocurrió una cosa curiosa: Julia parecía también estar destrozada por la pena. Esto me sorprendió porque tenía mis dudas de que el hijo que llevaba en el vientre, y que acababa de perder, fuera de su marido (es más: pensé que tal vez fuera mío; entraba en la medida de lo posible). Livia desechó la manifestación de emoción de Julia como una pura farsa, pero Julia era por naturaleza inconstante y tal vez estaba siendo sincera. Vipsania me dijo que, aunque se daba cuenta de que había habido dificultades entre los dos, tenía la impresión de que se habían estado llevando mejor los últimos meses. Probablemente eso era cierto, pues Vipsania era un buen juez en asuntos de este tipo. Por otra parte yo sabía —y ella no— lo cercano que había estado Marcelo a que la conspiración de la primavera lo chamuscara. No había estado directamente implicado pero los conspiradores habían sido sus amigos. Se había asustado y pudiera haber pensado que era prudente dar la impresión de ser muy leal a su esposa. Después de todo, siendo su talento limitado, Marcelo dependía totalmente de la protección y el favor de su tío.

Tal vez se pregunten cómo me enteré yo de su implicación en la conspiración que se tramaba, ¿es así? De dos maneras.

Primero: Fannio Cepión, al ser interrogado, trató de amontonar sospechas sobre él. Yo reconocí esto como una forma de negociación, cuando se me presentó la «evidencia» en mi condición de fiscal. Por consiguiente decidí no tener nada que ver con ello y, para impedir que se llevara a los tribunales cualquier insinuación de la acusación, la hice borrar del registro de la investigación. Pero antes de hacerlo le expuse los hechos a Marcelo. Casi se desmayó. Cuando le dije que no creía ni una palabra de ellos y que me iba a asegurar de que la acusación de Cepión no prosperaría,

su alivio y gratitud fueron patéticos, y repulsivos. Me lisonjeó, y experimenté cierto estremecimiento al darme cuenta de su terror y saborear el conocimiento de que había reconocido, sin lugar a dudas, su inferioridad respecto a mí. Me abrazó para manifestar su agradecimiento.

—¿Cómo es posible que Cepión me haya podido hacer una cosa así? —dijo una y otra vez—. Ni siquiera lo conozco, lo vi solamente una vez en una fiesta.

—¿Una de las fiestas de Mecenas? —pregunté.

Pero no fue solamente allí donde Marcelo había conocido a los conspiradores. De esto me enteré por medio de una segunda fuente de información.

Un día, mientras estaba preparando el caso contra Cepión, recibí un mensaje que me dejó perplejo. Su contenido era que el que me lo mandaba poseía información en relación con el caso, que solamente me podía comunicar en persona; aun así, no estaba muy decidido a abordarme abiertamente. Estos mensajes suelen ser frecuentes en circunstancias como éstas y mi primera inclinación fue no hacerle caso: si un hombre tiene miedo de dar información abiertamente, es muy probable que no sea persona de fiar y que su evidencia no merezca crédito. No obstante, mi instinto me decía que tal vez fuera distinto en esta ocasión. Por lo tanto accedí a que nos encontráramos en secreto.

Este encuentro tuvo lugar por la noche, en el cuarto trasero de una taberna de baja estofa situada en el laberinto de callejas entre el Campo de Marte y el río. Siguiendo las instrucciones, me presenté allí bien embozado en una capa. La taberna era evidentemente un lugar de dudosa reputación, frecuentado por la hez de la ciudad, prostitutas de uno y otro sexo y sus alcahuetes. Yo me alegré de ir bien embozado y de que no se me viera la cara, y por un momento me pregunté si había hecho bien en ir ahí. No obstante le di el santo y seña al propietario y se me hizo pasar al cuarto trasero, como estaba planeado.

Había allí un hombre echado en un sofá con un muchacho de pelo rizado sentado en su regazo. Ninguno de los dos se movió cuando yo entré y, creyendo que se me había engañado, estuve a punto de dar rienda suelta a mi enfado. Pero entonces el hombre se incorporó, empujando al chico para que se apartara.

—Se acabó, cariño —dijo—. Tráenos vino.

Se enderezó y se levantó.

—Habéis llegado antes de lo que yo esperaba, señor —dijo.

—Soy puntual.

—Caramba, sois muy serio y circunspecto.

Hablaba con una especie de ceceo; era un griego, algo mayor que yo, con el pelo peinado en rizos y perfumado, y unos modales afeminados. Estaba sudando, se alisó la túnica y después me hizo sentar a la mesa. El muchacho trajo algo de vino y salió dirigiéndonos una mirada descarada por encima del hombro. Yo sentí un poco de asco.

—Mi nombre es Timoteo —dijo el hombre—, trabajo para el princeps, aunque no habréis oído hablar de mí, y tengo un problema del que me gustaría hablaros. Se refiere al caso que os ocupa en estos momentos.

Sonrió con afectación y meneó los hombros.

—Os he pedido que vinierais aquí para mantener todo esto en secreto. Estoy en un dilema. Soy el propio agente del princeps y la información que tengo es de tal naturaleza que, francamente, no me atrevo a dársela. ¿Empezáis a daros cuenta?

—No, no me doy cuenta. Tal vez debas empezar desde el principio y dejar de hablar en términos tan enigmáticos.

—Hablar así es a menudo la única forma en que se puede hablar estos días.

—Escucha —dije—. Soy el fiscal en el caso a que te refieres. Si tienes alguna información puedo obligarte, penosamente, a que la divulgues.

Bebió a sorbos su vino y empujó hacia mí el jarro a través de la mesa. Yo estaba sorprendido de ver que había ya bebido mi primera copa. Era un vino dulce con un gusto de resma, el tipo de vino que prefieren los griegos.

—Eso no sería prudente —dijo—. Al princeps le gustaría aún menos eso. No le gustaría que se supiera que emplea a tipos como yo. Además he de deciros, aunque sólo sea para asegurar mi posición, que nuestra relación empezó en circunstancias que a él no le gustaría recordar. Francamente, estimado amigo, sé demasiado. Así que ¿por qué no dejáis de daros ínfulas y escucháis, como está mandado? Empezaré por el principio como vos mismo sugerís.

Su forma de hablar me asqueaba. Me hubiera gustado mandar que le azotaran; pero no obstante tenía curiosidad. Así que me llevé la copa a los labios y asentí con la cabeza.

Contó su historia de una forma afectada, apartándose con frecuencia del tema. Pero su esencia era simple. Era un espía cuya habilidad especial

consistía en lo que él describía como provocación. «Cuando percibo un airecillo de descontento, lo atizo...» El princeps había empezado a sospechar de su colega, Murena, y había comunicado sus sospechas a Timoteo, pidiéndole una investigación. Timoteo, por consiguiente, había introducido su agente en la casa del cónsul, como un criado.

—Un verdadero Ganimedes, ya me entendéis —y me miró pestañeando—. Pero naturalmente los criados, aun siendo amables, no pueden saberlo todo, si bien dejo que el princeps piense que toda mi información procede del muchacho.

No era así. Había reclutado también a un joven noble llamado Fannio Cotta, un primo de Cepión. Por su manera de hablar, yo no tuve duda de que el tal Cotta debía de ser su amante. Cotta, que tenía que ser muy corto de alcances para aceptar la sugerencia de Timoteo, había alentado a su primo y al cónsul a llevar a cabo su traición, comunicándole mientras tanto todas sus averiguaciones al griego. Pero ahora se había arrestado a Cotta con todos los otros conspiradores; yo ya lo sabía porque había ordenado interrogarle.

—¿Y entonces...?

El griego se enjugó los ojos como si su propia narración le hubiera conmovido. Deseaba que se pusiera a Cotta en libertad: eso era evidente.

—No tengo más que tu palabra para saber el papel que has desempeñado en este asunto —dije—. Y teniendo en cuenta lo que dices acerca de tus relaciones con él, no veo razón para creerte.

—Pero yo creo que puedo persuadiros —dijo—. Tengo en mi poder una carta escrita por cierto caballero que está relacionado con el princeps. Está dirigida a Cotta, y personas que carezcan de compasión pueden interpretarla como si en ella alentara a los conspiradores.

—Ya comprendo.

Y lo comprendía. No tenía la menor duda de a quién se refería el condenado.

—Y ¿por qué no se la ofreces al princeps?

—Amigo, no seáis tonto. No me atrevería. En primer lugar, creería que es falsa. En segundo, eso no ayudaría a mi amigo. Y finalmente, yo soy un griego, un pobre liberto, y... Bueno, nosotros los griegos hemos tenido siempre tratos con los persas, y ya conocéis la forma en que los persas tratan al portador de malas noticias. Sería un riesgo demasiado grande para

mí. Pero me parece, considerando la relación con la familia imperial, que podría seros muy útil a vos...

—No me gusta la descripción «familia imperial». No existe una cosa así y ofende hasta como idea.

—Como queráis.

—¿Tienes la carta aquí?

—No seáis tonto. Tengo una copia...

—Hablas con mucha seguridad para un hombre en tus circunstancias. Sonrió.

—Esa es vuestra interpretación —dijo, y metiendo las manos por dentro de su túnica sacó la carta.

—Esto se podría interpretar de varias maneras —dije.

—Se interpretara como se interpretase, sería perjudicial, ¿no os parece? Pero ¿os dais cuenta de este dilema mío que estoy ahora compartiendo con vos? Quiero salvar a mi amigo pero no puedo en manera alguna enseñarle esa carta al princeps.

—¿No es culpa tuya el haber ocultado que estaba trabajando para ti, a fin de provocar la conspiración?

—Tal vez, pero así son las cosas.

Yo estaba siendo evidentemente ingenuo. Me di cuenta enseguida de ello. Cotta era claramente un genuino conspirador, y tal vez sus relaciones con el griego habían surgido a partir de la conspiración. No obstante no pude por menos de admirar la habilidad del plan del griego. Y la carta era ciertamente —si estaba escrita de puño y letra de Marcelo— un documento que le inculcaba. Me hubiera gustado tenerla. Se podían arreglar las cosas de forma que resultara satisfactoria para ambas partes. Así lo indiqué.

—Pero aun así, tengo que interrogar a Cotta —dije—. Tú lo comprendes, ¿no es así? Sin embargo...

Fannio Cotta era un joven alto, bien proporcionado, con ojos grandes y una boca sin firmeza. El terror le había acobardado, haciéndole aparecer unas veces malhumorado y resentido, y otras abyecto. En dos ocasiones en el curso de nuestra conversación se arrojó en su jergón, sollozando. Llevaba una túnica corta y el sudor hacía brillar la parte de atrás de sus muslos cuando sus sollozos movían convulsivamente sus hombros. Me prometió que podía inculpar aún más a Marcelo, si eso es lo que deseaba.

—Te equivocas —dije—. Lo que quiero es concluir este asunto. Y una forma de hacerlo sería el que tú sufrieras un funesto accidente.

Se arrojó a mis pies, agarrando mis tobillos y suplicando merced.

—Levántate —dije—. ¿Es que no tienes dignidad?

Iba en contra de mis deseos, pero arreglé las cosas para que lo pusieran en libertad.

Sabía que Timoteo destruiría la carta antes que mostrarla si yo no cumplía con el pacto que habíamos hecho. Por muy repugnante que fuera, yo me daba cuenta de que tenía suficiente inteligencia para haber preparado una defensa contra cualquier curso de acción que yo decidiera tomar con el fin de incriminarle. Pero puse dos condiciones: Cotta tenía que abandonar Italia por un período de cinco años. Y no se le permitiría ponerse en comunicación con Marcelo. Formulé amenazas, aunque sabía bien que pronto no tendría los medios de hacer que se cumplieran. Pero estaba seguro de que Cotta era tan cobarde que no se atrevería a desafiarme.

Guardé la carta en secreto. Quizá llegara un momento en el futuro en que me fuese más útil que ahora. La actitud de Timoteo cuando me la entregó era inquietante, me di buena cuenta de ello.

Había sido más listo que yo. Me había hecho su cómplice en un engaño. Sin embargo, había puesto un arma en mi mano y eso se lo debía.

La muerte de Marcelo me robó esa arma, la hizo innecesaria. Pero yo continuaba en deuda con el griego.

Algo más: el médico que trató a Marcelo era un tal Antonio Musa, el mismo que había curado a Augusto. Fue el propio Timoteo quien lo introdujo en casa de Augusto. Unos años más tarde se retiró, debido a falta de salud, y vivió en una villa con Timoteo. Su conducta era motivo de escándalo para los granjeros de la localidad, pero Augusto los protegía.

Era una agradable ironía pensar cómo Timoteo había tratado de destruir al favorito del princeps, y cómo Musa tal vez lo hubiera matado.

Hay quienes creen que el carácter se mantiene constante a lo largo de la vida. Insisten en decir que nos hacemos lo que ya somos, que nunca podemos huir de lo que es algo inherente a nosotros mismos, nuestra naturaleza. Cualquier cambio que parezca estar teniendo lugar revela tan sólo rasgos que previamente la persona había considerado prudente ocultar; o al revés, puede ser el resultado de haber alcanzado una virtud hipócrita. Es ésta una reflexión que debe dejar perplejos a los filósofos, y a la que además no puede haber una determinada respuesta. Por ejemplo, Augusto se mostró inexorable en la búsqueda del poder; no se acobardó ante cualquier crueldad que le pudiera parecer necesaria para lograr su fin. Sacrificó a su mentor, Marco Tulio Cicerón, en la época de las proscripciones. Aunque sabía que le debía mucho, consideró más necesario apaciguar a Marco Antonio, cediendo ante el odio que Antonio sentía por el ilustre orador, antes que insistir en que se mostrara clemencia para con el hombre a quien hasta Julio había descrito como «un adorno de la República». Otro ejemplo: Augusto amaba a su hermana Octavia con una intensidad y calor que no eran frecuentes en él. (Si ella hubiera sido menos ostentosamente virtuosa, no tengo la menor duda de que los promotores de escándalos habrían hecho todo tipo de sugerencias acerca de la naturaleza de la relación entre los dos.) Sin embargo sacrificó la felicidad de Octavia a las exigencias de su alianza con Antonio, forzándola a aceptar a aquel brutal borracho como su esposo. Los que son de la opinión de que el carácter se mantiene constante, deben preguntarse si Augusto se forzó a sí mismo a poner en práctica una acción cruel, que su naturaleza aborrecía, o si ha adquirido desde entonces una virtud que no es más que una manifestación de su innata hipocresía.

Por mi parte, encuentro falsa e inadecuada esta opinión sobre la naturaleza humana. A mí me parece que hay, por una parte, profundidades de nuestro carácter que no comprendemos, que tal vez tememos y que a veces afloran a la superficie cogiéndonos por sorpresa; y que, por otra parte, estamos perpetuamente creándonos. Recordarán que Heráclito formuló una vez la pregunta de si un hombre podía bañarse dos veces en el mismo río.

Sus discípulos aseguraron que esto era imposible, que todo está en un estado de fluctuación, que el río cambia ante nuestros propios ojos. Otros, no obstante, aquellos a quienes yo clasificaría como miembros de la escuela filosófica del Sentido Común, creen que esto es una colección de sofismas. Dicen que, aunque el agua cambia, el río permanece: lo permanente es más real que los cambios, que ellos consideran superficiales.

A mí me parece que es posible hacer justicia a ambos argumentos: decir que mientras todo cambia, mucho de lo que está contenido en ello permanece lo mismo. Un hombre siempre es él mismo, pero no es necesariamente el mismo hombre.

Recuerdos de mi matrimonio con Vipsania han suscitado estas reflexiones. Me casé para obedecer los deseos de mi madre, comprendiendo que su elección de esposa era políticamente astuta. Pero yo no sentía ni calor ni entusiasmo. Es más, en muchos otros aspectos hacíamos una extraña pareja; la casta modestia de Vipsania la hacía a ella tan tímida como me lo hacía a mí mi propia reserva. Aunque nos habíamos conocido desde niños, no sabíamos cómo conversar el uno con el otro. Tal vez no habíamos cambiado más de un puñado de frases a lo largo de los años, y siempre triviales. Ahora que nos encontrábamos solos juntos, como nunca lo habíamos estado, la actitud sumisa de Vipsania me producía una gran irritación. Yacía rígida en el lecho conyugal, con el embozo alrededor del cuello. Yo pensaba —¿cómo iba a dejar de pensar?— en Julia, acariciándose los muslos y atrayendo mi mirada hacia su cuerpo. Vipsania me recibió como a uno que está imponiendo su voluntad. Su sentido del deber la hacía entregarse a mí, pero como una víctima, no como una mujer. Durante semanas parecía que nos habíamos quedado helados y rígidos en nuestra inmovilidad. Yo sabía que ella era desdichada, y siéndolo yo también, me ofendía que ella se sintiera así. Cuando la encontraba llorando, era incapaz de estrecharla en mis brazos.

No tenía nadie a quien pedir consejo. La intensidad de mi relación con Livia siempre me impidió hablar con ella de asuntos sentimentales. Mi hermano Druso, a quien amaba por su espontaneidad y su virtud, hubiera sido incapaz de comprender mi dilema. Vipsania y yo estábamos encerrados en un estrecho recinto de incomprensión mutua, temerosos ambos de dar la vuelta a la llave que tal vez ni siquiera supiéramos cómo manipular.

No obstante ahora, veinte años después, pienso en los primeros días de nuestro matrimonio con un asombro también incomprensible. Porque todo

cambió. Ella se convirtió en el bálsamo de mi alma, la luz hacia la cual yo me volvía. Y no puedo decir por qué o cómo. No hubo un momento preciso en que cayeran las barreras, ningún momento en que nuestras personalidades se desarmaran. Fue más bien como si el irnos conociendo hiciera que las fortificaciones se desmoronasen. Sin yo saber qué estaba ocurriendo, su ternura y su virtud me suavizaron. Llegó un momento en que el simple movimiento de su cabeza, el contacto refrescante de su carne, el tono quedo de su voz, podían apaciguar todas mis ansiedades.

Indudablemente el nacimiento de nuestro hijo Druso contribuyó a esta evolución. Verla con el niño en sus brazos o inclinada sobre su cuna arrullándolo con una canción, hasta que dormía, era experimentar todo lo que los hombres, a través de los siglos, han llegado a anhelar; era como sentirme arropado y protegido por un amor absoluto.

Otra cosa contribuyó al desarrollo de nuestra intimidad: Vipsania respetaba mi deseo de discreción. Siempre me he sentido incómodo ante expresiones de emoción, sea por medio de palabras o de actos. Ella nunca trató de forzar mi reserva ni mi celosamente defendida intimidad, y, al no hacerlo, las ganó de manera gradual.

Mientras tanto Julia presentaba un problema. Creía que tenía derecho sobre mí. Sabía que tenía el poder de estimularme y por esa razón me consideraba como posesión suya.

Mi matrimonio no significaba nada para ella. «Es conveniencia, ¿no es verdad?», solía decir; entonces, mirándome a través del velo de sus pestañas y tocándose el pecho o acariciándose los muslos: «Bueno, si tú lo vas a tomar en serio, es un fastidio. Pero no de mucha importancia. No es posible que prefieras a esa muchacha tan insípida, ¿verdad?».

Poniéndolo así, tenía razón. Su cuerpo era para mí como una bota de vino para el borracho: una tentación que me hacía temblar. Media docena de veces, en el invierno que siguió a la muerte de Marcelo, me metí en su lecho, saboreé la intensidad del placer, y después el dolor del remordimiento y del desprecio de mí mismo. Nunca he sido capaz de considerar el acto sexual como algo separado de la emoción.

Livia sabía lo que estaba pasando y me lo reprochaba.

—Eres débil —decía—, despreciablemente débil. ¿Quieres destrozar todo por lo que yo me he esforzado en interés tuyo?

No había respuesta posible. La vergüenza me ataba la lengua.

—¿Sabes que Augusto me sugirió que te casaras con ella? —me preguntaba—. Yo puse pronto un freno a semejante idea. Además debía de estar loco para pensar así. Y así se lo dije. ¿Cómo podía pensar en ofender a Agripa, haciéndole un desprecio tal a su propia hija? Y ahora tú, cretino, estás poniendo en peligro todo esto. Y ¿por qué? Por un tarrito de miel que lo que necesita es un par de azotes.

Por aquel tiempo la conducta de Julia había llegado a ser casi escandalosa. El espía Timoteo vino a verme, confesando, según me dijo, tener en todo momento presente mi interés. Yo no era el único amante de Julia; ella era el centro de una camarilla de jóvenes nobles, algunos de los cuales, decía, tenían peligrosos antecedentes. Me aconsejaba que tuviera cuidado. Se marchó, dejando tras él un perfume de esencia de rosas y el aroma aún más duradero de la corrupción moral.

Yo me alarmé. No podía confiar en mí mismo si estaba cerca de Julia. Tuve el sentido común de alistarme en el ejército.

Me mandaron a Hispania, donde las tribus de las colinas se habían rebelado. No había gloria en una guerra así, que es más bien una especie de actividad policial. Sin embargo, es el mejor entrenamiento para un joven oficial: le enseña el verdadero propósito del ejército, que es la protección de Roma y todo lo que la definición «orden romano» significa. Y más aún, en esas campañas aprende la importancia de velar por sus hombres. Esa es la primera regla, el primer deber de un general: asegurarse de que las tropas están bien alimentadas, vestidas, armadas y alojadas. Reclutamos soldados y les invitamos a que se enfrenten a la muerte en defensa de los bien alimentados contribuyentes. Lo menos que podemos hacer a cambio es hacer aceptables las condiciones en las que se han condenado ellos mismos a vivir. Muéstrenme el general que no pone el bienestar de sus hombres en primer lugar, y les mostraré un hombre dominado por la vanidad. Nunca he pretendido tener genio militar; sin embargo, he tenido éxito porque nunca he descuidado a mis hombres, nunca he ido en contra de los informes del servicio de inteligencia y nunca he olvidado que los soldados han puesto sus vidas en mis manos. Es ésta una responsabilidad que algunos generales prefieren dejar a un lado.

Cuando estaba de campaña, hacía construir carreteras. La carretera, que es desconocida para los bárbaros, es el sello de Roma, civilización e imperio. Son las carreteras las que mantienen unido ese imperio, las que ofrecen rutas al comercio y vehículo para la subyugación de las tribus

bárbaras. Dondequiera que se busque la majestad de Roma, allí se encontrará la carretera.

Una carta de mi madre:

Querido hijo:

Hemos recibido buenos informes de tu trabajo y tu eficiencia. No olvides que eres un Claudio y, como tal, superior a los demás; por consiguiente a ti te incumbe prestar servicio a los hombres. Es precisamente para cumplir esta misión por lo que los dioses han creado una casta superior a las demás.

Se ha resuelto el problema de Julia. Sorprendentemente fue Mecenas el que convenció a tu padrastro de la mejor solución. Julia debe casarse con Agripa. Sí, ya sé que esto te va a sorprender. Te resultará muy extraño aceptar a Julia como a tu suegra. Pero es para el bien de todos.

Agripa sabrá cómo controlarla. Además, es juicioso y cuerdo atarle a él con vínculos aún más firmes de afecto y obligación para con tu padrastro. Créeme, grandes hombres, como lo es Agripa, están siempre expuestos a la tentación de la ambición. Sobre todo cuando no son de origen noble.

Vipsania me dice que va a pasar el invierno contigo en Gades. Me alegra el oírlo. No es bueno que marido y mujer estén separados durante demasiado tiempo. Por añadidura, conozco demasiado bien las tentaciones del campamento.

Tú tienes un carácter complicado, querido hijo. Necesitas el apoyo de una esposa amante y virtuosa. Siempre he sabido eso. Es ésta la razón por la que organicé tu matrimonio con Vipsania, que es todo a lo que una madre puede aspirar en la mujer de su hijo. Me refiero a sus cualidades personales. A pesar de la distinguida carrera de su padre, el accidente de su nacimiento la hubiera hecho indigna de tu noble linaje en circunstancias normales. Pero los tiempos no son normales, y nunca lo volverán a ser.

Los dos, Augusto y yo, disfrutamos de buena salud.

Una carta de Vipsania:

Queridísimo esposo:

Estoy deseando estar contigo. Te echo mucho de menos. No me fatrevo a preguntarte si a ti te ha pasado igual, pero, porque confío en ti, espero que así haya sido.

Ya te habrás enterado de las noticias acerca de mi padre y Julia. Es muy extraño, pero puede resultar bien. Naturalmente me da mucha pena por mi madre, que ha tenido que aceptar el divorcio. Pero se la ha compensado bien y la verdad es que he visto tan poco a mi padre en los últimos años que es muy probable que sí experimente la deshonra pero no el abandono. Y, como sabes, le gusta con pasión ocuparse del jardín, y la creación de los jardines en la Bahía ha sido durante algún tiempo su principal interés. «Nadie —me dijo una vez— puede sentirse desdichado plantando flores...»

Julia se puso furiosa cuando se sugirió esta alianza matrimonial. Ya te puedes imaginar por qué. Pero ahora lo ha aceptado. Se da cuenta de que mi padre es un gran hombre.

—No te voy a preguntar nada acerca de Julia —me dijo Agripa—, porque me parece que no me iba a gustar tu respuesta. Pero se portará bien ahora, ya lo verás. Lo que necesita es autoridad...

No vi a Julia durante dos años.

OceanofPDF.com

No es mi intención en estas sucintas memorias detenerme en la descripción de mis hazañas militares. He observado que hay cierta semejanza, y por lo tanto monotonía, en los relatos de campañas y que es casi imposible distinguir un año de servicio del siguiente. Están de hecho borrosos en mi mente. Sin embargo, dada la circunstancia de que la mayor parte de mi vida adulta, hasta que me retiré a mis meditaciones filosóficas, la he pasado en los campamentos, dar completamente de lado a mis recuerdos de soldado sería manifestar un retrato engañoso de mi vida.

No obstante escribo esto, no con la esperanza de que se lea sino con el deseo de que no se lea. Lo escribo simplemente para satisfacción propia, continuando mi indagación personal acerca de la naturaleza de la verdad; así como mi esfuerzo de hallar una respuesta a dos preguntas que me sumen en un estado de perplejidad: ¿Qué tipo de hombre soy yo? ¿Qué he hecho hasta ahora con mi vida?

Cuando mi mente navega ahora a la deriva, hacia el pasado, son más las imágenes que una historia coherente de los hechos lo que se presenta ante mis ojos: la neblina que se alza desde las filas de la caballería en el acerado viento de una mañana junto al Danubio: largas marchas, los hombres con barro hasta los tobillos caminando detrás de los carros cuyos goznes chirrían, mientras los bosques de hayas y fresnos de Germania nos protegen, ocultándonos; la cima de una colina en el norte de Hispania, viendo caer la nieve en los valles a nuestros pies mientras nosotros yacíamos en un lecho de tierra seco, duro como el hierro, bajo las estrellas; centuriones grises azotando los caballos de transporte con el látigo, diciéndoles a gritos a los legionarios que pongan su hombro contra una rueda que se obstina en girar, como burlándose de sus pobres esfuerzos; un muchacho con la sangre rezumando de la boca mientras yo apoyaba su cabeza moribunda en mi brazo y observaba los movimientos convulsivos de su pierna; mi caballo retrocediendo, acobardado, de un arbusto que, al abrirse, dejó ver un guerrero pintado hablando atropelladamente, dominado por el terror; el suspiro del viento que procedía de un mar silencioso; el

tintineo de la campanilla del camello por las arenas del desierto. La vida en el ejército es simplemente una colección de momentos.

Mi primer puesto de mando independiente fue, no obstante, glorioso. Utilizo este adjetivo dándome perfecta cuenta de que raras veces se puede emplear sin ironía, incluso si la interpretación de esa ironía se reserva a los dioses.

Todo el mundo sabe que el poder más grande del mundo, después de Roma, es Partia. Este vasto imperio que se extiende hasta las fronteras de la India y cuya influencia llega aún más allá, está afortunadamente separado de nosotros por un enorme, inhóspito desierto. Fue en ese desierto donde el triunviro millonario, Marco Craso, tratando de emular la gloria de sus colegas César y Pompeyo, sufrió, gracias a su vanidad y a su incompetencia, el desastre más sangriento jamás sufrido por los ejércitos romanos. Sus tropas fueron mutiladas en Carres, todos los soldados muertos excepto aquellos a quienes se hizo prisioneros, sus estandartes capturados y él mismo asesinado. (Su cabeza fue lanzada al escenario del teatro en el que el emperador de los partos estaba presenciando una representación de Las Bacantes.) Más tarde Marco Antonio dirigió otra expedición contra Partia que sufrió una derrota semejante.

El desierto divide los dos imperios, pero en el norte el reino de Armenia sirve como estado de tapón entre los dos. En raza y cultura los armenios están más estrechamente ligados a los partos, una semejanza que intensifica el odio que sienten por ellos. Pero Armenia tiene una gran importancia estratégica, pues se inserta como una daga en cada uno de los dos imperios. A Roma le interesa controlarla porque de esa manera podemos defender también la seguridad de nuestro Imperio; idéntica consideración, pero en sentido contrario, puede aplicarse a Partia. Por consiguiente el dominio de Armenia es el punto principal de disputa entre los imperios y un asunto de fundamental relevancia para Roma.

Augusto se daba perfecta cuenta de esto. He hecho antes la observación de que su agudeza era digna de admiración cuando lograba disociar su intelecto de sus afectos personales. Cuando yo tenía veintidós años tuvo lugar un suceso de importancia para el pueblo de Roma. El rey Arsaces de Armenia había sido asesinado por sus compatriotas, a quienes había injuriado vergonzosamente. Se pidió entonces la ayuda de Roma.

Yo me quedé sorprendido cuando se me puso al frente de la expedición.

—No tengo la menor duda de tu capacidad —dijo Augusto—. Además, esos orientales se dejan impresionar fácilmente por la importancia o posición de la persona. Y sabrán que eres hijo mío...

Yo me sentí embriagado por el aire puro de las montañas, el vigor de los montañeses, la belleza de las mujeres jóvenes. Por otra parte me repugnaba la falsedad de todos aquellos con los que tenía que tratar. No había un solo hombre en cuya palabra se pudiera confiar. Nos aprovechamos de la confusión de la situación para instaurar en el trono a Tigranes, hermano del rey asesinado. Era un tipo aborrecible, que mantenía relaciones sexuales con su hermana, pero que nos lo debía todo a nosotros, y su terror de los partos así como de sus propios súbditos era tal que aceptó de buen grado que se estableciera una legión en su capital. Mientras tanto la situación de Partia era igualmente confusa, porque el golpe de estado en Armenia había también inspirado un intento semejante allí. Se daba también la circunstancia de que el hijo del emperador había sido enviado a Roma como rehén unos años antes. Yo le llamé entonces y entré en negociaciones con su padre. Se prolongaron mucho, como les ocurre siempre a las negociaciones con orientales.

Mi propósito era inflexible y mi entendimiento de la situación se había aclarado considerablemente durante mi viaje a través de Siria. Me di cuenta de cómo esta rica y populosa provincia dependía enteramente de la protección que suponía la presencia de las legiones. Teníamos una guarnición de cuatro legiones, más de veinte mil hombres que se mantenían a la expectativa, además de tropas auxiliares esparcidas por los alrededores de las torres que protegían los puntos de cruce del gran río Éufrates. A nuestra espalda se hallaba Antioquía, la ciudad más dulce del mundo, como se la llama, con sus palacios rodeados de flores, sus calles iluminadas hasta durante la noche, sus fuentes que manan sin cesar, sus mercados y emporios. Ningún hombre que haya permanecido de pie en contemplación de las negras aguas del Éufrates, viendo cómo se hunde la luna tras las distantes cordilleras, puede dejar de experimentar y sentir la majestad y la benevolencia de Roma.

Mi propósito era reparar, enmendar. Era preciso borrar una vieja mancha. Cuando los diplomáticos de Partia buscaban evasivas, yo apartaba bruscamente los documentos de la mesa, frente a mí, e insistía. El hijo de Fraates no sería restaurado en el trono.

En lugar de hacer eso, y utilizando a Armenia como base, lo cual me permitía evitar el camino por el desierto, atacaría por abajo, hacia los valles del río hasta llegar al corazón de Partia: todo eso a no ser que se me otorgara lo que pedía.

Mis exigencias eran simples. Primero, se reconocería mi colonización de Armenia y, como prueba de sus buenas intenciones, se me entregarían nuevos rehenes. En segundo lugar y lo más importante, los estandartes de los que se habían apoderado en Carres se me devolverían.

Tal vez alguien se pregunte por qué era esto lo más importante. El que así lo haga probablemente no entiende la mente oriental, a quien los símbolos conmueven profundamente. Estos estandartes eran la señal del fracaso de Roma, de su deshonra e inferioridad en una determinada circunstancia histórica. Al recibirlos de nuevo, ese recuerdo se borraría, esa señal desaparecería. No me avergüenza confesar que el propio Augusto había insistido en la importancia de mi petición y me había informado acerca de la forma de pensar de los orientales.

Al fin, alarmados, cedieron. Y al hacerlo revelaron algo que nosotros no sabíamos. Es éste un rasgo curioso de los orientales: cuando su obstinación se desmorona y deciden que te salgas con la tuya, su sumisión es absoluta, van más allá de lo que es necesario, creyendo que de esta manera recuperan lo que llaman «prestigio» o «apariencias» poniéndote a ti bajo una obligación. Su embajador, un hombre de aspecto enjuto, cuyo nombre no recuerdo, aunque sí recuerdo sus rizos empavonados y el olor de menta que difundía en torno a sí, dijo con una sonrisa impúdica: «Hay ciertos trofeos humanos que hay también que devolver».

No comprendí sus palabras en el acto, pero dio una palmada, y un esclavo joven salió de la estancia para volver unos minutos después a la cabeza de un grupo de ancianos, algunos de los cuales se arrodillaron al ver a su amo parto.

—Han aprendido a reconocer a sus amos —dijo el embajador—, pero ahora que hay paz y tranquilidad entre nuestros dos imperios, ha llegado el momento de que regresen a su país.

Miraron hacia arriba, como si esperaran un truco. Eran soldados del ejército de Craso, hombres que habían pasado casi cuarenta años en cautividad. Me rodearon, balbuceando. Me enteré después de que tres de ellos habían olvidado el latín. Me saludaron como a su benefactor, y esto me turbaba. Porque yo no me sentía un benefactor.

Por el contrario, y de una forma difícil de elucidar, me sentía culpable, y ese sentimiento de culpabilidad nunca me ha abandonado desde entonces. Iniciamos grandes campañas y reclutamos grandes ejércitos para un fin público que incluso nosotros, que los hemos reclutado, no sabemos bien cuál es. Nuestros propios soldados son nuestras víctimas. A estos hombres se los había privado de vida, en mayor grado sin duda que si se los hubiera matado, porque habían mantenido durante años la conciencia de lo que habían perdido, y la principal causa de esta pérdida fue la obstinación de Marco Craso en mostrar que él era un hombre tan ilustre como sus colegas César y Pompeyo.

Así que di instrucciones para que se mandara a estos hombres a su país y se los estableciera en el campo, en una colonia de veteranos en Basilicata. Pero no los he olvidado, como no olvidaré nunca que la guerra es una terrible necesidad. Sus triunfos, de los que he disfrutado como incumbe a un hombre de mi posición y éxitos, son realmente ilusorios. Sólo son reales sus desastres. No hay nada más que decir acerca de la guerra.

Espero no tener que estar nunca más implicado en ella. Espero poder pasar el resto de mis días aquí en Rodas, disfrutando de los placeres de la mente, la conversación de hombres inteligentes y la belleza del mar y del paisaje.

No hay hombre sabio que se exponga a incurrir en la ira de los dioses por descuidar sus deberes y prácticas religiosas, a cuya observancia estamos debidamente obligados.

Es bien sabido que el gran Escipión solía tener abierto el santuario de Júpiter Capitolino antes de la madrugada, de forma que pudiera entrar en él y comunicarse con el dios en soledad —en sagrada soledad, como él mismo decía— acerca de asuntos del estado. Los perros de vigilancia, que ladraban ante la presencia de otros visitantes, siempre le trataban a él con respeto. Sabemos también que ciertos lugares están protegidos por dioses determinados, que ciertas horas del día son propicias para llevar a cabo determinadas acciones, y que el hombre juicioso invariablemente consulta a los dioses para saber si conceden su aprobación a un curso determinado de acción.

No obstante, reconozco también que es imposible para cualquier hombre cambiar mediante oraciones y sacrificios lo que está ya predeterminado y tratar de alterarlo para satisfacer su gusto o beneficio; lo que está destinado para nosotros ocurrirá sin que nosotros oremos para que ocurra; lo que no es nuestro destino no ocurrirá por mucho que oremos.

¿Es posible reconciliar estas dos creencias? He oído con frecuencia a los filósofos debatir este dilema, y aunque he encontrado esos debates profundamente interesantes —y de hecho yo mismo he contribuido a ellos, no habiendo sido mal recibidas mis contribuciones—, he de confesar que las dos creencias arriba mencionadas me parecen fundamentalmente incompatibles. El hecho es que en esta vida llena de sombras, somos incapaces de recibir o comprender la verdad total acerca de la naturaleza de las cosas, de la misma manera que no podemos conocer a fondo nuestras propias naturalezas.

Lo que es evidente es que, por una parte, todo el mundo quisiera saber su destino, mientras que por la otra extraemos una profunda satisfacción de la realización de actos armoniosos y santificados por el tiempo, con la máxima formalidad y exactitud. Todos tenemos un deseo, un deseo innato de hacer lo que está bien, y al mismo tiempo tratamos de que no nos pasen

inadvertidas las señales que nos van a proporcionar certeza en cuanto al futuro. Cuando estuve por primera vez al mando de un ejército, y atravesaba Macedonia camino de Siria, los altares consagrados por las victoriosas tropas de César en Filippios estallaron repentinamente en llamas; ¿no fue esto una señal de que mi fortuna sería gloriosa?

Este pensamiento me tiene aún perplejo, porque he dejado a un lado la ambición. Y me pregunto: ¿es posible que los dioses sigan sintiendo ambición por mí? Por ejemplo, una vez en Padua visité el oráculo de Gerión: se me aconsejó que arrojara dados de oro a la fuente de Apolo, y de hecho saqué la puntuación más alta que era posible. Después, al día siguiente de llegar a Rodas, un águila —un pájaro que no se había visto nunca anteriormente en esta isla— se posó en el tejado de mi casa, quedándose allí durante siete noches. ¿Fue su llegada el presagio de un futuro glorioso o sugirió su marcha que la gloria me había abandonado? Preguntas como éstas son tontas puesto que sólo la experiencia confirma o refuta señales de este tipo. Aun así, en noches de insomnio, no puedo dejar de pensar en ellas.

Pienso también en otras cosas: en mis breves años de felicidad que duraron desde la fecha del matrimonio de Agripa y Julia hasta la hora de la muerte de mi suegro. Me sentía entonces seguro, mi estrella estaba en posición ascendente. Cada día que pasaba amaba más a Vipsania, juntos podíamos hablar de todo. Veía en la alianza de Augusto y Agripa, que compartía con mi padrastra el poder tribunicio de manera que la autoridad en el estado estuviera en manos de los dos, una garantía para la perpetuidad de la paz y prosperidad de Roma, garantía fortalecida aún más por el amor de Augusto para con sus nietos, los hijos e hijas de Agripa y Julia. Mi propia carrera floreció. Unido a mi querido hermano Druso extendí la frontera del Imperio al norte de los Alpes: cuarenta y seis tribus se sometieron al dominio de Roma. Augusto hizo erigir un trofeo en conmemoración de nuestra gloria militar. En aquellos felices años nació mi hijo Druso.

No llores feliz a un hombre mientras le quede vida. Los dioses están celosos de nuestra felicidad. Cuando estaba en los cuarteles de invierno en el Danubio recibí una angustiada carta de mi esposa. En ella me decía que su padre había muerto en su villa de Campania. Se había estado preparando para unirse a los ejércitos; había sido un motivo de orgullo y preocupación para mí ocuparme de que estuvieran en un estado de entrenamiento que

mereciera su aprobación. Vipsania estaba con él cuando se sumió en las sombras de la muerte. «Habló de ti cuando estaba a punto de morir —decía mi esposa—. "Tiberio —dijo— continuará mi obra. Es una roca de fortaleza...", así que ya ves, amado mío, que mi padre te respetaba tanto como yo te amo, querido esposo...»

Yo sollocé al leer estas palabras; las lágrimas casi me ahogan ahora al recordarlas.

Inmerso como estaba en una difícil campaña, tuve poco tiempo para darme cuenta de la significación personal de la muerte de Agripa. Ni siquiera una carta de Vipsania unos dos meses más tarde despertó la menor alarma. «Todo el mundo está preocupado por Julia —escribía—. Hay un acuerdo unánime de que Julia tiene que tener un marido, y los pequeños Cayo y Lucio un padre, pero es difícil pensar en la persona adecuada. ¿Quién, después de todo, podría sustituir a mi padre? Pero la naturaleza de la querida Julia exige que no permanezca viuda. Tu madre está muy inquieta.»

Regresé a Roma, al final de la estación en que se hacían las campañas, aunque no sin antes asegurarme de que mis hombres estaban bien alojados en sus cuarteles de invierno y de que se habían acumulado suficientes suministros para abastecerlos durante esos meses en que el transporte es con frecuencia difícil en las regiones fronterizas. Yo había dejado organizado también un programa de entrenamiento, porque no hay nada tan desmoralizador para un soldado como el no tener nada que hacer, y había dado también instrucciones a mis oficiales para que prepararan la campaña del verano siguiente. No pensé en Agripa mientras hacía esto, pero era él quien me había enseñado que el noventa por ciento de la ciencia bélica consiste en una preparación adecuada.

Tampoco me detuve en reflexionar sobre el problema que Vipsania había mencionado en su carta. ¿Para qué? No era cosa mía.

La lluvia caía pesadamente cuando llegué a las afueras de la ciudad, y la empinada carretera que lleva desde el Foro al Palatino estaba inundada de agua. Era por la tarde, antes de la puesta del sol, y el viento me azotaba la cara. Me dirigí a casa de mi madre porque Vipsania y nuestro hijo estaban aún en la villa que teníamos en la costa. Me arrodillé delante de Livia y ella me puso los dedos en la frente. Yo entonces me levanté y ella me abrazó. Intercambiamos las acostumbradas cortesías propias de un reencuentro.

—El princeps está muy satisfecho con los éxitos que has logrado, hijo mío.

—Me alegro. Tiene razón para estarlo. Ha sido un verano difícil.

—Tú sabes bien —dijo— que encuentra muy difícil conversar contigo...

—¿Se siente tal vez inhibido por mi talento?

—No seas sarcástico. Si quieres saber la verdad, lo que encuentra desconcertante es ese sentido del humor tuyo, tan acerado, tan agudo. Le gusta...

—Sí, ya lo sé, le gusta que todo le resulte cómodo.

—No hay necesidad de que le faltes al respeto. Aquí también hemos tenido un verano difícil. La muerte de Agripa...

Hubo una época, bien lo sabía yo, en que mi madre no sentía más que desprecio hacia Agripa. A pesar de la sutileza de su inteligencia, mi madre no estaba libre de los prejuicios de su clase. Pero llegó un momento en que se dio cuenta de lo mucho que valía Agripa. Habían aprendido a trabajar juntos, conscientes de que perseguían el mismo fin: la creación de una leyenda en torno a la figura de mi padrastro. Es más, habían comprendido que, aunque cada uno de ellos era en muchos aspectos superior a Augusto, y juntos constituían una pareja perfecta para él, no obstante Augusto emergía, de una manera que ninguno de los dos había previsto, como señor y superior de ambos. Hay muchas personas que, habiéndolos observado a los dos, mantenían que Livia era el elemento dominante, y a ella no le desagradaba que se la considerara así, a pesar de sus continuos esfuerzos para acrecentar y glorificar la fama de su marido.

Pero en el fondo sabía que no era así. Porque dentro de Augusto se encerraba una severa capacidad para dominar. A la larga era obstinado, inflexible, inexorable; sí, hasta él, el gran político que estaba dispuesto a manipular, transigir, halagar y reconciliar, conseguía no obstante imponer su voluntad sobre los acontecimientos. Ha sido siempre la paradoja de este matrimonio que se amaban mutuamente y se peleaban, el hecho de que también se temían mutuamente. Pero a pesar de las apariencias, Augusto siempre ha sido el más fuerte.

Livia no quiso hablar aquella noche de la muerte de Agripa ni de sus consecuencias para el estado, y yo tuve la sensación de que algo pasaba, porque ella siempre estaba dispuesta a recrearse en especulaciones políticas.

Cuando vi a Augusto la mañana siguiente, me elogió y, lo que es más, le resultó embarazoso elogiarme. Yo le dije que quería irme cuanto antes a ver a mi mujer y a mi hijo, y él me suplicó que me demorara unos días más en Roma. Había varios asuntos que era preciso discutir cuando pudiera hallar unas horas libres de la infinidad de tareas administrativas inevitables, y deseaba que yo esperara un poco, a fin de tenerme cerca y a mano. Yo escribí a Vipsania explicando la situación y pidiéndole mil disculpas por mi retraso. Le dije que estaba deseando estrecharla en mis brazos. Sé que esas fueron mis palabras exactas aunque no tengo copia de la carta.

Fue en los baños, unos días más tarde, donde Julio Antonio me abordó. No he mencionado aún a Julio Antonio en estos retazos de memorias, y bien merece él solo un párrafo, ahora que me voy acercando a los peores momentos de mi vida.

Nos conocíamos desde niños, de hecho asistimos a clases juntos. Era, como su nombre indica, el hijo de Marco Antonio y su primera mujer, Fulvia, que tanto había atemorizado a mi pobre padre en los largos meses del terrible asedio de Perugia. Cuando Antonio se casó con Octavia, la hermana de Augusto, esta noble y generosa mujer asumió la responsabilidad de los hijos de su primer matrimonio y continuó cuidándolos y ocupándose de ellos hasta después de que Antonio la abandonara para irse con Cleopatra. Eran cuatro, de los cuales llegué a conocer bien a dos de ellos: Julio y su hermana Antonia, que estaba casada con mi hermano Druso. Siempre he sentido un gran afecto por Antonia, pero nunca me gustó Julio. A pesar de que me desagradaba, sentía cierta compasión por él. Se había criado con nosotros, pero Augusto nunca tuvo confianza en él: tenía tal vez presente su origen y sabía que muchos de los viejos partidarios de Antonio, y gente con ellos relacionada, consideraban a Julio como el dirigente natural de su partido. Augusto, por consiguiente, admitió que desempeñara cargos civiles pero no le permitió que adquiriera ninguna experiencia militar. Con la intención de ligarle a los intereses familiares, había ordenado a Julio que se casase con la hija de Octavia de su primer matrimonio, Marcela, cuando ésta tuvo que divorciarse de Agripa para que mi suegro se pudiera casar con Julia. Sin duda mi padre tenía razón en su actitud hacia Julio: éste se parecía demasiado a su padre, no sólo físicamente sino en lo intemperante de su carácter. Estaba un poco ebrio cuando se me acercó aquella tarde en los baños; se hallaba con frecuencia ebrio a esa hora del día...

—De manera que ha vuelto ya el gran general —dijo, poniéndome la mano en el hombro. Yo se la quité de ahí: siempre he aborrecido esas manifestaciones de camaradería masculina, y mucho más sabiendo que no eran sinceras—. Me sorprendió que no asistieras a los funerales de tu suegro.

—Marco Agripa hubiera comprendido la razón de mi ausencia.

—Y lo que quieres decir es que yo no soy capaz de comprenderla, dada mi ignorancia de los asuntos militares. Bueno, eso no es culpa mía. Tengo mala opinión de mí por no haber llegado a ser un soldado, y —levantó la voz— aún peor del hombre que me ha privado de esa experiencia, que es, hablando con propiedad, prerrogativa de mi nacimiento.

Se estiró en el banco en que estaba, a mi lado, e hizo venir a un esclavo para que le diera un masaje. Se pasó las manos por su cabello de apretados rizos y suspiró cuando las manos del muchacho trabajaban sobre su carne. Tendría unos treinta años pero había aún algo adolescente en su aspecto. Sus muslos tenían la suavidad del atleta que nunca se ha sentado en la grupa de un caballo durante una campaña, en climas inhóspitos, y su cutis era suave, como el de un hombre que nunca ha estado expuesto al viento y a la lluvia. El muchacho untó sus piernas con aceite y les dio un masaje para que lo absorbieran, y yo vi cómo el placer de Julio se acrecentaba. Entonces se dejó caer pesadamente sobre su vientre, inclinó su cabeza hacia mí y le dijo al muchacho que se fuera y trajera vino.

—Hace tiempo que quiero hablar contigo —dijo—. No hay ocasión mejor que la presente. Eramos amigos de niños, ¿verdad? Siempre admiré la forma en que trataste a mi querido cuñado Marcelo. Yo me daba cuenta de que lo considerabas tan bobo como le consideraba yo. Pero, a direrencia de mí, tenías la habilidad y el talento de no permitir que nadie se diera cuenta, porque sabías que tu padrastro lo idolatraba. Yo no era capaz de hacerlo, pero eso no me impedía admirar tu... reserva, diríamos...

No contesté. Cuando no hay nada útil que decir, es mejor permanecer callado. Tal vez gruñí, porque me interesaba ver hasta qué punto se iba a revelar a sí mismo, y no es aconsejable sofocar las confidencias cuando alguien acaba de empezar a hacerlas, aun en los casos en que el hombre juicioso se da cuenta de que, en ciertas circunstancias, oír una confidencia puede ser tan peligroso como hacerla. Estas cosas hay que sopesarlas.

—Y después me casé con su hermana, por lo que eso valga. Tú tuviste mejor suerte, aunque yo no caí en la cuenta entonces. Estaba bien ser el yerno de Agripa. Pero tal vez esté mejor ser de nuevo su sucesor...

—¿Y el padre de sus hijos? —aventuré.

El muchacho volvió con el vino. Julio le dijo que me diera a mí también una copa. Era un vino dulce y resinoso. Julio se puso de pie, sujetando su copa contra el pecho.

—He de confesar que yo tengo ciertas ambiciones —dijo—. Julia y yo hemos sido siempre buenos amigos... Si tú quisieras hacer algo por mí, yo nunca lo olvidaría.

Se echó en el banco otra vez y llamó al muchacho del pelo rizado para que continuara su masaje. Y emitió de nuevo suspiros de placer. Yo observé cómo se movía su carne al contacto de los dedos del muchacho. Pensé en su padre muriendo víctima de una estúpida ambición en las arenas de Egipto. Pensé en el mío acariciando su cantimplora de vino en la terraza de su villa de Alba mientras las lágrimas corrían por sus mofletudas mejillas. Entonces me enderecé, y me invadió el deseo de estar con Vipsania y empecé a soñar en el futuro de mi propio hijo...

Augusto estuvo extraordinariamente afable cuando le vi unas semanas después. Me hizo partícipe de una magistral vista de conjunto de la situación política en Roma. Me llenó de asombro, como lo hacía siempre, su perspicaz evaluación de la influencia política que tenían ciertas familias, personas o alianzas. Me admiró también la agudeza de juicio para equilibrar una facción frente a otra, mostrándome la forma en que podía satisfacer la ambición de un hombre mediante la concesión de un cargo determinado o el ascenso de algún familiar, o frustrar las esperanzas de otro separando de él, en un momento oportuno, a alguno de sus partidarios, o mantener a unos en un estado de ávida expectativa y anegar a otros con sugerencias de deslealtad y desconfianza.

Yo me sentía a un mismo tiempo fascinado y asqueado, porque me daba cuenta de que usaba a los hombres como fichas de juego y que el placer que experimentaba al hacerlo tenía algo de la crueldad de un niño.

Entonces pasó a hablar de Agripa con una ternura conmovedora.

—El mejor de los amigos —le llamó—. Cuando éramos jóvenes —dijo— la gente solía burlarse de su acento, y recuerdo que Marco Antonio me decía que interpretaban el afecto que yo sentía por Agripa como una señal de que yo era también socialmente de segunda categoría. Se reía al

decir esto, pero se dio cuenta bien pronto de lo equivocado que estaba. Nunca habríamos triunfado si no hubiera sido por Agripa. Yo le amaba, bien lo sabes tú. Nunca tuvo la menor duda del feliz final de nuestra inverosímil aventura. Es cierto que carecía de imaginación, pero eso también me daba a mí confianza. Y ahora ya no está con nosotros. Es como si me hubieran cortado la pierna o el brazo derecho. Pero lo terrible es que la vida continúa...

Me costaba trabajo imaginarme a Augusto pensando que la continuación de la vida era algo terrible. Nunca conocí a un hombre que disfrutara más de la existencia o que gozara tanto en desentrañar problemas...

—Y los que nos quedamos —continuó— tenemos que llenar el vacío que él ha dejado. No me preocupa la situación del ejército, gracias a ti y a nuestro querido Druso. Sé que todo está en buenas manos. Naturalmente, no espero que ninguno de los dos sustituya a Agripa en el gobierno de la República, ésa es una tarea que tendrá que descansar sólo sobre mis hombros ya que sería demasiado ponerla sobre los vuestros, que, aunque muy capaces, son aún muy jóvenes. Pero el problema es nuestra amada Julia. Naturalmente, está ahora desolada, pero cuando esto pase, bueno, habrá que buscarle un marido. ¿A quién elegiremos? Porque hay que pensar también en los dos niños, mis adorados Cayo y Lucio. El hombre que se case con Julia ha de ser alguien en quien yo tenga absoluta confianza, ya te das cuenta, porque tendrá que desempeñar también el oficio de tutor. Claro está que mientras yo viva, protegeré sus intereses, pero no soy inmortal y mi salud nunca ha sido buena. Te acordarás de que hace diez años casi me muero y mi médico dice que tal vez no viva muchos más. Yo me cuido, hago ejercicio y soy frugal en la comida y en la bebida, pero ¿quién sabe cuándo me llamarán los dioses a su lado? Ya ves, por consiguiente, mi querido Tiberio, que la situación es para preocuparse. Me mantiene despierto por la noche y eso no es bueno para mí. Tu querida madre comparte estas preocupaciones y eso es una gran ayuda, pero ni siquiera ella es capaz de encontrar una solución ideal. Ninguno de los dos podemos pensar en una solución que no hiera a una u otra persona. Y eso es lo terrible. No me gusta herir a las personas por las que siento afecto, pero por otra parte no veo la posibilidad de resolver esto de otra manera. ¿Se te ocurre alguna solución, mi querido Tiberio?

¿Qué respuesta esperaba Augusto de mí? ¿Cómo pude ser tan tonto que no me di cuenta de la dirección de sus pensamientos? Pero, aunque me la hubiera dado, no comprendo cómo hubiera podido hacer otra cosa más que aceptar mi impotencia. Augusto se ha insertado de tal manera en el estado que su voluntad está siempre llena de expectativas del futuro.

Se me mantuvo en Roma en suspenso. Cuando manifesté mi intención de salir de la ciudad y reunirme con Vipsania, se alegaron urgentes razones para demorar mi salida. Un día recibí una invitación para cenar con Mecenas. Nunca me ha gustado el consejero etrusco de mi padrastro y siempre desconfié de él; lo afeminado de su porte me desagradaba y no lograba olvidar la descripción que Agripa hacía de él como «tan astuto como un banquero español y tan vicioso como el dueño de un prostíbulo en Corinto». Mi instinto me aconsejaba rehusar la invitación, pero el esclavo que me la trajo tosió para llamar mi atención y dijo:

—Mi amo me ha ordenado que añada de palabra algo que ha preferido no poner por escrito: que vuestra felicidad futura depende de la aceptación de esta invitación. Dice que vos no entenderéis inmediatamente el significado de estas palabras, pero me ha dado órdenes de que os asegure que tiene muy en cuenta vuestro interés, y de que añada que este asunto tiene relación con vuestra esposa.

La gran mansión en el Esquilmo era una mezcla de lujo chabacano y suciedad. Había en ella muebles de desmedida extravagancia y ricas pinturas murales y jarrones, así como una profusión de flores, pero cuando yo entré vi un perro pequeño levantando su pata para hacer sus necesidades apoyado en un sofá de marfil tallado. Nadie parecía molestarse en reprenderlo, y el número de perros y gatos que pululaban por el palacio me hizo pensar que éste no era un suceso aislado. El aire era dulzón y perfumado, como para disimular el olor a orines. Yo sabía que Mecenas no disfrutaba de buena salud y que se había retirado de la vida pública. Hacía ya mucho tiempo que su mujer, Terencia, le había abandonado, y él cohabitaba con el actor Batilo, cuyo comportamiento, hasta en el escenario, era bien conocido por su indecencia. El propio Mecenas había perdido ya cualquier reputación que hubiera podido poseer y pocas personas mencionaban su nombre sin una risita disimulada o una expresión de asco; no obstante yo sabía que Augusto aún le pedía consejo e incluso valoraba éste por encima del de los demás, con excepción del de mi difunto suegro.

Se me hizo pasar a un pequeño comedor. La mesa estaba ya puesta y Mecenas, con una toga inverosímil de seda de tonos oro y púrpura, estaba reclinado en un sofá. Estaba mirando con fijeza a un muchacho rubio que posaba, desnudo, sentado en un taburete: su tobillo derecho descansaba sobre su rodilla izquierda y no se le veía la cara por estar inclinado hacia delante examinando la planta del pie que tenía levantado. Un pintor al otro lado de la habitación estaba esbozando la silueta del muchacho.

Mecenas no se levantó cuando yo entré, ni siquiera apartó la vista del muchacho. En su lugar estiró su larga mano huesuda y apretó la pierna del joven. Interpretando este gesto como una orden, el muchacho se levantó, y sin echar la vista atrás, salió a paso lento de la habitación, arrastrando su túnica tras él. El pintor recogió sus pinturas y se marchó también. Nos quedamos solos y entonces Mecenas se levantó extendiendo ambas manos hacia mí en un gesto de bienvenida. Su rostro era macilento y estaba consumido por la enfermedad y cuando hablaba, su voz era ronca y parecía venir de muy lejos. Durante la cena no habló más que de trivialidades y me ofreció repetidas veces vino de Palermo. Él sólo comió algún pescado ahumado y un melocotón. Y entonces hizo marcharse a los esclavos.

—Ahora no invito a gente con frecuencia —comentó—. Mi salud no me lo permite. Tienes ante tus ojos, querido joven, la ruina de un hombre que está casi a punto de agotar el placer.

(Yo pensé en el rubio modelo y disentí tácitamente.)

—Y sin embargo —continuó, manoseando un higo gordo y morado, dejando que su jugo le resbalara por los dedos que a continuación se chupó antes de mojarlos en agua y secarlos con un paño de hilo—, tú eres el segundo invitado a cenar que he tenido esta semana. Asombroso. El primero fue tu padrastro...

—Vuestro mensajero insinuó —dije yo— que teníais algo que decirme en relación con mi esposa. Esta es la razón por la que he venido.

—Tiberio, te ruego que permitas a un hombre anciano y enfermo que aborde el tema poco a poco. Muéstrame, querido joven, esa paciencia que te adorna, la paciencia que pones en práctica con una habilidad tan digna de admiración en la guerra. Es mi desdicha que, lo que fue una vez afectación, se ha convertido en una parte tan intrínseca de mi naturaleza que ya no soy capaz de abordar un tema a no ser de una forma tortuosa. Lo que tengo que decir me pondría en una situación peligrosa si se lo estuviera diciendo a un hombre que no fueras tú. El que haya decidido no tener en cuenta ese

peligro es la medida del respeto que te profeso. No olvides eso. Te he observado y te he vigilado durante toda tu vida y puedes creerme, querido joven, deseo lo mejor para ti. Sin embargo, tú me desprecias, ¿no es verdad?

Yo no contesté. Él sonrió.

—Toda mi vida —dijo— he tratado de conocer bien a los hombres. Es en este conocimiento en donde se cifra toda la habilidad de que soy capaz, y lo poseo porque nunca he desoído el consejo de los dioses: «Conócete a ti mismo». Tú sabrás, porque lo sabe toda Roma, que me siento indefenso, incapaz de ser dueño de mí, en presencia del actor Batilo. Mi pasión por él me ha convertido en objeto de burla. Ya no puedo salir a la calle sin que se me insulte. Lo que fue una vez una agradable forma de entregarme al placer se ha convertido en una adicción. Necesito a Batilo y a los que son como él, sí, y más, jóvenes como ese chiquillo que acabas de ver aquí esta noche, como un borracho necesita el vino. Es eso en lo que se ha convertido mi vida. Hubo una vez en que amé a mi esposa, por así decir. Pero... —extendió las manos y sus anillos brillaron a la luz de las lámparas— pero todos han sido sólo sustitutos. Hay solamente una persona a la que de verdad he amado y procuré conseguirle lo que él más ardientemente deseaba: Roma. Su subida al poder, aconsejado por mí en innumerables ocasiones, ha salvado al estado, y tal vez al mundo. Contribuí a hacerle un gran hombre para beneficio de todos y, al hacerlo, colaboré con el tiempo y el mundo en la destrucción de aquel muchacho al que amé. Yo adoraba a Octavio y amo aún al joven que se esconde bajo la máscara de Augusto. Sin embargo, al darle el mundo, yo le perdí. Al salvar a Roma, le enseñé a poner la razón de estado por encima de las exigencias del ordinario amor humano. Yo estoy orgulloso de lo que he logrado y asqueado por sus consecuencias. Y esa revulsión que siento se manifiesta en mi propia esclavitud al placer carnal, y es para mí un pequeño consuelo que el disfrute de los abrazos es menos perjudicial para el alma y el carácter que el disfrute del poder... ¿Me estás escuchando todavía, Tiberio?

—Sí —dije—, estoy escuchando vuestras palabras y el sonido de la noche que se acerca.

—Tengo la impresión de que amas a Vipsania.

—La amo.

—Y que ella te ama a ti.

—Así lo creo.

—Y que sois felices juntos.

—Nuestro amor se ha ido acrecentando y es como un escudo protector contra las realidades del mundo.

—Un escudo inútil, me temo. Porque ¿puede el amor protegerte contra el destino?

—Yo tengo mis momentos de escepticismo en lo que al destino se refiere.

—Todos los hombres sabios son escépticos. Yo llego hasta a sentirme escéptico del mismo escepticismo... —Suspiró y se reclinó en sus cojines—. Haz el favor de darme ese frasco, hijo mío. Mi medicina. Y ten paciencia. Estamos llegando al momento crucial. Perdóname mi demora. Tenía que asegurarme de que las cosas eran tal como yo había creído que eran.

Permaneció en silencio durante un largo rato. La arena resbalaba en el reloj y las polillas revoloteaban alrededor de las lámparas. Un perrito salió de debajo del sofá donde había estado durmiendo y saltó sobre el regazo de Mecenas. Este acarició sus orejas.

—Cuando Augusto estuvo aquí la otra noche, yo le dije: «Si realmente amas a tu hija, le permitirías que se casara con un guapo jovencito como Julio Antonio, y que fuera feliz». Él me replicó que no podía dejarla que se casara con un hombre que la despreciaría. ¿Crees que estaba diciendo la verdad?

—Creo que nunca le permitiría que se casara con Antonio, aunque no precisamente por esa razón.

—No, tu juicio es acertado. No tendría confianza en él como el tutor de Cayo y Lucio. Esa sería su principal preocupación. Pero observa, estimado joven, cómo para Augusto las personas se han convertido en objetos que él puede manipular en beneficio propio, ese beneficio que él identifica con el beneficio para el estado. Y lo más terrible es que hace bien en creerlo así. La otra noche le dije que todo el mundo tenía que someterse a su monstruosa voluntad. Y añadí que esa voluntad había llegado a dominar a Roma, a todos nosotros e incluso a él mismo, que había destruido su capacidad para la imaginación y para cualquier calor humano. «Tú —le dije— eres tan prisionero de tu vicio como yo lo soy del mío.» Y entonces, Tiberio, le dije lo que iba a pasar. Todo esto es como una confesión. Necesitamos más vino.

Cogió una campanilla y la hizo sonar dos veces. Un esclavo maquillado y con una túnica corta trajo una jarra de vino y llenó dos copas. Mecenas se llevó el borde de la copa a los labios y lo mantuvo allí mientras observaba la salida del muchacho, que nos dejó solos.

—Yo le dije: «Terminamos como prisioneros de nuestro propio carácter. ¿Quieres que te diga lo que vas a hacer? Vas a obligar a Tiberio a que se divorcie de Vipsania...»

Cuando pronunció esas palabras fue como si un temor que yo había estado tratando de rechazar se hubiera erigido frente a mí con una espada desenvainada.

—Sí, mi querido joven..., «después de todo», dije, «Vipsania ha perdido todo su valor después de la muerte de su padre. Nada importa que ella y Tiberio hayan sido felices juntos porque esa felicidad se ha convertido en un obstáculo para tus proyectos de más envergadura. La echarás a un lado y lo obligarás a él a que se case con Julia. Es un hombre fuerte», dije, «y un hombre de honor». Y no te digo esto ahora para adularte sino porque siempre he encontrado necesario explicarle a Augusto cómo consigue que su voluntad dé la impresión de ser razonable... «Harás lo que es debido en relación con tus nietos», continué... Conforme yo hablaba podía ver cómo las nubes que lo envolvían se iban disipando. Me sonrió, con la misma afectuosa sonrisa que recuerdo de los tiempos en que los dos éramos jóvenes, la sonrisa que me concedía cuando yo le solucionaba una dificultad. Por un corto espacio de tiempo pareció que se había reavivado nuestra vieja intimidad. Me sentí feliz. Pero más tarde, cuando él ya se había ido, me entristecí al pensar que el renacer de esta intimidad había sido posible solamente porque yo había podido mostrarle lo que él mismo quería hacer, aunque él todavía no había llegado a reconocerlo...

—Conocéis a mi padraastro muy bien —dije.

—Sí, creo que lo conozco aún mejor que la propia Livia. A diferencia de ella, recuerdo al muchacho con quien me reí y a quien amé antes de los días de las proscripciones, antes de que se pusiera de acuerdo con Marco Antonio y aquel imbécil de Lépido para subrayar los nombres de aquellos que debían ser asesinados, simplemente porque su presencia se había convertido en un obstáculo. Una vez que un hombre ha sido capaz de hacer eso, Tiberio, puede siempre encontrar una excusa para cualquier cosa.

—¿Por qué me contáis todo esto? ¿Es tal vez para prevenirme de forma que pueda negarme a aceptarlo?

—Tiberio, Tiberio, creí que tenías más talento. —Cerró los ojos, y cuando volvió a hablar, su voz parecía venir de una gran distancia, a través de los arenosos desiertos de la experiencia—. Sí, lo creí. ¿Cómo puedes dejar de comprender el mundo que Augusto ha creado, con mi ayuda y la de Agripa? La ocasión para una resistencia eficaz ha pasado ya. Un acto de rebelión ahora no es más que una manifestación de petulancia, como ordenarle al viento que deje de soplar.

—Puedo muy bien matarme antes de someterme...

—Tiberio, no olvides que «Conócete a ti mismo» es el precepto de los dioses. Tu naturaleza está hecha para servir. Obedecerás. Y estarás orgulloso de tu obediencia.

—Nunca...

—Digamos entonces que te consolarás con el pensamiento de que obedeces en el interés público. Y permíteme que diga algo más; cuando Augusto te exponga su plan, te asegurará que me ha consultado, y que mi consejo ha sido siempre bueno para el bien público. Tu sumisión se convertirá entonces en un acto de virtud, de la misma manera que tu rebelión se entenderá como la expresión de tu voluntad individual y egoísta. ¿Cómo es posible, Tiberio, que pongas algo tan insignificante como tu matrimonio por encima de la majestad del interés de Roma? Juntos —olfateó su vino— restauramos la República y creamos un despotismo, un mundo adecuado para el poder, gobernado por el poder, un mundo en que los benévolos valores ya no tenían lugar, un mundo donde unos ordenan y otros obedecen, una visión del futuro en la que una dura helada se apodera de los corazones de los hombres y en el que la costumbre de un temeroso sometimiento anula todo sentimiento generoso...

Lo dejé y entré en una noche oscura, en que el humo me ahogaba, noche de la que a veces me parece que no he salido nunca. Al bajar los resbaladizos escalones de su palacio, se me acercó una prostituta. La monté, en un acto de ira, como a una cabra, contra la pared. Le pagué diez veces más de lo que me pedía.

—Debes subir tu tarifa —le dije—, ya que, al perecer todos los valores no hay posibilidad de que sobreviva ninguna medida de lo que realmente valen las cosas, y tú puedes pedir lo que quieras.

—¡Oh, gracias, señor, ojalá todos mis clientes fueran caballeros como vos!

No salí de mi cuarto en dos días. Yací allí en taciturno letargo, anegándome el vino. Cuando recibí un mensaje pidiéndome que me presentara ante el princeps, contesté que estaba enfermo y me volví cara a la pared.

Al tercer día llegó una carta de mi esposa. La tengo aquí ahora. Nunca se ha separado de mí, en todos estos años...

Esposo:

Siento el corazón pesado al escribir esta palabra por última vez. A partir de ahora permanecerá encerrada en mi dolorido corazón.

No te censuro a ti porque comprendo que tú eres también una víctima y que también estarás sufriendo. Y lo creo así porque tengo absoluta confianza en tu amor por mí. Ni siquiera te reprocho, mi amado Tiberio, el que no hayas tenido el valor de darme personalmente tan terribles nuevas. Hasta me parece oír tus protestas alegando que por qué has de tener que hacerlo cuando nada tiene que ver con tus deseos... Es precisamente la certidumbre de que no lo desees lo que hace más llevadero mi dolor.

Mi propia vida, me doy ahora cuenta, está casi terminada y sólo existo para cuidar de nuestro hijo. Pero tampoco puedo convencerme a mí misma de que esto pueda ser así, porque se me ha indicado que se me compensará con un nuevo y respetable matrimonio. No lo quiero, pero como tampoco quiero lo que está a punto de caer sobre mí, lo que, por mejor decir, ha caído ya sobre mí, no tengo ninguna duda de que me someteré. Se me educó para cumplir con mi deber, y esta nueva etapa se me presentará como un nuevo deber. Dudo de si debo continuar escribiendo, en caso de que mis sentimientos me traicionen.

Quisiera también hacerte una advertencia. No lo haré, porque mi juicio puede estar equivocado, porque estoy cierta de que compartirás mis dudas y porque sería indecoroso e imprudente decir lo que pienso. Simplemente añadiré que mi padre una vez manifestó que hacer feliz a Julia era tarea para un dios y no para un hombre.

Sé que continuarás ocupándote amorosamente de nuestro hijo, aun dándote naturalmente cuenta de las nuevas e importantes responsabilidades que has asumido...

Cree, mi querido Tiberio, en el eterno amor y devoción de..., pero ya no sé cómo llamarme a mí misma...

No sé por qué he guardado esta carta, porque me la aprendí de memoria casi desde la primera vez que la leí. Le doy vueltas en mi mente, para lacerarme y para tranquilizarme. Es al mismo tiempo una daga y un talismán.

Tal vez lo más asombroso de este desdichado episodio es que nunca hablé de él con Augusto. En las semanas que le siguieron se condujo conmigo con benevolencia, respeto y esa actitud evasiva de la que era maestro supremo. Hubo innumerables momentos en que parecía que iba a abordar el tema, otros en que parecía que se me había dado una oportunidad que me permitiría a mí hacerlo; no obstante, nada se dijo hasta la víspera de mi boda con Julia, cuando Augusto me abrazó —casi sin esa involuntaria contracción que siempre sentía cuando me tomaba en sus brazos— y me reiteró su amor y la confianza que tenía en mí, sentimientos endulzados por su obsequio de una villa y terreno en Ravello.

—Al fin —dijo— puedo enfrentarme al futuro sin Agripa.

Pero ya había desahogado mi rabia con mi madre, me había enfurecido y había suplicado. Había bramado, maldiciendo la maldad de la fortuna que me había privado de lo que yo más estimaba y valoraba. Había asegurado que, si se me privaba de Vipsania, se me incapacitaría para continuar con éxito en mi carrera. Juré que la complicidad de Livia en esta brutalidad terminaría destrozando el amor y el respeto que sentía por ella. Y en la intimidad de la alcoba de mi madre, maldije a mi padrastro, que había fabricado ese mundo en que a mí se me obligaba a vivir.

Livia me acusó de comportarme como un niño mimado; pero lo que yo estaba era destrozado, se me había ofendido y afrentado.

Y era ella, mi madre, la que lo había hecho. La vi en aquel momento, una mujer enjuta, con un cabello que iba perdiendo su lustre y un rostro cada vez más cincelado como si se estuviera preparando para que su memoria se conservara en piedra, y la vi como a un ser que me había fallado a mí, su hijo, por la absoluta sumisión a su esposo, por la subordinación de su deber de madre para conmigo a la voraz ambición de ese mismo esposo, así como la que ella misma tenía en relación con él. Me sentí lleno de resentimiento y la boca me sabía a bilis. Pero incluso mientras dejaba que esa amargura la llenara, sabía que mi reacción era absurda.

Como sabía también que todo hombre lleva dentro de sí su propio destino y que echarle la culpa a mi madre por lo que me pasaba a mí ahora era tan ridículo como echarle la culpa al invierno por cubrir de nieve las montañas. Sabía también que era despreciable para un hombre de mi edad, un hombre que había logrado lo que había logrado yo, un hombre que había estado al frente de ejércitos y enviado a otros hombres a la muerte, experimentar un resentimiento como éste. De hecho mi resentimiento era tan despreciable como lo era mi sumisión; sin embargo no podía evitarlo.

Pronto aprendí también a no despreciarme a mí mismo por haberme sometido. ¿Qué otra cosa podía haber hecho? Había visto marchitarse vidas cuando los hombres se enfrentaron con Augusto. He visto desde entonces cómo no existen consideraciones de afecto, lealtad o decencia que sean capaces de apartarle de un curso de acción deter'minado que él ha juzgado conveniente o necesario. Todos los hombres, sí, y todas las mujeres también, son para él, en última instancia, objetos maleables; criaturas cuyas vidas pueden deformarse o truncarse por sólo una orden suya. Me dije que, si hubiera enfrentado mi voluntad a la suya, no me habría servido de nada: se me hubiera enviado al destierro, se me hubiera seguido privando de la compañía de Vipsania y el futuro de mi hijo Druso se hubiera ensombrecido. Mi consentimiento era la única manera de protegerle.

Yo me decía esto y sabía que era verdad; no obstante despreciaba todavía mi debilidad. Para aplacar mi mente afligida convertí el desprecio que sentía hacia mí mismo en un penetrante desprecio por la degeneración de nuestros tiempos, en los que, con la pérdida de nuestra vieja virtud republicana, hasta la nobleza de Roma se había convertido en juguete del déspota. «¡Oh generación digna de la esclavitud!», murmuré; y los que me oyeron y retrocedieron ante mis duras palabras, no comprendían que yo me incluía entre los esclavos.

Así que nos casamos. La noche antes de la boda me quedé levantado hasta tarde tomando unas copas de vino con mi amigo Cneo Pisón, un hombre que siempre ha estado dispuesto a beber lo mismo que yo. Pisón, como miembro de una familia casi tan distinguida como la mía, sería más tarde mi colega en el cargo de cónsul. Compartíamos algo más que el gusto por la buena bebida porque, lo mismo que yo, era un duro crítico de los vicios de la época y añoraba la virtud del estado libre. Pero siendo como era un realista, reconocía que los grandes días habían pasado a la historia. Tenía —y sin duda lo tiene todavía— un talento especial para hacer acerbos y pertinentes observaciones, habilidad que me había agradado desde los días en que nos conocimos por primera vez.

—Bueno, Tiberio —dijo aquella noche—, el propio Hércules se hubiera acobardado ante la tarea que se te echa ahora a ti encima.

—La historia conyugal de Hércules no fue una historia feliz.

—La mayoría de la gente te consideraría un hombre afortunado, por supuesto. No solamente es la hija del princeps sino la más bella y seductora mujer en Roma.

—Creo que le fue fiel a Agripa.

Pisón se rió.

—Existe la fidelidad concreta temporal, pero existe también la fidelidad en sentido más amplio, parecida a la que profesamos a una idea o a una causa.

—¿Qué quieres decir? No es cosa tuya el hacer juegos de palabras. [\[1\]](#)

—Cuando te enfrentas con mujeres como Julia, ¿qué otra cosa se puede hacer con ellas?

—No te comprendo y creo que me alegro de no comprenderte.

—Tiberio, ambos conocemos a Julia. Ambos hemos conocido a Julia. No olvides que yo pertencí una vez al personal que rodeaba a Marcelo... y, viejo amigo, cuando ese lindo jovencito vivía, ¿qué eras tú para Julia? ¿La puedes ahora controlar?

Empujé la botella de vino en dirección a él.

—¿Qué me aconsejarías?

—Yo te aconsejaría que no te mantuvieras en la posición en que estás ahora. Pero dado que lo estás y no hay solución para ello, no nos quedan entonces más que dos cosas que hacer. En primer lugar debes insistir en que te acompañe a donde se encuentren los ejércitos, de manera que la tengas al alcance de los ojos. Segundo: manténla siempre embarazada. A una mujer coqueta sólo se la puede sujetar así.

Yo tragué el vino e hice un gesto.

—Te olvidas —dije yo— de que mi madre estaba precisamente en esa condición cuando la sedujo el princeps. Pero las situaciones —continué después de una pausa durante la cual el silencio y la incertidumbre llenaron la estancia— no son análogas. Si mi padrastro no era todavía princeps y Augusto, era no obstante un triunviro. No existe nadie hoy en día con ese hechizo del poder...

—Sí, y Livia era ya una mujer celebrada por su virtud. Como tú bien dices, las situaciones no son análogas.

No había visto a Julia desde hacía más de dos años y ahora no nos habíamos puesto en comunicación en relación con lo que se había decidido acerca de nuestro futuro. No tenía, por consiguiente, ni idea de si le parecía bien este enlace. En años recientes no había mostrado ninguna indicación del deseo que había sentido por mí cuando éramos jóvenes, y no podía creer que yo hubiera sido el hombre a quien ella había elegido.

Julio Antonio era, por supuesto, un mentiroso, pero la confianza con la que había hablado de los sentimientos de Julia por él había sido convincente. Por otra parte a Julia nunca le había gustado Vipsania y estaría encantada de haber triunfado sobre ella. Estas reflexiones me habían puesto nervioso, y la tarde que había pasado con Pisón me había dejado intranquilo. Me serené con una jarra de vino antes de la ceremonia y después, para evitar las críticas de Livia, y tal vez de la misma Julia —aunque las suyas hubieran adoptado el carácter de burla—, endulcé mi aliento con un puñado de pastillas de violeta.

Mi madre me hizo ir a sus aposentos. La encontré sola, lo cual me alegró, porque había tenido miedo de que estuviera allí también mi padrastro. Aunque pensé luego que la idea de verme frente a frente antes de que se realizase la ceremonia matrimonial no le agradaría, por si acaso yo trataba de salirme con la mía. (A menudo ha hecho la observación de que me parezco a una mula: broma de mal gusto en estas circunstancias.)

Livia me besó en la frente.

—Este es un momento solemne para ti, hijo mío —dijo.

—Madre, no hay necesidad de disimular cuando estamos solos. Porque supongo que estamos solos; que no hay espías escondidos, ni delatores ocultos tras los biombos.

Hizo un gesto de irritación.

—No hay por qué adoptar ese tono, Tiberio. Veo que estás todavía enojado. Bien, puedes estar todo lo malhumorado que quieras pero me alegro de que al menos tengas el sentido común de hacer lo que vas a hacer. Yo estaba a punto de alabarte por tu concepto del cumplimiento del deber. Ver, aquí, siéntate a mi lado y escucha lo que te voy a decir. Pero ¿qué has estado comiendo? Te huele muy mal el aliento.

—Pastillas de violeta, madre. Mi médico me las recomienda para el ardor de estómago. [\[2\]](#)

—Entiendo. Bueno, no tiene importancia. ¿Estás bromeando cuando dices ardor de estómago?

—No, madre.

—Nunca me han gustado tus bromas. No las comprendo, pero ha habido siempre un toque de crueldad en tu sentido del humor. Pero dejemos este asunto. Yo quería hablar contigo antes de que tenga lugar este matrimonio, ya que sé que no es de tu agrado. Confieso que tampoco lo es del mío. Julia y yo somos polos opuestos, no hay que darle vueltas. No se me ocurre pensar en un solo asunto que hayamos estado de acuerdo. Ni siquiera sobre Augusto, porque yo lo amo por lo que es y ella tan sólo por lo que recibe de él. Y ahora lo que le está dando eres tú, hijo mío, y tampoco estoy cierta de que eso sea lo que quiere. De manera que presiento problemas en el futuro...

—En ese caso, madre...

—No, no me interrumpas. Seguramente te estás preguntando por qué, al final, he dado mi aprobación a este matrimonio. Y digo al final porque me creas o no, y tú nunca has creído nada que vaya en contra de tus bien enraizadas convicciones, bien lo sé yo, tengo que decirte que me opuse a él todo lo que pude. Le dije a Augusto que Vipsania te hacía feliz. Incluso tuve que reconocer que a veces estaba celosa de ella como las madres lo están, a menudo, de las esposas de sus hijos. Pero... de nada me sirvió. La realidad es que tú eres una víctima, un sacrificio a la razón de estado. Tu felicidad doméstica se está sacrificando a la necesidad. Y la necesidad

impone sus propias reglas. Julia necesita un marido y los muchachos necesitan un padre, y la naturaleza de Julia exige que esa persona sea un hombre admirable, honorable y en quien se pueda confiar. Ésa es la razón por la que se te ha obligado a comportarte de forma deshonrosa hacia Vipsania para poder comportarte honrosamente hacia Roma. La gente como nosotros no podemos permitir que nuestra vida siga los impulsos naturales, porque no podemos disfrutar de una vida privada.

—Lo comprendo, madre... —Y lo comprendía. Entendía bien la fuerza de los imperativos políticos. Si no hubiera sido así, habría luchado más encarnizadamente—. Lo que sí siento —dije— es que haya tenido que ser yo.

—No había nadie más...

¿Estaba el mismo pensamiento en las mentes de los dos? ¿Que la elección podía haber recaído en Druso? Si eso era en lo que estábamos pensando, yo al menos no lo mencioné. Siempre creí que Druso era diferente, que nunca se le pediría que hiciera el mismo sacrificio de su interés personal que se me pedía regularmente a mí. Druso era diferente. Le gustaba a todo el mundo. Yo mismo le profesaba un gran afecto. Druso era, si se me permite usar un adjetivo suave, simpático, agradable. Pero lo era porque nunca se le había sometido a un desafío emocional. Livia había tenido siempre con él una relación feliz, risueña. Y Augusto sonreía cada vez que mi hermano aparecía.

Además, Druso estaba casado con Antonia, la hija de Octavia, y, aun dejando a un lado los sentimientos de mi padrastro hacia su hermana, la hija de ésta era más imprescindible, menos sacrificable que mi pobre Vipsania. No, Druso podía dormir tranquilo.

Yo hice lo que pude. No tengo nada que reprocharme. Había momentos en que hasta me sentía optimista. Durante algún tiempo parecía que este matrimonio iba a resultar bien, que íbamos a poder vivir en cierta medida satisfechos.

Julia me otorgó su sonrisa más radiante. Cuando nos quedamos solos, murmuró, como solía hacer:

—Viejo oso, viejo oso —y acarició mis mejillas con unos dedos tan suaves como el contacto de una flor—. ¡Qué rostro más áspero, oso viejo, gris y curtido por la intemperie!...

Me besó en los labios.

—Como el de Agripa —dijo—. Qué extraño va a ser. Es como dar marcha atrás y sin embargo volver a donde se empezó...

Se quitó la camisa y se quedó de pie frente a mí en su plena, madura hermosura. La luz de la luna entraba en la habitación dejando un brillo de plata y oro sobre su carne. Se puso de rodillas delante de mí y metió sus manos bajo mi túnica.

Es de noche ahora, al escribir esto. Puedo oír el sonido de las olas rompiendo sobre las rocas a mis pies y el silencio se eleva desde la ciudad, y puedo ver ahora de nuevo el rostro de Julia levantado hacia mí, sus labios abiertos y una humedad como de rocío debajo de los ojos. Rezumaba deseo y yo tenía miedo de no poder satisfacerla. Me condujo hacia el lecho...

—Esposo, ven, ven, oso viejo, hubo una época en que me anegaste de placer y yo... —me acarició con los labios—. Tiberio, Tiberio, Tiberio...

«Tiberio, Tiberio, Tiberio...» Yo me sentía siempre inquieto. Hasta cuando sabía que la estaba complaciendo, me sentía inquieto, atormentado por las comparaciones que estaba seguro se le venían a la mente... Hasta cuando gemía, en la culminación de su éxtasis, mi mente parecía permanecer aparte, y yo me preguntaba si Julia simulaba su gozo.

¿Intentaba hacerlo? Creo que sí. Tengo que creer que sí. Ahora que no tengo nada urgente que hacer, paso horas y horas reflexionando sobre mi vida pasada, ponderando mi comportamiento y el de los demás. Demasiadas horas tal vez porque una introspección tan intensa puede convertirse en una enfermedad, en una droga poderosa. Hay momentos, sin embargo, cuando se me ocurre pensar que Julia aprovechó la oportunidad que le proporcionaba nuestro matrimonio para escapar a las exigencias de su propia naturaleza, que bien conocía, y a veces (creo) temía. Como toda persona que experimentaba un fuerte impulso hacia la disipación, una nostalgia de todo lo que es bajo y sucio en la existencia humana, Julia estaba atormentada por dos inclinaciones opuestas: el sucumbir a esa atracción y el deseo de vivir una vida virtuosa, deseo ciertamente intermitente pero no menos fuerte por estar frecuentemente en suspenso. Buscaba con avidez los muchos y variados placeres de los sentidos, encontrando su plena satisfacción en los extremos, pero consciente no obstante de cómo su degradación disminuía la intensidad de la respuesta que recibía. En sus mejores momentos se me aparecía como una divina criatura de la naturaleza, espontánea, generosa, dispensando y aumentando el placer. No obstante había siempre una desesperación en su felicidad,

como si persiguiera ese placer para huir de una visión de soledad. Llenaba su vida de sensaciones a fin de no verse obligada a contemplar una visión de insignificancia. No pudiendo encontrar un firme apoyo en la experiencia, sentía una aguda y constante inquietud de que nada tenía importancia.

—Vivimos, morimos, y esto es todo —solía decir—. ¿Qué otra razón puede haber para vivir sino el prolongar e intensificar el placer...? —Pero cuando hablaba así me parecía ver en torno a ella una oscura neblina, que helaba la sangre y oscurecía el futuro.

Me acompañó, como sugirió Pisón, a los ejércitos en campaña. Disfrutaba de la vida del campamento y nunca se quejó de cansancio en las largas marchas. Los soldados y los oficiales la adoraban, admiraban su buen humor y lo dispuesta que estaba a tomar a broma las incomodidades y los accidentes inseparables de la vida militar.

Me di cuenta de que mi propia popularidad —nunca grande porque siempre he sabido que yo ganaba respeto más que afecto— aumentó gracias a ella. Con gran sorpresa mía, vi cómo la viuda de Agripa estaba más a gusto en campaña de lo que lo había estado la hija de Agripa; porque la inevitable brutalidad de la vida militar había causado horror y repugnancia a la reservada y tímida manera de ser de Vipsania. Hasta cierto punto Julia compartía estos sentimientos, pero mientras que Vipsania huía de todo lo que en la vida militar le desagradaba, Julia se manifestaba abiertamente en contra de lo que le parecían castigos excesivamente severos. Una vez la encontré untando una pomada refrescante en la espalda de un soldado a quien se había azotado por contravenir la disciplina. La debía haber reprendido por una acción que ponía en duda la justicia del castigo infligido a este hombre, pero no pude hacerlo ni siquiera cuando el centurión que había azotado al hombre presentó una queja.

En otros aspectos, los primeros años de nuestro matrimonio no fueron tan satisfactorios. Hasta en la intimidad de estos recuerdos me cuesta trabajo hablar de los más íntimos detalles de nuestra alcoba conyugal. No me parece bien el hacerlo. Pero por otra parte, es imposible decir la verdad acerca de un matrimonio si uno se niega a hablar de esto, e imposible también enfrentarse a esa misma verdad. Por añadidura, no se puede pensar en ningún matrimonio, como por ejemplo el de Livia y Augusto, sin preguntarse lo que ocurre en el lecho.

Julia no encontró nunca la menor dificultad en excitarme; no obstante, después de haberlo logrado al máximo, despertando en mí un intenso ardor,

yo permanecía tímido, o tal vez temeroso de comparaciones. Me parecía imposible creer que yo pudiera satisfacerla. Coqueteaba con los jóvenes oficiales de mi personal y, mirando cómo les sonreía y se reía a carcajadas de sus estúpidas bromas de muchachos imberbes, sabía que le proporcionaban una alegría que yo no podía emular. Estoy seguro de que las cosas no iban más allá de ese coqueteo, aunque era evidente que algunos de estos muchachos estaban locamente enamorados de ella. A Julia le gustaba dejar las cosas así; la admiración de estos jóvenes le proporcionaba un intenso placer. Los inviernos íbamos a la costa de Dalmacia y fue allí donde concibió a nuestro hijo.

Algo extraño me ocurrió después del nacimiento de nuestro hijo. Me enamoré de mi mujer. Al principio no quería ni siquiera admitírmelo a mí mismo. Me parecía algo desleal a la memoria de Vipsania. Pero ocurrió y creo que empezó cuando vi a Julia echada en el lecho, con su cabellera extendida sobre la almohada, como un abanico, y con nuestro hijo en sus brazos. Nunca había pensado en Julia como en una mujer maternal —su actitud hacia los dos muchachos, Cayo y Lucio, era brusca y algo escéptica—, no estaba de acuerdo con el concepto que tenía de sus cualidades el abuelo de los niños. Pero arrullaba dulcemente al pequeño Tiberio (como había insistido en que lo llamáramos) y yo, al verlos a los dos, pensé: «Esto es mío, esta mujer es también mía, el objeto de deseo más codiciado en la ciudad de Roma es mío, mío y solamente mío», y mi corazón rebosaba de amor. Me arrodillé junto a su cama, cogí su mano y la cubrí de besos. La cogí en mis brazos y la abracé con una tierna confianza y un ardiente deseo que nunca había sentido antes, ni siquiera hacia Vipsania. Yo me sentí aquella noche y durante meses después un príncipe entre los hombres.

Y Julia respondía. Eso fue lo más extraordinario. Estuvimos, durante un breve espacio de tiempo, absortos y perdidos el uno en el otro, lo mismo que en las montañas las nubes pueden de repente y sin previo aviso desaparecer de las cimas, dejando al caminante bañado en una luz dorada y vivificante.

Julia me dijo:

—Por primera vez, viejo oso, siento que estoy viviendo la vida que debo vivir. No te puedes imaginar la frustración que he tenido que soportar. Toda mi mala conducta es el resultado de esa frustración, y del aburrimiento. ¡Oh, qué aburrida me he sentido! Se me obligó a que me casara con Marcelo, después con Agripa, sí, ya sé que tú le admirabas, pero

¡puedes considerarte dichoso de que no tuviste que ser su fiel esposa! Mi padre se sorprende de que yo no ame a Cayo y a Lucio como los ama él y se sentirá muy celoso cuando vea cómo adoro al pequeño Tiberio. Mi padre no lo entiende: es porque ese hombre era su padre y no puedo mirarlos sin oír el eco de su voz, esa voz monótona, una y otra vez... Tal vez te ame a ti porque hablas tan poco, viejo oso... Lo único que he deseado en la vida es pasarlo bien y mi padre ha tratado de erradicar de lo más profundo de mi ser este deseo.

Solía hablar así, tendida desnuda en nuestra cama, y de repente a lo mejor estiraba una de sus largas piernas y con una flexibilidad que a mí me parecía deliciosa, se pintaba las uñas del pie de color rosa nacarado, con un delicado pincel. O descansaba, cálida y húmeda y relajada y feliz, en mis brazos, con su cabello haciéndome cosquillas en los labios y en la mejilla, y se quedaba profundamente dormida. Y yo me preguntaba si la vida podía tener más que ofrecer que permanecer extendido así, con la confiada y satisfecha prueba de mi virilidad amorosamente estrechada entre mis brazos y sumida en un tranquilo sueño. ¿Puede haber algo semejante a esta sensación de descender a las arenas del olvido con la mujer que uno ama en los brazos?

Al escribir estas líneas siento renacer mi deseo y después el remordimiento y la desdicha invaden las defensas que con tanto trabajo he construido.

En el otoño de ese mismo año, cuando Julia y yo descubrimos nuestro amor, murió mi hermano Druso. Estábamos los dos ocupados en una doble campaña en las fronteras del norte del Imperio. Mientras yo sometía Panonia, avanzando hacia las orillas del caudaloso río Danubio, Druso, con una mezcla de prudencia y audacia digna de admiración, se adentró en los misteriosos bosques de Germania atravesando el territorio de los queruscos y los marcomanos hasta llegar al río Elba, donde erigió un trofeo para señalar la nueva frontera de la dominación romana. Pero esto no fue una mera incursión, porque hizo construir una serie de fortificaciones siguiendo la dirección de su marcha, para proteger su retaguardia, mientras que al mismo tiempo nuevas y bien guarnecidas fortificaciones defendían el Rin. No hubo nunca un romano que mereciera más crédito ni que hiciera más por nuestra ciudad que mi querido hermano Druso en sus campañas en Germania. Pero poco después, al cruzar un río crecido por las lluvias de octubre, su caballo resbaló. Druso se dio con la cabeza en una roca agrietada, y se le tuvo que sacar sin conocimiento del agua. Se me comunicaron las noticias de lo ocurrido y demorándome lo imprescindible para dejar organizado lo necesario para mis tropas, me puse en marcha velozmente hasta llegar a su cabecera. Recorrí unos setecientos kilómetros en menos de sesenta horas y llegué al fin para encontrar a sus médicos pálidos y nerviosos. Sintieron un gran alivio al verme, porque sabían que yo confirmaría que habían hecho todo lo posible por mi hermano. Druso recobraba el sentido sólo de forma intermitente. Yo me senté al lado de su cama de campaña, dirigiendo a los indiferentes dioses oraciones inútiles, mientras que él, desdichado muchacho, balbucía palabras que yo no podía entender, y se agitaba moviéndose de un lado a otro, presa de una terrible fiebre.

—Está tan débil —decían los médicos—, que no nos atrevemos a sangrarle más.

En su lugar aplicaron compresas de hielo a sus sienes y frotaron su cuerpo con una esponja empapada en agua extraída de un pozo profundo. El sudor se secaba en su frente. Abrió los ojos, me vio, me reconoció y me

habló con una voz que era tranquila pero que tenía ya un sonido como procedente de otro mundo.

—Sabía que vendrías, hermano. He estado esperando hasta que vinieras... Dile a nuestro padre —incluso en ese momento advertí la naturalidad con que Druso usaba ese término para referirse a Augusto— que he cumplido con mi deber. Pero no creo que nunca podamos... —y sollozó.

Yo le apreté la mano. De nuevo se abrieron sus ojos.

—Cuida de mis hijos, hermano, y de mi amada Antonia. Siempre ha sentido respeto y afecto por ti, y...

Su voz se debilitó y él pareció ahogarse. Le acerqué una taza de vino con agua a los labios.

—Me siento como un desertor. —Suspiró, cerró los ojos, y unos instantes después murió.

Me quedé sentado a su lecho mientras la noche helaba mis huesos. Recordé su inocencia y su naturalidad, su honradez, su facilidad para otorgar afecto. Una vez vino a verme y me sugirió que fuéramos a hablar con Augusto y le recomendáramos que hiciera restaurar la República hasta recobrar la forma que tenía antes.

—Tú y yo, hermano, sabemos que la restauración que nuestro padre llevó a cabo era falsa, y que sólo una resurrección de nuestras antiguas instituciones puede hacer posible el que Roma recupere su salud moral, su vieja virtud. —Yo le puse la mano en el hombro para expresar mi conformidad, e hice un gesto negativo con la cabeza.

—Estás pidiendo lo que no puede ser —le dije. Pero, ahora, al oír el chillido de una lechuza a través de la noche, sabía que era la buena disposición de Druso para intentar lo imposible, su rotunda negativa a sentirse obligado a obrar por la apariencia de la necesidad, lo que me había hecho amarlo.

A la mañana siguiente se vació y embalsamó su cuerpo. Y al día siguiente empezó su largo viaje a Roma el cortejo funerario. Yo caminaba a pie junto a la rueda del vehículo que transportaba su féretro. En cada pueblo que pasábamos la gente se descubría, porque su fama le había precedido. De noche dormí en un colchón extendido en el vagón, al lado de su féretro. Así cruzamos los Alpes, salimos de las lluvias y descendimos a través de Italia, donde los campesinos estaban de vendimia, y los olivos crujían bajo el peso de la fruta. Llegamos a Roma y se sepultó a mi hermano en el

mausoleo que Augusto había hecho construir para la familia; yo hubiera preferido que reposara en una tumba Claudia, pero no se consultaron mis deseos.

Mientras tanto Julia había permanecido en Aquilea, en la Galia Cisalpina, en el extremo septentrional del Adriático. Estaba esperando otro hijo y su médico le había prohibido viajar.

En una cena, Augusto habló de Druso. Fue sincero, y sus palabras me produjeron cierto embarazo. Siempre que su voz se llena de miel, no puedo por menos de darme cuenta de lo que deja de decir. Me produce inquietud la sensación de contradicción y discrepancia que experimento: saber que esta cálida y hermosa voz ha escupido órdenes para matar a gente y destruir vidas humanas. Trato de hallar excusas para disculparle, diciéndome a mí mismo que no es culpa suya el que se le haya puesto en una situación en la cual no tiene más remedio que tomar decisiones intolerables. Y entonces me acuerdo de que se halla en esa situación precisamente porque lo que deseaba era poder.

Después pasó a hablar de todos los seres que le habían dejado: de Agripa, del poeta Virgilio, de Mecenas, que estaba agonizando, y del propio Druso. Y entonces se volvió hacia sus nietos, mis hijastros, que son también —todo esto se hace cada vez más confuso— sus hijos adoptivos: Cayo y Lucio. Les dijo que eran la luz de su vejez, el fuego que calentaba su corazón, y la esperanza de Roma. Lucio, que es el más simpático de los dos, y realmente un chiquillo bueno y afectuoso, tuvo la cortesía de ruborizarse.

Pero a la mañana siguiente era de nuevo el princeps, dominando a Augusto el sentimental, que tiene la capacidad de embarazarme, de hacerme sentir violento.

—Tendrás que ir a Germania —dijo—, a hacerte cargo del deber que ha dejado Druso.

Yo le indiqué que la situación en Panonia era todavía inestable.

—Has conseguido mucho allí —dijo—, y Cneo Pisón tendrá la competencia necesaria para consolidar tu obra. Pero la situación en Germania es distinta. Druso ha empezado, pero su obra se desmoronaría si no la continuamos. ¿No te das cuenta? Hay que subyugar a Germania, hacer que las tribus entren en nuestra órbita, o si no, todo lo que allí logró Druso se perdería. Sería como si nunca hubiera estado allí. Y tú, Tiberio, eres el único hombre capaz de lograr la victoria total que será la verdadera conmemoración de la obra de tu querido hermano, mi amado hijo...

Volvió a su voz, con esta última frase, el tono de embarazosa sinceridad. Era la sinceridad del actor. Entonces dijo:

—Me parece que tienes dudas acerca de la campaña en Germania.

Parecía estar nervioso mientras yo permanecía en silencio.

—Vamos, responde...

—Perdón, estaba poniendo en orden mis pensamientos. Druso no tenía duda...

—Y ésa fue la razón por la que le mandé primero a él a Germania, y a ti, Tiberio, a Panonia.

—Sí —dije—, la situación en los dos frentes me parece bastante diferente. Basta mirar el mapa para comprenderlo. Panonia, la frontera del Danubio, está a una corta marcha de distancia de la Galia Cisalpina, y aunque todavía usamos el término, a mí me parece que la provincia se diferencia muy poco de la propia Italia...

—Eso es lo que Virgilio, que, como recordarás, era de Muntua, en el norte de esa provincia, solía decir. Y los dos tenéis razón. Y ¿qué quieres decir con esto?

—Que debemos conservar Panonia y la línea del Danubio. Pero Germania es diferente. No me parece que las tribus se presten a que se las civilice. Mientras que Galia misma puede ser adecuadamente protegida por la barrera natural del río Rin. Por todo esto dudo del valor de Germania, ciertamente en proporción a lo que va a costar subyugarla. Temo que algún terrible desastre caiga un día sobre los ejércitos romanos en aquellos salvajes bosques. Germania es un desierto de árboles.

—No obstante —continuó Augusto; y yo sabía que, al pronunciar esa palabra, mis objeciones no servirían de nada, porque su decisión estaba ya tomada. Cuando el princeps pronuncia esa palabra, eso significa que acepta la validez de tu razonamiento, pero que su voluntad ha de prevalecer—. Un imperio como el de Roma no puede descansar. El día en que cese de crecer será el día en que nosotros dejaremos de cumplir nuestro deber. Los dioses prometieron a Eneas y sus descendientes un imperio sin límites. No podemos arrogarnos la responsabilidad de decidir que ya hemos ido suficientemente lejos. Naturalmente, por razones tácticas, se puede tomar una decisión así, momentáneamente. Pero sólo así. Por añadidura, es solamente la expansión de nuestro Imperio lo que hace que la nobleza romana se resigne a la pérdida de libertad. No olvides esto nunca.

—Libertad que se perdió precisamente en aras del Imperio.

—Una verdad innegable, y por lo tanto una verdad de la que no se debe hablar.

Augusto se presentará a sí mismo como un enigma para los historiadores. Porque ¿cuál de sus pronunciamientos han de creer? En un momento determinado se nos presentará como el salvador de la libertad de Roma y el restaurador de la República; a renglón seguido, confesará que la libertad se ha desvanecido y que las funciones y cargos republicanos no son más que decoraciones. No obstante, él apoya su poder, o al menos la expresión legal del mismo, en la tribunicia potestas, que representa la plena afirmación de la libertad republicana. ¿Cuánto cree él mismo de todo lo que dice?

—Una pregunta sin sentido —diría Livia—. Tu padre usa las palabras como fichas, que es, a fin de cuentas, lo que son. Es un hipócrita engañado por su propia hipocresía. Diga lo que diga en un momento determinado, eso es para él la verdad, o lo que tiene el sonido de la verdad. Y ésa es la razón por la que es tan hábil en engañar a los demás.

Germania no era lugar para llevarme a Julia. Yo me tuve que apresurar a ir allí en pleno invierno, porque las exigencias de la guerra moderna en las remotas tierras bárbaras requerían un nivel de preparación tal que hubiera sorprendido al propio Julio César, el genio de la improvisación. Yo, al carecer de genio, evitaba tener que improvisar. Era además necesario que me informara lo mejor posible sobre las tribus que me iban a enfrentar. Hay por supuesto un gran parecido entre una tribu germánica y otra, pero no todas sienten la misma inclinación hacia la guerra, porque esa inclinación varía en relación con el carácter y forma de actuar de los diferentes jefes de ellas. Una consecuencia de esto es que, aunque luchan por tribus, una tribu determinada puede contar entre sus hombres un número considerable de gente de fuera de ella, porque jóvenes de alto linaje buscan prestar su servicio en el ejército de una tribu vecina, si sus propios cabecillas no sienten la inclinación de hacer la guerra. No obstante, y en general, la paz no es algo que se valore entre los pueblos germanos, distinguiéndose estos pueblos especialmente en medio del peligro porque, al carecer de maestría en las artes y refinamientos civiles, es solamente en la guerra donde un hombre puede lograr fama. Por añadidura, no es posible mantener un séquito numeroso, como les gusta a estos cabecillas, que miden su propia posición por el número de sus seguidores y partidarios, a no ser por medio de la guerra y la violencia, ya que depende de la generosidad de esos jefes

la obtención de un caballo de guerra y una lanza. Estos guerreros no reciben soldada alguna, lo cual no es de sorprender, porque los bárbaros desprecian el dinero. Pero sí aceptan, por otra parte, regalos de sus jefes, y esperan que se les alimente bien. Son grandes bebedores, hasta el exceso, puesto que creen que el beber mucho y el valor en la guerra son cualidades inseparables. Tienen también otra cualidad que es una cierta jactanciosa generosidad, pero son más salvajes y crueles que lobos. De hecho experimentan un sádico placer en torturar a sus prisioneros antes de matarlos.

Como yo me temía, la moral de nuestro ejército era baja. Los soldados estaban deprimidos por la muerte de Druso. Además, descubrí que el alcance de lo que había logrado mi hermano no iba tan lejos como habíamos creído. Pero no era culpa suya sino una confirmación de la enormidad de la tarea que se le había encomendado. Aunque había avanzado a través de la selva hasta llegar al Elba, fue solamente en las regiones costeras donde pudo iniciar esa política de civilización que es parte imprescindible de cualquier conquista que aspire a ser duradera. Había hecho construir un canal a través de los lagos de Holanda y esto había persuadido a las tribus que residían allí, los frisones y los bátavos, a que se hicieran aliados del pueblo romano, porque vieron no sólo nuestra grandeza sino el futuro de una prosperidad difícil de imaginar, abierto ante sus mismos ojos. Es el comercio lo que engrasa las ruedas del Imperio, y es la construcción de carreteras, puentes y canales lo que hace posible ese comercio.

Germania no tenía ciudades. De hecho ni siquiera se puede decir que los germanos vivan en pueblos, tal y como nosotros entendemos este concepto. Prefieren vivir separados y diseminados y construyen sus pueblos sobre terrenos abiertos, con frecuencia muy extensos entre una casa y otra. Por consiguiente no tienen ningún interés en aprender las artes y la forma de comportarse de sociedades civilizadas: yo me di cuenta enseguida de que esto iba a ser un gran problema. Era evidente que no se podría conquistar, total y eficazmente, a Germania hasta que la cuestión del terreno se resolviera, las ciudades se construyeran y las colonias se establecieran. Por otra parte era difícil convencer a los colonizadores a que se establecieran, hasta que las tribus hubieran sido debidamente subyugadas y persuadidas a reconocer la majestad y el orden de Roma.

Fue éste un problema que no logré resolver en los tres años que pasé en Germania. Lo único de que puedo vanagloriarme es simplemente de haber identificado el problema y dar unos pocos pasos experimentales mediante algunos trabajos de ingeniería que yo instigué. Fuera de esto, los veranos transcurrían persiguiendo a un esquivo enemigo a quien raramente se podía forzar a luchar. No obstante, en cada una de esas ocasiones en que logramos entablar batalla, la pericia y disciplina de nuestro ejército aterró, desalentó y derrotó a los bárbaros.

—Será una tarea lenta —le dije a Augusto—, y no podemos ofrecer a nuestros jóvenes soldados ninguna esperanza de gloria. Yo les exijo un sacrificio. Tienen que estar preparados a derramar sudor y sangre, a afanarse durante horas y horas y a soportar privaciones sin quejarse. Pero, si es ésa la voluntad de los dioses, haremos entrar a esos malditos bárbaros bajo el palio de la civilización.

Contestó, encomiando mis esfuerzos en favor de Roma:

—... dignos de tus antepasados Claudios en sus momentos más gloriosos, y del hijo de tu madre.

Nuestro segundo hijo nació muerto. Apenas tuve tiempo de llorar su muerte. Julia se sentía deprimida por la muerte de la niñita y sus cartas eran tristes y afligidas. Eran también muy breves y cada vez menos frecuentes. No se lo podía reprochar porque no podía dejar de reconocer que muchos días pasaban sin que su recuerdo cruzara por mi mente. Más adelante, durante mi segunda campaña de verano, el pequeño Tiberio contrajo una fiebre y murió. Se me comunicó la noticia cuando yo estaba acurrucado en mi tienda a las orillas fangosas de un afluente del Elba. Había estado lloviendo —tres días y nuestro avance tuvo que interrumpirse. Era difícil llevar provisiones a las tropas y a los caballos desde donde teníamos nuestra base, a unos setenta kilómetros, en la retaguardia. Algunos exploradores nos enviaron el informe de que el enemigo se había retirado a los más remotos parajes de la selva, pero esta información no logró tranquilizar mi mente. Tenía un presentimiento de peligro, casi de desastre. La selva estaba demasiado silenciosa. Llamé a Segestes, el jefe de una rama de los queruscos, un hombre a quien Druso había cogido prisionero y a quien la elocuencia y el ejemplo de la virtud de mi hermano habían persuadido a aliarse con el pueblo romano. Segestes era un hombre de honor, aun siendo germano. Pero yo no estaba seguro de hasta qué punto podía confiar en él.

—Mis exploradores me dicen que el enemigo se ha retirado totalmente —dije—. ¿Crees que eso es posible?

Escupió en la tierra, una arraigada costumbre de los germanos que siempre me ha causado repugnancia.

—¿Es ese gesto un comentario de esa información? —pregunté.

—Vuestros exploradores mienten, o se han equivocado —dijo—. Si el enemigo se ha desvanecido, es porque vuestros exploradores han estado mirando en la dirección equivocada. Debían haber inspeccionado vuestra retaguardia. Es ahí donde encontrarán a mi gente. Es así como han aprendido a luchar. Lo que intentan hacer es impedir vuestra retirada, habiendo previamente impedido que os lleguen los suministros.

—Pero hoy ha llegado un mensajero. He recibido cartas.

—Las cartas no les interesan, como no les interesa interceptar un destacamento pequeño. Lo que sí les interesa es haceros creer que el camino de detrás está abierto y libre.

—Entonces, ¿qué recomiendas?

—¿Vos, un romano, me preguntáis a mi, un germano, qué táctica recomendaría?

—Yo te hago esta pregunta como a un hombre con conocimientos y además un hombre en quien la experiencia me ha enseñado que puedo confiar.

Miró al intérprete para cerciorarse de que mi respuesta se le había transmitido correctamente. Yo incliné la cabeza y sonrei.

—Mi noble hermano confiaba en ti —dije—, y yo confío en la capacidad de juzgar de mi hermano.

Recibió esta observación en silencio, se dio la vuelta y se dirigió hacia la abierta mirilla de mi tienda, contemplando la niebla. La lluvia azotaba la lona, pero no había viento que pudiera dispersar esa neblina suspendida sobre los campos hacia el río, que permanecía invisible.

—Si regresáis por el camino por donde avanzasteis, caeréis en la trampa. Los dientes de esa trampa se cerrarán y no quedará ni general Tiberio, ni ejército romano, pero sí mucho gozo y algarabía entre los queruscos.

—¿Entonces?

—Entonces debéis hallar otra ruta, a través de un territorio que os es desconocido. Debéis dejar el río a un lado. De esa manera sólo podéis ser atacados por el otro. No podéis ser rodeados.

—¿Vamos hacia arriba o hacia abajo del río?

—Tal vez hacia abajo porque así llegaréis hasta el Elba.

—¿Y si vamos hacia arriba?

—Llegaréis finalmente a las montañas.

—¿Y hay allí un desfiladero por el que podamos cruzar hacia el Rin?

—Creo que sí. Pero sería difícil con todos los carros. Sin embargo, si dais la vuelta hacia el Elba, os encontraréis teniendo que atravesar una extensión de terrenos pantanosos.

—¿Y qué ruta esperará que tomemos tu primo, el jefe, por el momento, de los queruscos?

Segestes volvió a escupir.

—No es hombre inteligente. Valiente, pero tonto. Lo único que él pensará que vais a hacer es volver por donde habéis venido. No obstante hay que recordar que entre sus consejeros, los hay muy sabios. Sacarán la conclusión de que os dirigiréis hacia el Elba, donde tenéis fortificaciones y una flota esperando en la desembocadura. No pensarán que vais a seguir el sendero temerario, porque no esperan temeridad de los romanos, y saben, general, que sois un hombre precavido.

Le pedí a mi criado que trajera vino. Los germanos no están acostumbrados al vino y algunos lo consideran una bebida afeminada, ya que lo que les gusta beber son grandes jarras de cerveza o aguamiel. Pero Segestes había aprendido la lección de que el vino es una señal de civilización, a la que fervientemente aspiraba (le vi un día recibiendo una lección de lectura de uno de mis secretarios) y había incluso aprendido a hacer algo que los germanos no saben hacer: beber vino sin dar señales evidentes de avidez.

—Me siento honrado, general, de que me pidáis consejo, pero ¿cómo podéis saber qué es un buen consejo? ¿Cómo podéis estar seguro de que yo no estoy tratando de aprovecharme de esa oportunidad para rehabilitarme a los ojos de mi propio pueblo?

—Segestes —dije—, puedo hablar mucho de tu honor y pronunciar una larga perorata en alabanza tuya. Podría decir que creo, como realmente lo creo, que has llegado a pensar que sería un beneficio para tu pueblo el entrar dentro del ámbito del Imperio romano. Y habría mucha verdad en lo que diría. Pero hay otra razón que te hará recordar la clase de hombre que soy.

Di unas palmadas para llamar a mi criado y le transmití en voz baja su mensaje. Se marchó para volver momentos después seguido de un joven germano, que permaneció en pie delante de nosotros con expresión ceñuda.

—Cuando viniste a nosotros —dije—, nos hiciste el honor de confiarnos la tutela de tu hijo, el joven Segestes. Eso demostró la fe que tenías en Roma. Aprecio esa confianza y deseo ahora recompensarla haciendo al muchacho mi edecán. Permanecerá a mi lado durante toda esta campaña, comerá a mi mesa y dormirá en mi tienda. Y yo me ocuparé de él...

—Ya veo, general —respondió—. Es una razón poderosa. Pero tengo muchos hijos, creo que diecisiete, y algunos de ellos están en el ejército enemigo vuestro. ¿Por qué me voy a preocupar por el destino de uno de los diecisiete?

—Bien —dije—. Eso eres tú quien tiene que decidirlo. Me has dado un buen consejo y meditaré sobre él. No dudes de mi gratitud, que haré también extensiva a este muchacho.

Y de esta manera amenacé a Segestes con la muerte de su hijo, mientras que la muerte de mi propio hijito yacía como una flor marchita prensada entre las hojas del libro de la vida. ¿Dediqué entonces al menos cinco minutos al pensamiento de lo que podía haber sido? Lo dudo. Lo que me excitaba y estimulaba en aquel momento era la conciencia del peligro del ejército. El consuelo para Julia y el duelo por el pequeño Tiberio tenían que esperar su turno.

Convoqué un consejo, porque siempre he creído que un general no debe tomar ninguna decisión, ni iniciar ninguna campaña sin discutirla con sus oficiales. Cuanto mayor sea el peligro, tanto más necesario es que comprendan la situación. Sin embargo, y paradójicamente, cuanto mayor y más inmediato sea el peligro, tanto más necesario es que el jefe de la misión manifieste autoridad. Un debate es entonces un lujo; sin embargo, si no se da la oportunidad para que el debate tenga lugar, el jefe puede perder la ocasión de oír una sugerencia valiosa. Lo esencial es la rapidez, pero hay mucha verdad en el proverbio *festina lente*: apresúrate lentamente.

Explicué en términos generales la situación y les hablé de mi conversación con Segestes.

—¿Qué razón tenemos para dar crédito a la palabra de un bárbaro?

El que pronunció estas palabras era Marco Lolio, un hombre a quien, si hubiera tenido libertad absoluta para elegir a mis oficiales, nunca habría

tenido en mi personal. Unos años antes, en Galia, había sufrido una derrota a manos de incursores germanos, causada en mi opinión por un descuido en las medidas de seguridad, representado en este caso por el fracaso de Marco Lolio en asegurarse de que se le comunicaba la información adecuada. Pero no parecía el momento oportuno para hacer una referencia a ese episodio y sabía que tenía que tratar a este hombre con mucho cuidado, porque era uno de los favoritos de Augusto, a quien, continua y ridículamente, adulaba. Pero no hay halago ridículo para un dinasta.

—Druso confiaba en Segestes, y yo tengo fe en el juicio de mi hermano.

Esto era una respuesta política más que veraz; de hecho yo confiaba en Druso en todos los aspectos, excepto en su habilidad para juzgar a los hombres, porque se dejaba llevar fácilmente por la generosidad de la naturaleza y era por consiguiente propenso a tomar la palabra por la obra.

—Además —dije—, creo que el interés de Segestes está estrechamente relacionado con el éxito de nuestros ejércitos y con la fortuna del pueblo romano.

Lolio echó la cabeza hacia atrás riéndose, en un gesto deliberado.

—¿De modo que el plan de campaña de un ejército romano lo tiene ahora que dictar un desertor bárbaro? Nunca he oído una cosa semejante. Nos vas a poner en marcha hacia un territorio desconocido fiándote de su palabra, teniendo como tenemos detrás una ruta de marcha fortificada, que conocemos bien...

—Y que atraviesa un bosque que el enemigo conoce mejor y donde no podremos desplegarlos...

Hubo un movimiento de pies, al imaginarse cada hombre esos mismos sueños que nos atormentaban de noche hechos realidad en esas malditas selvas...

Discutimos las ventajas y desventajas de la ruta que se abría ante nosotros. Algunos estaban de acuerdo con Marco Lolio en que no debíamos hacer caso del consejo que nos daba Segestes y sí regresar por el camino por donde habíamos avanzado.

—Son sólo unos setenta kilómetros hasta nuestra primera base —insistían.

—Se puede destruir un ejército en menos tiempo del que se necesita para andar ocho —respondía yo.

Mi razonamiento tuvo más peso, aunque Lolio continuó haciendo comentarios despreciativos. Después de todo, todo el mundo sabía que la responsabilidad era mía, que ellos estarían libres de culpa aunque yo me equivocara. Yo entonces expuse en líneas generales las dos rutas que Segestes había propuesto.

—Está claro, ¿no es así...? —El que dijo estas palabras dudó, con su acostumbrada inseguridad. Era Cayo Veleio Patérculo, un hombre honrado cuyo abuelo había luchado al lado de mi padre en el funesto asedio de Perugia y después cayó víctima de su propia espada cuando todo estaba perdido—. Está claro —repitió— Segestes opina que debemos seguir el camino alto porque no se les ocurrirá pensar que vamos a hacerlo. Pero sí se le ha ocurrido a él y por consiguiente es probable que se le ocurra a uno de sus jefes. Por lo tanto debemos ir río abajo hasta llegar a Elba.

—No —dijo Coso Cornelio Léntulo, hablando de forma indolente, como era su costumbre—. ¿No habéis jugado nunca al juego que los soldados llaman «truco»? [\[3\]](#) Consiste simplemente en adivinar cuántas monedas tiene cada uno en la mano. Pues bien, nosotros nos hallamos en la misma situación. Debemos llevar siempre algo más lejos el hecho de adivinar. Por esa razón yo diría que debemos seguir la ruta alta...

Llega siempre un momento en la guerra, en los asuntos políticos, en que la discusión se desintegra. Y entonces llega el momento de la decisión. Todas las alternativas se han examinado y todas han parecido tener sus ventajas y sus desventajas. Ninguna de ellas posee un valor trascendente. Entonces el hombre que tiene la suprema autoridad debe actuar y seguir su curso de acción como si nunca hubiera habido ninguna alternativa. Miré en torno a mí, a mi estado mayor. Vi en sus rostros duda, incertidumbre, temor. Pensé en que tanto Patérculo como Léntulo eran hombres merecedores de la más alta consideración. Y dije:

—Caballeros, habéis dado muestras de prudencia y sabiduría al considerar el problema con que nos enfrentamos. Habéis expuesto las razones para adoptar una u otra alternativa con una lucidez por la que os felicito. Yo ahora voy a meditar sobre todo esto y daré las órdenes pertinentes mañana por la mañana.

Hablé con una seguridad que estaba lejos de sentir, precisamente en las circunstancias en que la seguridad es necesaria. Me retiré a mi tienda. Mandé que buscaran al adivino y me lo trajeran, y bebí una copa de vino mientras le esperaba. El muchacho germano Segestes estaba acurrucado en

un rincón de mi tienda. Se había echado una manta alrededor de los hombros y escondía en ella su rostro. Unos rizos de pelo rubio se escapaban de sus pliegues y, aunque estaba completamente tapado, yo podía notar el estado de tensión en que se hallaba. Le puse la mano en la cabeza. «No tengas miedo», le dije. «¿Hablas algo de latín?» Me quitó bruscamente la mano de encima.

El adivino entró. Le pregunté si había recibido presagios.

—Pero no los he interpretado todavía —dijo.

—Está bien. Marcharemos por la ruta alta. Confío en que los presagios sean favorables.

Hay un alivio en la decisión. Me retiré y dormí profundamente. Pero me despertó la congoja de un sueño sobre el pequeño Tiberio y la aflicción de Julia, su madre. Un gemido llegó hasta mí desde el rincón de la tienda donde yacía el joven Segestes.

Le llamé y no me contestó. Entonces le volví a llamar y le oí levantarse. Dando traspiés cruzó la estancia y cayó sobre mi cuerpo. Yo lo estreché junto a mí, sentí cómo se relajaba y a continuación recuperaba su vigor de muchacho. Gozamos los dos, hallando nuestro solaz en la mutua entrega de nuestra virilidad. Segestes rezumaba el olor del establo. Por la mañana mantenía su cabeza erguida y me sonreía.

Durante dos días no percibimos la menor señal del enemigo, pero, dejando el río a nuestra izquierda, ascendimos hacia lo más alto de las montañas. El sendero casi no se veía, desapareciendo a veces, y pronto di órdenes de abandonar los pesados carros. El primer día cabalgué a la cabeza de la columna pero al día siguiente, pensando que habíamos dejado atrás al enemigo y cogídoles por sorpresa, pasé a la retaguardia, por donde pensé que era más probable que surgiera un ataque. Es además la costumbre de las tribus bárbaras librar una guerra irregular e intentar cortar la retaguardia del resto del ejército antes que arriesgarse a un ataque de frente y a una batalla en regla.

Mientras tanto los exploradores que estaban escudriñando los alrededores de la selva nos informaron de que no había movimiento alguno procedente del enemigo. Nuestras tropas se animaron y compartieron unos con otros la opinión de que nos habíamos escapado de los germanos. Yo no logré compartir esa confianza y, cuando consulté a Segestes padre, no parecía querer comprometerse.

Hacia el atardecer del segundo día empezó a llover. La niebla se nos echó encima y pronto no podíamos ver a más distancia de la que media entre un hombre y el lugar donde ha arrojado su lanza en la batalla. Y de repente uno de los carros ligeros del que no nos habíamos deshecho giró bruscamente quedándose a través del sendero e impidiéndonos el paso. El accidente tuvo lugar en un estrecho desfiladero. Mientras los hombres trataban de mover el carro, mandé un mensajero al cuerpo central del ejército para avisarles que nos retrasaríamos. En ese mismo momento rocas enormes cayeron desde nuestro lado derecho, obstruyendo el paso. Al enorme ruido sucedió un silencio, roto tan sólo por los juramentos y esfuerzos físicos de nuestros hombres para tratar de dejar libre el camino. Un puñado de ellos se abrió paso entre las rocas, pero la mayor parte de la retaguardia se quedó apretujada, sin darse cuenta de lo que pasaba y presa de un pánico incipiente.

El ataque se presentó en posición de ángulo sobre nuestra retaguardia, a través de un bosque de hayas. La inclinada ladera y el hecho de que nos cogió desprevenidos dio ventaja a los bárbaros. Mi primer pensamiento fue de vergüenza, no de temor, sino vergüenza y rabia. Siempre me he vanagloriado de saber hacer uso de mi inteligencia, y fue precisamente nuestra inteligencia la que nos había fallado, la falta de ella la que nos había expuesto a este riesgo. Di a gritos las instrucciones que pude pero este encuentro no era tanto una batalla como un incontable número de luchas individuales, que ocurrían simultáneamente. Sólo los historiadores, confiados en sus estudios, pueden entender el arte de la guerra. Para los que están implicados en ella no hay una estructura de conjunto, sino simplemente una sucesión de encuentros, un hombre contra otro, dos contra tres, y así sucesivamente. Es una historia de lanzas que apuñalan, espadas que se balancean o se clavan, el sonido del metal en la armadura, gritos de furia y gemidos de dolor. No hay coherencia posible, ni es posible narrarlo en su totalidad. Nuestros hombres primeramente cedieron conforme se los empujaba hacia el desfiladero, pero después, aquí y allá, la oleada empezó a controlarse. Súbitamente vi que había un espacio vacío delante de mí y corrí a ocuparlo, dando a gritos órdenes que nadie oyó. Me lancé contra una figura inmensa con una barba de color casi amarillo y a punto estuve de caer al tropezar contra su cuerpo, que se tambaleaba, y luché para sacar mi espada. Un fuerte golpe en el hombro me hizo caer sobre él y al darme la vuelta vi a un hombre que balanceaba un hacha por encima de su cabeza:

había una sonrisa de júbilo en su rostro. Hice esfuerzos sobrehumanos para quitarme de la línea de ataque, oí un alarido y sentí después que una forma se metía entre mi cuerpo y el hacha, y el del hacha y su agresor cayeron en tierra, donde rodaron una y otra vez.

Finalmente el que llevaba el hacha quedó encima de su enemigo, se arrodilló con un enorme esfuerzo y manteniendo sus brazos rígidos empezó a tratar de ahogar a su agresor. Yo le di una puñalada en el cuello. Se derrumbó hacia delante con un gruñido. La presión de sus brazos se aflojó. Puse mi bota contra él y le empujé, y el joven Segestes salió de debajo de él. Le tendí la mano para ayudarlo a levantarse. Durante un instante hubo un espacio entre nosotros pero poco después nos encontramos detrás de nuestros legionarios que iban ahora en persecución de un enemigo que, súbitamente, se había dado a la huida en dirección a la selva. Presentí un desastre de mayores consecuencias, así que agarré a un trompetero que estaba cerca de mí y le ordené que tocara a retirada. Los legionarios dudaron al oír el sonido de la trompeta, después se formaron y congregaron, y de manera casi ordenada y teniendo aún frente a ellos al enemigo que se retiraba, se detuvieron. Los centuriones los mantuvieron en línea hasta que se restableció el orden y pudimos continuar la marcha.

—Parece —le dije al joven Segestes— que ha nacido un vínculo entre nosotros dos...

He estado en muchas batallas, y sin embargo, en mi soledad, es esa pequeña escaramuza —porque no fue más que eso— la que me viene a la mente. No logro olvidarla.

Cuando el muchacho saltó como un gato salvaje sobre mi agresor, no me pareció en cierto modo nada más que el tipo de acción abnegada, llevada a cabo sin reflexionar, que los soldados ejecutan en todas las batallas. Y sin embargo para mí fue mucho más que eso. Otros hombres han salvado mi vida en otras batallas, y los he olvidado. Hay cierto anonimato en la camaradería de la guerra. Pero esto fue diferente. Este joven podía haber sido honrado por su propio pueblo si se hubiera quedado de pie y aplaudido, si hubiera ayudado a que me mataran y después se hubiera marchado con sus compatriotas bárbaros. No hubiera sido posible censurarlo. Conocía muy bien la crueldad con la que yo había estado dispuesto a hacer uso de él para asegurarme de la lealtad de su padre.

Aquella noche sollozó y tembló, como he visto hacerlo a otros al darse cuenta de lo cercanos que han estado al toque de los dedos de la muerte.

Una demorada sensación de terror y alivio sacudía su cuerpo, y tenía las piernas y los pies tan fríos como el río debajo de nosotros. Después volvimos a declarar la presencia de la vida y rió con placer, tan lleno de vigor como un potro joven. Se durmió y yo acaricié su sucio cabello y dejé que la luz del sol entrara de nuevo en mi vida.

Era tentador hacerle que se quedara conmigo, dejar que su juventud, su fuerza y su espontánea aceptación de las cosas como realmente eran, me sirvieran de apoyo y me alegraran el ánimo. Pero esa sencillez —la sencillez del mundo homérico— ha sido corrompida. No podía dejarle crecer y darse cuenta de que se convertiría en un objeto de desprecio. Él no veía nada malo en ello, por supuesto. Muchos de los guerreros germanos tenían sus jóvenes amantes y era bien sabido que luchaban con más valor cuando los tenían a su lado. Los galos también estaban acostumbrados a elegir a sus aurigas por su belleza y valor. Pero aunque toleramos el amor de los muchachos, se desprecia a los hombres que se recrean en él y ellos mismos llegan algún día a despreciarse a sí mismos. Los muchachos adquieren gradualmente modales afeminados y son objeto de burla. No obstante yo contemplaba al joven Segestes dormido en el pliegue de mi brazo, con una sonrisa en su rostro, y pensaba que la vida sería mejor y más simple si fuéramos Aquiles y Patroclo, y sabía bien que mi pensamiento era absurdo.

Las cosas no son así en nuestro mundo.

Segestes no podía volver a su propio pueblo y yo no quería tampoco confiárselo a su padre, que bien podría, se me ocurrió pensar, haber descubierto que su hijo podría dedicarse a algo provechoso, pero que no merecería mi aprobación. Le hablé de la deuda de gratitud que tenía para con su hijo y de mi intención de recompensarla, dedicando al muchacho a una carrera en las fuerzas auxiliares de nuestro Imperio. Debía de ahora en adelante considerarme como su protector y en calidad de tal me parecía una buena idea que el muchacho fuera a Roma a estudiar latín y después derecho romano, dos conocimientos que harían posible su entrada en la carrera militar o en la de funcionario del estado. El padre me expresó su gratitud y las cosas se arreglaron de acuerdo con esta decisión.

El joven Segestes no quería separarse de mí, pero yo insistí. Me dijo, con gran turbación por mi parte, que se «había enamorado de su amo, como un muchacho germano debe hacerlo». Hice la separación lo más tierna posible fortificado por mi convicción de que era lo mejor para él. Sollozó al despedirse de mí y mis ojos también se humedecieron. Desgraciadamente

las cosas no resultaron tan bien como yo esperaba. Aunque progresó en sus estudios, pronto cayó en el hábito de la bebida, a la cual la mayoría de los germanos son adictos. Poco después de mi llegada aquí, me enteré de que lo habían matado a navajazos en una taberna. Fue un triste final, porque era un muchacho prometedor. Pero yo no hubiera podido actuar de otra manera. Pienso todavía en él con placer y cierto remordimiento.

OceanofPDF.com

Mi última campaña en Germania fue un éxito sin precedentes. Capturé a 40.000 prisioneros, a los que trasladé a través del Rin y establecí en colonias en la Galia.

Las tribus germanas estaban totalmente desmoralizadas y, al menos por el momento, subyugadas. Cuando volví a Roma, donde apenas había estado en los últimos seis años, se me recibió como a un héroe. Se me otorgó la dignidad del triunfo y con ella las insignias triunfales. Mi madre, cuyo cabello se había vuelto blanco durante mis años de ausencia, me dijo que yo era «digno de mis muy ilustres antepasados». Augusto me abrazó sin reserva y me aseguró que ningún hombre había hecho más por Roma que yo. Los clientes acudían a mi casa en tropel, todas las mañanas, para rendirme honores y tratar de conseguir algún favor de mí. Hasta la gente del pueblo entre quienes nunca había sido muy popular, ya que me parecía despreciable el solicitar su apoyo, me saludaban con aplausos cuando aparecía en público. Debía haber sido el hombre más feliz de Roma, vindicado y reconocido al fin.

Debía haberlo sido, pero las cosas son raramente lo que deben ser, y nunca por mucho tiempo. Había mucho que me preocupaba e inquietaba tanto en los asuntos públicos como en los privados. Cuando visité el Senado, me desagradó constatar hasta qué punto se había desarrollado en mis años de ausencia el hábito del servilismo. La asamblea de los notables, libres de origen, lisonjeaban a Augusto. Pocos se atrevían a expresar una opinión sobre cualquier asunto de importancia hasta que conocían la suya. Me llegaron quejas, indirectamente, en forma de rumores y susurros, de cómo se estaba excluyendo de todos los puestos de honor e influencia a los descendientes de las grandes familias republicanas para sustituirlos con miembros de la familia del princeps o con aquellos a quienes se les conocía como a sus «criaturas». Siendo yo, como era, miembro de su familia hubiera podido estar satisfecho de sacar provecho de esta situación, pero yo no había necesitado a Augusto para elevarme. Mi posición como jefe de la gens Claudia me hubiera hecho sentir seguro de mi superioridad en

cualquier momento de la historia de Roma. Sentía por consiguiente cierta simpatía hacia los que se quejaban del curso que habían tomado las cosas.

—Para el senador —murmuraban— no queda esperanza alguna de gloria, ni esperanza de un monumento a una fama que no se le permite ganar. No hay ya carreteras ni ciudades de provincias que puedan llevar los nombres de familias nobles.

Se quejaban de que un senador no pudiera salir de Italia y visitar una provincia sin que el princeps le diera permiso.

—Estamos experimentando un monopolio del poder, una concentración del honor y la oportunidad —decían los hombres.

Yo me daba cuenta de estos rumores. Viejos amigos se hacían cargo de que me la diera y se apresuraron a señalarme los honores que se otorgaban en abundancia a mis hijastros Cayo y Lucio.

Se había nombrado a Cneo Calpurnio Pisón como mi colega en el consulado. Es un hombre de la máxima integridad y nobleza de espíritu, a quien desde hace muchos años he tenido un profundo cariño. Poco tiempo después de mi retorno me invitó a cenar.

—Una cena seria —dijo—, no como las cenas que da ese viejo libertino Cestio Galo, a quien, dicho sea de paso, Augusto ha tenido que destituir del Senado, ¿ya sabes el tipo de cena que da, servida por camareras desnudas? Dicen que hay una muchacha negra procedente del sur de Egipto, pero dejémoslo. No es ese tipo de cena a la que te estoy invitando. Quiero tener una oportunidad para hablar.

Cuando habíamos terminado de comer mandó salir a los esclavos y empujó la cantimplora de vino hacia mí.

—Mi propio vino —dijo—, de las colinas cerca de Siena, donde tengo una pequeña finca. Es el mejor vino de Italia, no encontrarás nada mejor.

Todo lo de Pisón es siempre «lo mejor».

Se tiró de los pelos que crecían de una verruga en su barbilla.

—Así que somos cónsules. Muy agradable, si significara algo. Naturalmente tú has ocupado este cargo antes y por lo tanto sabes que ha llegado a carecer de sentido.

—Pero aún lleva consigo respeto, y confiere autoridad al hombre que lo consigue, al menos después de ocuparlo.

—Exactamente. ¿Qué pensarías si yo te dijera que se iba a falsificar aún más vergonzosamente de lo que estamos ya acostumbrados a ver?

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que tu hijastro Cayo recibirá el honor dentro de cinco años, a la edad de veinte. Esto te demostrará cómo están las cosas.

—Y ¿cómo sabes eso?

—Basta con que lo sepa. Cosas así no se pueden mantener en secreto...

—Yo tenía veintinueve años, se me excusaron cinco cuando se me nombró cónsul por primera vez —dije.

—Precisamente, y al resto de nosotros no se nos puede elegir hasta la edad de treinta y tres. Estoy hablando como un amigo, Tiberio, uno cuya familia ha tenido una larga asociación con la tuya. Nuestros padres lucharon juntos en Perugia y ambos siguieron a Sexto Pompeyo a Sicilia. Tú estás a punto de que se te haga a un lado. Esto es lo que tengo que decirte. Y ¿qué vas a hacer para impedirlo?

La pregunta era, como él bien sabía, imposible de contestar.

De todas maneras reflexioné sobre ella camino de mi casa, atravesando la ciudad en pleno hervor. La noche era caliente, y el aire, sofocante. Descendí por el Quirinal y crucé hasta el barrio de Suburra. Julio César había tenido aquí una casa, un ardid en su campaña para ganarse el corazón de los plebeyos, porque ha sido siempre un barrio popular. Se me vino a la mente, mientras andaba, que Roma ya no era una ciudad romana, ni siquiera italiana. El barboteo de innumerables lenguas penetraba en mis oídos. En un espacio de ciento cincuenta metros oí más de una variedad de griego, la lengua céltica de la Galia, la áspera lengua de los montañeses de Iliria, los suaves acentos de Siria y Egipto, melifluos y falsos, y el incomprensible murmullo de la lengua aramea de los judíos. Un grupo de ellos estaban de pie a la puerta de una taberna haciendo sonar sus tarjas; un hombre salió, se aproximó a ellos, llevó a cabo una transacción y se volvió a meter dentro para continuar disfrutando; los judíos parlotearon entre ellos. Un poco más lejos un carnicero de productos porcinos pregonaba su mercancía, metiéndosela por los ojos a los judíos, que, por alguna razón, consideran pecaminoso comer cerdo. Nadie comprende las leyes de su curiosa religión, con sus muchas prohibiciones y exigencias, pero yo me sonreí al pensar que el carnicero sabía muy bien que tomarían su insistencia como un insulto. Una casa sí y otra no era una taberna o un prostíbulo: a través de una ventana abierta vi a una muchacha con la tez de un color rubio oscuro bailando sobre una mesa. El sudor brillaba en sus muslos, que se movían al compás de la danza, y sus ojos no tenían expresión, como si hubiera tomado alguna poción que entorpecía su intelecto, estimulando al mismo tiempo su

atractivo animal. Hizo una pausa en su danza, juntó las rodillas y empezó a acariciar sus muslos con largos dedos; un gemido de placer que se anticipa pero que nunca se va a disfrutar salió de la multitud que la miraba ávidamente. Entonces un hombre que iba disfrazado con una cabeza de jabalí y un inmenso falo hecho de cuero teñido de color escarlata se subió a la mesa al lado de ella, la lanzó contra el antepecho de la ventana de manera que el largo cabello negro de la mujer ondulaba en torno a los rostros de los espectadores jadeantes de deseo, y empezó a estimular su falo mientras la muchacha gemía y se mordía los labios, hasta que un hilillo de sangre apareció en la comisura de su boca.

Mientras tanto, de pie detrás de la multitud, observé a un par de rateros que se movían entre ellos, quitándoles sus carteras a los pobres entusiasmados cretinos.

—Debería haber una ley —murmuró un hombre de cara chupada que me rozaba el hombro— contra toda esta basura.

—La hay —le aseguré y seguí mi camino. Y en efecto la hay, pero no se pone en vigor. Y no se pone en vigor porque el gobierno no puede hacer que la gente se comporte bien. Cuando ha desaparecido el respeto por los dioses, cuando las familias se están desintegrando, prevalece el libertinaje; esos impulsos secretos que los hombres controlan en una sociedad decente y bien constituida se destapan y se reconocen públicamente.

Me detuve junto a la siguiente barraca donde se estaba representando una corta pieza teatral en un escenario abierto. Un muchacho de pelo rizado estaba reclinado sobre un montón de cojines con un cuenco de cerezas a su lado. Se metió una en la boca y movió los ojos de forma descarada y provocativa. Entonces se incorporó, se levantó y se quitó la túnica. Lo hizo de la forma más natural, como un muchacho que se está preparando para entrar en el baño. Fue precisamente la ausencia de cualquier toque de lascivia lo que excitó al auditorio. El chico se pavoneó dando la vuelta al escenario y entonces, como si la idea se le hubiera acabado de ocurrir, empezó a frotarse la polla. Cuando llegó la erección se la mostró al público en busca de aprobación, y a continuación, con armónica flexibilidad, se agachó y empezó a chuparla. El hombre que estaba a mi lado, un hombre robusto y grasiento que bien podía haber sido un pastelero, siseó:

—Un auténtico contorsionista ese niño del culo.

A continuación una mujer corpulenta, con una peluca de color rojo, saltó al escenario con un látigo en la mano. Lo blandió alrededor de las

piernas del jovencito profiriendo alaridos e insultos. El chico saltó y bailó y gritó, como si experimentara dolor, aunque era evidente que la mujer manipulaba el látigo de tal manera que no tocaba la carne del muchacho. Entonces éste se arrodilló delante de ella y abrazó sus muslos, apretando su propio rostro contra ellos. La mujer agarró los rizos del muchacho con su mano izquierda y echó su cabeza hacia atrás. Ella se metió la mano derecha por la parte delantera de su falda, hizo un gesto como si no pudiera encontrar lo que estaba buscando y, después con un gesto de triunfo, sacó una zanahoria y la metió en la boca abierta del muchacho. La multitud se balanceó con sacudidas de risa. Ella mantuvo al chico en el sitio donde estaba, obligándole a comerse la zanahoria y después a lamerle a ella los dedos como un perro. Le hizo entonces levantarse y, cogiéndole por el pene, lo hizo salir del escenario. Se dio la vuelta, hizo un guiño al auditorio y los dos desaparecieron en la oscuridad. La chusma dio alaridos de aprobación de la farsa obscena que se acababa de representar.

Una mano me tiró de la manga. Me di la vuelta y vi a un hombre gordo y lustroso con la mollera calva.

—¿Te gustan los jóvenes? —dijo. Su voz era ronca, y olía a cebolla—. ¿Quieres un muchacho? ¿Un muchacho griego, atractivo?

Señaló con el dedo en dirección a un pobre diablo maquillado y con la cabeza llena de bucles que me miraba pestañeando y contoneaba el culo. La imagen del joven Segestes, valiente, erguido, de miembros ágiles y vigorosos, mordiéndose los labios para contener las lágrimas cuando se sentía herido, cruzó mi mente como un rayo de luz.

—Guapo, ¿eh? —jadeó el chulo.

Se me llenó la boca de bilis. Arrojé al maldito de un violento empujón y salí corriendo de ese antro de vicio. Pero volví otras noches, para mirar con fijeza lo que se exhibía, para exponerme a mí mismo a una plena comprensión de la degradación que se abría ante mis ojos, invitándome de una manera sutil y repugnante a participar en ella. Volví una y otra vez, porque no podía evitarlo, y porque..., porque...

¿Por qué me torturo con estos recuerdos? ¿Por qué se detiene mi mente ante estas tentaciones con una mezcla de repugnancia y fascinación? ¿Por qué la invaden imágenes groseras y terribles cuando me echo a dormir, por la tarde y durante la noche?

Esta mañana he asistido a un debate en la escuela de filosofía. Dos sofistas discutían el tema de si la moralidad era natural al hombre. Uno de

ellos, de la escuela platónica, afirmaba que, puesto que poseíamos ideas de verdad y justicia, absoluta verdad y absoluta justicia, aunque nunca habíamos encontrado estos conceptos absolutos en el comportamiento humano, eso significaba que las ideas de verdad y justicia eran innatas en nosotros. Su adversario, de la escuela cínica, se burló de esto: la moralidad, dijo, era una estratagema creada por los cobardes para imponer respeto al fuerte. Las ideas no significaban nada, lo que contaba era la conducta, y el hombre superior no hacía caso de conceptos creados por los cobardes, y obraba como le gustaba obrar. Era en el ejercicio de su libertad en lo que demostraba su superioridad.

—Según esto, vuestro hombre superior puede ser un hombre perverso —dijo el primer sofista.

—La perversidad es una palabra que os habéis inventado —fue la contestación—, lo mismo que os habéis inventado la verdad y la justicia...

En ese momento decidí intervenir.

—Me parece a mí —dije— que vosotros dos no podéis poneros de acuerdo porque estáis hablando de absolutos, con los que raramente nos encontramos. Sin embargo, el propio Sócrates preguntó a sus amigos, según se nos dice en el Fedón, si se habían dado cuenta de que los «ejemplos extremos son pocos y raros, mientras que los intermedios son muchos y abundantes», así que si tuviera que haber un concurso en perversidad, muy pocos se distinguirían en él...

—No os habéis dado cuenta del punto esencial de esta discusión —exclamó el cínico, y en aquel mismo momento un insolente miembro del auditorio se puso de pie de un salto y me insultó por haber intervenido en la discusión y dar la impresión de que apoyaba al platonista.

—Es el colmo —exclamó— que un príncipe romano no pueda dejar que un debate intelectual se desarrolle y prospere sin hacer sentir su autoridad añadiendo peso a uno de los dos lados.

Yo podría haber dicho que si él era, como yo suponía, un partidario del cínico, a duras penas podría censurarme por mi intervención, ya que yo estaba simplemente poniendo los principios de su filosofía en forma práctica, adecuadamente carente de principios. Eso me habría ganado una ronda de aplausos y hubiera cambiado la situación hasta terminar todos riéndonos. Pero su impertinente atrevimiento me enfureció y me retiré con toda la arrogancia de que fui capaz. Me fui a mi casa, para volver a aparecer

con un grupo de lictores a los que di orden de arrestar al desgraciado insolente y llevárselo a la cárcel.

Mi comportamiento asombró y, creo, alarmó a la gente. Me cogió también a mí por sorpresa y no me vanaglorio de él. Supongo que algo en mí se irritó y reaccionó de forma desmesurada.

Cuando regresé aquella primera noche del barrio de Suburra, Julia no estaba en casa. Encontré una nota sobre mi almohada. Estaba sin firmar y decía:

*¿QUÉ HACE TU ESPOSA DURANTE LA NOCHE?
¿TE DA MIEDO PREGUNTARLE DÓNDE HA ESTADO?*

Pregunté a los esclavos. Todos dijeron que no sabían nada de ese mensaje. Es por supuesto imposible averiguar la verdad de los esclavos cuando están asustados, a no ser que los amenaces con torturarlos. Me da miedo hacer eso, en caso de que experimente placer en hacerlo. Además, los hombres dicen cualquier cosa cuando se los tortura y el resultado es que no estarás más cerca de la verdad. Porque te dirán lo que creen que quieres oír. Lo cual es raramente la verdad.

Había tratado de hablar con Julia muchas veces desde mi regreso. No sabía cómo hacerlo. Estaba claro que cualquier amor que había sentido por mí había muerto con nuestro hijito. Hicimos el amor dos veces. Después se negó a que compartiera su cama y no era propio de mi carácter obligarla a que cumpliera con sus deberes conyugales.

—Estoy aburrida —decía—, me asqueas, hueles a germanos.

Recuerdo que me di la vuelta porque me pareció que me estaba ruborizando.

—Preferiría hacer el amor con un cadáver —dijo—, rezumas el olor de muchas muertes.

—¿Qué puedes esperar de un soldado?

—Guerra, brutalidad, placer de matar, avaricia de poder, todo lo que me repugna.

—Julia, tú sabes, tú debes saber, que nunca he experimentado placer en matar, solamente he intentado cumplir con mi deber.

—¡Oh, qué hombre más pesado eres, qué terriblemente aburrido y pesado! —Y no había risa en su voz, como la había habido antes cuando me

hacía estos reproches, sino que me dirigía una mirada que era tan bella y tan aterradora como la de Medusa.

Livia me aconsejó «tener cuidado con mi mujer».

—Tú la hiciste así, madre —dije yo—. No fui yo quien arreglé este matrimonio. Yo estaba felizmente casado.

—Eso no tiene nada que ver —replicó—. No sé si deliberadamente cierras los ojos, pero ¿no se siente ofendido tu orgullo cuando piensas que su infidelidad ahora es escandalosa, que te está poniendo públicamente en ridículo?

—Oigo lo que estás diciendo, madre.

—Y ¿sabes tú lo que los demás están diciendo? La broma es que Tiberio sabe cómo enfrentarse con los germanos, pero no con Julia, y continúan diciendo que podríamos terminar la guerra con los germanos más deprisa si en lugar de mandar el viejo Tiberio para subyugarlos mandáramos a Julia para seducirlos. ¿Qué dices a eso?

—Nada, madre, tú y el princeps arreglasteis este matrimonio, no yo. Vosotros podéis repararlo.

—Si fueras un hombre la harías comportarse bien a fuerza de latigazos.

Yo estuve a punto de contestar: ¿te azota a ti Augusto? Pero la prudencia se impuso. No obstante no pude por menos que sonreír al recordar la ocasión en que el princeps dijo en el Senado que los maridos deben exigir obediencia de sus mujeres y reprenderlas si se extravían, para ser interrumpido por un senador que gritó: «Me gustaría veros obligando a Livia a que obedezca...»

Yo podía no hacer caso a Livia. Pero cuando recibí un aviso del prefecto del pretorio, tuve que prestar atención. Estuvo cortés, circunspecto, y me dejó horrorizado. Me dijo que no era solamente que mi mujer fuera infiel, sino que su comportamiento amenazaba con ocasionar un escándalo público. Participaba en orgías que no estaban limitadas a la nobleza.

—Eso sería un asunto privado, señor, hasta cierto punto. Pero cuando se mezcla con chusma y gentuza de todo tipo, podéis comprender que esto se convierte en un asunto de orden público. Por supuesto lleva casi siempre un antifaz, pero, bueno, señor, un antifaz se puede caer... Y la señora no es el tipo de mujer de quien uno se puede olvidar fácilmente, ¿no os parece?

Se puso el dedo índice en la nariz, en un gesto de embarazo.

—Estoy seguro de que no os va a gustar que os diga esto pero si queréis nombres y direcciones, os los puedo dar. Se los debía dar al princeps, ése es mi deber, pero francamente, señor, es un deber que no me atrevo a cumplir. Y aún no os he dicho lo peor. Unas palabras de aviso, por así decir: algunos de los nobles con los que ella tiene relaciones son los que nosotros llamamos en términos profesionales «riesgos de seguridad». Son el tipo de gente que no pasaría las pruebas de nuestro sistema de «veto positivo». No sé si el princeps os ha hablado de esto, señor...

—No —dije yo—, yo no soy más que su hijastro y su yerno, el cónsul de este año y un general a quien se le ha otorgado un triunfo. Pero no se me ha confiado ninguna información sobre vuestro sistema de... ¿cómo lo llamasteis?

—Veto positivo, señor.

—¿Veto positivo? Un despreciable neologismo.

—Tal vez lo sea, señor. Pero una necesidad, crédmelo, tal y como están las cosas. Bueno, yo creo que debéis estar enterado de esto, señor, así que voy a arrogarme la responsabilidad de, por lo menos, daros una idea general del sistema.

Comenzó entonces a explicar cómo Augusto se había empezado a preocupar por la posibilidad de asignar puestos de autoridad a hombres cuya lealtad al «Nuevo Orden» no era lo que debía ser. Aunque se enorgullecía —con razón, en mi opinión— de su perspicacia al juzgar a los hombres, se daba también cuenta de que el juicio era por necesidad subjetivo y con frecuencia el resultado de un conocimiento insuficiente de la persona en cuestión. Por ello había ideado un sistema, después de consultar el asunto con el prefecto del pretorio y la policía secreta, mediante el cual todo el que aspiraba a un cargo determinado tenía que ser sometido a una detallada investigación; se comprobaban sus antecedentes, se enjuiciaban sus amistades, se contrataba a los esclavos para que dieran información sobre las conversaciones durante las cenas, se examinaban sus asuntos financieros y se averiguaban sus costumbres e inclinaciones sexuales.

—De esta manera, señor, se completa un panorama total. Como un mosaico, si se me permite hablar de manera figurada. Ninguna pieza pequeña, aisladamente, puede tener ninguna significación, pero cada una de ellas ayuda a hacer el cuadro completo y comprensible, señor. Es un sistema magnífico y os asombrará oír lo que hemos llegado a saber.

—Indudablemente.

—Pues bien: siento decir que muchos de los jóvenes nobles con los que se relaciona la señora Julia son los que llamamos de categoría C. Algunos son incluso de categoría D, lo cual quiere decir que tienen mucha suerte de que se les permita residir en Roma, señor, y no se les obligue a que permanezcan reclusos en sus fincas en el campo, o se los destierre. Recibimos todo tipo de informes, ¿entendéis?, de nuestros espías profesionales; los llamados «cloacas» porque es su obligación el recoger toda la porquería de la ciudad para que nosotros la inspeccionemos, y, creedme, cuando leo alguno de los informes que los «cloacas» nos mandan acerca de caballeros como Julio Antonio y Crispino y el joven Sempronio Graco, bueno, señor, se me erizan los pelos y se me hiela la sangre. Y éstos son los tipos con los que se divierte su señora esposa, y peor que divertirse, he de decir. Bueno, señor, si le cuento todo esto al princeps, no quiero ni pensar lo que puede ocurrir. Por eso me he atrevido a acercarme a vos en primer lugar, por así decir. Aquí os dejo una lista de sus amantes nobles. Hay naturalmente otros que no son nobles, y por lo tanto carecen de importancia política.

No podía creer los nombres que estaba leyendo. Naturalmente, había conocido a estos hombres toda mi vida, a algunos muy bien, a otros sólo de vista y por lo que se decía de ellos. Ahí estaba mi primo Apio Claudio Pulcro; parecía poco probable que fuera una de sus amantes porque había oído decir que le gustaban sólo las vírgenes, cuanto más jóvenes mejor; y Publio Cornelio Escipión parecía también un tipo de amante poco probable porque era descaradamente afeminado: había sido un querido amigo de Mecenas y se le despreciaba como a un sodomita, un degenerado a quien le gustaban los hombres maduros. (Hasta tal extremo que había hundido la gran familia de los Escipiones.) Pero se podía esperar cualquier cosa de los otros: Antonio había manifestado su interés en mí en términos inequívocos, por supuesto, y desde mi regreso de Germania me había dedicado sonrisas de radiante superioridad mientras me decía:

—A algunos, mi querido Tiberio, es el dios Marte el que les concede triunfos a otros es la diosa Venus.

Y Graco, un mentiroso desde la infancia, un cínico, un disoluto, un hombre perennemente malhumorado y reñido con el mundo. Y Crispino, uno que, se me ocurre ahora pensar, indudablemente se hubiera distinguido en cualquier momento de la historia en ese concurso de maldad que

Sócrates había imaginado; un hombre del que se decía que había forzado a su mujer a ejecutar el acto sexual con esclavos a fin de que él pudiera disfrutar del espectáculo y que había matado de hambre a su hijo cuando éste protestó; el pensamiento de Julia abandonándose a esos monstruos de una forma en que ya no se abandonaba a mí, de dejarles disfrutar de los deleites que se me negaban a mí, ese pensamiento, aún ahora, dos años más tarde, me produce náusea. Y me hace perder por completo la fe en la naturaleza humana.

Le dije al prefecto que se marchara, comprendiendo mejor que nunca por qué los persas solían matar al portador de malas noticias. Me hubiera llenado de satisfacción hacerle que se callara para siempre, asestándole una daga en la boca, haber cortado esa lengua que se había recreado en describir tanta suciedad.

Me había dejado con la lista. Y yo no podía hacer nada. Esta Roma a la que yo había vuelto rebosaba de horrores que hacía que las selvas germanas parecieran tan mansas como las vegas de Clitumne. No podía hablar con Julia; ni siquiera podía mirarla sin notar la corrupción de su belleza. Pero presentía el peligro: esos hombres, sus amantes, estaban hambrientos, amargados, insatisfechos. Julio César, recuerdo, había tenido miedo de Cayo Casio por su aspecto desnutrido y macilento. Hombres así, había dicho, son peligrosos.

Así que tenía que prevenirla, y, como no tenía el valor de hablar de este asunto con ella, le escribí una carta.

Julia:

No sé lo que ha pasado entre nosotros dos desde la muerte de nuestro amado hijo. Lo que veo y oigo decir de tu comportamiento me hace pensar que su muerte te ha hecho sentirte asqueada de todo y perder la fe de que sea posible que haya o pueda haber en el futuro nada que esté conforme con un orden de cosas basado en la justicia y en la verdad. Me causa un profundo dolor darme cuenta de que me incluyes entre todo eso que te asquea. No fuimos nosotros los que elegimos nuestro matrimonio. Se nos impuso sin tener en cuenta nuestros sentimientos. Bien sé que hubieras preferido casarte con otro, y comprendo lo que sientes acerca de esto.

Pero el matrimonio tuvo lugar. Traté desde el principio de cumplir mis obligaciones de esposo y, al hacerlo, tuve la gloriosa recompensa de que se despertara en mí un gran amor por ti, renaciendo esa pasión física que había sentido por ti cuando éramos jóvenes. Creo que con el nacimiento del pequeño Tiberio tú fuiste, con inmensa alegría por mi parte, capaz de corresponder a mis sentimientos.

El tiempo, las exigencias del deber, las circunstancias y un destino cruel nos han separado, lo mismo que el pequeño Tiberio fue cruelmente arrancado de nuestros brazos. Así fue la dura voluntad de los dioses a la que estamos forzados a someternos. Créeme, comprendo que no hayas estado dispuesta a aceptar la lógica del Destino. Yo hasta siento admiración por tu rebeldía y me compadezco de lo que me parece ser tu desdicha.

Estoy dispuesto a aceptar tu rechazo interpretándolo como la expresión de impulsos que se han apoderado de ti y no puedes controlar. Pero este rechazo tiene en mi boca un sabor tan agrio como el del vinagre. No obstante me resigno a la fuerza de tu repugnancia y hago votos para que desaparezca en su día y para que el afecto crezca de nuevo en este árido suelo.

Hay algo que he de decirte y que es duro. Yo tengo mi orgullo y no puedo tolerar la pérdida de mi honor. Por algo soy un Claudio. Puedo aceptar el que no me ames pero he de suplicarte que te comportes de una manera digna, como corresponde a la esposa del jefe de la gens Claudia. Eso me lo debes, lo mismo que le debes a tu padre el no hacer que su legislación en cuestiones de moralidad se desacredite.

Y otra cosa más: sólo puedes aspirar a la felicidad si consigues respetarte a ti misma. Creo que estás en peligro de perder ese respeto. Es incluso posible que lo hayas perdido ya. No podrás estar tranquila hasta que lo recuperes. Hay muchos tipos de peligro en el género de vida que has elegido.

Créeme, Julia, deseo lo mejor para ti.

Replicó a mi intento de reconciliación y a mis advertencias con una breve nota.

Fuiste siempre pedante y gazmoño, ahora eres también estúpido. Fuiste siempre frío y pensaste esencialmente en ti mismo. Considera la brutalidad de tu propia conducta. A mí se me ha negado todo en la vida, se me ha obligado a vivir de acuerdo con la voluntad de los demás.

Me he cansado. Ahora vivo para mí misma. Lo prefiero así. Y eres un necio si crees que soy desdichada. No me amenaces otra vez. Yo tengo mis propias armas.

Cuando recibí esta carta, encontré en ella algo que me inspiró piedad, y suavizó mi corazón. Me pareció leer desesperación entre líneas. Me dirigí apresuradamente a sus estancias privadas. La muchacha esclava que estaba ordenando la habitación me dijo que Julia había salido aquella mañana para una villa en Baiae, que le había regalado su padre cuando se casó con Marcelo.

—¿Ha dejado algún recado para mí?

La muchacha se ruborizó y balbuceó.

—Sí, señor, pero no me atrevo a repetirlo...

—Ya. ¿Nada escrito?

—No, señor.

El orgullo todo lo acalla. Selló mis labios. No le hablé a nadie de mi dolor y nadie pudo haber averiguado mi estado de ánimo por mi comportamiento. La carta que le envié a Julia y de la cual ya no tengo copia estaba arropada en una forma de expresión que no hubiera podido inspirar sospechas a ningún agente del gobierno que la interceptara. La circunspección en el lenguaje es el precio que pagamos por mantener el orden civil.

Mi padraastro continuó otorgándome honores. Se me concedió la tribunicia potestas, ese harapo arrancado de los días republicanos en los cuales Augusto se había revestido de forma que pudiera ocultar su despotismo, y con el cual se había también arropado Agripa; el poder tribunicio me hizo inviolable, me dio autoridad en Roma, el poder para introducir o poner veto a la legislación, y confirió a mi ascenso un engañoso carácter popular. Mediante el uso de la tribunicia potestas, Augusto había dejado bien clara su diferencia del resto de los senadores y esta dignidad le había capacitado también para presentarse (o darse tono, dirían algunos) como el defensor y protector de la gente ordinaria. Nada, ni siquiera el

hecho de ser la autoridad militar suprema, había desagradado tanto a los hombres de sentimientos republicanos como el uso que hizo de esta ya oxidada pieza de la maquinaria del gobierno de la República.

Aunque me honró públicamente y puso bien claro que yo era el general en jefe de Roma, no hubo calor en la manifestación de este honor. Yo me sentí desairado. Era evidente que estaba tan dispuesto a hacer uso de mí como lo estaba a echarme a un lado una vez que hubiera servido mi turno. Y esto sucedería cuando los muchachos, Cayo y Lucio, llegaran a la edad adecuada. Su parcialidad en favor de ellos llegaba a la exageración. Estaba dispuesto hasta a engañar en favor de ellos. En una representación del juego de Troya, ese simulacro de guerra en el cual se les da a los jóvenes de buenas familias la oportunidad de probar su valor, Augusto, que actuaba como una especie de árbitro en esa batalla simulada, hizo interrumpir el juego cuando un muchacho rechoncho y basto se sentó a horcajadas sobre el joven Lucio y empezó a darle puñetazos en la cara. No había nada en las reglas del juego que justificara esta intervención y era evidente que su acción la provocaba su deseo de salvar a Lucio de las consecuencias de su propio juicio erróneo. Una buena paliza no le hubiera hecho ningún daño al muchacho, y si le hubiera enseñado una lección. El cuidado con que Augusto se ocupaba de los jóvenes ha sido tan excesivo como ha sido absurdo ese impulso incontrolable que ha sentido de adularlos. Me sorprende que al menos Lucio haya sido capaz de salir ileso de esta mezcla de mimos y admiración, y que se haya convertido en un muchacho tan agradable y simpático. Pero me alegra poder decir que mi propio hijo Druso no ha estado sometido a un sistema tan perjudicial de educación y que se le ha criado de forma más sensata.

El cariño de Augusto por los muchachos era grotesco. Nunca le oí reprenderlos y sí decirles una y otra vez que representaban el glorioso futuro de Roma. «Todo lo que yo hago es por vosotros», le oí decir una vez, sentimiento que quitaba sentido a la mayor parte de su vida, y que era un pobre reflejo de su concepto del deber para con el pueblo romano. Por supuesto tenía razón en alentar a la juventud y se vanagloriaba especialmente de los Colegios de la Juventud que había establecido en todos los municipios de Italia; pero cuando se trataba de sus nietos, llevaba las cosas demasiado lejos.

Me costó trabajo creer algo que oí que les decía una vez, con extremado afecto, y esto fue que, en un momento adecuado, incitaría al

Senado a que les concediera el título de principes inventutis —Principes del Movimiento Juvenil. Esto era demasiado y sabía a monarquía hereditaria.

Expresé mi indignación ante mi madre. Estaba hilando lana, un entretenimiento, como le había dicho con frecuencia, naturalmente fomentado por su esposo. Augusto pensaba que era bueno para las «relaciones públicas», una frase vil que había aprendido de uno de sus libertos griegos, hacer que el pueblo supiera que su esposa se ocupaba de tareas domésticas tradicionales, como hilar y tejer.

—¿Te gusta hacer lo que estás haciendo, madre?

—Aunque me lo preguntes con sarcasmo, sí me gusta. Lo encuentro muy relajante. Tal vez tú debas empezar a hacerlo. Tienes un aspecto muy tenso.

—No es de sorprender.

—Pero ¿no te parece estúpido manifestar tu desaprobación del afecto que tu padre siente por esos muchachos?

—¿Es preciso que te recuerde que yo tengo el mismo parentesco con ellos que el que él tiene conmigo? No son malos muchachos pero él está corriendo el riesgo de estropearlos.

—Está pensando en el futuro, eso es todo. Conforme nos hacemos más viejos, Tiberio, algo extraño nos ocurre. Un día vemos el horizonte muy cercano y al siguiente se dilata de manera infinita frente a nosotros. No puedes censurar a Augusto por su preocupación con lo que pueda pasarle al estado cuando él ya no esté aquí.

—¿Y yo no tengo nada que ver con eso? ¿No hay sitio para mí en sus planes?

—Naturalmente que lo hay, por supuesto que sí. ¿Cómo podría ser de otra forma teniendo en cuenta tu edad, lo que tú mismo has logrado, tu puesto en el gobierno? Por añadidura tú no puedes por menos de recordar que yo también soy capaz de hacer mis propios planes, y de llevarlos a cabo. Por ejemplo, ahora mismo estoy haciendo planes para que Cayo se case con la hija de tu hermano Druso, la pequeña Livia Julia.

—Me parece muy bien, madre. Eso mantendrá tu influencia.

—No adoptes ese tono cuando hables conmigo. No me gusta. Nunca me ha gustado. Porque sé lo que significa. Que estás a punto de hundirte en un mar de resentimiento.

—Eso es ridículo. Lo que me preocupa, naturalmente, es mi situación personal.

—Tú serás el primer hombre en el estado, cuando muera tu padrastro.

—Vivirá veinte años más. Y ¿cuántos tendré yo entonces? Pero no es mi posición personal lo único que me preocupa. Me parece fundamentalmente equivocado e injusto, madre, el curso que están tomando las cosas. Estamos en peligro de convertimos en un estado despótico al estilo oriental con una ley de sucesión. No es un estado romano.

—Sí, Tiberio, tú eres un conservador. Es eso lo que te hace sentirte descontento. Está bien, yo comparto tus sentimientos, pero tengo la inteligencia de saber que las cosas tienen que cambiar si queremos que continúen lo mismo. Y sé que la creación de Augusto es buena porque, a diferencia de ti, puedo acordarme bien de las guerras civiles. No te hagas como tu padre, Tiberio, un hombre para quien la virtud se hallaba exclusivamente en el pasado, un hombre que miraba el nuevo mundo como algo hecho para afligirle personalmente a él.

—Hay momentos en que comparto sus inquietudes.

—No seas necio. De hecho, eres más que necio. Me alegro, eso sí, de que hayas venido a verme en este estado de ánimo serio; no es que tu estado de ánimo sea con frecuencia distinto. He oído decir que Julia y tú ya no os habláis, que os comunicáis sólo por escrito. ¿Es eso verdad?

—¿Así que me has estado espionando, madre?

—Entonces, ¿es que es verdad? ¿Quieres destruirlo todo?

Dudé por un momento. Era tentador dar una contestación afirmativa.

—Julia y yo hemos decidido de momento seguir caminos separados. Eso es todo.

—¿Todo? ¿Comprendes lo que estás diciendo? ¿Que eso es todo? ¿Tu mujer se está precipitando hacia la vergüenza pública y tú no te das cuenta de que eso te manchará a ti también?

—Mi mujer —dije— hará lo que le dé la gana. Siempre lo ha hecho. Yo no tengo ningún poder.

Me retiré a los baños. Convertí mi irritación en sudor y pasé la tarde ociosamente contemplando a los jóvenes que luchaban en el gimnasio. Cené en casa, después me quedé sentado bebiendo vino mientras un esclavo me leía fragmentos de las guerras del Peloponeso, de Tucídides.

—Estupideces —dije, e hice salir al hombre.

Continué bebiendo vino y escribiendo en mi imaginación cartas a Julia que sabía no le mandaría nunca. Rayó el alba, fría, gris, sin esperanza. Me tambaleé hacia mi lecho y dormí mal.

Augusto me mandó llamar.

Se levantó con una expresión de placer en su rostro cuando me vio entrar; le debió de suponer un gran esfuerzo, pero siempre le gustó el fingimiento, la representación teatral.

—Mi querido muchacho —dijo—, tu madre me ha estado hablando. Está preocupada. Dice que te estás alejando de ella. «Sólo veo lo que se mueve en la superficie de las aguas, y nada de las oscuras corrientes que se agitan debajo de ellas.» Ésas fueron sus exactas palabras, te lo aseguro... Cree, según me dice, que nunca te recuperaste de la muerte de tu hermano Druso. —Me puso la mano en la manga. Se quedó allí apretándome como una sanguijuela—. Pero ¡quién de nosotros se ha recuperado, quién de nosotros!...

Entonces su tono cambió. Recuperó esa autoridad que yo siempre he respetado cuando Augusto explicaba en líneas generales nuestra posición estratégica. Había un nuevo brote de inquietud en Armenia.

—Un país al que trataste con tanta habilidad como eficiencia en tu juventud, amado hijo. —Era necesario enviar a un hombre fuerte al Oriente. Me ofreció el puesto—. Con *maius imperium*, por supuesto, autoridad absoluta... Te estoy ofreciendo exactamente lo que tenía Agripa. Y la tarea es aún más urgente y difícil ahora...

Me obsequió con esa sonrisa suya tan radiante que es ingrediente esencial del encanto proverbial de Augusto. Y entonces una expresión de inquietud atravesó su rostro.

—¿Te encuentras bien? Pareces sofocado.

—Simplemente un dolor de cabeza. Nada más.

—Me alegro, porque el puesto requiere que pongas en juego todas tus fuerzas.

—No —dije—, no voy a ir.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Qué quieres decir cuando dices que no vas a ir?

—Exactamente lo que dicen mis palabras.

—Pero eso es una locura.

Levantó sus manos en un gesto de incredulidad.

—Vamos, mi dilecto muchacho —dijo—, no es posible que no hayas entendido lo que te estoy ofreciendo. El puesto de Agripa. Mi... —dudó, tragó saliva, y con ella la desagradable medicina—, mi colega en el gobierno de la República.

—¿Por cuánto tiempo?

—¿Qué quiere decir «por cuánto tiempo»? Escucha —me dio unas palmaditas en el hombro, lo apretó afectuosamente—, «maius imperium» —se detuvo al pronunciar estas palabras, saboreándolas como cualquier comicastro y después, de la misma manera, se dio un golpecito en la frente con la palma de la mano—. Ya sé lo que pasa. Tú crees que tu puesto está todavía en la frontera germana, has dejado allí asuntos sin acabar. Bueno, querido hijo, siempre fuiste responsable y es ésa una cualidad que admiro en ti. Y bien es verdad que odio, sí, odio, quitarte de ese puesto. Pero no hay solución, porque la tarea en Armenia es demasiado urgente. Es una misión de la máxima importancia, y una en la que recaudarás grandes honores...

—No —dije—. Me he cansado. Quiero dejar todo esto.

—¿Qué quieres decir? ¿Comprendes lo que estás diciendo? Esto equivale a una traición.

—No —dije—, no lo es, se interprete como se interprete la palabra. Y si vos no lo entendéis, entonces es lamentable, pero el significado de mis palabras es tan evidente como es inflexible mi decisión...

Salí y lo dejé, con la boca abierta. ¿Cuándo, me pregunté, se ha atrevido alguien a desafiarlo así?

Si he de decir la verdad, yo mismo estaba sorprendido y confuso. No había planeado decir nada de lo que dije. Mi intención de rehusar el ofrecimiento que me hizo era tan remota como la suposición de que él me iba a ofrecer un puesto así. Quiero decir con esto que mi negativa fue totalmente impremeditada. Y que me pareció, precisamente por eso, mucho más convincente; había salido de los más hondos recovecos de mi ser, esa absoluta, inflexible negativa. Entonces me di cuenta de que toda mi vida había deseado pronunciar esa palabra resonante: «no». Regresé a mi propia casa bañado en la luz del sol de una mañana de mayo, con las jóvenes floristas pregonando su mercancía, y el aire resonando con el eco del trino de los pájaros. Y era como si mi cuerpo se hubiera liberado de pesadas cadenas.

Pero bien sabía que sólo había librado la primera batalla. Augusto no me podía obligar a que me pusiera al frente de sus ejércitos, pero si me podía castigar por mi desobediencia. Además, en mi calidad de senador, necesitaba que él me diera permiso para salir de Italia y era eso, se me

ocurrió de repente, lo que fervientemente deseaba hacer. Y sabía adónde quería ir.

Había visitado la isla de Rodas a mi vuelta de la primera campaña que hice en Armenia, y el recuerdo de aquella mágica isla y de la ciudad, extendida como un auditorio natural sobre la media luna de la bahía, había permanecido en mi memoria y había estado dando vueltas en mi imaginación de una forma, por así llamarla, subterránea, con la dulzura de una mañana de verano antes de que el sol se eleve en el horizonte. El Sol es además el patrón de Rodas; su inmensa estatua, obra del escultor Chares de Lindia, adorna el puerto, una de las tres mil estatuas que embellecen la ciudad de forma que hasta una calle desierta está animada por la presencia de imágenes de dioses y héroes. Pero mi recuerdo más vivo era el de una villa en el extremo occidental de la ciudad, una villa cuyos jardines repletos de árboles —cerezos, ciruelos, encinas, robles— y flores, con rosas rojas, rosas y amarillas extendiéndose como una enredadera por encima de la piedra, caían sobre el mar, de manera que al atardecer, el perfume de las rosas se mezclaba con el gusto salino del mar. Había fuentes en las alamedas del jardín y cuando el bullicio de la ciudad, debajo, amainaba, se oía cantar a los ruiseñores. Yo había cenado allí con mi anfitrión, un comerciante griego con una barba blanca, que había recibido mi lírica admiración de esa creación suya de rus in urbe —el campo en la ciudad— con benigna satisfacción. Cuando murió, hace diez años, me dejó en herencia la villa; hubo un pleito judicial en el cual estaba embrollado su hijo, y mi consejo y prudencia fueron útiles. Además, aquel comerciante tenía muchas villas. A ese lugar se dirigían mis pensamientos. Mi decisión de buscar allí el descanso y el solaz se había tomado antes de que hubiera logrado mi propia casa.

No iba a ser fácil. Escribí a Augusto en estos términos:

Augusto, estimado padraastro y suegro:

La oferta que me habéis hecho me honra más de lo que merezco. Me proporciona al menos la oportunidad de expresar mi gratitud por la confianza que siempre habéis mostrado en mis cualidades. No obstante, me veo obligado a rechazarla. He servido a Roma y a la República que vos restaurasteis durante más de veinte años. Es ahora mi deseo retirarme a una isla y dedicarme al estudio de la filosofía y

de la ciencia. La República marchará bien sin mí, porque no es deseable que un solo hombre tenga el monopolio de los honores y los mandos como vos habéis tenido a bien concederme. Además creo que Cayo y Lucio, mis queridos y brillantes hijastros, serán bien capaces de iniciar sus carreras públicas, que prometen ser gloriosas, sin encontrarse a sí mismos, cuando están empezándolas, a la sombra de lo que yo haya podido hacer en Roma.

He elegido a Rodas como el lugar de mi retiro. Es un lugar cuya única importancia es comercial. Siempre me han gustado las islas, como mi respetada madre os podrá confirmar, y se dice que el clima es agradable. Le sentará bien al reumatismo que he contraído a consecuencia de la humedad del Danubio y del Rin.

Por todo ello solicito formalmente que se me otorgue permiso para retirarme a Rodas. Permiso que estoy seguro vuestra naturaleza generosa y comprensiva no me negará.

—Tu carta —dijo Livia— fue inoportuna. Hizo que tu padre se sintiera aún más enfadado que antes.

—Y yo que creí que era una buena carta. Cortés y bien redactada.

—Cállate, Tiberio, no te va bien eso de gastar bromas. No es tu carácter.

—¿Y qué sabes tú de mi carácter, madre? ¿Qué sabe nadie de mi carácter? ¿Qué sé yo mismo? Es más, ¿qué sabe nadie del carácter de nadie? ¿Existe algo que se pueda definir como el carácter de una persona?

—Existe algo que se llama estupidez, de eso no cabe duda. Que es lo que tú estás demostrando ahora. Además ni siquiera crees tú mismo lo que estás diciendo. ¿Por qué te referiste en tu carta a la naturaleza generosa y comprensiva de Augusto?

—Una forma de expresarse. Lenguaje convencional, nada más.

—¿Qué crees tú que va a pasar?

—Cayo y Lucio se ocuparán de lo que yo voy a dejar.

—No digas tonterías. Lucio tiene sólo once años.

—¿No son diez?

—Once.

—Bueno, eso quiere decir que Cayo tiene quince.

Livia se dio la vuelta, y la mitad de su rostro quedó en las sombras.

—Me estás destrozando el corazón —dijo—. Toda mi vida he trabajado y maquinado, sí, algunas veces equivocadamente, siempre en tu favor. He puesto grandes esperanzas en ti y ahora, cuando están a punto de cumplirse, prefieres tirarlo todo, desecharlo todo. Tiberio, ¿por qué? ¿Por qué, por qué?

Empezó a sollozar. Sus lágrimas eran las lágrimas de todas las madres, de Niobe y Andrómeda. Mi corazón se enterneció. Algo de ese viejo amor de la infancia que sentía por ella renació. Me arrodillé a su lado y la abracé. Besé sus mejillas, que estaban pálidas y un poco ajadas.

—Siento apenarte, madre. Trata de comprender. Conozco el amor que sientes por tu marido y te respeto por ello, y hay momentos en que le respeto a él también y otros en que siento un extraño e inesperado afecto por él. Pero no me gusta lo que le ha hecho a Roma, y temo y me siento agraviado por lo que me va a hacer a mí. Ha hecho del mundo entero su esclavo, lo ha sometido a su terrible voluntad. Hombres de nobles familias le halagan para conseguir favores de él y nadie se atreve a hablar con libertad y decir lo que piensa. Hasta cuando le escribí sentí que tenía que adularle. Es despreciable que sea así. En lo que a mí respecta, madre, has tenido ambiciones para mí, como las tiene cualquier madre por su hijo, y te estoy agradecido. Pero ¿qué significado tendrá a la larga lo que yo pueda conseguir? Dentro de unos años, cuando Cayo y Lucio sean mayores de edad, se me apartará al reino de las sombras. Me convertiré en alguien de quien se puede prescindir... Por eso, déjame que escoja yo el momento para retirarme. Estoy cansado de todo esto, simplemente. Pero hay otro asunto del que nunca te he podido hablar con franqueza: mi matrimonio. Sí, mi matrimonio con la hija de tu esposo. Se ha convertido en una tortura para mí. No le echo la culpa a Julia, porque ella misma es una víctima de la voluntad destructora de Augusto. Pero yo no puedo vivir así. No me puedo divorciar de ella, ¿verdad? No la puedo castigar por cometer adulterio como la ley ordena hacer a un marido. Estoy condenado por las circunstancias a ser un cornudo y un objeto de mofa. ¿No te das cuenta, madre, que me he cansado de todo, de la hipocresía y el engaño, de la degradante lucha por el poder, de que se me compre con palabras melifluas, de... todo en general? Siento haberte desilusionado, pero si continúo así me desilusionaré a mí mismo. Se ha corrompido al mundo y yo quiero retirarme de él.

Se puso de pie. Las lágrimas se habían secado en su rostro.

—Todo eso —dijo— es muy conmovedor. Me recuerda el tipo de discursos que tu propio padre solía pronunciar. Yo creía que tú eras un luchador. Debí haberme acordado de cómo has sido siempre propenso a momentos de innoble abatimiento. Te comprendo, no creas que no te comprendo, mejor que tú te comprendes a ti mismo. Has perdido agallas para la lucha pero, hijo mío, porque eres mi hijo, como lo eres de tu padre, tu apetito renacerá. ¿Que tienes una puta por esposa? Bueno, hubo cornudos antes de Agamenón y los continuará habiendo. ¿Qué importancia tiene eso en el conjunto de todo lo demás? Tú tal vez elijas retirarte, pero mi voluntad, Tiberio, es indomable. Continuaré luchando por ti, lo quieras o no, y un día me lo agradecerás...

Mis amigos se apiñaron a mi alrededor, alarmados. Yo deseché una buena parte de su preocupación porque sabía que habían esperado subir de posición al subir yo, y ahora temían el efecto que mi retiro pudiera tener en su futuro. Comprendía que estuvieran decepcionados, pero como no había hecho promesas que no había cumplido, no experimenté ni culpabilidad ni responsabilidad. Además un hombre se debe en primer lugar a su paz de espíritu. Tan pronto como comprendí la profundidad de mi deseo de retirarme de la vida pública, sentí como si una negra nube se hubiera esfumado. Ya no necesitaba vino para dormir bien. Mi respiración, que había sido dificultosa, se normalizó. Mis dolores de cabeza desaparecieron. Por la noche soñaba con el mar de color oscuro como el vino lamiendo las rocas y con las montañas de Asia recortándose majestuosas y purpúreas contra el cielo del crepúsculo. Estaba impaciente por marcharme.

Augusto luchó por mantenerme en la cautividad de mi deber. Me inundó de cartas en las que el elogio, el reproche y los llamamientos a mi conciencia estaban mezclados en desorden. Olvidó su dignidad y perdió su decoro. Cuando me forzó a asistir a otra entrevista, terminó insultándome como una verdulera cualquiera.

—Eres un saco de mierda, vestido de hombre —gritó.

—Que lástima que un hombre tan insigne tenga tan malos modales —contesté yo, sonriendo, porque sabía que estaba ganando, que su pérdida de control significaba que la batalla se le escapaba de las manos.

Supe explotar mi ventaja. Sabía que el amor que sentía por Livia le impedía entregarse a la reacción violenta a la que mi obstinación le incitaba. Yo anuncié que me iba a entregar a una huelga de hambre hasta que me concediera su autorización para marcharme. Naturalmente, no tuvo más

remedio que ceder; mi madre se encargó de ello. Le dijo con absoluta franqueza que temía las consecuencias que pudieran seguir si no me concedía permiso.

Primero, no obstante, me hizo saber lo que los hombres decían de mí; cómo algunos senadores veían mi deseo de retirarme como un desafío a su autoridad; cómo otros pensaban que estaba cansado de ser virtuoso.

Has sido un hipócrita toda tu vida, al menos eso se me cuenta, alimentando vicios secretos que te avergüenzas de practicar en público. Ahora que ya no eres capaz de controlarte, decides retirarte a esa isla para entregarte a tus vergonzosos deseos, sin que te estorbe la opinión pública.

Yo le contesté así:

Augusto:

¿Cómo puedo yo desear desafiar una autoridad que he servido con orgullo y de buena voluntad en la medida de mis posibilidades, durante estos últimos veinte años? Bien sé que vuestra autoridad, que yo respeto, está fundada en los decretos de los Padres Conscriptos, que ningún buen romano puede sentir deseo de desafiar.

Esto era poco sincero; estaba fundada en su victoria en las guerras civiles, y nadie se atrevía ahora a debatirlo abiertamente.

La sinceridad de mi deseo de retirarme me absuelve del delito de ambición. Sería una maniobra estúpida ponerme a mí mismo en una situación así, si realmente fuera ambicioso, porque la simple concesión por vuestra parte del permiso para retirarme supone el final de mi carrera pública. Además, si os entiendo correctamente, vos mismo me censuráis la falta de esa ambición que es natural y loable en un miembro de la nobleza romana.

La acusación de vicio es absurda...

Hice una pausa al escribir esta línea. ¿Está en el poder de un hombre, pensé, rechazar una acusación tal?

Repito que deseo dedicar el resto de mi vida al estudio. Los compañeros que he elegido para que compartan mi retiro son Trasilo, el insigne astrónomo, y otros matemáticos, todos ellos hombres sobrios. Imposible pensar en ellos como la compañía que yo seleccionaría para una orgía...

Augusto me contestó:

¿Qué ejemplo podrá ser tu desdichada y egoísta huida del deber para esa nueva generación a que te refieres? Yo he servido a Roma más años que tú y con la misma devoción, pero nunca se me pasó por la cabeza la idea y el lujo de retirarme. Buenas irían las cosas si pudiéramos todos eludir nuestras responsabilidades como tú, débil y egoístamente, estás pensando en hacer. ¿Te das cuenta de que nos estás hiriendo a tu madre y a mi?

He de confesar que el pensamiento de Augusto renunciando al poder y llamándolo responsabilidad hizo aparecer en mi rostro una sonrisa de superioridad basada en lo bien que lo conocía. Cuando volví a leer la carta, por segunda vez, sabía que estaba derrotado.

Fui a darle un abrazo a mi madre antes de mi marcha; Augusto no había querido decirme adiós. Le di las gracias a Livia por todos los esfuerzos que había hecho en mi favor y le encomendé a mi hijo Druso. El muchacho había manifestado su deseo de venir conmigo a Rodas pero esto naturalmente era imposible; era necesario que se le preparara para la vida pública junto con sus compañeros.

Las mejillas de Livia estaban frías.

—Te deseo que estés bien y seas feliz, querido hijo, pero creo que nunca podré perdonarte —dijo.

—Madre —respondí—, voy en busca de una felicidad que nunca he llegado a conocer.

—Felicidad. Un concepto para poetas de la clase media.

Cuando mi barco había pasado Campania, me trajeron noticias de que Augusto estaba enfermo. Naturalmente sospeché una estratagema pero no tuve más remedio que dar órdenes para que se echaran las anclas. Pasé toda la noche sentado en cubierta, bajo las estrellas, mirando a la costa y preguntándome si se burlaría de mí de nuevo, esta vez muriéndose... Entonces mi amigo Lucilio Longo me mandó un mensaje diciéndome que se había interpretado mal mi demora y que los hombres decían que yo confiaba en que muriera mi padrastro y que tenía la intención de apoderarme de las riendas del poder.

¡Qué poco me entendían! Suspirando, di órdenes para que nos hiciéramos de nuevo a la vela, aunque el viento era evidentemente contrario.

¿Debería haber añadido que yo estaba, en realidad, huyendo de las orgías? ¿Hubiera esto evitado disgustos en el futuro?

Repito que me siento agotado, que nunca me recuperé de la muerte de mi hermano y que ahora hay una nueva generación dispuesta a servir a Roma. Mi permanente presencia continua al frente de los ejércitos sería un continuo embarazo para ellos...

Los cuatro años siguientes a mi llegada a Rodas fueron los más felices de mi vida. Me despreocupé de todo y aunque no tenía nada apremiante que hacer, renuncié a la mera ociosidad. Estudiaba tres horas todas las mañanas, y me dedicaba a leer durante dos, por la tarde. Asistía a conferencias y debates en las escuelas de filosofía y ejercitaba mi cuerpo en el gimnasio. Conversaba amistosamente y de igual a igual con los ciudadanos, griegos cultivados y en general encantadores que parecían estar libres de los vicios que aquejan a los miembros de su nación residentes en Roma, haciéndoles perder la dignidad y causándonos repugnancia a los demás. Todo lo contrario. Los ciudadanos de Rodas se distinguen por su erudición, sentido común y virtud; nadie puede residir aquí sin darse cuenta de que la virtud no es, como algunos suponen, el monopolio de romanos de alta alcurnia, sino una cualidad innata en todos los hombres que requiere tan sólo un ambiente propicio para desarrollarse. La forma de comportarse de los ciudadanos de aquí es tal que ningún hombre sabio puede olvidar que Grecia es la cuna, no sólo de la libertad sino del derecho. A mí me agradó constatar que, gracias a la influencia de esta encantadora isla, yo iba creciendo en virtud y en sabiduría.

Mi paz de espíritu se debe mucho a mi jardín, porque un buen jardín es, en mi opinión, la imagen de una vida buena. Fue precisamente por el jardín y su situación por lo que me gustó tanto esta villa, cuando la vi por primera vez; y el vivir aquí ha hecho mi placer aún más profundo. El jardín está rodeado de plátanos, muchos de ellos cubiertos por hiedra veteada de plata. Sus copas florecen con su propio color verde pero conforme se mira hacia abajo, se nota que allí la verdura la confiere la hiedra, que, extendiéndose, conecta un árbol con otro. Entre los plátanos yo he plantado árboles de boj, porque perfuman con su aroma el aire de la tarde, y una alameda de laureles mezcla sus tonalidades con la de los plátanos. Hay una serie de senderos a través de estas alamedas, algunos umbrosos, otros plantados de rosas y los últimos combinan, en un agradable contraste, la frescura de la sombra con el calor del don de Apolo. Después de pasar por estos senderos que serpentean y que son tan seductores que puedo pasar

horas y horas deleitándome en ellos, se llega a un camino en línea recta que se bifurca en otros cuantos, bordeados por pequeños setos de boj. Hay aquí de nuevo un placentero contraste entre esta regularidad y la belleza descuidada de la naturaleza rural. En el centro del jardín hay una arboleda de plátanos enanos y cerca de ella un grupo de acacias suave y combado. En la extremidad meridional del jardín hay un hueco o nicho de mármol blanco, al que dan sombra unas viñas y sostienen cuatro columnas de mármol de Caristos. Hay aquí un pequeño estanque de agua, tan hábilmente diseñado que está siempre lleno, pero nunca rebosa. Cuando ceno aquí, este estanque me sirve de mesa, colocándose los platos más grandes alrededor del borde, mientras que los pequeños flotan como barcas o aves acuáticas. Enfrente hay una fuente que mana sin cesar y cuyo cuenco está sostenido por cuatro figuras de jóvenes, exquisitamente esculpidas, que sostienen en sus manos tortugas que les sirven de recipiente para beber el agua. Frente al nicho hay un cenador, en mármol tornasolado, por el que se entra a la sombra verde de un recinto fresco hasta en el calor del mediodía cuando los lagartos duermen sobre los muros calcinados por el sol. Este cenador está amueblado con divanes y, cubierto como está de una parra, disfruta de una penumbra tan agradable que puede uno quedarse echado allí e imaginarse que está en un bosque. Por todo el jardín hay otras fuentes y pequeños asientos de mármol, apartados del ruido de la ciudad, abajo a sus pies, y de la luz deslumbradora de un sol avasallador. En este jardín puedo repetir las palabras del poeta griego que exclama:

«Dadme debajo de los plátanos una sombra para descansar mientras las fuentes tintinean, murmuran y acarician...»

Y cuando dirijo mi vista más allá de la villa, veo pinos inmensos que ascienden por la colina. Debajo, el sol relumbra como un escudo. Me ocupo de perfeccionarme. Vivo con gran sencillez, comiendo y bebiendo poco: espárragos, pepinos, rábanos, salmonete, pan, fruta y queso de oveja de las montañas me satisfacen. No pienso en vinos exquisitos, la mezcla resinada de la localidad me basta.

Durante cuatro años viví en Arcadia, sin distracciones de guerra, política, lujuria, pensamientos de Roma, poder o intriga. Vivía como mi naturaleza me asegura que estábamos destinados a vivir desde nuestro nacimiento. Por la noche seguía el puro y sereno movimiento de las estrellas. Era plenamente yo mismo...

Pero siempre hay un «pero» en la vida del hombre. Mi uso de la temporalidad empieza a vacilar. ¿Estoy describiendo un estado, fijo y asentado como una tarde de verano, o estoy luchando por recordar, y al recordar, inmortalizar, algo que, incluso en el proceso de dar forma al concepto de ese mi dulce contento, parece estar escurriéndose de las manos?

No faltaron algunos momentos de perturbación. Por ejemplo, un día había manifestado el deseo de visitar a algunos de los enfermos de la ciudad, obligación que me impuse con gusto y que cumplí a intervalos regulares desde que llegué aquí. Pero un criado nuevo interpretó mal mi intención y cuando bajé a la ciudad me horrorizó descubrir que habían hecho congregarse a un número copioso de enfermos en un claustro público. No quise ni pensar en la dificultad e incomodidad que esta operación hubo de ocasionar. Se los había incluso distribuido en grupos separados, de acuerdo con la naturaleza de sus enfermedades. Naturalmente me disculpé por lo ocurrido lo mejor que pude y el asunto quedó concluido. Pero el disgusto que me llevé se agravó al darme cuenta de que estos pobres desgraciados habían dado por hecho que tenían que sufrir estas incomodidades, simplemente para darme a mí la oportunidad de exhibir mi benevolencia. Hay algo desagradable y a mi juicio inmoral en las relaciones sociales que hemos establecido, meramente para mostrar cómo ejercemos nuestro poder. Un burdo pensamiento surgió en mi mente, acompañado de un dulce recuerdo.

Una vez, en un momento de ira, Julia me increpó:

—A mí me da igual recibir mi satisfacción sexual de un labrador que de un noble.

Y yo pensé que había una extraña sinceridad y franqueza en ese juicio. ¡Qué irónica resulta esta frase!

Fue unos meses después del incidente que acabo de relatar cuando rumores inquietantes llegaron a mí desde Roma. La primera indirecta vino en forma de una nota misteriosa que acompañaba una carta de Cneo Pisón; en ella sugería que tuviera cuidado con mi mujer. Le entendí demasiado bien. Consulté a Trasilo, que se mostró evasivo. Cuando insistí, tuvo que admitir que algún infortunio me amenazaba; las estrellas no nos eran favorables. Escribí a Livia, en términos cautelosos. En su respuesta no hizo caso de mis veladas preguntas, aunque no me cabía la menor duda de que las había entendido. Dudé antes de escribir a Julia porque estaba seguro de

que se interceptaría y examinaría su correspondencia. Dio la casualidad de que un joven oficial, Lucio Elio Sejano, cuyo padre, L. Seyo Estrabón, había sido prefecto de la guardia pretoriana y era ahora procónsul de Egipto, me hizo una visita de cortesía en su camino de Antioquía a Roma. Le recibí, como había recibido a cualquier joven romano que me mostraba respeto y pleitesía, y también porque su padre había servido a mis órdenes en la campaña del Danubio.

—Hay muchos hombres en los ejércitos —dijo el joven Sejano— que están deseando que volváis, señor.

Habló de una manera abierta y varonil. Sus ojos, que eran muy azules, se encontraron con los míos y no esquivaron mi mirada inquisitiva. Me gustó su franca sonrisa, su soltura de cuerpo y modales. Cenamos juntos y me hizo reír con sus relatos de viajes que había hecho por el Oriente y también por su evidente aversión hacia Egipto. Cuando hablaba de ese país, se evidenciaba en su lenguaje un toque de exageración del que se daba perfecta cuenta. Se propuso entretenerme y lo consiguió. Sin embargo no fue eso lo que más me agradó, sino su candorosa aceptación de la experiencia. Había algo de mi hermano Druso en su manera de comportarse, y cuando reposaba mis ojos en él, tendido en el diván a mi lado, como un atleta que descansa entre una y otra carrera, sentí por él esa mezcla de afecto y envidia con la que me había acostumbrado a mirar a Druso, y que no había vuelto a experimentar desde la muerte de mi hermano. El mundo y la naturaleza del hombre eran para él asuntos menos complicados de lo que lo eran para mí, y yo reaccioné favorablemente a su juvenil inocencia. Era poco más que un muchacho, pero me pareció merecer ya mi confianza.

—Si te pido —dije— hacer algo por mí que pueda suponer un riesgo para ti y que, ciertamente, si se descubre, puede poner en peligro tus oportunidades de ascenso en el servicio militar, pero que por otra parte supondría una gran ayuda para mí, ¿estarías dispuesto a llevarlo a cabo?

Se ruborizó al oír la pregunta.

—Sí, lo haría —contestó, sonriéndose después. Era una sonrisa tímida, excepcionalmente dulce—. Porque sé que nunca me pediríais hacer algo que fuera deshonroso.

A pesar de esta respuesta, yo dudé. Había vergüenza en mi duda, que no me inquietó, y había también temor, que sí lo hizo. Constituían una mezcla extraña, porque parte de mi vergüenza se cifraba en mi temor de

poner mi confianza en él. Y esto era también extraño porque al fin y al cabo ese temor era natural. Pero me sentía avergonzado de aprovecharme de él, como era mi intención, aunque yo sabía que él estaba deseando que lo hiciera. Se puso en pie de un salto, rebosante de juventud y vitalidad, y cayó de rodillas frente a mí. Me cogió las manos y me las apretó.

—Confiad en mí, señor, estoy deseando servirlos.

—Lo que te voy a pedir es en sí un pequeño favor —dije—, simplemente entregar una carta que no me atrevo a enviar de la manera acostumbrada. Pero este favor tan pequeño puede significar tu ruina. Debes comprender esto.

—Señor, tenéis ya mi respuesta.

—Sí—dije—, la tengo, y te agradezco tu buena voluntad, pero mi estado de perplejidad continúa. No estoy seguro de si debo someterte a esta prueba o si me puedo sentir justificado en hacer uso de ti de esta manera.

Aumentó la presión de sus manos en las mías.

—Señor —dijo con una voz baja y apremiante, que era no obstante tan suave como la de una mujer enamorada—, estoy a vuestras órdenes. Haced uso de mí de la forma que os parezca más oportuna.

Su sonrisa parecía burlarse de la seriedad de sus palabras.

—Eres sólo un muchacho, un muchacho para quien brilla todos los días la luz del sol y si aceptas mi comisión yo voy a introducirte en un mundo donde esa luz del sol no existe. ¿Qué has oído decir de mi esposa?

La brusquedad de mi pregunta y la amargura del tono con que la hice le asustaron. Se levantó y me volvió la espalda. Sus dedos jugueteaban con la suave pulpa de un melocotón maduro que estaba en la cesta encima de la mesa.

—No sé cómo responder, señor.

—Lo entiendo. Tal vez eso sea en sí una respuesta. Es mi mujer la persona a quien deseo que le entregues una carta, y, cuando la haya leído, te quiero advertir que reaccionará airadamente contra el portador de ella...

«Pero —pensé yo— mirará al portador y se imaginará a sí misma acariciada por esas manos fuertes y luchando con esos brazos y piernas juveniles, y mirará con embeleso ese rizo de pelo dorado rojizo que le cae sobre uno de sus ojos y que el joven se aparta de la frente de manera descuidada... y entonces tratará de seducirlo; y no es eso lo que yo le deseo a él. Pero necesito alguien en quien pueda confiar, y creo que puedo confiar en este muchacho...»

—No tienes nada que esperar de mí —dije—. Soy un hombre en el umbral de la vejez, que se ha retirado de la lucha por el poder. ¿Comprendes esto también?

—Oigo vuestras palabras, pero también oigo que las estrellas hablan de manera diferente, que os prometen un futuro glorioso. Y sé también lo que se dice en los ejércitos. Así que me siento feliz y estoy dispuesto a aceptar vuestra comisión...

Se volvió hacia mí con una sonrisa radiante.

—Veis, señor —dijo—, que he escogido ligar mi futuro con el vuestro. Estoy, como ya os he dicho, a vuestra disposición para todo lo que queráis mandarme.

La ternura te sorprende cuando estás desprevenido como la brisa vespertina que trae a mi jardín las ráfagas aromáticas del mar cercano. No es una emoción que he experimentado con frecuencia: la experimenté por Vipsania cuando me miraba con su rostro sencillo pero embellecido al reaccionar ante el dolor y la desdicha de los demás; por Julia cuando yacía en el lecho con nuestro hijo en sus brazos; por Druso cuando acompañé su cuerpo sin vida en esa larga procesión hasta su mausoleo; por el joven Segestes, cuando lo estrechaba entre mis brazos protegiéndolo del mundo. En cada uno de esos casos, yo creo que mi manera de experimentar la ternura era una forma de protesta contra la crueldad y la estupidez de la vida. Cualquier ser racional sabe que la vida del hombre es horrible y brutal, que esa cultura que cuidadosamente hemos adquirido y protegido no es otra cosa que fragmentos de defensa, esfuerzo que hemos llevado a cabo contra la realidad de la existencia, contra —por inventar una frase— su implacable nihilismo. Los dioses se burlan de nuestros débiles esfuerzos o los tratan con indiferencia; por ello nuestros corazones se entregan con más fuerza a aquellos que luchan contra el destino, y fracasan, porque en ese fracaso reconocemos una verdad fundamental acerca de esta vida a la que estamos condenados. Como dice el poeta: «¿Quién habría oído hablar de Héctor, si Troya no hubiera sido conquistada?». Cuando de pie, en la cima del acantilado, observaba esfumarse más allá del horizonte las velas del barco que llevaba al joven Sejano a Roma, sentí un resurgir de esa extraña ternura, y le podía ver como a Héctor, aquel héroe destrozado, arrastrado tras el carro de guerra de su vencedor, con sus largas y esbeltas extremidades que tanto habían disfrutado del movimiento, ahora flácidas y manchadas de sangre, su pelo rojizo dorado sucio del polvo por el que se le

arrastraba, mientras la chusma vociferaba imprecaciones y la gente de mente noble permanecía de pie en silencio, horrorizados ante la profanación de la belleza, el valor y la virtud.

Un ave acuática emitió un sonido, y se precipitó en el mar en busca de peces. Yo traté de deshacerme de mi soñar despierto. «Ridículo», me dije y, dando la espalda al reluciente espejo del mar, que parecía profetizar muerte, regresé a las dulces tonalidades del atardecer, bajo los laureles.

OceanofPDF.com

En la carta que le envié a Julia le recomendaba insistentemente control y moderación, le volvía a repetir mi advertencia de que estaba sujeta a vigilancia por parte de la policía y le informaba de que se estaba pensando en instruir procedimientos judiciales contra ella. No me atreví a decir más. De hecho los acontecimientos se desarrollaron con más rapidez de lo que yo había supuesto. Coincidiendo con la visita de Sejano a Rodas ya se había suministrado información a Augusto. Estoy seguro de que su aflicción al revelársele la conducta y hábitos de su hija era genuina. Debía de haber sido el único hombre en Roma que no se había enterado de la conducta de Julia. Porque el comportamiento de ésta se había hecho más abiertamente escandaloso desde mi marcha. El informe le notificaba —me mandó una copia de él— de que «La interesada, después de una cena, donde se había bebido mucho vino, se dirigió tambaleándose con sus compañeros al Foro, y una vez allí se subió a la tribuna desde donde provocaba a los que pasaban accidentalmente por allí, con gran placer de sus compañeros de crápula, que decían a gritos: "Acercaos, acercaos, para disfrutar de la puta de más ilustre nacimiento en la ciudad de Roma".»

Cuando recibí la carta en la que Augusto me decía lo que estaba pasando y a la que adjuntaba una copia del informe de la policía, Julia estaba ya condenada. No tuve más que leer de nuevo el catálogo de sus nobles amantes para darme cuenta de eso.

Era un escándalo político de primer grado, además de un escándalo de índole sexual.

Augusto no insinuaba nada en su carta que diera a entender que ahora comprendía la razón oculta de mi retiro. Por otra parte, el hecho de que no me reprochara por haberme venido a Rodas se debía quizás a que la adivinaba.

No tenía manera de averiguar el alcance de lo ocurrido mientras la carta estaba de camino. Naturalmente, me alarmaba pensar que había enviado a Sejano con un mensaje que me comprometería a mí y que podía destruirle a él. Me preguntaba qué había hecho, estaba haciendo o haría con la carta. Pero esto estaba fuera de mi control, aunque le escribí

recomendándole insistentemente que tuviera cuidado en relación con «ese asunto que ya sabes», frase ya bastante comprometedora en sí misma. Mientras tanto era mi deber hacer lo posible por rescatar a Julia de las consecuencias de su locura. De acuerdo con esto escribí a Augusto:

Mi mujer, sufriendo tal vez de una especie de desesperación que puede, según me dicen los médicos, afectar a las mujeres conforme se acercan a la edad crítica, se ha comportado de una manera insensata. La naturaleza sorprendentemente pública de su conducta debe estar alcanzando los límites del perdón porque vos, como princeps, no podréis por menos de interpretarla como un desafío público a la admirable legislación que habéis ordenado se ponga en vigor. No obstante os suplico que, en vuestra capacidad pública y privada, mostréis clemencia. La clemencia será digna de vuestra doble condición de padre de nuestro pueblo y padre de vuestra desdichada hija. Os ruego que tengáis en cuenta que mi ausencia, resultado de mi intensa fatiga de cuerpo y de espíritu y de mi deseo de dejar que Cayo y Lucio prosperen, puede haber contribuido a las aberraciones de mi esposa. La clemencia es buena en sí misma. La dura letra de la ley será como un cuchillo que vos mismo os clavaréis en vuestro corazón...

Aquí hice una pausa. Había una frase más, que sabía debía escribir. El pensamiento de hacerlo me producía repugnancia —contemplé con melancolía la serena belleza de mi jardín— e hice lo que debía hacer...

Yo vivo aquí en feliz exilio, lejos de los asuntos públicos y el bullicio de la ciudad, en una atmósfera libre de las tentaciones que impulsan a cometer excesos, perfectamente adecuada al cultivo de los estudios filosóficos. ¿Puedo por consiguiente sugerir que ordenéis a Julia que vuelva al lado de su esposo?

No me sentía capaz de hacer más que sugerir y no podía tampoco adornar esta sugerencia con súplicas que por fuerza tenían que carecer de sinceridad, porque el pensamiento de Julia invadiendo de nuevo la vida que había reconstruido con tanto cuidado me sublevaba.

La respuesta de Augusto fue breve:

He recibido tu carta y tomo nota de su contenido. La solución que sugieres no es práctica. Cuando una mujer se ha convertido en una ramera, es como un perro al que le ha dado por perseguir a las ovejas: no tiene remedio. Has fracasado, como esposo, en controlarla debidamente en el pasado; no veo razón para suponer que lo lograrías en el futuro. Por lo tanto estoy arreglando el que te divorcies de ella. No quiero volver a oír de tus labios nunca más el nombre de esta desgraciada mujer...

No se sometió a Julia a proceso público. La sentencia judicial cayó sobre ella en secreto, de forma implacable y abrumadora. Su liberta Febe, compañera de su libertinaje, se ahorcó. Julia aguantó. Se la desterró a la isla de Pandataria y se le prohibió el vino y la compañía masculina. Al mismo tiempo se impuso el castigo a sus amantes.

Julio Antonio fue condenado a muerte; los otros, a exilio perpetuo. Me dijeron que Antonio murió de manera indigna y la noticia no me sorprendió. Era un hombre que obraba impulsado por la vanidad más que por el orgullo. En cuanto a mí, he de confesar que me sentí agradablemente indiferente ante el destino de Julia. Después de todo, ella me había rechazado. Sejano me escribió para decirme que, en vista de lo que había descubierto a su llegada a Roma, había considerado prudente destruir mi carta. Me besaba las manos y aseguraba seguir siendo mi afectuoso y obediente siervo. Yo alabé su prudencia y le rogué que me hiciera otra visita. Mientras tanto le aconsejé que continuara con asiduidad sus estudios militares y legales. «Sin trabajo no se puede llegar a los puestos altos. Por ello te animo a que sigas adelante y, usando las palabras de Virgilio, "Oh hermoso joven, no pongas demasiada confianza en tu apariencia". Estudia mucho y, citando ahora las palabras de otro poeta, de estatura inferior a la de Virgilio "que las ninfas te den agua para calmar tu sed". Mientras tanto quiero reiterarte mi gratitud y buenos deseos. Aunque me he retirado de la vida pública, sigo teniendo influencia y amigos, y quisiera que de ahora en adelante me consideraras como tu padre, protector y amigo...»

Desde que Julia me abandonó, tenía la sensación de ser, de forma profunda pero incierta, un hombre superfluo. Ahora en la soledad, me dediqué a meditar en lo extraño de nuestro matrimonio y del destino de ella. Julia había sido responsable de todas sus desventuras; pero lo había hecho

de la misma manera alegre y desconsiderada que en dos ocasiones, en diferentes períodos de mi vida, me había embelesado y apasionado.

Y ahora ese fuego se había extinguido, totalmente. Hasta el resentimiento de su infidelidad y de la vergüenza que había hecho caer sobre mis hombros, se esfumó. Era casi como si nunca hubiera existido. Hay amores de los que uno conserva un recuerdo fragante y nostálgico. Así había sido el mío por Vipsania. Siempre pensaba en ella con ternura, pero la verdad es que no pensaba con frecuencia en ella. Había pertenecido a una etapa de mi vida de la cual me separaba una mezcla confusa de acontecimientos, de manera que nuestro amor parecía haber pertenecido a dos personas completamente diferentes. El amor que había sentido por Julia había sido más intenso, así como mis emociones habían sido menos puras. Me daba cuenta ahora de que había estado esperando su deshonra, lo mismo que después de unos días de calor húmedo se espera una tormenta. Y su ignominia había tenido el mismo efecto que un trueno. Me sentía libre para empezar de nuevo a vivir.

Esta revelación me hacía sentirme perplejo porque había creído poseer una plena y satisfactoria felicidad y había considerado que esto se debía al hecho de haber abandonado mi ambición y aceptado el que la vida no tenía sentido. No obstante, aunque los infortunios de Julia habían confirmado esa convicción —porque ¿qué vida de acuerdo con cualquier escala de valores puede tener menos significado que la suya?—, me asaltaba ahora un continuo descontento producido, tuve que reconocer, por esa sensación de libertad.

Absurdo; ¿no habían los acontecimientos en Roma confirmado mi desdeñosa opinión de que la libertad había sido la principal víctima de Augusto?

Yo no logré librarme totalmente de los efectos de la deshonra de Julia. Se me informó de que, cuando se mencionaba mi nombre en Roma, se hacía sin ningún respeto.

Yo era una figura que se iba retirando hacia el pasado: un ser sin importancia. Sólo unos pocos amigos continuaron siendo leales. Sejano era casi mi único nexo con la generación más joven. Había, no obstante, otro, aunque tenue: mi hijastro Lucio. Mientras que su hermano Cayo no me hacía el menor caso, Lucio me escribía para mi cumpleaños, me transmitía sus mejores deseos, me daba las gracias por los regalos que yo le enviaba; también le enviaba regalos a Cayo en momentos adecuados, pero nunca me

comunicó su agradecimiento, aunque si se quedaba con los regalos. Lucio me hablaba de lo disgustado e inquieto que se sentía en relación a su madre, aunque tenía la franqueza de añadir que siempre había sabido que a ella él no le importaba. Lo único que yo podía decir en respuesta a esto era que, que yo supiera, él no tenía ninguna razón para reprocharse a sí mismo: un estéril consuelo porque el reprocharse a uno mismo no necesita justificación objetiva. Era irónico que la deshonra de Julia coincidiera con el nombramiento del propio Lucio, tres años después del de su hermano, como Príncipe del Movimiento de la Juventud. Este ascenso le había proporcionado una gran satisfacción y con mucha razón, porque confirmaba el deseo de Augusto de que los dos hermanos compartieran el gobierno del Imperio después de su muerte, incluso tal vez cuando llegara a la edad propecta. Por la misma razón intensificó el descontento en Roma, atizado ya por la persecución de esas viejas familias nobles que habían proporcionado amantes a Julia. Mi propio hijo Druso me enviaba solamente cartas breves, poco frecuentes y con pocas noticias; tal vez pensaba que yo le había abandonado, aunque he de decir que me ocupaba de su educación con todo el interés que me permitía la distancia a que me hallaba.

Mi madre continuó siendo mi sostén, apoyo y fuente de información. No le agradó el rápido ascenso de Cayo y Lucio, menos aún por el hecho de que no estaban unidos a ella por vínculos de sangre. Pero eso no era razón para que los muchachos no le gustaran, aunque estaba convencida de que Augusto se excedía en la evaluación de sus cualidades. Sus objeciones eran sobre todo políticas. A pesar de ser una mujer, sujeta a los prejuicios característicos de su sexo, Livia poseía una comprensión perspicaz de la manera en que se hacían las cosas en el mundo. Augusto le debía mucho a lo bien relacionada que estaba su mujer pero mucho más a su sagacidad; sin embargo, ahora estaba, como ella decía, «ciego de amor por los muchachos como lo había estado antes por Marcelo». Livia sabía que la nobleza romana se rebelaría contra el parecido que el gobierno tenía con una monarquía hereditaria. Sabía —nadie mejor que ella— que la afirmación de su marido de que él había restaurado la República era una quimera; se daba cuenta de que el secreto dejaría de serlo si el poder se transmitía a Cayo y a Lucio no por su valía sino por el accidente de su nacimiento. Le aconsejó prudencia a Augusto y me pidió a mí que volviera a Roma. Pero yo todavía me rebelaba ante la idea de hacerlo.

Poco después el periodo de mi tribunicia potestas concluyó, y no se renovó. Mi autoridad legal se evaporó. Mi persona no era ya sacrosanta. Me había convertido en un simple noble, cuya distinción iba desvaneciéndose. Al principio esto no me alarmó; era, después de todo, lo que había deseado.

Pero muy pronto empecé a sentirme como un pájaro encerrado en un cuarto. Tiene libertad para volar, pero no obstante está encerrado. Se precipita contra las ventanas, viendo en ellas una posibilidad de escape, que no puede lograr.

Se le había enviado a Cayo a ponerse al frente de unas tropas en el Este, donde estaban surgiendo nuevos disturbios en la frontera de Partia, ya que la muerte del rey Tigranes de Armenia había incitado a los partos a interferir en los asuntos de aquel turbulento país. Me pareció que esta misión era de demasiada envergadura para un muchacho sin experiencia y escribí a mi hijastro ofreciéndole mi consejo y recordándole la experiencia que yo tenía en asuntos armenio-partos. Ni siquiera me otorgó la cortesía de una respuesta. Afortunadamente el joven Sejano formaba parte de su personal y estaba dispuesto a vigilar mis intereses. Me comunicó que al referirse a mí se me llamaba «el exiliado», y que mi viejo enemigo Marco Lolio, a quien Augusto había hecho responsable del Príncipe del Movimiento de la Juventud, no perdía oportunidad de denigrarme y verter veneno en oídos que estaban bien dispuestos a recibirlo. Sejano me recomendó que le hiciera a mi hijastro (que en realidad ya no lo era, ya que yo estaba divorciado de su madre) una visita.

Le visité en Samos. Me resultó extraño volver a estar en un campamento otra vez, más extraño aún el que tuviera el aspecto de una corte. Me recibió con evidente frialdad; al abrazarnos distinguí a Lolio sonriéndole afectadamente, al fondo de la estancia. Me repugnó volver a ver ese rostro avaricioso y rapaz; estaba además más gordo que nunca y su abdomen bajo y oscilante le daba un curioso aire acuático; parecía que iban a aparecer debajo de él los pies de un palmípedo. Se aseguró de que durante mi visita Cayo y yo no estuviéramos nunca juntos solos. Yo mientras tanto mantenía mis ojos bien abiertos. Había mucho que censurar. Había poca disciplina y era evidente que Cayo era uno de esos jefes que trataban de conseguir popularidad perdonando las transgresiones, antes que ganarla por medio de virtud y eficiencia. Lolio, por supuesto, había pertenecido siempre a ese grupo.

Cuando estábamos hablando, Lolio se mostró insolente y, vergonzosamente, Cayo, que tenía en sus labios una sonrisita burlona, alentaba esa insolencia, mientras el mentor que se le había asignado rechazaba con tajantes negativas mi análisis de la forma de pensar y actuar de los partos. Me negué a discutir. Hubiera sido impropio de mi dignidad. Naturalmente mi comedimiento lo interpretaron de forma equivocada Cayo y los currutacos de que se había rodeado. Supusieron que yo estaba acorralado y atemorizado, como si a un Claudio le pudieran hacer frente y desconcertar personas de la calaña de un Marco Lolio. Pero en estos tiempos de decadencia moral cuando la vulgar vanidad ha suplantado al orgullo legítimo, no es de sorprender que no se reconozcan ni la virtud ni la dignidad, convirtiéndose entonces en víctimas de una maliciosa frivolidad.

No obstante, mi visita no fue inútil. Confirmó el respeto que sentía hacia el joven Sejano al darme una oportunidad, por breve que fuera, de llegar a conocerlo mejor en varios aspectos, todos ellos agradables. Admiré su tacto, la manera en que ni se jactaba del favor de que disfrutaba conmigo, ni lo publicaba. Admiraba también su inteligencia, que era extraordinaria, su rápido ingenio y su pronta capacidad de comprensión.

Me facilitó el que pudiera tener conversaciones confidenciales con otros amigos que formaban parte del estado mayor de Cayo: C. Velejo Patérculo y P. Sulpicio Quirinio. Eran estos hombres lo suficientemente sutiles para ocultar su desconfianza de Lolio bajo una apariencia de afabilidad. Me informaron de que la hostilidad que sentía hacia mí era indudable: «sopla fuerte y fría como el viento del norte. No desperdicia ninguna oportunidad para enemistar al princeps contigo».

—Un esfuerzo superfluo —observé yo.

—Sin embargo —me aseguró Velejo—, tal vez Lolio no esté tan seguro como él cree. Ha mantenido correspondencia secreta con el rey de Partia y tengo motivo para creer que se ha dejado sobornar por él, con el fin de cambiar la política de Roma de modo que sea propicia a los designios de los partos. Tal vez la mera sugerencia de que lo ha hecho sea suficiente para causar su ruina.

—No —dijo Sejano—. Dadle libertad. No se puede conseguir nada simplemente alegando algo que no podemos probar. Yo naturalmente no tengo experiencia de estos asuntos siendo como soy aún muy joven, pero a mí me parece que en casos de traición es mejor esperar que asestar el golpe.

De esta manera se le da la oportunidad al sospechoso de comprometerse aún más y se puede así destruirlo cuando llegue el momento.

Yo asentí.

Mientras tanto, era necesario tomar precauciones en interés propio. Cuando regresé a Rodas ya no me ejercité en el campo de deportes como había tenido por costumbre e incluso me aficioné a llevar un manto griego y sandalias, en lugar de la toga. Quería poner de relieve que me había retirado totalmente de la vida pública y que no podía ser considerado como un peligro para nadie. A pesar de esto, una carta de Sejano me informó de que Lolio me había acusado de entrometerme en cuestiones de lealtad de los oficiales de Cayo hacia éste: el propio Sejano fue interrogado acerca del contenido de nuestras conversaciones. «No revelé nada», me decía en su carta. Esta acusación era alarmante, tanto más porque Sejano la tomó con tanta seriedad que me envió su carta escondida en un cajón de salmonetes que había encargado a un chico de uno de los barcos pesqueros me entregara a modo de regalo. Le contesté de manera igualmente circunspecta y envié una carta protocolaria a Cayo, explicándole que se me había informado de la ya mencionada acusación de Lolio y que de acuerdo con esto yo exigía que se vigilaran rigurosamente mis palabras, acciones y correspondencia. Esto era en sí una demanda superflua, porque se estaba ya llevando a cabo.

La carta siguiente procedente de Sejano (que llegó esta vez en un cajón de higos) era aún más inquietante. Me informaba de que un joven noble, que estaba sentado a la mesa de Cayo, había ofrecido viajar a Rodas y «traer de allí la cabeza del exiliado». Se rehusó la oferta pero no sin que ocasionara gran algazara, y no se reprendió al joven. En lugar de ello Marco Lolio ordenó que se trajera una jarra de vino nuevo. «Ten cuidado, padre y benefactor. Confía en tus amigos, el más humilde de los cuales besa ahora tus manos.»

Yo me tragué el orgullo y escribí a Augusto, explicando que, habiendo desaparecido las razones para mi voluntario destierro, estaba dispuesto a reanudar cualquier deber que juzgara oportuno imponerme, y mientras tanto le pedía permiso para regresar a Roma.

No contestó a mi carta. En su lugar escribió a Cayo pidiéndole su opinión. Naturalmente, con Lolio a su lado, Cayo, que no tenía, pobre muchacho, opiniones propias, declaró que podía quedarme donde estaba. «Allí no puede hacer ningún daño, y no puede hacer ningún bien en

ninguna parte», escribió. (He visto la carta y he reconocido en ella el tono y los sentimientos del propio Lolio.)

Escribí entonces a Livia. No podía ayudarme. Ni siquiera se atrevía a escribir con franqueza, sabiendo que toda mi correspondencia la copiaban y examinaban mis enemigos. Sentí el escalofrío de la tarde descender sobre mí; me parecía que mi vida se compendia en el fracaso de mi matrimonio y el quebranto, de mi carrera política. De noche me asaltaban tentaciones a las que no me atrevía a sucumbir, ni siquiera en la imaginación.

Mis amigos, no obstante, estaban actuando en interés mío sin que yo lo supiera. Tal vez debido a mi larga ausencia de los asuntos públicos, me había hecho excesivamente cauteloso: no me hubiera aventurado, como lo hicieran ellos, a iniciar un ataque contra el todopoderoso favorito Lolio. Las acusaciones le cogieron por sorpresa, más aún por estar fundadas en la realidad. No pudo refutarlas. Cayo le retiró su favor enseguida porque tenía miedo de que se le pudiera de alguna forma implicar en la deshonor de Lolio. Su temor revelaba lo mal que conocía a Augusto, porque éste hubiera estado dispuesto a perdonar cualquier cosa a su amado nieto, como se lo había perdonado en el pasado a Marcelo. Así que Cayo, alarmado, sofocado y enrojecido y sin poder controlar la voz, reprendió a Lolio en una reunión de su estado mayor, exigió su dimisión y le amenazó con un proceso judicial. Lolio se acobardó; no hizo una pausa para reflexionar que sus propias relaciones con Augusto habían sido siempre buenas, que de hecho había sido un especial favorito del princeps. Tal vez, por otro lado, temía que Augusto fuera implacable teniendo en cuenta el favor que había mostrado para con el general, que interpretara la traición de Lolio contra Roma también como un acto de traición personal; que indudablemente lo era, especialmente porque era imposible para Lolio defenderse alegando que había obrado en interés público. Una investigación de su cuenta personal mostró claramente en interés de quién obraba. Con su carrera en ruinas, su reputación destruida por su propia ambición y locura, el desdichado hombre se degolló.

Pronto se hizo evidente el alcance de su maligna influencia. A menos de un mes de su muerte se me autorizó a que regresara a Roma, aunque solamente en mi capacidad de ciudadano privado, al que se le prohíbe participar en la vida pública.

Livia vino a Ostia a recibirme. Rompió a sollozar al abrazarme y yo sentí el patetismo del amor de una madre.

—Te he echado de menos —dijo, y a mí me hubiera gustado poder decirle lo mismo. Pero lo único que sentía por ella era una ternura remota e inútil. Desde que me hice hombre me había exigido más de lo que yo era capaz de darle. Ahora estaba disculpándose de la ausencia de Augusto, ofreciendo excusas que yo no creí.

—Yo no esperaba encontrarte aquí para recibirme —dije—. Después de todo, esto no es un retorno triunfal.

—No —dijo—, y ¿quién tiene la culpa, me gustaría saber? No fue ni mi deseo ni mi consejo lo que te hizo malgastar tantos años de tu vida. Si has estado desterrado es porque tú lo has querido así. No obstante, hijo mío, es éste un retorno del cual tal vez surja el triunfo.

—Lo dudo, madre...

El sol se hundía tras las colinas Albanas, mientras subíamos la escalinata del Capitolio para que yo pudiera dar gracias a Júpiter por mi regreso. El mármol brillaba con reflejos rosados, y Livia exclamó que le parecía ver un halo dorado sobre mi cabeza. Pero esto era una insensatez, y yo sentí un cansancio de espíritu al mirar hacia abajo a la apretada multitud allí congregada. Me sentí más solo de lo que lo había estado nunca en el retiro de mi isla. Unos días después, me fui a vivir a una casa en la colina Esquilina, construida en medio de unos jardines que una vez habían pertenecido a Mecenas. Desempeñé mis obligaciones como cabeza de la gens Claudia, examiné a mi hijo Druso, alegrándome al constatar que su educación iba progresando satisfactoriamente. Aparte de esto, vi solamente a viejos amigos, entre ellos Cneo Calpurnio Pisón y su hermano Lucio, y Coso Cornelio Léntulo. Los tres habían tenido éxito en sus carreras, pero ninguno de ellos había logrado satisfacción. Todos estaban de acuerdo conmigo acerca de los asuntos públicos, y cumplían con su deber sin hacerse falsas ilusiones acerca de su naturaleza o su propósito. Muchas noches dejábamos que el dios Baco nos consolara de la muerte de la libertad en Roma y buscábamos en el vino lo que no podíamos encontrar ni en los asuntos públicos ni en la vida privada: una especie de alegría y cierta razón para prolongar la vida, una protección contra el desengaño y una manera de lograr una despreocupación efímera para no caer en la desilusión total...

El primer volumen de la autobiografía de Tiberio se interrumpe bruscamente en este momento, y es imposible saber si la abandonó o si las páginas que describen sucesos hasta la muerte de Augusto en el año 14

después de Cristo se han perdido. La primera suposición es más probable, ya que el tono de los últimos capítulos es elegíaco.

Es probable que escribiera estas memorias en Rodas y, parte de ellas, después de su retorno a Roma cuando vivía retirado en el Esquilmo.

De una manera o de otra un breve resumen de los acontecimientos que tuvieron lugar los años siguientes puede ser útil, en la lamentable ausencia del relato del propio Tiberio.

Tiberio volvió a Roma el año 2 después de Cristo. Unas semanas más tarde el más joven de los príncipes, Lucio, murió en Marsella, cuando iba camino de Hispania. Tiberio compuso una elegía (también perdida) en loa del que fue una vez su hijastro, pero la muerte de Lucio no tuvo ninguna repercusión en su situación política. Sin embargo, año y medio más tarde, murió también Cayo, a consecuencia de una infección originada por una herida. Esto lo cambió todo haciendo añicos los planes de Augusto para el futuro. Sólo quedaba uno de los hijos de Julia de su matrimonio con Agripa. Éste era Agripa Póstumo, así llamado por haber nacido después de la muerte de su padre. Desgraciadamente era un hombre de limitada inteligencia y por añadidura bruto. Conforme iba llegando a la edad adulta se hizo aparente que no sería capaz de ocupar ningún cargo público, aunque eso no llegó a confirmarse hasta el año 4 después de Cristo.

La muerte de Cayo forzó a Augusto a llamar a Tiberio, que se había convertido en el hombre que se necesitaba. Augusto lo adoptó, de mala gana, diciéndole al Senado que lo hacía por razones de estado, porque el «destino cruel» le había privado de sus «amados nietos». Adoptó al mismo tiempo a Agripa Póstumo, pero tres años más tarde, debido al violento comportamiento de éste, el desdichado joven fue recluido en una isla.

A Tiberio se le ordenó que adoptara a su propio sobrino Germánico, el hijo de Druso y Antonia, la sobrina de Augusto. Germánico estaba casado con Agripina, hija de Julia y Agripa, y por consiguiente nieta de Augusto. Este esperaba que de esta manera la sucesión volvería a los parientes que tenían su propia sangre. El que salía perdiendo, naturalmente, en este caso, era el hijo de Tiberio, Druso.

Tiberio pasó la mayor parte de la década siguiente lejos de Roma, en campaña en la frontera del Danubio y en Germania. Tuvo grandes éxitos militares. No obstante este espacio de tiempo, fue testigo de uno de los grandes desastres en la historia de Roma, cuando Publio Quintilio Varo perdió tres legiones en los bosques de Germania. Una vez más Tiberio tuvo

que restablecer la situación y resarcirse del desastre. Su actuación fue digna de encomio y admiración. No obstante, la derrota de Varo persuadió a Augusto de que no se podía conquistar Germania y de que no se debían extender los límites del Imperio romano más allá de donde estaban. Tiberio estuvo totalmente de acuerdo con esta decisión.

En el año 13 después de Cristo, se asoció oficialmente a Tiberio con Augusto en el gobierno del Imperio, compartiendo su imperium como lo había hecho Agripa hacía muchos años. El año siguiente murió Augusto a la edad de setenta y siete años.

OceanofPDF.com

LIBRO 2

OceanofPDF.com

La vejez es como un naufragio. Lo vi en Augusto y hasta oí la frase de sus mismos labios aunque, si recuerdo bien, no se la aplicó a sí mismo. Yo ahora reconozco que sí me la puedo aplicar. Me siento como si me estrellara contra agudas rocas, azotado por vientos crueles. Tanto la paz de la mente como la relajación del cuerpo me han abandonado. El poeta griego Calimaco se quejó de ser asaltado por los telquinos, una tribu de caníbales dispuestos a destrozarle a uno las entrañas. Yo había creído haber construido una muralla para defenderme refugiándome en el estudio, haciendo acopio de la sabiduría milenaria que se encuentra en los libros. Pero eso no me sirvió de defensa. He sacado la conclusión de que la filosofía sólo ofrece solaz a las mentes que están ya relajadas y que, por consiguiente, no lo necesitan. Pero no es capaz de apaciguar a los malévolos y maléficos demonios que me atormentan. Yo soy, según dicen los hombres, el emperador del mundo. Hasta existen algunos necios en Asia dispuestos a adorarme como a un dios. Cuando se me dijo esto me hice a mí mismo la observación de que el único parecido que podía ver entre los dioses y yo era nuestra indiferencia hacia la humanidad en general y el desprecio que sentíamos hacia los hombres en particular.

Augusto murió a los setenta y siete años. Me había encariñado con él al hacerse viejo, cuando podía darse cuenta de la profundidad de su fracaso. Hubo momentos, pensé yo, en los que se daba cuenta de cómo había corrompido a Roma, procreando una generación de esclavos y por consiguiente de embusteros, puesto que no es posible confiar en que un esclavo diga la verdad, ya que debe siempre decir lo que piensa que su amo quiere oír. Se puso enfermo cuando yo estaba a punto de incorporarme de nuevo al ejército. Naturalmente, cambié mis planes y me apresuré a regresar a su lado. Estaba todavía consciente y lúcido. Me pidió que cuidara de Roma y de Livia. Yo sabía muy bien que, aunque esto no era lo que él hubiera deseado hacer, había llegado a apreciar mi valía personal en los últimos años de su vida. En una de sus cartas me dijo una vez: «Si tú enfermaras, la noticia nos mataría a tu madre y a mí, y lo que es más, el país entero estaría en peligro». La primera parte de esta afirmación era

típicamente hiperbólica, pero sabía que la segunda parte era cierta, y yo recibí con placer el reconocimiento explícito de mi valor personal.

Enterramos sus cenizas en el mausoleo que había construido para la familia. El panegírico funerario estuvo a mi cargo y llevé a cabo esta misión evitando mentir abiertamente sin eludir corteses elogios. Dos días más tarde, un antiguo pretor llamado Numerio Ático informó debidamente al Senado de que, durante la ceremonia de la cremación, había visto el espíritu de mi padrastro subiendo a los cielos a través de las llamas. Nadie quiso manifestar la menor duda.

Y Augusto fue declarado dios.

¿Qué habrían dicho si hubieran sabido que casi su último acto consistió en dar órdenes para que el único nieto que le quedaba Agripa Póstumo..., dejara de existir?

Nada, supongo. No se hubieran atrevido.

Yo tengo cierta deuda de gratitud con Augusto por haber tomado él mismo esa decisión. Desgraciadamente las cosas se hicieron de tal manera que el muchacho no fue sacrificado hasta unos días después de la muerte de su abuelo y hubo naturalmente muchos dispuestos a creer que fui yo quien ordenó su ejecución. De hecho yo no hubiera tenido autoridad para hacerlo.

El asunto del ejercicio de la autoridad era algo que había que resolver inmediatamente. Augusto manifestó en su testamento político, la *res gestae*, que yo publiqué a petición suya, que después de la expiración de los peculiares poderes que la ley que estableció el triunvirato con Marco Antonio y Marco Emilio Lépido le otorgó, él no había ostentado «más poder que los otros que eran mis colegas en cada una de las magistraturas, aunque mi autoridad era superior a la de todos ellos».

Esto era poco sincero. Se había asegurado de que se le otorgara un *imperium* superior absoluto, lo cual en efecto quería decir que su autoridad legal era incuestionable en todo tipo de asuntos, incluso dentro de aquellas provincias del Imperio que están nominalmente a cargo del Senado. Había creado una constitución que disimulaba su poder pero eso no le impedía el ejercerlo cuando quiera que lo deseara. Y era su deseo que yo heredara este puesto.

Yo no tenía la menor duda de que era eso lo que quería. Lo había manifestado en numerosas conversaciones en los últimos años de su vida. Livia estaba cierta de que ésta era su intención. Cuando regresó de la ceremonia del velatorio de las cenizas de su esposo, Livia me abrazó y dijo:

—Al fin, hijo mío, posees todo lo que yo deseaba para ti. He luchado durante años y años para que lo consiguieras.

—Madre —dije yo—, si tengo algo, esto se debe a mi propio esfuerzo y de una manera o de otra, no estoy seguro de lo que deseo tener.

—Lo que deseo... —repitió mis palabras y movió la cabeza—. ¿No comprendes, querido hijo, que tus deseos nunca han tenido nada que ver con esto? Lo que tienes es tuyo, lo que los dioses te han concedido, lo que yo, durante cuarenta años, he luchado para que tuvieras.

—Ya veremos.

—¡Oh, no, harás uso de tu sentido común! Te darás cuenta de que no puedes elegir. Vete al Senado y ofrécete a llevar a cabo la restauración de la República como era antes. Ya verás cómo no encuentras a nadie que entienda lo que estás diciendo.

Cneo Pisón me dio el mismo consejo.

—Naturalmente, tú eres un republicano —dijo—. También lo soy yo. Naturalmente, detestas la tiranía que se le ha impuesto a Roma. También la detesto yo. Pero de ahí no pasa la cosa. No es cuestión de elegir entre el Imperio y la República. La elección es entre Tiberio y cualquier otro emperador. Debes agarrar el Imperio por los testículos, amigo mío, porque, si no lo haces, alguien vendrá y tratará de agarrar fuerte y dolorosamente los tuyos.

No pude dormir la noche antes de presentarme ante el Senado. Era una noche tranquila de septiembre. Había luna y la ciudad estaba en silencio. Un gato me rozó las piernas cuando yo estaba de pie en la terraza de mi casa buscando, más allá de la ciudad, el mar invisible. Me incliné, lo cogí y lo sostuve en mis brazos, acariciándole el lomo y escuchando su satisfecho ronroneo. Todo lo que me habían dicho Livia y Pisón era verdad; no obstante, yo me rebelaba contra el despotismo del destino.

Traté de resultar aburrido y monótono pero de impresionar no obstante al Senado con la magnitud del Imperio. Les leí la descripción del Imperio que Augusto había preparado. Los anegué en un diluvio de estadísticas en relación con el número de tropas regulares y auxiliares que servían en los ejércitos, la potencia de la marina, detalles relacionados con las provincias y los reinos que dependían de ellas; los recibos de impuestos directos e indirectos, el gasto anual. Era como una auditoría del Imperio, impresionante y amedrentadora en su magnitud. La última frase reiteraba la conclusión a la que tanto Augusto como yo habíamos llegado

independientemente, después del desastre de Germania: que no se debía extender el Imperio más allá de sus fronteras actuales.

Entonces puse a un lado el documento y hablé:

—Senadores romanos: somos todos nosotros herederos de la gran historia de Roma, hijos de la gran República. Mi propia familia, como sabéis, ha desempeñado un importante papel en el desarrollo y acrecentamiento de la grandeza de Roma. Mi difunto padre Augusto ha velado por la seguridad del Imperio y ha guiado sus destinos durante más de cuarenta años, un espacio de tiempo más largo que la vida de algunos de vosotros. No habéis conocido más padre de nuestro país que él. El ha restaurado la paz en los territorios de la República. Y después de las guerras civiles restauró también las instituciones de esa República. Extendió las fronteras del imperio hasta países que no habían conocido las armas de Roma. En palabras del poeta a quien él tenía el placer de rendir homenaje, hizo que el mundo gritara: "Contempladlos, conquistadores, todos ellos ataviados con togas romanas". Observó la costumbre romana: perdonar al vencido y subyugar al orgulloso.

»Pero ahora, conciudadanos, debemos preguntarnos, no sólo dónde podemos hallar un hombre como él, sino, más urgentemente, si es justo que un hombre cualquiera, que no posea las mismas cualidades que él, pueda ejercer el mismo poder. A mí me parece que esto es una tarea sobrehumana. A mí se me concedió el honor, en los últimos años de su vida, de compartir el peso de esta misión y, creedme, conozco la magnitud de ese peso. Sé muy bien lo duro, absorbente y arriesgado que es el gobernar un imperio como el de Roma.

»Además, os pido encarecidamente que consideréis si es oportuno que un estado como el nuestro, que puede confiar en tantos hombres de distinción y valía, ponga en manos de un solo hombre un poder así, y concentre la administración del Imperio en una sola persona. ¿No sería mejor, senadores romanos, que un número de nosotros lo compartiéramos?»

La noche anterior, Livia me había pedido que ensayara mi discurso. Yo me había negado a hacerlo, diciéndole que la carne recalentada nunca sabe bien, pero sí le hice saber lo esencial de él.

—No sabrán lo que estás diciendo —dijo—, y temerán que estés tratando de engañarlos. Además y aunque tú no lo sepas, sienten por ti un temor reverencial. Has estado lejos de Roma con tanta frecuencia que te has

convertido en un extraño en tu propia ciudad y por lo tanto en un enigma. Tratarán de descubrir el significado secreto de tu discurso.

—No hay ningún significado secreto —dije yo—, les estoy dando una oportunidad. He oído, o me he enterado a través de otros, tantas murmuraciones, tantas protestas ante su concentración del poder, tantas quejas de que el camino del honor y la gloria en que se deleitaban nuestros antepasados está ahora cerrado, obstruido, que ahora deseo darles la oportunidad de explorarlo. Eso es todo.

—¿Todo? —exclamó Livia—. Se sentirán amedrentados.

Cuando terminé de hablar hubo un prolongado silencio en la curia. Sólo el movimiento de algunos cuerpos y alguna que otra tos lo interrumpían. Me volví a sentar, y esperé. Nada ocurrió. Cuando dirigí mi mirada a uno de los senadores sus ojos esquivaron los míos.

Suspiré. De repente me vi abrumado por súplicas abyectas de que ocupara el puesto de Augusto... «No hay otra alternativa», exclamaron. Me levanté de nuevo y, haciendo un esfuerzo para hablar cortésmente y no revelar el asco que me invadía, expliqué que, aunque no me sentía capaz de cargar sobre mis hombros el peso total del gobierno, estaba naturalmente dispuesto a ocuparme de cualquier sección de este gobierno que desearan encomendarme.

C. Asinio Galo se levantó para hablar. Sabía que era un hombre ambicioso, pero también imprudente. Su padre había sido uno de los generales de Augusto, pero éste nunca le había confiado al hijo el mando de ningún ejército. Por añadidura yo tenía sobradas razones para que este hombre no me gustara y para no confiar tampoco en él: se había casado con mi amada Vipsania después de nuestro divorcio, y la trataba mal, particularmente porque le gustaban las doncellas muy jóvenes y decía muy a menudo que el cuerpo de una mujer madura le repugnaba. Así que cuando se levantó, yo estaba ya preparado para oír algo desagradable.

—Dinos, César —dijo—, qué sección del gobierno te gustaría que se te encomendara.

—No soy yo el que debe decirlo —repliqué—. Si he de ser franco, me gustaría retirarme totalmente de los asuntos de estado. No obstante, estoy dispuesto a aceptar cualquier deber que el Senado tenga a bien encomendarme.

—Eso no basta —dijo Galo—, y todos lo sabemos. Porque si designamos una rama del gobierno que a ti no te gusta, entonces te

ofenderemos y dado que tú tienes ya en tus manos el poder, debido a tu condición de tribuno, de anular cualquier decisión que tomemos y teniendo también en cuenta que has demostrado ya tu deseo de hacer uso del poder que se te confió por el mero hecho de haber aceptado una guardia personal pretoriana, no es probable que ninguno de nosotros te haga esa proposición específica que nos estás pidiendo. Además, creo que no has comprendido la naturaleza de mi pregunta. No era mi intención el sugerir que repartamos nuestras funciones, que son, francamente, indivisibles. La única razón por la que formulé mi pregunta es para poner bien claro que el estado es un único conglomerado orgánico que requiere que una sola mente lo dirija. Y ¿quién, senadores romanos, mejor que Tiberio, que ha ganado tan excelsos honores, honores que se nos han negado al resto de nosotros, en la guerra, y que ha prestado al estado y a Augusto tales servicios en la paz?.

Después de este discurso hubo un murmullo general y confuso, mientras que un senador tras otro (y a veces más de uno al mismo tiempo) declararon enfáticamente que el único deseo que tenían era renunciar al poder que ellos poseían y ponerlo en mis manos. Quinto Haterio llegó hasta el punto de exclamar: «¿Cuánto tiempo más vas a dejar al estado sin cabeza?», como si Augusto hubiera muerto hacía años y no hacía tan sólo unos días.

Finalmente, Mamercio Emilio Escauro, un hombre que tenía una perpetua mueca de desprecio en sus labios, manifestó que, puesto que yo no había hecho uso de mi poder tribunicio para oponer la moción que sugería que yo sustituyera a Augusto, esperaba que se recompensaran los votos y deseos del Senado. Se recibió su comentario con aclamaciones. Él sonrió satisfecho de ser objeto de la atención general y de haberme forzado a apurar el cáliz que yo no deseaba apurar. Porque Escauro era uno de los pocos senadores suficientemente inteligentes para darse cuenta de que yo estaba siendo sincero, y le proporcionaba un placer especial el destruir mis esperanzas de que alguien me ayudara a sobrellevar la carga y de esa manera hacer posible la restauración de la República.

Perdí. Una generación digna de la esclavitud me forzó a asumir el poder. Había amargura en mi corazón al manifestar que aceptaba lo que se me pedía. Y ¿qué estaba aceptando? Una vida de sufrimiento y aflicción y un futuro de trabajo agotador. Y ¿qué estaba dejando a un lado? La esperanza de la felicidad.

—Haré lo que me pedís —exclamé airadamente— hasta que me haga tan viejo que tengáis la bondad de concederme el descanso.

Esa noche sufrí un severo ataque de migraña. Hice que se fueran los esclavos, cuyos remedios no me servían de nada. Sejano frotó mi cabeza con un paño empapado en vinagre.

—No debéis agitaros hasta llegar a estos extremos —dijo—. La razón de ello es que vivís en un mundo que es producto de vuestra imaginación, un mundo donde los hombres aún tratan de poner en práctica la virtud. Pero la realidad no es así. Y en el fondo de vuestro corazón sabéis que así es. Vuestro obstinado orgullo Claudio os hace exigir que otros hombres tengan principios como los vuestros. No entendéis la naturaleza humana. Está hecha de lobos, chacales y corderos. Y de vez en cuando de algún león, como vos.

—Y ¿qué eres tú, amado muchacho?

—Cuando estoy a vuestro lado me siento como un cachorro de león. Cuando estoy solo me siento como un lobo.

Empapó de nuevo el paño en vinagre.

—¿Os sentís ya mejor? De manera idéntica os negáis a reconocer la verdad acerca del Imperio, aunque en el fondo de vuestro corazón sabéis bien cómo es. Es imposible que seamos un Imperio más allá de Italia y una República en nuestro propio país. Las dos formas de gobierno no son compatibles y la República nunca podría administrar el Imperio.

Enjugó de nuevo mi frente.

—Aceptadlo —suspiró—, os habéis comprometido a ello. Y ya no podéis escapar. Pero ahora debéis dormir. Voy a apagar la luz.

Sejano me servía de consuelo y solaz como ninguna otra persona sabía hacerlo. No era ya el muchacho feliz, aunque circunspecto, que había visto por primera vez en Rodas sino un hombre en la plenitud de su vida con un vigor y una capacidad de trabajo extraordinaria. Pero lo que yo valoraba más era su optimismo, su entusiasmo.

Yo soy por naturaleza melancólico, propenso a meditaciones obsesivas y a la depresión, consciente siempre de los peligros y las dificultades. Su temperamento sanguíneo me levantaba los ánimos. No tenía más que verle caminar con paso firme hacia mí, con su franca y confiada sonrisa en el rostro y todo su aire atlético que rebosaba salud y bienestar, para sentir que las nubes se iban disipando. Tenía por añadidura otra gran virtud: siempre —al menos eso me parecía— me decía la verdad. Esto era poco frecuente porque la verdad es algo que los hombres tratan de ocultar a aquellos que tienen el poder en sus manos.

Naturalmente la gente se sentía celosa y trataban de enemistarme con él. Mi sobrina Agripina, por ejemplo, le despreciaba por su origen relativamente humilde y su carencia de antepasados ilustres, como si Sejano no fuera al menos de un origen tan respetable como su propio padre Marco Agripa. Estaba continuamente quejándose de sus modales, simplemente porque Sejano no creía en la práctica de una cortesía insincera. Otros le censuraban en cartas anónimas y Escauro me abordó un día para decirme que sabía «con certeza» que, en su juventud, Sejano había sido el concubino del vicioso prestamista Marco Gavio Apicio, y que todas sus desventuras derivaban de esa relación.

—Es más —dijo—. Apicio le da una cantidad de dinero fija y a cambio de ella Sejano le proporciona jóvenes oficiales de la guardia. ¿Qué te parece eso, Tiberio?

—Me parece que te olvidas de que Sejano está casado con la hija de Apicio, Apica y de que es el padre de sus dos hijos. Creo que esto contradice tus maliciosas afirmaciones.

Pero mi refutación de sus acusaciones no consiguió convencerme a mí mismo porque conocía a Apicio y no me costaba trabajo imaginar lo

atractivo que habría encontrado al juvenil Sejano. Tampoco creía que en su adolescencia Sejano hubiera resistido la tentación del placer físico. Pero la segunda parte de la acusación me parecía simplemente despreciable. No obstante ordené que se mantuviera vigilancia de la gente con que se relacionaba Apicio.

Pero la preocupación con asuntos de esta índole fue pronto y abruptamente echada a un lado. Llegó el rumor de que el ejército en Panonia se había amotinado. Esto era particularmente doloroso para mí, ya que las legiones que estaban estacionadas allí habían estado durante mucho tiempo bajo mis órdenes. Sus quejas eran múltiples y se remontaban a mucho tiempo atrás, porque estaban pasando por uno de esos períodos de descontento y revulsión contra el ejército que pueden —y de hecho lo hacen— afligir a muchos soldados, incluso a los veteranos. El cabecilla era un tipo llamado Percenio que, habiendo trabajado como jefe de la claqué en un teatro antes de hacerse soldado (para huir de la ira justificada de un padre ofendido, como descubrí después), sabía muy bien cómo provocar a la multitud con su lengua insolente. Muchos de los soldados le prestaron atención —de lo que luego se avergonzaron— en la vana esperanza de cambiar la realidad de su existencia; incluso aquellos que eran más juiciosos perdieron momentáneamente su prudencia o no se atrevieron a discutir con sus exaltados compañeros. Algunos de los oficiales fueron azotados, otros huyeron en un estado de pánico; a uno, un comandante de compañía llamado Lucilio, famoso por su estricta disciplina, le cortaron la garganta.

Un motín es tan simple como serio. Sean cuales sean los resentimientos o quejas de los amotinados y por muy justificados que estén, no se les puede apaciguar hasta que se haya restablecido el orden. Es ésta una condición fundamental de la vida militar.

Por lo tanto yo no dudé en tratar de restaurar primero el orden. Le confié esta misión a mi hijo Druso. Era, es verdad, algo joven para llevarla a cabo, pero yo tenía gran confianza en su innato sentido común. Además me parecía que el enviar a mi propio hijo convencería a los elementos sensatos en las legiones de mi benevolencia y confianza. Mandé con él dos batallones de la guardia pretoriana, acrecentados en número por la selección de algunos reclutamientos y con ellos tres tropas de guardias a caballo y cuatro compañías de aquellas de mis tropas auxiliares germanas en las que más confianza tenía. Naturalmente fue Sejano, a quien había nombrado jefe

adjunto de la guardia con su padre L. Seyo Estrabón, el que condujo esas tropas, y para darle más importancia a su autoridad, le hice también el jefe del estado mayor de Druso.

Antes de que se pusieran en camino les dije:

—No hay nadie en quien tenga más confianza que en vosotros dos, en ti, Druso, mi único hijo, y en ti, Sejano, hacia quien tengo los más tiernos sentimientos paternos. Vais a un lugar de honor y de peligro. No me es posible daros instrucciones precisas. Debéis dejaros guiar por vuestro propio criterio de acuerdo con las circunstancias en que os encontréis. Pero acordaos de dos cosas: en primer lugar, de que muchas de las quejas de los soldados pueden ser legítimas y se les debe dar un remedio. En segundo lugar, que no podéis satisfacerles sin peligro hasta que se hayan sometido a su antigua disciplina y se haya restablecido el orden. Llevad con vosotros esta carta y empezad leyéndosela. Digo en ella que los heroicos soldados de Roma, que han sido mis compañeros en tantas arduas pero gloriosas campañas, están muy cerca de mi corazón, y que, tan pronto como me recupere de la pérdida que he sufrido —me refiero naturalmente a la muerte de Augusto—, comunicaré sus quejas al Senado. Mientras tanto tú, Druso, tienes autoridad para otorgar cualquier concesión que pueda sin peligro otorgarse. Haced comprender a los soldados que el Senado es capaz de generosidad, como lo es de severidad...

Los abracé a ambos y los contemplé mientras desaparecían en sus caballos, con corazones más ligeros y exaltados que el mío. Eso era natural: eran jóvenes y se dirigían al punto de acción; yo era viejo y estaba condenado a permanecer en Roma, incapacitado para influir sobre los acontecimientos. Las semanas siguientes fueron de gran ansiedad para mí.

Esta ansiedad aumentó con los informes procedentes del Rin. Probablemente inspirados por las noticias de los motines en el Danubio, las legiones del Rin les imitaron. Estas legiones caían bajo la responsabilidad de mi sobrino e hijo adoptivo Germánico.

Dado que él era el jefe supremo de los ejércitos en la Galia y en la frontera del Rin, no tenía otra alternativa que confiarle el sometimiento de los motines, tratando de no hacer caso de las dudas que yo pudiera tener en relación con su habilidad para llevar a cabo esta misión. Estas dudas eran reales porque Germánico, aunque era un hombre joven de gran encanto e iniciativa, estaba poseído por el ansia de popularidad. Además, se me informó pronto de que ciertos elementos entre los amotinados tenían

esperanzas de persuadirle de que se pusiera al frente de ellos en una guerra civil, aunque él me había prestado un juramento de lealtad, como al sucesor de Augusto.

La reacción de los tres jóvenes ante los peligros que tenían que afrontar fue interesante y significativa. Druso y Sejano actuaron con habilidad diplomática y con una fortaleza ejemplar; Germánico, como un actor. Los relatos que cada uno dio de sus campañas revelaban mucho de sus caracteres individuales y eran un indicio de las dificultades que yo iba a experimentar en el futuro.

Druso me escribió la carta siguiente:

Cuando llegamos aquí, padre, la situación era peor de lo que habíamos imaginado. Los soldados, que es la forma en que me gusta referirme a ellos incluso en el caso de los amotinados, nos recibieron a las puertas del campamento. Era terrible constatar el estado en que se hallaban. Los hombres estaban repugnantemente sucios pero no tan desorganizados como parecían, porque tan pronto como nos encontramos todos reunidos dentro del campo, pusieron piquetes en las puertas y colocaron destacamentos armados en lugares estratégicos. Era casi como si fuéramos sus prisioneros; en cierto sentido éramos, desde luego, rehenes. No obstante, yo subí a la tribuna y les leí tu carta. Esto los calmó momentáneamente e hicieron que se adelantara un oficial, Julio Clemente, a quien tal vez recuerdes como un hombre hábil en asuntos de personal, para que expusiera sus demandas. He de decir que Clemente había accedido a asociarse con los amotinados a fin de actuar de puente entre ellos y las autoridades. Debo agregar también que manifestó considerable valor y espíritu colectivo aceptando este papel tan peligroso, papel que desempeñó de una manera que despertó mi admiración. Empezó exponiendo los requerimientos de los amotinados en asuntos relacionados con las condiciones del servicio militar, pidiendo que éste se limitara a dieciséis años, que se aumentara la soldada a cuatro sestercios diarios, y que se les garantizara que no se los volvería a llamar después de haber prestado este servicio. Yo repliqué que estas demandas me parecían bastante razonables pero que eran asuntos que había que referir al emperador y al Senado. Añadí que te pediría

encarecidamente a ti, mi padre, y al Senado, que las considerara con benevolencia.

Esta respuesta apaciguó a una gran parte de la multitud. Desgraciadamente, sin embargo, uno de los cabecillas, un soldado raso llamado Vibuleno, se dio cuenta de que el motín del que él y los que eran como él estaban disfrutando porque les daba una sensación de poder que no habían previamente disfrutado, estaba en peligro de ser sofocado. Así que decidió reavivar las llamas.

¿Por qué cuando llega el momento de tomar una decisión sobre nuestras condiciones de servicio el emperador tiene que acudir al Senado? —exclamó—. Pero, por el contrario, cuando se trata de castigos o batallas no se menciona el nombre del Senado. Anteriormente, Tiberio solía escudarse detrás de Augusto cuando llegaba el momento de negarnos la satisfacción que nuestras demandas solicitaban; ahora Druso ha venido aquí a escudarse detrás de Tiberio...

La reunión se disolvió sin que se decidiera nada, pero al menos sin el brote de violencia que parecía probable que ocurriera. No obstante, la situación era, al mismo tiempo, extremadamente tensa. Los amotinados insultaban a cualquier oficial de la guardia que encontraban y llegaron hasta atacar a alguno. A Cneo Cornelio Léntulo, por ejemplo, le hirieron en la cabeza con una piedra que se le arrojó y lo habrían linchado si no hubiera sido por la llegada de una tropa de los guardias. Pero logramos llegar a nuestras tiendas y deliberar.

Era obvio para nosotros que la mayoría de los hombres eran razonables, como lo son generalmente los hombres individualmente, pero parecía que una subversiva minoría los había incitado hasta llegar a una especie de locura temporal. A esta minoría no le importaba en el fondo el bienestar de los soldados sino el disfrutar de un poder y desenfreno inesperados. Alguno hizo la observación de que lo que teníamos que hacer era apartar las ovejas de los cabritos, por así decir, o más bien las ovejas de los perros salvajes. «Separa y ordena» debía ser nuestro plan de acción. Por consiguiente, accedí a que los oficiales de mi estado mayor entraran en el campo, manteniendo todas las conversaciones privadas que consideraran necesarias y sin peligro, en un intento de identificar a esos perros

salvajes y convencer a las ovejas de que nosotros íbamos a considerar urgentemente sus demandas, recordándoles siempre el interés que tú has tenido por su bienestar y llamando su atención al hecho de que sería muy difícil tratar honorablemente a soldados que parecían haber abandonado la disciplina y el sentido del deber característicos de su vocación militar. He de decir que el valor de esos oficiales que se encargaron de una misión tan peligrosa fue admirable y su pericia en llevarla a cabo digna de encomio porque durante aquella noche los buenos soldados se fueron gradualmente separando de aquellos que los habían incitado. Una atmósfera de obediencia se apoderó poco a poco del campamento. Los soldados se retiraron de las puertas, y las águilas y estandartes, enarbolados al principio del motín, volvieron al lugar que les correspondía.

Esto era alentador y convoqué otra reunión la mañana siguiente. Encontré a los hombres en un estado de ánimo nuevo y más dispuestos a dialogar. Les hablé primero con severidad. César, les dije, se había dirigido una vez a las tropas que se habían amotinado llamándolos paisanos, y no soldados. El día anterior yo no había podido dirigirme a ellos ni siquiera con ese término menos digno. (Porque tú sabes mejor que yo que los soldados sienten desprecio por los paisanos, lo mismo que los ciudadanos, excepto en momentos de extremo peligro, simulan despreciar a los soldados.) Ahora, dije, parecía que se había impuesto el buen sentido, que la cólera de los dioses hacia los soldados se había apaciguado y que por consiguiente estaban preparados para continuar comportándose como lo habían hecho antes de amotinarse. Ni amenazas ni intimidaciones servían de nada conmigo o con mi padre, ni por supuesto hacían la menor huella en la dignidad del Senado romano. Por el contrario, si estaban ahora suplicando que se les perdonara, yo aconsejaría que se les tratara con clemencia y que, como ya dije y prometí ayer, se escucharan sus quejas, porque a mí mismo me parecían dignas de atención. Me pidieron que te escribiera enseguida. Así que envié la delegación que te ha llevado esta carta. El motín se ha terminado, por ahora, y tenemos la intención de arrestar y aislar a los cabecillas. Pero es cierto que se ha tratado duramente a estos hombres en los últimos meses. Están ahora acobardados por si no se atiende atención a sus quejas, se llenarán de resentimiento.

Yo no me hubiera podido comportar mejor de lo que lo hizo Druso y mi corazón rebotó de orgullo por mi hijo.

Una carta de Sejano llegó unos días más tarde.

Habréis oído por Druso lo dignamente que se comportó, de una manera que le retrataba como verdadero hijo de su padre. El motín ha terminado. Mi participación en conseguir que se suspendiera fue forzosamente secundaria y tal vez se considere irrevelante. Quisiera, no obstante, llamar vuestra atención a la forma admirable en que se comportaron los guardias. No tengo la menor duda de que el ejemplo de su disciplina contribuyó al fracaso del motín. La confusión que reinaba cuando llegamos aquí era indescriptible pero, para mí, los momentos más interesantes tuvieron lugar esa noche cuando llevamos a cabo un ejercicio en propaganda que debía convertirse en modelo para la formación de oficiales. He de confesar que a mí me sirvió de enseñanza para perfeccionar mi conocimiento de la naturaleza humana. Es interesante constatar cómo la moral se desmorona cuando uno se deja dominar por inquietudes naturales.

Los hombres se habían entregado a un curso de acción que en el fondo les alarmaba. Tan pronto como me di cuenta de esto, empecé formulando la pregunta: «¿Vais a jurar lealtad a Percennio y Vibuleno? ¿Creéis que pueden verdaderamente hacer algo por vosotros? ¿Creéis que ese antiguo jefe de claqué y ese loco soldado raso van a poder sustituir a Tiberio y a Druso como jefes y señores del mundo romano?» Os daréis cuenta de que esas eran preguntas que ellos mismos se formulaban en lo hondo de sus corazones. Entonces dije: «¿Queréis más dinero? ¿No es eso? ¿Creéis que estos payasos van a poder pagároslo? ¿Cómo van a recaudar dinero cuando las reservas en el campo se agoten? Y ¿os van a conceder tierras cuando os retiréis? No he oído nunca decir que tuvieran granjas para repartir. ¿Dónde están sus haciendas? ¿No os dais cuenta de que os han tenido metidos en un puño?».

Fue muy divertido. Os aseguro, Tiberio, que hasta llegué a ver a uno de esos desgraciados tocándose la nariz, como para cerciorarse de que aún tenía el anillo que le habían puesto para arrastrarlo. [4]

Si Druso tiene un defecto, es el reflejo de su noble y generosa naturaleza. Ésa es la razón por la que insistí en que se tratara a los cabecillas de forma sumaria tan pronto como la mayor parte de los hombres habían recuperado su sentido común, porque no se hubiera necesitado más que un soplo de viento para hacérselo perder de nuevo. El tuvo un momento de duda, temiendo que el escarmiento de sus dirigentes culpables desazonara a los soldados. Pero yo tenía el juicio suficiente para saber cómo actuar. Sabía que les agradaría y al mismo tiempo les asustaría.

Así que, sin decírselo a Druso para no preocuparle, mandé un contingente de guardias para que arrestaran a Percennio y Vibuleno, y los mandé ejecutar. Se exhibieron sus cuerpos y el efecto que esto produjo fue asombroso. Algunos de los otros cabecillas en el motín se escaparon, pero fueron fácilmente apresados por los guardias. A otros los entregaron voluntariamente sus compañías, que estaban deseosas de desvincularse de estos desgraciados.

Es sorprendente cómo una mezcla de compasión y terror puede hacer añicos hasta el más temeroso —en apariencia— de los pronunciamientos. Druso no estaba al principio totalmente satisfecho con mi decisión, pero no dudó en mostrar su aprobación y agradecimiento cuando vio lo eficaz que había resultado.

Las noticias de Germania son desalentadoras. No dudo de que podáis confiar en vuestro sobrino, pero recibo informes que me hacen dudar de algunos de sus métodos.

Espero que os estéis cuidando. La salud de Roma y del Imperio depende de la vuestra. Confío en que no sufráis de jaquecas ahora que vuestro leal siervo no está ahí para aliviarlas.

Las noticias de Germania eran indudablemente motivo de preocupación. El motín adoptó allí un aspecto distinto, porque algunos de los soldados querían que Germánico los dirigiera. Si quería el trono, decían, ellos estarían a su lado. Esto era más una rebelión que un motín. Germánico reconoció algún tiempo después que se había sentido tentado a aspirar a ese trono. Un informe de un joven caballero, Marco Frisón, que yo mismo había agregado a su personal, me convenció de esto. Pero, o bien su lealtad prevaleció o le faltó el valor para desempeñar el papel de César o de Sila.

Fuera como fuese, se comportó como si le hubiesen insultado, diciendo a voces que la muerte era preferible a la deslealtad.

Frisón mandó el siguiente informe:

Sacó la espada de su cinto y la apuntó en dirección a su garganta. Me obligaréis a que me mate si me apremiáis con vuestras demandas., exclamó. No todo el mundo creyó que estuviera hablando en serio. Un soldado raso llamado Calusidio pretendió tomarlo en serio y sacando su propia espada se la ofreció al general, observando que era mucho más afilada que la de él. Germánico se puso pálido al oír el ofrecimiento y no se sabe lo que hubiera podido pasar después si algunos de sus amigos no hubieran logrado sacarlo corriendo de allí. La verdad es que la escena no tuvo nada de edificante.

Como es lógico, el informe de Frisón me preocupó. No pude por menos que pensar lo avergonzado que hubiera estado mi querido hermano Druso de esta exhibición teatral de su hijo.

Y al día siguiente Germánico pronunció otro absurdo discurso en el que dijo solemnemente:

«Cuando tirasteis de la espada que estaba dispuesto a incrustarme en mi corazón (según los informes estaba dirigida a su cuello, donde más soldados podían verla), la preocupación y la ansiedad que como amigos sentisteis por mí fueron inoportunas. Un amigo mejor y más sincero fue el hombre que me ofreció su propia espada, porque yo entonces hubiera muerto con la conciencia libre de los delitos que mis propios soldados han cometido y están pensando cometer.»

Invocó entonces a los dioses y la memoria de Augusto y de su propio padre, Druso, y, en palabras de Frisón, declamó en pomposa retórica la necesidad de lavar la mancha de la criminal deslealtad... Os digo una y otra vez que me avergonzaba de escucharlo...

No obstante, y por pura casualidad, había asestado el golpe final que hizo que los soldados recuperaran la cordura. Algunos de los que estuvieron presentes me han dicho que lo hicieron por timidez, otros elogiaron su actitud. En estas cuestiones hay raramente unanimidad de criterio, porque ningún hombre conoce los impulsos secretos que determinan las acciones

humanas. El propio Germánico lo atribuía (naturalmente) en su carta a su actitud o forma de actuar. Tal vez fuera así.

En su informe me decía:

Se había hecho evidente que mi mujer, mi querida Agripina, aunque tiene el coraje de una leona, corría peligro en el campamento y también lo corrían mis queridos hijos. Así que decidí que se marcharan, protegidos por una escolta bien armada. Agripina no quería irse. Como bien sabes su valor es incomparable. Me recordó que era la nieta del divino Augusto y la hija del gran Agripa y haría honor a su sangre, fuera cual fuese el peligro. Pero yo no le podía permitir que se quedara en la condición en que se hallaba (te alegrará saber que está de nuevo embarazada), y teniendo que ocuparse de nuestro hijo más joven, el pequeño Cayo. Así que insistí.

Entonces ocurrió un milagro. Un milagro —y lo digo sin vanagloriarme— que yo había previsto. Tan pronto como creí haber logrado convencer a mi esposa de que debía marcharse, rompió a llorar con unos sollozos de lamentación que resonaron por todo el campamento, lo mismo que los ecos de las lamentaciones de Andrómaca, agachada sobre el cadáver de su señor, Héctor, se dejaron oír por las llanuras de la ventosa Troya. ¿Por qué sollozaba? Mi respuesta es que sollozaba porque yo ya no podía confiarla a ella o a nuestro hijito Cayo (le llaman Calígula, botitas, ¿sabes?, ¿verdad que es un apodo encantador?), yo no podía ya confiarlos, repito, a los cuidados y protección de los soldados romanos, sino que tenía que enviarlos a nuestros aliados, los treviro.

Esto rompió el corazón a los soldados, como supuse lo haría. «¿Se irá Calígula?», exclamaron. «¿Es que no se nos puede confiar el cuidado de nuestro amado niño?».

«No —dije—, no puedo. No mientras sigáis comportándoos como lobos hambrientos más que como soldados romanos. Me mantuve firme. No sabía que era capaz de pronunciar palabras así...

Así que el buen juicio o la fortuna le favorecieron. Los hombres se sometieron. A continuación tuvo lugar una escena extraordinaria. Ellos mismos arrestaron a los principales rebeldes y los castigaron, conforme a su propio y feroz estilo. Los hombres, con las espadas

desenvainadas, estaban de pie en un círculo. A los prisioneros se los hizo desfilar uno por uno por una tarima. Si los soldados gritaban «¡culpable!», se les arrojaba su víctima y ellos la mataban en ese mismo lugar. Los soldados se deleitaban en esa carnicería; parecía, decía Frisón, «...como si expiaran así su previo delito. Germánico, mientras tanto, no hacía nada. Mi opinión es que él pensaba que cuando los hombres por fin se avergonzaran de esta última manifestación de su propio salvajismo, él escaparía inocente, aunque se había beneficiado de ella».

Había mucha materia para inquietarse en estos informes. Germánico había triunfado. El resultado era bueno. Pero la manera en que lo había logrado no me inspiró mucha confianza en mi sobrino y, según la voluntad de Augusto, mi futuro heredero. Ciertamente su comportamiento histriónico contrastaba, desventajosamente, con el equilibrado sentido común y decisión manifestados por Druso y, naturalmente, por Sejano.

Yo tuve que aguantar muchas críticas por haberme quedado en Roma cuando todo esto se estaba tramando. Dos muchachos imberbes, decían los hombres, no podrían controlar a estos soldados amotinados. Debería haber ido yo mismo para que tuvieran que enfrentarse con la dignidad imperial. O debiera haber enviado a un mariscal con experiencia. Me daba cuenta de lo que se decía, pero no veía razón para replicar a mis críticos. Si no eran capaces de ver que yo podía inspirar más respeto manteniéndome a distancia, mientras que podía también, sin engañar a nadie, revocar cualquier concesión inoportuna que pudieran otorgar los jóvenes generales, tan pronto como no hubiera peligro en hacerlo, bueno, entonces no se me podía echar la culpa por la falta de perceptividad de los que me criticaban. En cuanto a la sugerencia de que debiera haber mandado a un mariscal con experiencia, no me correspondía a mí llamar la atención al peligro de una decisión así. Nunca. Pero había leído la historia de Roma, si no lo habían hecho mis críticos, y no estaba dispuesto a un nuevo César o Antonio, respaldado por un ejército a quien él habría sobornado para que regresaran al orden, por medio de generosas promesas de futuras recompensas y favores. Había aprendido de Augusto a desconfiar de los generales que habían extraído votos personales de lealtad, y había visto demasiado bien el peligro que hombres así podían suponer para el estado. Nuestro equilibrio

era precario. Yo no tenía intención de alterarlo ofreciendo la oportunidad para que nuevos dinastas aparecieran.

Y mi estrategia dio frutos. Los motines se sofocaron. La frontera estaba de nuevo segura. Pero yo no dejaba de darme cuenta que había que vigilar al propio Germánico a pesar de todas sus profesiones de lealtad. Había una precipitación, una falta de moderación en su comportamiento que no me parecían bien.

Recuerdo el comentario profético de Sila cuando se le persuadió de que permitiera al joven Julio César escapar de su proscripción y de esta manera del destino que esperaba a los otros seguidores y parientes de Cayo Mario: «En ese hombre joven hay ya muchos Marios...»

Sí, había que vigilar a Germánico. Afortunadamente, tenía cerca al joven Frisón; y a Sejano en reserva.

OceanofPDF.com

Yo tenía unos cincuenta y cinco años cuando el peso y la responsabilidad del Imperio cayeron sobre mí. Naturalmente, pedí ayuda; por desgracia fracasé en conseguirla.

Nadie que no haya tenido la responsabilidad de la administración de un organismo tan inmenso y tan difícil de manejar como el Imperio romano puede hacerse una idea de lo que esta tarea requiere. Augusto se había quejado con frecuencia de sus muchos trabajos y labores pero, a diferencia de mí, fue él quien buscó este puesto. Era un hombre que se hubiera sentido perdido sin poder. Pero yo soy distinto y no pasó un solo día sin que protestara de mi enorme responsabilidad, sin que dejara de recordar con nostalgia los días de mi retiro en Rodas, sin que deseara con toda mi alma que llegara el momento en que pudiera soltar las riendas y volver a ser yo mismo. Pero esto era esperar en vano. Bien lo sabía desde el principio. Había aceptado una tarea a la que no podía renunciar.

Livia no era capaz de comprender mi actitud. Me abrumaba de sugerencias y consejos, de precauciones y estímulos. Llegué hasta a temer el sonido de su voz, el anuncio de sus visitas, las invitaciones para que fuera a su casa.

Yo me encontraba solo. Unas semanas después de la muerte de Augusto, cuando aún estaba luchando con las consecuencias de lo que había heredado, Julia murió en la isla de Pandataria, a la que su padre la había enviado. No nos habíamos visto o escrito durante años; porque ¿qué hubiéramos podido decirnos el uno al otro? ¿Pudiera haberle yo pedido perdón por la destrucción de su vida, cuando yo no había sido la causa? ¿Pudiera ella haber intentado pedirme perdón? No obstante, di órdenes para que sus cenizas se trasladaran al mausoleo de su padre. Eso se lo debía, pero me aseguré también de que se trasladaban allí secretamente y sin ceremonia alguna.

Esperando complacerme, el gobernador del Norte de África, Lucio Nonias Asprenas, dio órdenes para que se ejecutara al amante de Julia, Sempronio Graco, que había pasado catorce años prisionero en la isla africana de Cercina. Creyó que esto me agradaría, pero lo único que me

agradó fue la noticia de que Graco había muerto de una manera más digna del honor de sus antepasados que la manera en la que había vivido. Estas dos muertes fueron como un renglón echado por debajo de mi pasado. Pero el pasado no quería desaparecer.

Germánico estaba de nuevo en guerra con los germanos. A mí me pareció esto bien por dos razones: era necesario fortalecer la frontera del Rin y sería beneficioso para las legiones recientemente amotinadas verse ocupadas en auténticas actividades militares. Además ésta era una oportunidad para recordar a los germanos lo que significaba el poder de Roma, porque estaban aún emocionados por su triunfo sobre Varo de hacía seis años.

Germánico, por consiguiente, se adentró en las selvas y, haciendo que el enemigo dividido marchara por delante de él, se aproximó a la selva de Teutoberg, donde Varo había sido destruido. Llegaron al primer campamento del general derrotado y después a un parapeto medio en ruinas donde había luchado lo que quedaba de las legiones. El día era húmedo y ventoso, como lo había sido entonces. A su alrededor los desolados pantanos se burlaban de la ambición de los mortales. Más allá de una zanja de poca profundidad se veían huesos blanquecinos que mostraban el lugar donde habían caído los romanos: había pequeños montones donde se habían reunido las tropas diseminadas para oponer una última resistencia. Fragmentos de lanzas, armaduras abandonadas y extremidades de caballos se veían por todas partes, y había calaveras que los bárbaros habían atado a los troncos de los árboles. Encontraron incluso los altares donde se había sacrificado a los oficiales romanos, parodiando las ceremonias religiosas.

Mi sobrino dio órdenes para que los huesos fueran enterrados, orden a la que yo, después, di mi aprobación, como era natural. Cavó él la primera fosa, aunque como miembro de la antigua casta sacerdotal de los Augures, no debía haber tocado objetos que pertenecían a los muertos, como lo hizo. Pero a mí esto también me pareció bien porque demostraba el respeto debido. Me gustó bastante menos oír de boca de Frisón que Germánico no sólo había lamentado los años que esos huesos habían pasado sin que se les enterrara, sino que había añadido que el fracaso de intentar penetrar en esas selvas para darles una sepultura decente había sido, según sus palabras, «vergonzoso».

No tenía, por supuesto, ni idea del alcance del desastre y de las dificultades que yo había experimentado tratando de restaurar una medida

de estabilidad en la frontera del Rin, o de la imposibilidad, en las circunstancias de la época, de hacer lo que él creía que se debía haber hecho.

Algunos de los que oyeron sus palabras se quedaron asombrados al darse cuenta de lo limitado de su capacidad de comprensión y censuraron la implícita crítica de mi propia conducta que, en lo que a mí respecta, atribuí a su juventud más que a cualquier otra causa más seria.

Su ambición era, no obstante, motivo de preocupación. Creía que era deseable que incorporáramos a todos los germanos que vivían en el oeste del río Elba al recinto o confines del Imperio. Podía comprender que la proposición fuera atractiva, pues yo mismo la había sentido como tal hacía años. Pero tanto Augusto como yo nos convencimos de que no era práctica. Temíamos también que las condiciones fueran tales que cualquier general de las tropas tuviera tal vez que sufrir el mismo destino que Varo, destino al que el propio Germánico había apenas escapado al año siguiente.

De su entusiasmo no había duda; era su capacidad de enjuiciar situaciones lo que más me preocupaba. Parecía también extraño —según los informes que nos llegaron— el importante papel que su esposa, mi ex hijastra Agripina, desempeñaba entre bastidores. No era natural el que estuviera siempre en evidencia.

Yo le había pedido a Sejano que llevara a cabo una inspección de la frontera del norte a fin de enterarse de si era verdad o no lo que se decía. Por razones de seguridad le pedí que se dirigiera a mí directamente con esta información. Si se estaba tramando algo adverso era mejor, en su propio interés, que no pusiera sus sospechas por escrito.

Sejano vino a mi presencia inmediatamente después de llegar, sin ni siquiera detenerse para tomar un baño, y se echó (como era su costumbre) en un sofá, con sus muslos salpicados de barro.

—Están tramando algo —dijo.

—¿Qué quieres decir?

—¡Ojalá lo supiera, ojalá lo supiera exactamente! Hay un extraño estado de ánimo en el ejército, no lo llamaría exactamente júbilo, como es de esperar después de una victoria, sino más bien como si se estuvieran dando ánimos a sí mismos para algo grande y peligroso. Por supuesto yo no le gusto nada a Agripina, así que no le doy importancia al hecho de que haya sido tan descortés hacia mí. Siempre me suele dirigir una mirada como si yo oliera mal. Pero Frisón me ha dicho que cuando su esposo estaba de

campana, ella actuaba como general en jefe y a ella se le atribuían todas las órdenes. Se interceptó vuestra carta de felicitación y en su lugar ella les dio las gracias a los soldados por lo que habían hecho por el estado romano y por Germánico, sin ni siquiera mencionar a vos. Si añadís a eso los informes que recibí de cómo visitaba a los enfermos y a los heridos, de cómo entregaba regalos de dinero, alimento y bebida, y de cómo llevaba con ella al pequeño Calígula a todas partes, dando la impresión de que estaba intentando inspirar una lealtad personal entre los soldados, bueno, no sé qué conclusión sacar.

—Déjame oír esos informes.

Se echó hacia atrás un rizo que le caía sobre la frente, y sonrió.

—Creo que no me voy a atrever.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Mirad —dijo—, os debo todo lo que tengo y soy consciente de ello. Sé también que sentís afecto por mí, y, por mi parte, yo os soy totalmente leal. Tengo que serlo porque, dejando a un lado otras razones, estoy totalmente entregado a vos. Comprendéis esto, ¿verdad?

—Yo te considero como mi hijo y mi amigo más amado.

—Afortunadamente —dijo—, porque si yo tuviera la menor duda de estos sentimientos, no me atrevería a expresar mi opinión, aunque sé que es mi deber el hacerlo. Creo que Germánico y Agripina están desempeñando el papel de César y a vos os han asignado el de Pompeyo. Piensan que si ellos solos personalmente pueden lograr la adhesión de las legiones, os pueden también desafiar y hasta apoderarse del trono.

—No me gusta esa palabra —dije.

—Bueno, entonces, poder...

—Pero, ¿por qué van a querer hacerlo?

Me interrumpí. Sejano sonrió de nuevo.

—Seguro que no hay necesidad de formular esa pregunta —respondió—. Lo sabéis mejor...

No fui capaz de mirarle de frente.

—Me siento agradecido —dije—. Agradecido y atemorizado...

—Acepto la gratitud. Recordad esto. Augusto hizo que adoptarais a Germánico como a vuestro heredero, pero tenéis a vuestro propio hijo Druso. Vuestro sobrino no puede olvidar que...

Sejano había utilizado una palabra poderosa para suscitar mis temores: el nombre de César atemoriza a todos los romanos. César, el destructor de la

libertad, el hombre que desencadenó en Roma la guerra civil. Por supuesto, en la realidad César era más y menos que eso. Fue tal vez un instrumento de la historia porque, en aquellas circunstancias, hubiera habido guerra civil incluso sin su ambición. Y esa ambición, se puede decir, no era totalmente egoísta (aunque mi madre no estaría de acuerdo con esto). Es incluso posible asegurar que César poseía una especie de visión de regeneración; que, en cierto modo, percibía, aunque tal vez de forma nebulosa, la manera en que se debía reformar el estado. Pero se le otorgue lo que se le otorgue, y nadie puede negar su genio, César el lobo, el destructor, el rebelde que quería hacerse rey, es todavía la figura que uno recuerda.

Roma no se ha llegado a recuperar de la catástrofe en que su ambición sumergió al estado. Yo, ahora que por un irónico golpe del destino me encuentro en la posición de heredero suyo, lo sé mejor que nadie. Soy el más desdichado de los hombres: un gobernante a pesar suyo que desprecia a aquellos a quienes gobierna. César dejó que se desencadenara la guerra, la guerra civil, la peor de las guerras; sus asesinos y sus herederos entablaron otra serie de guerras, más sangrientas y divisorias. Augusto emergió como el único vencedor y se dedicó a la tarea de reconstruir el estado. Algunas veces llegó a creerse que lo había logrado. Pero en lo más hondo de su corazón sabía que no era así, como lo sabe Livia, y como yo trato con demasiada frecuencia de ocultármelo. Tras la fachada de la respetabilidad republicana que él había creado, estableció la realidad definitiva: la del poder que engendra temor. Y yo he heredado esa realidad, ese poder y ese temor. Tenía esperanza de reanimar el espíritu republicano, y lo hallé corrompido por el temor.

En la superficie las cosas son distintas. Los debates en el Senado tienen un cierto grado de libertad. Los tribunales de justicia operan de acuerdo con las antiguas prácticas. Se convocan elecciones. Se puede desterrar a los ejércitos de Italia (excepto en el caso de los pretoriales). Florece el comercio. Los hombres van y vienen ocupándose de sus cosas, con relajación y sin peligro. Las cosechas se recogen y producen abundante fruto. Italia se broncea a la luz del sol. La riqueza aumenta y se acumula. Se disfruta ampliamente de los placeres del arte, el teatro y el circo. Todo se ha consolidado, si queremos utilizar una palabra favorita de Augusto.

No obstante hemos de formular una pregunta básica, aunque yo sólo me atrevo a formulármela en el silencio de mi propia mente: ¿por qué se comporta la gente de la forma en que se comporta? ¿Por qué hacen esas

cosas que, en conjunto, dan la impresión de que hemos logrado una sociedad unida, prestando de buena gana y talante nuestra ayuda a un gobierno benévolo? Cualquier hombre sabio y prudente puede pensar que la respuesta es evidente: es el temor lo que les lleva a esta situación de contento. Estamos dominados por el temor: temor de los bárbaros fuera y dentro. Es el temor lo que impulsa a los hombres, hasta a los de grandes familias, a llevar a cabo actos humillantes de autocrítica y abnegación, el temor lo que origina la falta de sinceridad en nuestra vida pública. Y es también el temor lo que impide que los hombres, incluso los senadores, tal vez la mayoría de los senadores, digan lo que piensan, incluso en privado; tienen miedo de que alguien pueda utilizar sus palabras en contra de ellos mismos.

Por supuesto éste no es un temor ordinario. No es que nos pasemos los días sacudidos por el terror. Todo lo contrario, la superficie de nuestra vida es exactamente lo que parece; mira al Senado y verás ciudadanos ricos, felices y seguros de si mismos.

No, el problema es que no podemos dar nada por hecho, ni siquiera el amor, el afecto, la lealtad de la propia familia y de los amigos. Roma late con una ansiedad que todo lo invade. No hay nadie que no sea vulnerable. Ni siquiera el emperador. Fue el temor lo que hizo que Augusto reaccionara con tal ferocidad contra su propia hija y los amantes de ésta; el temor por lo que él mismo había creado lo que le hizo planear el asesinato de su nieto Agripa Póstumo, de manera que, como resultado de su prudencia, yo heredara un legado de sangre. Y Agripina, me asegura Sejano, me considera responsable de la muerte de su hermano, que ella atribuye a mis órdenes en lugar de a las de su abuelo.

—Según Frisón —me dijo Sejano—, está continuamente diciéndole que no puede confiar en vos.

Así que ese temor que corrompe infesta hasta a la que los hombres han dado en llamar la familia imperial.

El temor es omnipresente. Apenas pasa un día en que yo no reciba versos anónimos y difamatorios. Todos los días, cuando yo vivía en Roma, había delatores que lograban llegar a mi presencia para presentar evidencia de conversaciones sediciosas y conjuras. En la mayoría de las ocasiones yo no hacía ningún caso. Cuando se me contaba que un hombre había estado hablando en contra mía yo replicaba que la capacidad de pensar y hablar como uno quiere era prueba de que vivíamos en un país libre. Y ¿cuál fue la

consecuencia de que yo diera expresión hablada a este sentimiento tan impecablemente republicano? Según Romano Hispón, un hombre de origen oscuro pero de cierto mérito, a quien encontré útil, debido a la abundancia de información que habitualmente almacenaba, la gente tomó mi respuesta como una señal de hipocresía. Yo estaba alentando la libertad de la palabra, decían, como un medio de identificar a mis enemigos. Era un cebo para incitarlos a que se traicionaran a sí mismos. Así era el efecto desmoralizador del temor. Pero ¿es sorprendente, en estas circunstancias, que yo también empezara a ver enemigos por todas partes?

Naturalmente, la gente estaba dispuesta a utilizar las leyes de traición en ventaja propia, esperando simplemente destruir a aquellos que envidiaban, o aprovecharse de las recompensas que la ley decretaba debían otorgarse a los delatores. Algunas de esas acusaciones eran triviales. Por ejemplo, se acusó a un tal Falanio, miembro del orden ecuestre, de insultar la divinidad de Augusto. Se decía que había admitido entre los adoradores de Augusto a cierto actor en comedias musicales llamado Casio, que era también, según decía su mala fama, un hombre dedicado a la prostitución. En segundo lugar se le acusó de deshacerse de una estatua de Augusto cuando estaba vendiendo artículos del jardín. Al mismo tiempo se acusó también a un amigo suyo, Rubrio, de blasfemia contra la divinidad de Augusto.

Yo deseché tales acusaciones e informé a los cónsules que las estaban examinando, de que, en mi opinión, no se le habían concedido a Augusto honores divinos con el fin de destrozar a los ciudadanos de Roma. Puse de relieve el hecho de que Casio, por muy deplorable que fuera su vida privada, era un actor consumado, que había tomado parte en los juegos organizados por mi madre, los Augusta, en honor de su difunto esposo. En cuanto a la acusación de blasfemia, dije, los dioses deben examinar sus propias faltas.

¿Era posible que nadie pusiera objeciones a mi sentido común? Naturalmente que lo era. Se me acusó de estar celoso de Augusto. Tiberio estaría mucho más dispuesto a vengarse de insultos contra su propio honor y lo haría mucho más deprisa, dijeron.

De hecho no era así. Romano Hispón me informó de que el senador Marco Granio Marcelo estaba divulgando el rumor de que yo había rechazado las acusaciones contra Falanio simplemente porque Casio era mi propio favorito y amante. Añadió que Marcelo había colocado su propia

efigie por encima de la de Augusto y la mía y estaba diciendo que yo había elaborado un plan para enviar algunos de los más importantes senadores, como Escauro y Galo, al destierro. Aunque yo objeté, Romano insistió en acusar de traición a Marcelo. Yo anuncié públicamente que oiría la evidencia del Senado y, en esta ocasión, voté abiertamente y bajo juramento, porque esperaba que un pronunciamiento así terminaría con acusaciones maliciosas, poniendo al descubierto a los que las habían expuesto a la deshonra pública. ¿Qué pasó? Mi amigo Cneo Calpurnio Pisón desenmascaró la hipocresía del Senado con un par de frases. «César —dijo—, ¿votaréis el primero o el último? Si el primero, podré disfrutar de vuestra iniciativa para seguirla. Si el último, siento decir que a lo mejor, sin darme cuenta, voto en contra vuestra».

Yo le agradecí su intervención; me convenció de que era imposible que el Senado pudiera juzgar con justicia a ninguno acusado de traición. El temor les impediría expresar sus verdaderas opiniones. Asqueado, voté para que Marcelo fuera absuelto de traición, aunque, técnicamente, era culpable.

Eran éstas preocupaciones de poca importancia aunque sintomáticas del mal que se había apoderado del estado, cuando se las comparaba con los problemas que me ocasionaba Germánico. Sus victorias en Germania no nos aseguraban ninguna ventaja sólida o duradera, aunque a él le honraban y acrecentaban su reputación. Por todo ello yo estaba dispuesto a exagerar su importancia y le otorgué un triunfo. Esperaba también, he de confesar, que una manifestación pública de mi estima los reconciliara a él y a Agripina conmigo, y al menos diluyera la sospecha con la que me consideraban. Esperanza vana.

Tenía no obstante otra razón. Mi sobrino estaba deseoso de continuar la guerra y organizar otra expedición, la cuarta, contra los germanos. No era probable que tuviera un éxito de solidez e importancia. Sus campañas hasta la fecha habían confirmado la opinión a la que Augusto y yo habíamos, independientemente, llegado: que ya se habían conseguido los límites prudentes del Imperio y que se debían abandonar planes para una futura expansión. Ahora el entusiasmo de un joven impetuoso estaba poniendo en tela de juicio nuestro criterio. Era intolerable y no se podía permitir.

Livia opinaba que se le debía dar una contestación abrupta y definitiva.

—Hay que ponerle en su sitio, obligarle a que comprenda que su papel es secundario. ¿Cómo se puede atrever este inexperto jovencito a oponer su opinión a la tuya...?

Estaba sentada erguida en su sillón, y daba golpecitos en el suelo con la extremidad inferior de su bastón de ébano. Sus nudillos brillaban, blancos, y su cabeza, que tenía más que nunca el aspecto de una noble ave de presa, temblaba. Eso y un cierto temblor también en su voz traicionaban su edad.

—Germánico tiene admiradores, partidarios —dije—. Es posible que se haya asegurado también de que puede contar con la adhesión personal de sus soldados.

—Eso en sí es ya una traición.

—No estoy diciendo que lo haya hecho oficialmente, exigiendo un juramento personal. Pero equivale a eso.

—Tu padre nunca lo hubiera permitido.

Tal vez no, pero Livia vivía ahora en la imaginación donde todo es posible y donde las dificultades se resuelven por sí mismas o se las rechaza por un acto consciente de la voluntad. Si al menos entendiera yo a Germánico con la claridad con la que entiendo a mi madre... Pero no tenía la menor dificultad en entender a Agripina: rebosaba de una hostilidad implacable hacia mí.

Abrumé al joven Germánico de honores. Hice que se le dedicara un arco al lado del templo de Saturno para celebrar el que se recuperaran, bajo su generalato y mis auspicios, las águilas que se perdieron en el desastre de Varo. Decidí que se celebrara este triunfo el mes de mayo siguiente con inigualable esplendor. La procesión incluía el botín, los prisioneros, y cuadros de montañas, ríos y batallas. Muy a pesar mío, Agripina insistió en acompañar a su esposo en su carro de guerra; todo el mundo hacía comentarios de la nobleza de su aspecto, rodeados por sus cinco hijos, sonriendo de placer al ser el centro de tal adulación. En nombre de mi sobrino, yo distribuí trescientos sestercios por persona a la población, y Roma resonó aquella noche con vino y canciones. Anuncié que para honrarle aún más, yo mismo compartiría su consulado.

Germánico se sintió halagado por toda esta atención; se deleitaba en la popularidad. Todo el mundo le adulaba y él creía que verdaderamente sentían lo que decían. Algunos sí lo sentían; pero a la mayoría los impulsaba el temor. La gente pensaba que éste era el hombre a quien pronto le iba a corresponder gobernar. Estaban impresionados por el poder que ellos creían que Germánico podía desplegar.

Pero aunque halagado, no había perdido de vista su intención de que se reanudara la guerra en Germania. Agripina le presionaba en esta dirección, alimentando su vanidad. Daba banquetes en el curso de los cuales trataba de persuadir a los senadores para que se pusieran de acuerdo con su esposo. ¡Y bien es verdad que no podía hacerlo gracias al encanto de su persona! Sus facciones eran agudas y su voz chillona; no había heredado nada de la naturaleza sensual de su madre. Era ostentosamente fiel a su marido y crítica, hasta la crueldad, de damas que se desviaban de una monógama castidad. La verdad es que era una gazmoña.

Yo hice todo lo que pude para apaciguar la hostilidad del joven matrimonio. Le consulté a la madre de Germánico, Antonia, con la cual siempre había tenido buenas relaciones, una mujer de un sentido común y una virtud ejemplares. Me confesó que encontraba a su nuera «difícil».

—Sé —dijo— que tú te has comportado con justicia y, sin duda, con generosidad con mi hijo. No fue fácil para ti aceptar la voluntad de Augusto y favorecerle por encima de tu propio hijo, Druso. Créeme, mi querido Tiberio, te estoy muy agradecida por tu justicia y ecuanimidad en este asunto, y comprendo bien que la única disputa entre vosotros dos sea acerca de un asunto de interés público en el cual es más probable que un hombre de tu experiencia actúe con más sabiduría que la que pueda tener un joven, por brillante que sea. Yo creo y confío en tu amor por Germánico, como creía en esos tus mismos sentimientos hacia tu hermano, mi querido esposo Druso.

Antonia propuso entonces que hiciéramos pública nuestra armonía mediante el matrimonio de mi hijo Druso y la hija mayor de ella, Julia Livila, a la que, siendo aún niña, se la había prometido a Cayo César.

—Es unos años mayor que ese querido muchacho —dijo—, pero yo nunca he creído que eso sea un inconveniente. Indudablemente esa alianza matrimonial convencerá a mi hijo de que no sientes más que benevolencia hacia nuestra rama de la familia.

Yo accedí. El matrimonio se arregló y se celebró. ¿Qué resultado tuvo esto? Agripina empezó inmediatamente a decir a todo el mundo que estuviera dispuesto a escucharla que esto era parte de mi esquema para desplazar a Germánico y asegurar la sucesión de Druso. ¿Qué se podía hacer con una mujer así?

—Podéis cerrarle la boca —dijo Sejano, riéndose ante la idea—. Podéis recordarle que hay islas en el mar reservadas para mujeres de su

familia.

No hablaba en serio. Tan sólo la posición de Germánico hubiera sido suficiente para que yo no hubiera podido tratar a su esposa como Augusto había tratado a su madre o a su hermana mayor. Esta última, llamada Julia como su madre, había sufrido el mismo castigo por delitos similares. Tal vez recuerden que el procaz poeta Ovidio se contaba entre aquellos que compartieron sus delitos y su vergüenza.

OceanofPDF.com

Afortunadamente los acontecimientos en otros lugares ofrecían una solución temporal a los problemas que Germánico ocasionaba. Me había visto forzado a acusar al anciano rey de Capadocia, Arquelao, ante el Senado, y se había decidido incorporar su reino al Imperio, de manera que cayera directamente bajo su autoridad. Esto no me desagradó porque Arquelao me había insultado durante los años de mi residencia en Rodas, cuando había pensado que tenía libertad para hacerlo, debido a su creencia de que yo había perdido mi influencia en el Imperio. El vigilar cómo Capadocia se transformaba de una forma de gobierno a otra era una misión importante, y yo juzgué que Germánico llevaría a cabo a la perfección lo que se requería de él en esta misión.

Yo había ya tomado esta decisión cuando llegó la noticia de que el rey Vonones de Armenia había sido expulsado por una facción que prefería Partia a Roma. Dado que la importancia estratégica de Armenia es tan grande, ésta era una situación cargada de peligro. Por consiguiente decidí que Germánico asumiera suprema autoridad sobre las provincias orientales del Imperio y propuse pedir al Senado que le concediera *majus imperium*. No había podido expresar más enfáticamente mi confianza en su capacidad.

Aun así, Agripina encontró motivo para quejarse, aunque Germánico parecía bastante satisfecho. Ella hizo hacer saber que se le estaba privando a su marido de alcanzar más gloria en Germania e insistió en describir la difícil misión que yo le había encomendado como «una simple tarea policial».

Criticó también mi decisión de nombrar al mismo tiempo gobernador de Siria a Cneo Calpurnio Pisón. Sin embargo esta decisión a mí me parecía prudente. Pisón era un hombre en quien yo confiaba, de considerable experiencia y hasta la fecha bien conocido por su sentido común y honestidad. Siria era un puesto de responsabilidad, ya que el gobernador de ese país estaba al mando de cuatro legiones. Era necesario, dada la inestabilidad en el Oriente, que el cargo de gobernador lo ocupara un hombre capaz de actuar con independencia. Pero Agripina hizo correr la

voz de que yo había nombrado a Pisón para que me hiciera de «espía»; de hecho utilizó esa misma palabra.

Yo no había hecho más que sugerir que tal vez Pisón encontrara necesario hacer de freno para la noble impetuosidad de Germánico. Yo tenía miedo de que el deseo de gloria militar que ardía en el joven Germánico pudiera meternos en una guerra de considerables proporciones con Partia...

Así que, antes de que se pusiera en camino, le dije a Pisón:

—Tu tarea, amigo mío, es que estés siempre a punto de frenar al potro.

Y éste fue el límite de mis instrucciones.

La marcha de Germánico hacia Armenia se parecía más a la de un candidato para un cargo político que a la de un general. Visitó a Druso en Dalmacia y le habló «en confianza, naturalmente, hermano», de una manera que mi hijo más tarde describió como «aproximándose a las fronteras de la sedición». Le dijo a Druso que mi capacidad intelectual iba disminuyendo y que no estaba muy lejos el día en que tendrían que declararme incompetente para gobernar. «Lo dijo con esa risa suya, ya sabes, de forma que se pudiera tomar a broma si era necesario. Pero yo no creo que ésa fuera su intención.»

Continuó por la costa dálmata, a través de Albania y hasta Grecia, hasta que llegó al golfo de Nicepolis. Allí examinó el escenario de Actium, y me recordaba en una carta que ese paraje tuvo forzosamente que despertar emociones contradictorias en su pecho, ya que era el sobrino nieto de Augusto (y casado con su nieta) pero también el nieto de Antonio. «Me enorgullece pensar —me dijo en la carta— que la enemistad entre esos dos hombres ilustres ha encontrado la reconciliación en las personas de mis hijos.»

Visitó Atenas, acercándose ostentosamente a la ciudad con un solo lugarteniente, en consideración a nuestro antiguo tratado de alianza. Los atenienses, que siempre se deleitaban, a su manera atolondrada, en la presencia de algo nuevo, lo recibieron con entusiasmo: esparcieron flores frente a él y le obsequiaron con proezas de oratoria, que él soportó con una ecuanimidad que tal vez no careciera totalmente de sinceridad.

Su marcha por Asia fue lenta; a juzgar por sus cartas viajaba como un turista, más que como un hombre que va a hacerse cargo de una misión urgente. Recibí tres páginas de insípidas pero eufóricas descripciones del sitio de Troya, que además yo había visitado ya. En Claro consultó el oráculo de Apolo, donde el sacerdote, aunque iletrado y desconocedor de la métrica, suele salir de una cueva donde ha bebido de una fuente sagrada,

con una serie de versos apropiados. Puesto que ni Germánico ni Agripina me comunicaron su significado, se infiere que no le agradaron al joven matrimonio.

Cuando llegó por fin a Armenia, descubrió que el peligro inminente había pasado. Ciertos nobles armenios —personas que yo mismo conocía o cuyos padres me habían conocido— tuvieron la perspicacia y decisión de dirigirse directamente a mí. Se intercambiaron cartas, se mandaron regalos siguiendo su consejo, y para cuando mi sobrino había llegado al escenario del conflicto, yo había ya arreglado que él mismo coronara a Zeno, hijo del rey Prolema del Ponto, como a su rey. Hacía tiempo que Zeno había adoptado las costumbres de los nobles armenios, y se dedicaba a la caza, a los festines y a prácticas bárbaras semejantes. No obstante, y aunque el peligro inminente, como ya he dicho, había pasado, la llegada de mi sobrino confirió dignidad a la ocasión e impresionó a los ya impresionables armenios. Tampoco quisiera yo dejar de reconocer que Germánico llevó a cabo su deber de una manera totalmente ejemplar.

Mientras tanto Pisón había llegado a Siria y se estaba comportando de una manera que no era en absoluto la que yo hubiera deseado. Tal vez el ascenso en su carrera se le había subido a la cabeza. Es posible también que estuviera influido por su esposa Plancina, que era además protegida de mi madre; Plancina detestaba a Agripina y estaba decidida a eclipsarla. Una pelea se desencadenó pronto entre Pisón y Germánico. Pasó mucho tiempo hasta que yo me enteré y esto no me gustó. Yo le había pedido a Pisón que vigilara a Germánico, no que le frustrara; pero todos los correos que recibía me traían quejas de mi sobrino. Pisón, decía, estaba tratando de asegurarse la lealtad de las cuatro legiones hacia sí mismo más que hacia Roma. Por añadidura, había rehusado mandarle a Germánico una legión cuando se le pidió que lo hiciera; esto era una infracción del *majus imperium* de Germánico. Para defenderse, Pisón insinuó que sospechaba de las intenciones de Germánico y que por consiguiente no estaba dispuesto a cederle una de sus legiones. En cuanto a permitir a sus soldados que le llamaran «padre del ejército», algo de lo que se había quejado Germánico, ¿qué podía hacer él para evitar la popularidad que tenía con ellos? Además, insistía, él también sospechaba de las intenciones de Germánico. Yo sabía cómo se había comportado en Germania y estaba haciendo lo mismo ahora. Pisón tenía miedo de que Germánico albergara maliciosas intenciones. «Piensa en César», me decía. Las cartas de Pisón eran abundantes y

detalladas. No podría citarlas con exactitud o en detalle porque más adelante consideré prudente el destruirlas, pero recuerdo bien esa advertencia.

En el otoño, Germánico hizo una visita a Egipto. No tenía derecho a hacerlo, como le recordé al Senado, porque un senador, aunque fuera un pariente del divino Augusto, necesitaba mi permiso para entrar en mi dominio privado. Dije esto sobre todo para que ningún otro senador se creyera en libertad para seguir el ejemplo de mi sobrino, y a éste le reprendí levemente; lo único que hice fue recordarle que me debía haber pedido permiso, que yo, por supuesto, le hubiera otorgado, y que el que no lo hubiera hecho había dado mal ejemplo. Como era natural estaba interesado en ver las bellezas de Egipto. Recuerdo que incluso le pregunté si había visto la estatua de Memnón, una escultura notable que emite el sonido de una voz al ser herida por los rayos del sol.

Le aconsejé también que visitara la gran biblioteca del museo de Alejandría y le pedí que saludara en mi nombre al ilustre erudito e investigador Apión, a quien describí como «el címbalo del mundo»; su historia de Egipto está llena no sólo de información recóndita sino de sabias reflexiones; su panfleto contra los judíos, aunque tal vez inmoderado, defiende el caso contra el obstinado monoteísmo de esa curiosa raza, con agudeza y vigor. Tal vez estas memorias, que en sí no tienen importancia, puedan servir para convencer a los escépticos de mi relación generalmente cordial con mi sobrino.

Sin embargo la de éste con Pisón se había deteriorado repentinamente. Había cosas que censurar en ambas partes. Pisón opinaba que Germánico estaba haciendo uso de su *majus imperium* de una manera que perjudicaba su propia autoridad. Germánico se quejaba de que Pisón había revocado órdenes que él había dado a los generales de divisiones. En un momento de rencor le ordenó que se marchara de Siria, y Pisón, aunque furioso, encontrando su situación intolerable, obedeció y se retiró a la isla de Cos. Todo esto ocurrió abruptamente, sin que nadie me lo consultara.

Entonces, Germánico enfermó, de una fiebre que era común y frecuente en esas regiones. Parecía recuperarse, pero después recayó. Se me informó de que había acusado a Pisón y a Plancina de haberle envenenado. Agripina, que no estaba en condiciones mentales de poder emitir un juicio equilibrado, dio a esta acusación un tono de violenta protesta. Ordenó a los esclavos que buscaran evidencia de veneno y artes mágicas; naturalmente

encontraron lo que se les había pedido que encontraran, como hacen siempre los esclavos. Un examen detenido del suelo y las paredes del dormitorio de Germánico reveló huesos humanos, señales de hechizos, maldiciones e invocaciones; había tablillas de plomo que llevaban inscrito el nombre de mi sobrino, cenizas carbonizadas y sangrientas, y otros «objetos malignos, eficaces para enviar las almas a los poderes de la tumba».

Según Marco Frisón, que me preparó después un informe completo de las circunstancias, Germánico dijo entonces: «Aunque yo fuera a morir de muerte natural, debería tener motivo de rencor contra los dioses por separarme de mi mujer, mis hijos, mi país y mis amigos, y por negarme las justas recompensas a mi valor. Pero no son los dioses, sino más bien esos demonios con forma humana, Pisón y Plancina, a los que acuso. Informa a mi padre, al emperador, de la conspiración vil que ha causado mi muerte. Tendrás la oportunidad de protestar ante el Senado e invocar que se aplique la ley. El deber principal de un amigo no es caminar sumido en aflicción detrás de un cadáver, sino recordar los deseos del difunto y hacer que se cumpla su voluntad. Incluso los desconocidos llorarán la pérdida de Germánico. Pero si era a mí a quien amabas, y no solamente mi rango, entonces te ruego que me vengues».

Un esclavo enjugó su frente con un paño fresco, mientras que Agripina permanecía de pie, con los ojos secos y una dura expresión en su rostro. Germánico se incorporó, apoyado en su codo, y continuó: «Muéstrale a Roma mi esposa, la nieta del divino Augusto. Deja que vean los rostros sollozantes de nuestros seis hijos. Las simpatías se inclinarán hacia los acusadores. Cualquier historia de instrucciones criminales entregadas a Pisón será difícil de creer; pero si se cree, será aún más difícil de perdonar».

Fue éste un parlamento singular procedente de un hombre moribundo, o lo habría sido si Frisón lo hubiera oído. De hecho, como dejó bien claro, estaba repitiendo solamente la versión sancionada por Agripina. La única nota auténtica era el contraste entre la preocupación y el cuidado exhibidos por el esclavo y los ojos secos de la misma Agripina. Frisón añadió que Agripina había dicho también a sus amigos íntimos que Germánico le había aconsejado andar con pies de plomo en lo que a mí se refería.

Murió. En su elogio funerario se le comparó a Alejandro. Nadie habla bajo juramento en estas ocasiones, pero esto era absurdo. Se dijo que después de derrotar a los germanos muchas veces no se le permitió que los

subyugara por completo. Si hubiera tenido control exclusivo de la situación habría sido igual a Alejandro en fama militar, tan fácilmente como lo superó en bondad, autodomínio y cualquiera otra buena cualidad.

Era fácil ver a quién se dirigía este elogio, y quién lo había inspirado.

El féretro que contenía su cuerpo se dejó abierto, exponiendo sus restos, en la plaza principal de Antioquía. Algunos de los que lo examinaron encontraron indudable evidencia de envenenamiento, un hecho que puede considerarse un milagro de la medicina. Después se lo incineró y no embalsamó, como uno hubiera creído en circunstancias como éstas. Agripina nombró a Cneo Sentio Saturnino como general de las legiones de su difunto marido y, de hecho, gobernador de Siria; después navegó en dirección a Italia con sus hijos y las cenizas de su marido. Digo «nombró» porque eso fue, según me contó Frisón, lo que pasó, aunque naturalmente se disimuló de una forma más adecuada y se dijo que la decisión la habían tomado empleados de alto rango, oficiales y senadores. Sentio fortificó entonces la provincia contra Pisón. También arrestó y mandó a Roma a una mujer llamada Martina, conocida como amiga de Plancia y que, según se decía, era una famosa envenenadora.

Pisón, confiado en que era todavía el gobernador legítimo de Siria, basándose en el hecho de que originalmente yo le había nombrado para ese cargo, cargo que yo no había tenido ni la ocasión ni la oportunidad de revocar, trató entonces de volver a entrar en su provincia. Sentio ofreció resistencia. Hubo una breve escaramuza o encuentro de armas y Pisón, al faltarle el apoyo hasta de esas mismas legiones que él había dirigido anteriormente (cuyos oficiales habían sido retirados de su puesto, ya por Germánico, ya por Sentio), tuvo que entregarse. Se le arrestó y envió a Roma, acusado de luchar contra las fuerzas romanas.

Todas estas noticias llegaron por etapas, pues Agripina viajaba despacio, con muchas paradas, a través de los mares de invierno, hacia Italia. Me impresionó terriblemente la muerte de Germánico. La lloré como la muerte de un joven con un gran futuro y además el hijo de mi amado hermano Druso. Pero nuestras emociones no son siempre únicas ni surgen solas, y mi dolor se mezclaba con la sensación de que los dioses le habían hecho un favor a Roma. Lamenté también la deshonra que cayó sobre mi viejo amigo Pisón y no podía dar crédito a las acusaciones que se le hacían. No obstante había que examinarlas y, si se las confirmaba, yo tendría entonces que aceptar que me había equivocado lamentablemente en el

concepto que tenía de Pisón. No le podría perdonar nunca el asesinato de mi sobrino, si es que hubo asesinato. Mi mente se hallaba en un estado de confusión, entre la oscuridad y la luz. Era imposible saber qué era lo mejor que podía hacer.

Naturalmente di órdenes para que hubiera un duelo oficial por el joven Germánico. La gente se desvivió tratando de expresar la magnitud de su pérdida, en términos que eran comprensibles, si bien excesivos. Pero en ocasiones como ésta la exageración es la norma. Hasta la gente sensata se deja llevar por la actitud general y llegan a creer que los asuntos públicos los afectan casi más de lo que realmente lo hacen. Es fácil suponer que la vida propia puede ser destrozada por acontecimientos que en realidad sólo afectan a la imaginación.

Mandé dos batallones de la guardia pretoriana para recibir a Agripina a Brindis. Dudé al principio en poner a mi querido Sejano a su cargo porque sabía la profunda antipatía que esta mujer sentía hacia él. Pero después de reflexionarlo pensé que era necesario tener un hombre en quien pudiera confiar; y no había ninguno, con excepción de Druso, en quien yo hubiera puesto más confianza que en Sejano. Y no fue ésta una mala decisión porque el estado de ánimo público era tal que hasta los propios guardias se podían haber contagiado. Un curioso incidente tuvo lugar en Brindis. Martina, la mujer a la que se había acusado de envenenadora, llegó allí casi al mismo tiempo, en un barco distinto. Se la encontró muerta al día siguiente, mientras Agripina estaba aún en la ciudad. No había señales de violencia, pero se encontró veneno en las raíces de su cabello. Naturalmente algunos dijeron que ella misma se había administrado el veneno; otros, que la habían asesinado por miedo de lo que pudiera revelar. Siendo la naturaleza humana lo que es, se atribuyeron a este incidente las peores razones. Pero pocos reflexionaron que el motivo de su asesinato (si es que fue asesinada) podía haber sido el conocimiento de que la desgraciada no tenía nada que revelar.

El viaje de Agripina a Roma con las cenizas de su esposo fue una soberbia representación teatral. Se le hizo un solemne recibimiento en cada una de las ciudades que pasaba y no perdió ninguna oportunidad de ganar simpatía y aplauso y de presentarse a sí misma como una mujer abrumada por el dolor. Sejano no podía hacer nada más que observar y mandar su informe. Su prudencia natural le decía que era imposible refrenar esa

manifestación de simpatía aunque a cada momento parecía amenazar con convertirse en una sedición.

La propia madre de Germánico, Antonia, estaba tan avergonzada por el comportamiento tan teatral de su nuera que se negó a salir de su casa y recibir el cortejo a su llegada a Roma. Naturalmente, yo tampoco lo hice. En primer lugar Sejano me había advertido de que mi presencia podía provocar un tumulto. Su consejo era bueno, pero se criticó mi ausencia. A Druso en cambio le pareció bien; su esposa, Julia Livila, aun siendo la cuñada de Agripina, sugirió que lo que se debía hacer con la desconsolada viuda era echarle encima un cubo de agua fría. «Hasta cuando era un bebé, estaba siempre haciendo teatro. En cuanto a su amor por mi hermano, le hizo la vida miserable con sus continuas exigencias y quejas.» Naturalmente, la multitud nada sabía de esto; veneraban a Agripina como al modelo de lo que debe ser una mujer.

Yo mismo me ocupé de que se enterraran las cenizas de Germánico en el mausoleo, cerca de las de Augusto. Una ingente multitud asistió a la ceremonia. La luz de las antorchas hacía que el Campo de Marte pareciera envuelto en llamas. Agripina estimuló a la multitud a que se entregara a una orgia de dolor; se había ocupado de distribuir una cantidad de oro, y las personas a quienes había pagado se afanaron en hacer elogios de la virtud de Agripina y proferir encarnizadas acusaciones contra Pisón y todos los que le habían «alentado». Todo esto tuvo efecto: hubo vergonzosas sediciones en el barrio de Suburra, Trastévere y el mismo Campo de Marte. Me parecía que la situación amenazaba con una absurda pérdida de control e hice público el siguiente comunicado, para tratar de persuadir al pueblo de que recuperara su sentido común:

Famosos romanos han muerto antes, pero ninguno ha sido tan ardientemente llorado. Alabo vuestra devoción a la memoria de Germánico, mi querido hijo y sobrino. Pero hay que observar cierta moderación. La conducta de familias o comunidades ordinarias no debe ser el modelo para una familia imperial. Después de las primeras lágrimas debemos mantener la calma. Acordaos de la dignidad con la que Julio César lloró a su hija y Augusto a sus amados nietos. Acordaos de cómo nuestros antepasados sobrellevaron valerosamente la pérdida de los ejércitos, la muerte de los generales y la destrucción

de las grandes familias, evitando lágrimas y lamentaciones que son sólo adecuadas para mujeres. No es propio de los romanos comportarse de manera semejante a la de los histéricos y afeminados orientales. Los grandes hombres mueren; la nación vive para siempre. Así que, ciudadanos, os pido que volváis a vuestras habituales ocupaciones y puesto que los Juegos Megalesios están a punto de empezar, disfrutéis de vuestros ocios y placeres.

Mis palabras tuvieron el efecto deseado. La gente se avergonzó de sus extravagancias. Se reanudó la vida normal, con gran indignación de Agripina.

Desgraciadamente no pudo durar. Lo que llamamos normal es con frecuencia a lo que aspiramos más que lo que en realidad experimentamos. En este caso, el intervalo fue corto. Había que pensar en Pisón. Había vuelto a Roma y estaba ahora en su domicilio, sometido a cierta limitación de su libertad. Su casa daba al Foro, y Plancina pronto atrajo inoportuna atención por los pródigos banquetes que organizaba para tratar de reunir ayuda para su sitiado esposo.

Su caso era desesperado y me lo pareció aún más cuando recibí más información acerca de su precipitada y rebelde conducta. Mi madre me pidió encarecidamente que impidiera el que tuviera lugar un juicio.

—Plancina es una buena amiga mía —dijo—, y he hablado largo y tendido con ella. Estoy convencida de que las acusaciones que se le hacen a ella y a su marido son infundadas. Es imposible que hayan asesinado a Germánico. ¿Te imaginas que si yo pensara de otra manera mantendría conversaciones con el asesino de mi nieto? Todo esto es el producto de la pervertida imaginación de Agripina. Está fuera de sí de dolor, desprecio y desengaño.

—No puedo impedir que tenga lugar un juicio. El hacerlo daría cuerpo a los rumores que me hacen a mí peor que su cómplice. Hay que airear el asunto en los tribunales y estoy seguro de que se les absolverá del delito de asesinato.

—Nada bueno saldrá de ello —dijo Livia—. Conozco a la gente mejor que tú. Si tiene lugar un juicio, lo único que hará es dar a todo el mundo la oportunidad de divulgar rumores cada vez peores y más espeluznantes. Porque a los plebeyos les resulta difícil distinguir entre someter a un

hombre a juicio y encontrarle culpable. Te arrepentirás de este juicio si permites que tenga lugar.

Tenía razón, por supuesto, pero yo no podía impedir el juicio. La lógica de Livia era simplemente abstracta; se había retirado de la realidad de la política, donde lo que manda es la contingencia y donde uno tiene que actuar en respuesta a situaciones apremiantes. Haber impedido que tuviera lugar el juicio hubiera sido, no sólo lo mismo que declarar que Pisón era culpable de los peores crímenes que se le imputaban, sino aceptar que el rumor era cierto y que había obrado por orden mía. Pues de no ser así, diría la gente, ¿por qué había optado por protegerle?

Además no quería hacerlo por otras razones. Había puesto mi confianza en Pisón y de una manera o de otra, él había traicionado esa confianza. Le había considerado competente y sagaz, y había demostrado que era un necio.

Cuando se reunió el Senado, las primeras acusaciones contra él las presentó Lucio Fulcinio Trio y después de él dos miembros del personal de Germánico, Publio Vitelio y Quinto Vernayo. Se me pidió que me ocupara yo del interrogatorio, pero insistí en que lo debía oír el Senado en pleno. No obstante, expresé en líneas generales lo que opinaba del caso.

—Cneo Pisón —dije— mereció la confianza y la admiración de Augusto y de mí mismo. Con vuestra aprobación, senadores romanos, le nombré ayudante de Germánico en su misión en los países del Este. Desgraciadamente, como todo el mundo sabe, no estaban de acuerdo y esto dio lugar a que se produjeran desagradables e inesperados sucesos. Ahora es vuestro deber el decidir, objetivamente y sin malicia, si Pisón, habiendo enojado a Germánico por actos de desobediencia y por querellas, simplemente se regocijó ante su muerte (y no hay duda de que se regocijó) o lo que es peor contribuyó a tramarla él mismo.

»Si os inclináis por la primera suposición y sacáis la conclusión de que Pisón abusó de su cargo y después se alegró de la muerte de Germánico, y de mi dolor, no os olvidéis de esto, entonces renunciaré a su amistad y le cerraré las puertas de mi casa. Pero no utilizaré los poderes que os habéis dignado conferirme para vengarme de ofensas personales.

»Si, por otra parte, encontráis pruebas de asesinato, un crimen que requiere venganza sea cual sea el rango de la víctima, será vuestro deber satisfacer y compensar a los hijos de Germánico y a nosotros, sus padres y su familia. Hay también otros asuntos que debéis tener en consideración.

»Primero, ¿incitó Pisón a sus tropas al motín y a la rebelión?

»Segundo, ¿las sobornó para que le respaldaran?

»Tercero, ¿libró una guerra precipitada e ilegal para recuperar su provincia...?

»Pero también debéis preguntaros a vosotros mismos si éstas son mentiras divulgadas y elaboradas por aquellas personas cuyo dolor ha desplazado su capacidad de razonar.

»En relación con esto, he de decir que el excesivo vigor manifestado por ciertas personas que están deseosas de atribuir un delito a Pisón me ha producido considerable irritación. Porque desnudar el cuerpo de mi hijo y exponerlo a la mirada popular, alimentando de esta manera, incluso entre extranjeros, la convicción de que había sido envenenado, no sirvió para nada, puesto que este asunto no se ha decidido aún y es indudablemente el objeto de vuestra indagación.

»Quisiera recordaros, senadores romanos, que el sensacionalismo es el enemigo de la justicia; y que la justicia es fruto de la razón, no de la emoción.

»Lloro la pérdida de mi hijo, Germánico, y la lloraré siempre hasta que me llegue a mí el turno de ser liberado por la muerte. Pero ofrezco al acusado todas las oportunidades de presentar evidencia que pueda probar su inocencia, o demostrar que Germánico le provocaba y maltrataba, si ése era el caso. Llego hasta a decir que espero que pueda probar su inocencia porque, en lo que a mí respecta, el descubrimiento de que un noble romano, en quien yo había depositado mi confianza, haya resultado tan indigno de ella sería otra nueva y amarga píldora que tragar.

»Os ruego que no consideréis acusaciones como pruebas, simplemente porque os dais cuenta de mi aflicción personal.

»Aquellos cuya relación con Pisón o su lealtad hacia él les hayan hecho sus defensores, deben ayudarle en este momento en que tanto lo necesita...»

Así fue mi discurso y no lamento el haberlo pronunciado. No hubiera sido honorable hablar de otra manera. Sin embargo, cayó la noche y sabía que había fracasado. Las palabras que tan cuidadosamente había pronunciado fueron objeto de censura de un lado y del otro. Aquellos que creían que Germánico había sido la víctima de Pisón y Plancina se quejaron indignadamente de que yo hubiera invitado al Senado a que absolviera a

Pisón. Los que por el contrario estaban a favor de él me acusaron de haberlo abandonado. Livia dijo:

—Nunca creí que un hijo mío pudiera ser un cobarde así: abandonar a tus amigos para intentar apaciguar a tus empedernidos enemigos. Es peor que un delito, es un error garrafal y las consecuencias te perseguirán hasta la tumba.

Pero yo no podía haber hablado de otra manera, aunque de nada servía tratar de hacerle entrar en razón a mi madre.

El juicio tuvo lugar durante unos días de un clima espantoso. La tramontana soplaba con fuerza y frío, azotando con sus ráfagas el palacio del Senado y haciendo que los toldos de los asientos y de las literas se agitaran furiosamente. Pero el mal tiempo no desalentó a la multitud. Llegaron también soplando como una airada tempestad, dando empujones a los senadores y amenazándolos con la violencia si no votaban de acuerdo con la exigencia de ellos. Se reunieron en tropel alrededor de la litera que transportaba al desdichado Pisón a su calvario diario, diciéndole a gritos que tal vez saliera inmune del Senado, pero nunca de las garras de ellos; le ahorcarían si salía absuelto. Algunos de ellos cogieron su estatua y empezaron a lanzarla por la escalinata Gemonia, pero yo mandé los guardias para que los arrestaran. Estaba decidido a impedir que la ciudad cayera presa de la violencia de la chusma.

Los rumores se multiplicaron. El más peligroso fue la sugerencia divulgada por algunos de los partidarios de Pisón y firmemente creída por mis enemigos, de que él mostraría una carta mía que justificaría todas sus acciones. No existía una carta así. No obstante estos rumores me afectaron, no sólo porque mucha gente les había dado crédito sino también porque temía que se pudiera haber falsificado una carta así. Por consiguiente ordené a Sejano que interrogara a Pisón y registrara su casa.

Sejano se echó hacia atrás en su sillón y estiró los brazos por encima de la cabeza. Se rió. He visto leones en el circo, que detesto, moverse como Sejano, con la misma elegancia y agresividad. Se volvió a reír.

—Pobre Pisón —dijo—, pobre diablo, se da cuenta de que ya no puede hacer nada.

—Pero ¿el documento, la carta?

—No hay carta que valga. Y lo sabéis.

—Y ¿no se ha falsificado ninguna?

—Mis hombres han puesto la casa patas arriba. Pisón estaba furioso. Me dijo: «Sabes perfectamente bien que no hay nada que encontrar». El hecho es que, a su manera, él pensó en falsificar un documento, pero algo le refrenó.

—¿El honor?

—Tal vez. Pero más probable es que haya sido el temor. Tiene todavía esperanzas de que detengáis el proceso. Y sigue asegurando que nunca fue más allá de lo que pensó eran vuestras intenciones. No hasta el último momento, cuando invadió Siria. Sabe que en ese caso no hizo lo que debía hacer. Y sabe que le han procesado por eso.

—Sejano —vacilé, incómodo y algo violento como nunca lo había estado con él anteriormente—, cuando viste a Pisón antes de que él se hiciera cargo de su misión, ¿hasta dónde llegaste?

Él sonrió, bostezó y se estiró de nuevo.

—Es un poco tarde para preguntar eso —dijo—. Tiberio —continuó—, no hay razón para que os inquietéis. Lo único que tenéis que hacer es dejar que la ley siga su curso.

—¿Dejar que la ley siga su curso? —Livia cerró bruscamente su abanico—. ¿Estás loco? Cuando empiezas sacrificando tus amigos a tus enemigos, yo tengo la impresión de que has perdido la cabeza. ¿No te das cuenta, hijo, de que esa mujer es implacable? El ataque contra Pisón es sólo el primer paso. Eres tú su verdadero blanco. Además, es absurdo creer que Plancina puede ser culpable de asesinato. La conozco desde que era niña.

No había evidencia de asesinato, nada más que mezquinos rumores. Algunos eran ridículos. Se sugirió que Pisón había intentado envenenar a Germánico por primera vez en una ocasión cuando estaba sentado a su lado en una cena. Hasta algunos de los amigos de Germánico encontraron absurdo suponer que él hubiera intentado una cosa semejante delante de testigos que incluían al propio Germánico y a sus esclavos. Pisón se mofó de la acusación y ofreció a sus propios esclavos para que los torturaran, exigiendo también que los que servían los manjares en esa cena fueran interrogados.

Pero la defensa falló en todas las otras acusaciones. La evidencia de que Pisón había sobornado a las tropas, alterado la disciplina e invadido la provincia era abrumadora. Dándose cuenta de eso, Plancina, que había jurado que compartiría su sino, desesperada ahora por salvarse a sí misma,

decidió dirigir su propia defensa separada de la de su esposo. Esa noche fue necesario duplicar el número de guardias que le escoltaban a casa.

Hacia el anochecer, se me trajo el informe de que el secretario de Pisón estaba tratando de verme. Yo rehusé verle. No podía hacer nada y no deseaba comprometer mi propia posición entrando en conversación con un enviado así. Por lo tanto, le devolví el recado de que tenía confianza en que Pisón se comportaría de una manera digna de sus antepasados.

No sé cómo Pisón recibió mi mensaje. En algún momento durante la noche debió de sentir que le abandonaba la esperanza. Les dio una nota a los esclavos y, anunciando que estaba ya listo para dormir, pidió a Plancina y a sus sirvientes que salieran de su alcoba. Le encontraron a la mañana siguiente con una profunda herida en la garganta. Una espada ensangrentada yacía en el suelo al lado de su cuerpo.

La noticia se me comunicó a mí esa misma fría mañana. Nubes negras se movían a través del cielo. Yo observaba una procesión de devotos, con las cabezas cubiertas, dirigiéndose hacia el templo de Marte el Vengador. El viento lanzaba a los grajos en vuelo salvaje. El esclavo cayó de rodillas ante mí, extendiendo una mano en que agarraba un documento sellado.

Pisón había escrito:

La conspiración y el odio me han destruido. No queda lugar para la inocencia y la honestidad. Pongo a los dioses por testigos, César, de que te he sido siempre leal, y fiel a la Augusta. Te ruego que protejas a mis hijos. Marco me acompañó a Siria, pero antes me habla aconsejado que no lo hiciera; su hermano Cneo nunca ha salido de Roma. Ruego que a ellos, que son inocentes, no se les haga partícipes de mi desgracia. En nombre de mis cuarenta y cinco años de lealtad, del consulado que compartimos, de la memoria de nuestra amistad, yo, a quien el divino Augusto honró y a quien tú entregaste tu amistad, te imploro que salves a mi desdichado hijo. Es esto lo último que le pediré a nadie.

Le pasé la carta a Sejano.

—No menciona ni una sola vez a Plancina —dijo—. Bueno, toda la amistad no es ahora más que un recuerdo, pero nos ocuparemos de que su hijo no sufra.

Para complacer a mi madre, debatí el caso de Plancina ante el Senado. Pisón fue impulsivo, pero lo asesinó la opinión pública de la misma manera que si la chusma le hubiera linchado, como habían amenazado con hacerlo. El mismo día de su entierro, Agripina dio una cena. Yo me negué a aceptar la invitación.

¡Cuántas noches al contemplar la majestad de los cielos he pensado en Pisón durante sus últimas horas en la tierra, abandonado, desprovisto de esperanza, finalmente abocado a la muerte! Muchas veces le he envidiado.

OceanofPDF.com

Hubo un momento de gozo: la esposa de Druso, Livila, dio a luz a niños gemelos. Yo había esperado que este acontecimiento uniera a sus padres. Pero no fue así. Acusé a Druso de descuidar a su mujer.

—Creí que le había dado bastante de qué ocuparse —dijo—. Es fácil para ti dar un consejo así. No tienes que soportar sus malos humores.

—Tal vez, pero no es decoroso que yo tenga que oír continuamente informes sobre vuestras peleas.

—Y ¿quién te los da? Sejano, supongo. Confías demasiado en ese hombre. De hecho me apena, padre, que des la impresión de confiar más en él que en mí, tu propio hijo.

No tenía razón para pensar así, y se lo dije. Pero al darme cuenta de que existía esta hostilidad entre Druso y Sejano era un nuevo motivo de inquietud.

Pronto hubo otro, aunque éste nos unió más a Druso y a mí. Su madre, mi pobre Vipsania, estaba muriéndose. Aunque no nos habíamos visto más que una vez desde nuestro divorcio, había sido siempre como una cálida presencia en mi vida, como el recuerdo de un lugar en que se ha sido dichoso. Druso y yo viajamos con tiempo lluvioso a Velletri, donde Vipsania había estado viviendo en una villa heredada de su padre; llevaba mucho tiempo separada de su marido, Galo.

Vipsania se despidió de Druso primero. Entonces éste me indicó que entrara en el cuarto de su madre. Yo no había estado seguro de que ella quisiera verme.

Al principio no la hubiera reconocido, porque la enfermedad la había consumido, la carne parecía habersele desprendido del rostro y sus ojos expresaban el dolor que sufría. Me tendió la mano. La cogí entre las mías, la besé y caí de rodillas al lado de la cama. Permanecimos así durante mucho tiempo. Había un extraño olor como de habitación húmeda y cerrada, y el aire era sofocante y pesado.

—No trates de hablar —le dije—. Basta el que estemos juntos otra vez.

Me soltó la mano y acarició mi frente.

¿Es así como pasó? ¿O me engaña mi memoria? Algunas veces esos pocos minutos con Vipsania tienen la claridad de un sueño, el tipo de sueño del que uno despierta con la serena seguridad de que se le ha otorgado una visión de una realidad más profunda que la realidad en que transcurre nuestra vida diaria. Hay una nueva estructuración de la experiencia, como si se hubiera alzado un velo. Y sin embargo su dormitorio era casi una antesala de la tumba. Druso no experimentó nada de esto. Él sollozó cuando murió su madre, mientras que mis ojos permanecieron secos. Sin embargo mi pérdida de lo que había perdido hacía tiempo fue más aguda: sentí que se me había dado una visión momentánea de lo que se me había negado en la vida. Cuando me incliné y besé sus mejillas, de las que ya se iba escapando la vida, sellé nuestro reconocimiento, con el que habíamos vivido durante treinta años, de que el amor y la ternura no tienen defensa frente a la realidad del poder. Salí de su cuarto y me preparé para asistir a un entierro tan solitario y escueto como la superficie de una montaña en invierno.

—Es extraño pensar —dijo Druso— que mi madre era la hermanastra de esa endemoniada gata Agripina.

—No me había dado cuenta de que sintieras tal aversión por Agripina.

—¿Aversión? ¿Cómo no te das cuenta, padre? Está decidida a destrozarnos a los dos.

—Ya no sé ni siquiera de lo que me doy cuenta.

—Y lo que es más, criará a sus hijos para que sean nuestros enemigos. Druso empujó el vino hacia mí. Bebimos ambos.

—Me parece —dijo— que nuestra familia rebosa de mujeres difíciles.

—Tu madre no fue nunca difícil.

—No —asintió, y mandó traer más vino.

—Pero mi mujer sí lo es —dijo—, y Agripina, y mi abuela, y, según recuerdo, mi madrastra, Julia. ¿Qué hemos hecho para merecerlas?

Poco después se quedó dormido. Y así fue como lloramos a Vipsania, ahogando nuestro dolor en el vino y en la mutua conmiseración. Pero no era solamente a Vipsania a quien llorábamos, pensé. Nuestra tristeza tenía raíces más hondas que la pura mortalidad. La muerte, después de todo, puede venir como una amiga; la muerte nos trae el deseado alivio del dolor, como en el caso de Vipsania, o tal vez del deshonor, como en el de Pisón; tal vez de la tiranía del eterno «Yo».

—¿Queréis más vino, señor?

Miré hacia arriba. Uno de los esclavos de Druso estaba inclinado sobre mí. Se llamaba Lygdo, un eunuco de Siria, regalo, recuerdo, de Pisón. Sonrió nervioso pero deseoso de agradar. La fragancia del aceite de rosas flotaba en ondas hacia mí. Puso una mano de color moreno y dedos descarnados encima de la botella. Yo sentí una oleada de crueldad que me avergonzó y me excitó. Estas criaturas, pensé, están completamente en nuestro poder. Pero ¿quién no está en el mío? ¿No soy yo el amo del mundo? ¿No es eso lo que dicen? Un amo que desprecia a los hombres, teme que le asesinen (pero, ¿por qué, cuando estoy deseando que la muerte me libere de mis responsabilidades?) y rehúye la compañía. El muchacho esperó. Yo le miré; él bajó su mirada. El temor hizo desaparecer el deseo de agradar. Esperó.

Me habían dado informes de este Lygdo, por supuesto. El obrar así se ha hecho necesario. Se decía que tomaba demasiadas confianzas con su amo, del que era un favorito especial. Hay siempre un hombre así en la casa de cualquier hombre honesto. Es nuestra manera de endulzar la forma en que organizamos las cosas, que por su naturaleza ofende al concepto de humanidad. Y los hombres son raramente indiferentes a los eunucos; o los desprecian o los desean, a veces las dos cosas. Un eunuco ocupa un puesto extraño en nuestra imaginación: es una especie de objeto sobre el cual podemos derramar una ternura irresponsable o lo podemos emplear para satisfacer nuestra innata crueldad.

—¿Sientes afecto por tu amo? (Le hablé en griego para que se relajara. Me replicó en la misma lengua, titubeando.)

—Mi amo es muy bueno conmigo.

Sus dedos tiraban del borde de su corta túnica.

—¿Se encuentra a menudo en esta situación?

—¡Oh, no, señor, esto es excepcional! Está profundamente afectado por la muerte de su madre. ¿Queréis que os traiga más vino, señor?

—No —dije—, el vino no es esta noche la solución. Cuida de tu amo. Siento por él un amor profundo.

Se inclinó para colocar en una postura más cómoda la cabeza de Druso, que había resbalado del respaldo del sofá. La corta túnica, bordeada de una franja dorada, se le subió hasta las nalgas. Sus piernas, de color arena oscura, eran largas y bien formadas.

—Vete a la cama —le dije, y me retorcí los dedos hasta que me dolieron los nudillos—. Yo me ocuparé de tu amo esta noche.

Yo amaba a Druso y también amaba a Sejano; y la hostilidad entre ambos era cada vez mayor. Cada uno de ellos estaba celoso de la influencia que suponía que el otro tenía sobre mí. Mis esfuerzos para disipar las sospechas que cada uno de ellos sentía en relación con el otro fueron en vano. Mi único consuelo residía en la certeza de que ambos me eran totalmente leales.

Pero sus peleas me afectaban. En una ocasión, al menos, Druso perdió el control —no puedo recordar la causa, ni siquiera si la sabía— y le dio una bofetada a Sejano. Se quejaba —se me informó de esto— de que Sejano era una amenaza para la seguridad del Imperio, citando como ejemplo mi decisión de que la guardia pretoriana, de la que Sejano era aún jefe, se mantuviera concentrada en un nuevo campamento en la zona norte de la ciudad. Yo había aprobado la sugerencia por dos razones. En primer lugar aliviaba a los ciudadanos del peso de tener a la guardia alojada en sus casas; segundo, era una ayuda para la disciplina y eficiencia. No había, de una manera o de otra, nada sospechoso en la sugerencia.

Sus desavenencias me irritaban porque ambos eran vitales para la administración del Imperio. Como Augusto había observado con frecuencia, era ésta una misión de demasiada envergadura para un solo hombre y era necesario que el princeps tuviera ayudantes en quienes pudiera confiar y que estuvieran dispuestos a colaborar unos con otros. Los celos que Druso tenía de Sejano impedían el buen funcionamiento de la maquinaria del estado. No había disputas en cuanto al programa político. De hecho, y como le hice ver a Druso, Sejano estaba apenas interesado en la formulación de ese programa y nunca había manifestado el deseo de que le encomendara esa responsabilidad. Se contentaba con desempeñar un papel ejecutivo.

—Mi fuerte —me decía con frecuencia— es poner en práctica vuestra teoría política. Yo estoy aquí para ayudaros a hacer que todo vaya sobre ruedas. Lamento que Druso desconfíe de mí. Ojalá se diera cuenta de que no tiene razón para hacerlo.

Efectivamente, Sejano estaba tan preocupado por la creciente hostilidad que mi hijo sentía hacia él, y su conocimiento de cómo me afectaba esto a mí que más de una vez ofreció dimitir de todos sus cargos y retirarse a la vida privada.

—Porque lo que menos deseo —me aseguró— es ser causa de fricción entre vos y vuestro hijo Druso. Por esa razón tal vez sea mejor el que yo

desaparezca de escena, ya que estoy convencido de que la animosidad que siente Druso por mí es inextirpable.

Naturalmente yo no acepté su generoso sacrificio y le aseguré que no podía prescindir de él.

—Confío totalmente en Druso en algunos asuntos y en ti, amado muchacho, en otros —dije—. Se lo he dicho así a Druso y le he aconsejado que no escuche a aquellos que le han envenenado la mente contra ti.

Sejano se enjugó una lágrima de los ojos.

—Me conmueve más la confianza que habéis depositado en mí de lo que soy capaz de expresar. Pero esa confianza me hace atrever a añadir algo que preferiría no sentirme obligado a deciros. No todo va bien entre Druso y Julia Livila. Esa noble señora le ha confiado su aflicción a mi amada esposa, Apicata. Le ha dicho que desde la muerte de uno de los gemelos, Druso se ha vuelto de espaldas a ella. Le aflige particularmente que no le permita compartir su alcoba, pidiendo que entre en ella, en su lugar, el eunuco Lygdo. No hubiera mencionado algo que no tiene más remedio que causaros dolor si no tuviera la esperanza de que, con la ayuda de este conocimiento, podáis encontrar la manera de enderezar las cosas.

Me emocionó esta inocente confianza en mi habilidad, pero no hice nada. La amarga experiencia me ha enseñado que ni la prudencia, ni el concepto de la decencia, ni siquiera el provecho o la ventaja, son capaces de vencer la repugnancia sexual ni controlar o dirigir el curso de nuestros apetitos sexuales.

Éstas eran distracciones, pero el asunto del gobierno era preocupación incesante. Luché por hacer de nuevo del Senado verdaderos compañeros en la tarea de gobernar e insistí en que yo era, cuando más, primero entre iguales. Cuando un tipo adulador tuvo el mal gusto de dirigirse a mí como «Mi Señor y Amo» le advertí que no me volviera a insultar así de nuevo. Yo remitía todos los asuntos públicos al Senado, incluyendo mucho de lo que Augusto había estado acostumbrado a hacer él solo, y le pedía consejo al Senado en todos los asuntos que se refirieran a los ingresos nacionales, la asignación de monopolios y la construcción o reparación de edificios públicos. Le consulté incluso sobre el reclutamiento y licenciamiento de soldados, el estacionamiento de las legiones y tropas auxiliares, la extensión de los comandos militares, la selección de generales, y cómo contestar cartas que había recibido de potentados extranjeros; asuntos todos que Augusto se había reservado para sí. Alenté la discusión y el debate en el

Senado y les aseguré a sus miembros que «cuando un estadista con la mente clara y el corazón sincero ha tenido tanto poder soberano en sus manos como vosotros habéis puesto en las mías, debe considerarse a sí mismo como el siervo del Senado; y frecuentemente del pueblo en su totalidad e incluso también de los ciudadanos en privado».

No eran éstas meras palabras pronunciadas para impresionar. Por el contrario, a mí me agradaba cuando se tomaban decisiones que desafiaban mis deseos, y yo no me quejaba, ni siquiera cuando sabía que yo tenía razón y la mayoría estaba equivocada. Una vez, por ejemplo, había insistido en que los magistrados de la ciudad residieran en ella durante su mandato, mientras que el Senado permitía que un pretor viajara a África y hasta pagaba sus gastos de viaje. Es más, yo permitía a los senadores que no hicieran caso de mi consejo si así lo preferían. Cuando, por ejemplo, se propuso a Manio Emilio Lépido como gobernador de Asia, Sexto Pompeyo Tercio declaró que era totalmente inadecuado para ese puesto, siendo, como él dijo, «un pobre, perezoso y degenerado». Yo no estaba totalmente en desacuerdo con Pompeyo y dejé que se conocieran mis sentimientos. Sin embargo, consentí en la decisión del Senado de nombrar a Lépido, pensando que esta manifestación de independencia tenía valor en sí misma.

En otros asuntos, sin embargo, yo sentía cierto escepticismo en lo que se refería al entusiasmo del Senado. Un año, por ejemplo, los ediles me pidieron con insistencia que hablara abiertamente contra la prodigalidad. Hubo una protesta vigorosa en el Senado de que se hacía caso omiso de las leyes contra los gastos desmedidos, y de que, como consecuencia de esto, el precio de los alimentos aumentaba a diario. Yo me daba cuenta de esto y lo lamentaba. Traté de dar un ejemplo de austeridad en una ocasión sirviendo medio costillar de jabalí en una cena y observando que sabía lo mismo de bien que la otra mitad. Pero sabía que tales leyes, como las dictadas contra la inmoralidad sexual, no servían de nada. La frugalidad y la castidad solían prevalecer porque la gente era capaz de controlarse. La ley no tiene competencia para regular el comportamiento moral. El remedio está en manos del individuo. Si somos honestos, entonces nos comportamos bien; si no lo somos, encontraremos siempre modos de satisfacer las pasiones sórdidas y deshonorosas.

Pero nada me ocasionó más problemas en estos años que el aluvión de acusaciones que los delatores me traían. Incluso cuando esas acusaciones tenían fundamento, la consecuencia general era despreciable. Roma estaba

en peligro de convertirse en una ciudad donde un hombre espiaba al otro, y donde ningún hombre se atrevía a confiar en su vecino. Hice lo que pude para controlar la situación. Cuando dos miembros del orden ecuestre, Considio Equo y Celio Cursor acusaron de traición al pretor Magio Ceciliano, yo no solamente me ocupé de que se rechazaran estas acusaciones sino también de que se impusieran multas elevadas a los delatores. Esperaba con esto que, si los hombres se daban cuenta de que una acusación les podía acarrear una pérdida de dinero, esto haría la esperanza del provecho, derivado de una acusación que demostrara ser cierta, un tanto menos atractiva. Desgraciadamente yo no había valorado lo suficiente la ambición de los hombres y su talento para engañarse a sí mismos. Acusaciones de un tipo u otro, muchas ridículas, continuaron proliferando. Uno de los resultados de esto fue la petición por parte del Senado de que a candidatos a empleos públicos se los sometiera a un detenido escrutinio y que se excluyera a aquellos de los que la voz pública sabía que llevaban una vida escandalosa. Uno de los senadores sugirió que fuera el emperador el único que juzgara este asunto. Superficialmente había algo que decir a favor de esto pero la proposición era fundamentalmente imperfecta. Yo no estaba dispuesto a aceptar una carga así y mi argumento era que un emperador no puede saberlo todo. «Si adoptáis este sistema —dije—, estaréis alentando la calumnia y los rumores difamatorios, ya que los intrigantes intentarán influir sobre mi decisión. La ley se ocupa sólo de actos que se han cometido. Lo que se va a hacer en el futuro es aún desconocido. Muchos gobernadores han defraudado esperanzas o desmentido temores; el sentido de la responsabilidad es estímulo para algunos y embotamiento para otros. No se puede juzgar a un hombre anticipadamente. Además, os pido que reflexionéis sobre esto. Los emperadores tienen ya suficientes cargas, y suficiente poder. Fortaleced el poder del ejecutivo y debilitaréis la ley. Es éste un principio fundamental de la política. Siempre que sea posible actuar conforme a un proceso legal, el ejercicio de la autoridad oficial es una equivocación.»

Yo lo creía así entonces, y lo creo aún. Pero tal es la naturaleza del hombre que las mismas personas que piden a voces acción por parte del gobierno están entre las primeras que la deploran, cuando quiera que esa acción parezca afectar a sus propios intereses.

Cuanto más tiempo llevaba ejerciendo la suprema autoridad, más difícil me resultaba conocer la verdad de cualquier asunto. Iba poco a poco

aprendiendo el terrible aislamiento de mi cargo. Ningún hombre se dirigía a mí de forma desinteresada. Por consiguiente, ninguno me hablaba con total sinceridad. Si alguien me relataba una historia que tenía repercusiones desfavorables para otra persona, yo me sentía obligado a preguntarme qué estaba tratando de conseguir el que me informaba, si era ambición o resentimiento lo que le empujaba, y tenía que medir y sopesar todo esto antes de poder considerar la verdad escueta de lo que me estaba diciendo. Aprendí también que, incluso cuando los hombres no están motivados por malicia, se inclinaban a decirme solamente lo que sabían que yo quería oír. Y fue por estar libre de estos vicios por lo que valoré a Sejano, como Augusto había valorado a Agripa. Sejano, pensaba, no tenía miedo de decir la verdad, y puesto que yo estaba seguro de que él no tenía ambición de llegar a ser más de lo que ya era, y lo que es más, sentía un gran afecto hacia mí, yo tenía confianza en el consejo que me ofrecía.

Durante toda esta época me sentí perturbado por la hostilidad que sabía que Agripina sentía hacia mí. Hice todo lo posible, todo lo que estaba en mi poder, para apaciguarla. Tomé a sus hijos bajo mi protección personal. Eran tres: Nerón, Druso y Calígula. Ninguno de ellos era, por decirlo así, satisfactorio. Nerón había sido un niño encantador, inteligente, ingenioso y con una ligereza de espíritu que ciertamente no había heredado de sus padres. Físicamente se parecía a su abuela Julia; poseía su forma de sonreír espontánea y gozosa, y esa costumbre de fruncir los labios cuando algo le desagradaba. Germánico había tendido a ser severo con él y, después de la muerte de su marido, Agripina intentó forzar a su hijo mayor a que asumiera una responsabilidad contra la que el muchacho por naturaleza se rebelaba. Lo reprendía con furia siempre que el muchacho se quedaba por debajo de los imposibles niveles de excelencia que su madre le exigía; todo esto en marcado contraste con la forma en que trataba a los otros hijos, a quienes colmaba de mimos. Tal vez como reacción o tal vez como respuesta a los más profundos impulsos de su naturaleza, Nerón se refugió en la adopción de absurdas afectaciones de modales que, conforme se acercaba a lo que debía haber sido su virilidad, se convirtieron en una descarada y degradada afeminación: se pintaba los labios y los párpados, coloreaba sus mejillas, se ungía con perfumes sirios, y se decía que llevaba ropa interior de seda. En las termas, cuando era un muchacho de catorce o quince años, solía dirigir miradas incitantes a los senadores e invitarles a que entraran atraídos por este lindo y disoluto jovencito como para arriesgar el asociarse

de manera inmoral con un miembro de la familia imperial. Para evitar situaciones incómodas, le pedí a Druso que le reprendiera: Nerón intentó entonces seducir a su tío. A la edad de diecisiete años se enamoró perdidamente de un actor que tenía tal reputación de pederasta que una vez le arrojaron pedazos de excrementos en la calle. Yo terminé con esto, mandando al actor al destierro. Pero continué recibiendo informes que ponían bien claro que Nerón era incorregible.

No obstante perseveraré. He de reconocer que yo era también vulnerable al indudable encanto del chiquillo. Mi corazón se quebraba cuando veía en sus gestos a la Julia que me había hechizado. Había incluso, creía yo, una cierta galantería en su disoluto comportamiento; era la respuesta a una desesperación innata. No era nunca malicioso y cuando estaba de buen humor su ingenio resplandecía con radiantes reflejos. Pero presentaba un problema. Cuando aparecía en el palco imperial, con ocasión de los juegos, un sector de la multitud que no compartía esta adhesión sentimental a la familia de Germánico, que era tan común, solía dirigirle a voces insultos como «príncipe maricón», «ganimedes» y «mariquita». Debido al colorete, era difícil saber si se ruborizaba al oír cómo se burlaban de él. Mi madre, que lo detestaba, se negó a asistir a los juegos en su compañía. Mi única satisfacción era ver a Agripina mordiéndose los labios para contener su furia.

Su hermano Druso lo odiaba también. Druso era dogmático y estaba siempre en posesión de la verdad. Se parecía a su padre, Germánico, y carecía de todo el encanto que Nerón había heredado de Julia y tal vez también de su bisabuelo Marco Antonio. Druso era mezquino, envidioso y maquinador. Pero nada de esto se manifestaba en su aspecto físico; en esto, se parecía a su abuelo Agripa. Druso era un hipócrita consumado, tan perfecto que me tuvo engañado durante años. Era también intensamente ambicioso, y dándose cuenta de que la senda hacia el poder dependía de mi protección, se dispuso a ganar mi estima. Esto molestó a Agripina y se me informó de que tenía frecuentes y terribles peleas. Finalmente, sin embargo, la convenció de que no estaba siendo sincero en la forma en que me hacía la corte. Cuando ella le aconsejó que no confiara en mí, él la miró a los ojos y le dijo: «Créeme, madre, nunca podré tener confianza en un hombre que ha sido responsable del asesinato de mi padre y de insultos como los que te ha dirigido a ti». No obstante, era capaz de acercarse a mí, ese mismo día, reiterándome su lealtad y, lo que es más interesante, solicitando mi consejo

para asuntos del estado o el arte de la guerra, porque, como decía: «Ninguno conoce mejor que yo el valor de tu experiencia como el más ilustre general de Roma, y por ello deseo sentarme a tus pies». Druso no tardaba en informarme acerca de las últimas extravagancias de comportamiento de su hermano Nerón, siempre, naturalmente, moviendo la cabeza, simulando preocupación. «Realmente no puedo comprender cómo mi hermano puede permitir a criaturas como Fulano y Mengano tomarse tales libertades con él. Me temo que esté mal de la cabeza.» Afortunadamente Sejano me proporcionaba esta información que me permitía conocer el verdadero e indigno carácter de Druso.

En cuanto al más joven de los hermanos, Cayo Calígula, he de decir que era sencillamente detestable. Nunca me han gustado los espectáculos de gladiadores y los prohibiría con gusto si el pueblo estuviera dispuesto a privarse de este placer, pero incluso hombres que se recreaban en este espectáculo se sentían asqueados por el placer que Calígula experimentaba en la contemplación de la crueldad y de la muerte, incluso de niño. Ver a un niño de diez años lamerse los labios ante la contemplación de la sangre y retorcerse como si estuviera experimentando un orgasmo, disfrutando del dolor de hombres desdichados, era un espectáculo repugnante.

«¡Vaya una familia! —pensaba yo a menudo—. Doy gracias a los dioses de que Druso y su hijo estén entre ellos y el poder.»

Y entonces Druso se puso enfermo. Se quejaba de cansancio y frecuentes ataques de náusea. Las piernas y los brazos le dolían y le pesaban. El menor movimiento era como una tortura. Hice venir de prisa a médicos de Corinto y Alejandría para complementar los conocimientos de los médicos que residían en Roma. No sirvió de nada.

Día tras día vi cómo mi hijo se iba debilitando y cómo su deseo de vivir le iba abandonando. En estas circunstancias ni siquiera Sejano me servía de consuelo. Aunque tenía absoluta confianza en él, no podía evitar el pensar que no lloraría la muerte de mi hijo.

No podía soportar la compañía de la mujer de Druso, Julia Livila, porque la indiferencia que sentía ante la enfermedad de su marido era evidente. El eunuco Lygdo atendía a su amo con diligente cuidado; una mañana le encontré llorando amargamente porque Druso había pasado una mala noche, y yo era tan cínico como para suponer que lloraba solamente porque temía perder un amo que le amaba. Mi madre no me servía tampoco de consuelo: la vejez la había transportado a un reino donde las aflicciones del presente tenían poca importancia. Me irritaba al hablar continuamente de la alegría que experimentaría Agripina ante la muerte de Druso. Curiosamente, mi único consuelo provenía del joven Nerón César. Aunque no era capaz de desprenderse de sus afeminadas afectaciones, poseía, no obstante, una imaginativa capacidad para la compasión que le permitía darse cuenta de mi dolor. Otros me reprochaban —a mi espalda, pero no sin que yo lo supiera— de que siguiera asistiendo a las reuniones del Senado durante el largo y angustioso proceso de la enfermedad de mi hijo. Nerón, al encontrarse conmigo cuando yo volvía una mañana de la Curia, me abrazó con espontánea ternura y me dijo: «En estos momentos debes pensar que sólo el trabajo y la responsabilidad dan sentido a la vida». Entonces me acarició la mejilla diciendo: «Pero, ¡ojalá pudieras llorar por Druso, sería bueno para ti!» Por extraño que parezca no me produjeron irritación ni sus lágrimas ni la esencia, mezcla de naranja y limón, de la que se había impregnado. No pude encontrar palabras para expresar mi gratitud. Lo

abracé apretándolo contra mi pecho, sacando fuerza y consuelo de su juventud y su comprensión.

Druso murió. Cuando entré en el Senado al día siguiente los cónsules estaban sentados en los asientos ordinarios, en señal de duelo. Les di las gracias, pero les recordé su dignidad y su rango y les pedí que recuperaran el lugar que les correspondía. Muchos senadores sollozaron, con la ayuda de cebollas que se acercaban a escondidas a los ojos. Yo levanté la mano en un gesto que estaba destinado a terminar con esa manifestación de dolor.

—Sé —dije— que algunos me estaréis criticando por aparecer aquí mientras el cadáver de mi hijo espera su sepultura, y mi aflicción es reciente. Muchos dolientes apenas pueden soportar ni siquiera las condolencias de su propia familia, prefiriendo encerrarse y huir de la luz del día. Comprendo ese comportamiento y nunca seré capaz de censurarlo. Pero para mí, sin embargo, la reclusión es la peor tentación y por eso la resisto, buscando un consuelo más austero. Los brazos en los que he buscado refugio son los del estado.

Hice una pausa y hablé, después, de mi familia.

—La muerte de mi hijo es la última aflicción en la larga y gloriosa vida de mi madre —dije—. Druso era su nieto, casado con su nieta, la hija de mi hermano, Julia Livila. Daos cuenta de la magnitud de la aflicción de la Augusta. El único de sus descendientes del género masculino que aún vive es, aparte de mí, naturalmente, mi nietecito Tiberio Gemelo. Después de más de sesenta años al servicio de la República, mi madre ve a este niño como al heredero de sus labores, aunque no he de olvidar que tiene, por supuesto, una hermana mayor, Livia Julia.

»En lo que a mi respecta, la muerte de mi hijo, tan cercana a la de su hermano de adopción, nuestro querido Germánico, es un golpe del que no creo que me recuperaré jamás. En momento así, de nada sirve recordar la nobleza y la virtud del fallecido porque, si he de deciros la verdad, senadores romanos, tales reflexiones no sirven más que para agudizar la pena, haciéndonos recordar aquello de lo que se nos ha privado. Ahora, he de deciros que, aparte de mi pequeño Tiberio Gemelo, no me quedan más que los hijos de Germánico para alivio de mis últimos años...

Entonces los hice venir ante el Senado, y los tres permanecieron allí de pie: Nerón, tímido, incómodo, pero con una dignidad que nunca le había creído capaz de alcanzar; Druso, orgulloso, hasta arrogante, pero hosco y como malhumorado, como si sospechara de mis intenciones y estuviera

preparado de acusarme de falta de sinceridad, y Cayo Calígula, bizqueando horriblemente e incapaz de dejar de moverse...

—Cuando estos muchachos perdieron a su padre —dije—, se los confié a su tío Druso, pidiéndole, aunque tenía sus propios hijos, que los tratara como si los hubiera procreado él mismo, y, en interés de la posteridad, que los educara a su imagen y semejanza. Ahora Druso ya no está con nosotros. Mi ruego se dirige a vosotros. Los dioses y nuestro país son mis testigos.

»Senadores, en mi nombre, así como en el vuestro, adoptad y guiad a estos jóvenes cuyo nacimiento es tan glorioso, estos biznietos de Augusto: Nerón, Druso y Cayo —continué, cogiéndolos uno a uno de la mano y abrazándolos después—, estos senadores ocuparán el lugar de vuestros padres. Porque en la posición social en la que habéis nacido, lo bueno y lo malo en vosotros es motivo de interés nacional...

Cito este discurso en su totalidad porque, a la luz de lo que pasó después, yo desearía que la posteridad entendiera totalmente la sinceridad de mi benevolencia hacia los hijos de Germánico. Si las cosas resultaban después distintas, eran los dioses quienes lo habían dispuesto así y no yo.

Mi madre se volvió cada día más difícil de soportar conforme se adentraba en la vejez. Acababa de terminar de dirigirme al Senado cuando me hizo llamar a su presencia. La encontré vestida de luto, pero con el destello de lucha en sus ojos. Me criticó inmediatamente por el discurso del que se había informado en pleno.

—¿No era bastante —dijo— que tú permitieras que esa mujer —se refería naturalmente a Agripina— terminara con tu leal aliado Pisón y tratara de destruir a mi queridísima amiga Plancina, con sus mentiras y su malicia? Evidentemente no lo era pues tú ahora has sentido la necesidad de elevar a sus hijos de una forma precipitada. ¿Cómo sabes que Agripina no envenenó a Druso? ¿Has pensado en esa posibilidad? Ciertamente sus síntomas se parecen a los de algunos venenos, y ¿quién podía tener mejor motivo?

—Madre —dije—, eso son tonterías. No hay razón para suponer que Druso fue asesinado. No creas tú que la sospecha no ha cruzado por mi mente, y que no la he rechazado después. Además, Agripina y Druso nunca fueron enemigos. Si fuera a envenenar a alguien, ¿no crees que empezaría conmigo?

—Y ahora —continuó, no prestando la menor atención a nada de lo que yo había dicho— tú decides ponerte en ridículo hablando así de los hijos de esa mujer. ¿Crees que esto la va a apaciguar?

—Son miembros de la familia —dije—, y los biznietos de tu esposo. ¿No crees que tengo un deber para con ellos?

—No tengo paciencia con tu locura. Fuiste siempre tan terco como una mula. ¡Cuando pienso en cómo Augusto solía quejarse de ti! ¡Y en cómo yo te defendía! Mira, escucha lo que decía —y al decir esto, sacó una carta de su regazo y empezó a leer—: «Nunca me siento a gusto con Tiberio porque nunca sé lo que está pensando y por consiguiente encuentro difícil confiar en él. Además de su obstinación, y estoy en eso de acuerdo contigo, no es un buen juez del carácter de los demás. Como tú, he notado con preocupación su susceptibilidad...».

Pero no quisiera, ni aun en la intimidad de mi cuarto, seguir citando esta carta, ni permitirme a mí mismo el detenerme y darle vueltas a las acusaciones que mi padraastro me dirigía, acusaciones que, he de decir, se basaban en un profundo desconocimiento de mi naturaleza, más profundo aún de lo que yo le hubiera creído capaz...

—Si tú tratas de alentar la participación en la vida pública de esa repugnante criatura, Nerón, que en mi opinión no es más que un sodomita en ciernes, te convertirás en objeto de burla y desprecio público —dijo mi madre.

—Nerón —dije yo— tiene defectos evidentes, pero es capaz de corregirlos con el tiempo. Hay una bondad fundamental en su carácter. Creémelo, he constatado su evidencia...

Pero Livia había llegado a una etapa de su vida en que no era capaz de concentrar la atención. Ya no podía mantener una discusión. En su lugar empezaba a reprenderme ahora por ofensas, muchas de ellas imaginarias, que pertenecían a un pasado distante. Me acusaba de descuidarla. Me acusaba de haber conspirado con Julia, sí, Julia contra ella. Y dos segundos después me decía que ella había «adorado» a Julia, «la mejor de las hijas», y que nunca había sido capaz de perdonarme el fracaso de nuestro matrimonio «causado indudablemente por tus vicios. Julia estaba atormentada por lo que había oído decir de tu chifladura por ese joven germano, y todo fue de mal en peor desde aquello...».

Sabiendo como sabía que Livia, desde el principio, había aborrecido a Julia y recordando cómo, en muchas ocasiones, me había advertido que

tuviera cuidado con ella, no podía por menos de asombrarme de las malas pasadas que la vejez le puede hacer a la memoria. Me dolía verme forzado a observar el deterioro de las facultades de mi madre. Cada vez que nos vimos en los meses siguientes, surgieron nuevos reproches por su parte, nuevas fantasías, nuevas invectivas. La confusión de su mente se reflejaba en la intemperancia de su lenguaje y en su deseo de hacerme sufrir, un deseo que se podría mejor describir como una compulsión.

Este estado de confusión mental de Livia me exasperaba, ya no era capaz de tolerar su compañía. Sin embargo he de confesar que no es digno de asombro el que hubiera entrado en este estado de desorientación mental; no lo hubiera sido aunque le hubiera faltado la excusa de la ancianidad. Su confusión era una respuesta adecuada a la corrupción de los tiempos. Si trato de interpretar con la mayor generosidad lo que ella y Augusto creían haber logrado, diría que, al terminar las guerras civiles que habían roído y destrozado el estado de Roma, creyeron que estaban creando una oportunidad para el renacimiento de la virtud y la integridad. Naturalmente, Augusto, siendo un hombre de mundo, se daba cuenta, de vez en cuando por lo menos, de que se estaba engañando a sí mismo al concebir tal esperanza; no obstante, la esperanza estaba ahí y no era una esperanza innoble. Pero se la defraudó. Augusto admiraba enormemente al poeta Virgilio, que celebró el orden perfecto de Italia en sus *Geórgicas* y prometió una resurrección de la Edad de Oro en su *Égloga* sexta, y a lo largo de su *Eneida*. Cuando Augusto hablaba de Virgilio, un tono totalmente desacostumbrado —una mezcla de calor y de respeto— invadía su voz. Hubo momentos en que realmente creyó que era su misión hacer realidad la visión virgiliana. No digo que Livia sintiera exactamente lo mismo; su naturaleza no fue nunca poética, pero no obstante respondía al impulso fundamental, y en ciertos momentos ambos creían que esta ilusión caía dentro de la esfera de lo posible. Había por consiguiente algo admirable en la ambición de mi padre, a pesar de su implacabilidad y duplicidad personal. Sin adolecer de su capacidad para engañarse a sí mismo, yo podía vibrar al son de la misma música. Toda mi vida me he sentido cautivado por una visión de la virtud, pero siempre ha retrocedido a la oscuridad de la realidad. Platón nos enseña que esta vida es, en el mejor de los casos, un reflejo polvoriento de lo que es ideal. Nuestra experiencia es un parpadeo de quimeras, sombras que danzan en las paredes de la cueva en la que vivimos prisioneros. Sí, es verdad; pero éstas son quimeras que atormentan,

sombras que yacen y roban y apuñalan y traicionan. Concebimos una República ideal, explicamos principios de virtud cívica, exaltamos la ley. Pero la experiencia no tiene la menor semejanza con esto. Augusto, con un carácter más optimista que el mío, logró, hasta muy cerca del final de su vida, darse a sí mismo la ilusión de la fe. Yo he tenido que asirme a ella con las uñas, como un hombre luchando por salvarse de caer desde la ladera de un precipicio hasta el vacío.

Perplejo, desalentado, engañado, mi mente entró en un torbellino después de la muerte de Druso. Su pérdida me afectó aún más de lo que hubiera podido imaginar; de hecho nunca lo había imaginado. Me hundí en una angosta grieta entre las rocas y, mirara hacia donde mirase, no encontraba nada que me consolara, sólo roca gris oscura y limosa. En aquellas noches llegué a comprender la desesperación de Hécuba, llevada como esclava a Grecia, que vio a su hijo muerto y a su hija sacrificada y después, habiendo perdido la razón, ladraba como una perra en la playa desierta, mientras los vientos bramaban. Los mismos vientos bramaban en torno a mí.

Yo nunca había tenido mucha fe en la humanidad. Ahora he perdido la poca que me quedaba. Hubo un caso, que se presentó ante el Senado, de un tal Vibio Sereno, que acusó a su padre, del mismo nombre, de traición. Sereno padre había sido exiliado unos ocho años antes, no recuerdo bien por qué delito. Su hijo, un joven vigoroso y elegante, acusó al padre de atentados contra mi persona. Se habían enviado, explicó, agentes subversivos para fomentar una rebelión en la Galia; estaban financiados por el ex pretor Marco Cecilio Cornuto. El caso cobró más envergadura y su credibilidad aumentó por el suicidio de Cornuto, pero Sereno padre lo negó todo. Sacudió las esposas en gesto de amenaza contra su hijo y le desafió a que presentara a sus cómplices. «No me vas a decir que un hombre viejo como yo ha podido atentar contra la vida del emperador con la ayuda de un solo cómplice, y ¿es este cómplice, por añadidura, un hombre tan débil de espíritu como para ser capaz de matarse por una acusación falsa?» Su hijo sonrió y nombró a Cneo Cornelio Léntulo y Lucio Seyo Tubero, amigos míos cuya lealtad había siempre considerado indiscutible. Dije, pues, que la acusación era absurda. Los esclavos de Sereno padre fueron torturados entonces, pero no revelaron nada. Sejano vigiló el interrogatorio y me aseguró que no había caso de que ocuparse. El joven Sereno se asustó entonces; le asustaba la visión de la roca Tarpeya, el castigo por un intento

de parricidio, y huyó de Roma. Mandé que lo hicieran volver y lo apresaron en Ravena. «Continúa tu acusación», le dije, con la intención de que su ignominia fuera del dominio público. Algunos senadores, sin embargo, no supieron interpretar mi intención; creyeron que yo estaba seguro de la culpabilidad del padre y para complacerme —sí, ¡ésa era su idea de lo que me complacería!— exigieron que el padre sufriera el viejo castigo por traición, es decir, que se le azotara hasta la muerte.

Me negué a que esta moción se sometiera a votación y estaba preparado a rechazar la acusación y castigar a su hijo. En este punto, Sejano vino a hablar conmigo y dijo que, aunque los esclavos no habían revelado nada que probara que su amo era reo de esa traición, no obstante había razón para creer que la acusación no carecía totalmente de fundamento. Yo estaba perplejo, sospechoso por una parte del padre y sintiendo por otra odio hacia el hijo por su celo impío. Ambos fueron desterrados.

Apenas pasaba una semana sin que se presentara una acusación contra algún hombre, y aunque luchaba para conservar mi indiferencia, mi repugnancia se intensificaba. El espectáculo de ambición, temor, resentimiento y espíritu de venganza que se presentaba una y otra vez ante mis ojos era totalmente repelente.

Tampoco me satisfizo la llegada de una delegación procedente de Hispania Ulterior pidiendo que se les permitiera construir un santuario en mi honor y en el de mi madre. Yo me negué indignado, desalentado por esta nueva evidencia de servilismo: «Permitidme que os asegure —dije— que soy humano y mortal, que llevo a cabo simplemente tareas humanas y que me considero satisfecho con ocupar el primer lugar entre los hombres, al cual el Senado ha decidido destinarme. Las generaciones futuras me harán justicia si me juzgan digno de mis antepasados, diligente en cuidar de vuestros intereses, firme en el peligro, y desprovisto de temor frente a las hostilidades en que suele incurrir el que trabaja en el servicio público...»

Sejano me informó: «No debíais haber hablado así. No tiene el efecto que esperáis. Cuando se rechaza la veneración, la gente supone que, o se carece de sinceridad o, genuinamente, no se la merece».

Reflexioné con detenimiento en el carácter de los hijos de Agripina. A pesar de su afeminamiento, pensé que había más auténtica valía en Nerón que en sus hermanos; estos últimos daban muestras de un gusto por la crueldad que me repugnaba y asustaba. Decidí por consiguiente llegar a conocer bien a Nerón. Yo tenía entonces unos sesenta y cinco años y,

aunque mi salud era buena, aparte de un reumatismo que era a veces doloroso, sabía que no podía contar ya con muchos años de vida. Mi propio nieto Tiberio Gemelo era todavía un niño, y de todas maneras yo era siempre consciente de la promesa que le había hecho primero a Augusto, en relación con Germánico, y luego al Senado, en relación con sus hijos. Nerón me agradaba por su ingenio y su inteligencia; también por una especie de innata melancolía que me sugería que no tenía esperanzas desmedidas en sus semejantes.

—Mi padre era todo lo que yo no soy —me dijo un día—, y yo siempre he sido consciente, aunque no dichoso, de que los hombres le consideraran un héroe.

—¿Por qué «no dichoso»?

—Porque... —Se echó hacia atrás un rizo que le caía sobre el rostro—. No sé por qué. Sólo sé que este conocimiento me hace sentir incómodo.

Yo lo comprendía. Si en aquel momento le hubiera preguntado: «¿Por qué buscas la compañía de los hombres?», tal vez todo habría sido diferente. Tal vez un raro momento de sinceridad nos hubiera desviado hacia otro camino. Pero no me atreví a hacer esa pregunta en caso de que la respuesta terminara con la intimidad de que estábamos disfrutando. Hay un límite, me dije, en la franqueza permisible entre un hombre de edad y un muchacho. En su lugar, evité el tema y hablé de los deberes y cargas del poder.

—Cargas —dije— que espero que tú estés dispuesto a asumir.

—¿Me consideráis adecuado...? —Se ruborizó.— Para empezar, yo no soy soldado ni nunca podría serlo.

—Yo te considero honesto —respondí—, y conforme al estilo de tu generación, honorable.

Se sintió violento, tal vez avergonzado.

—Me apena —dije— que tu madre tenga tal desconfianza en mí.

Se ruborizó de nuevo. Era evidente que hubiera querido defender a Agripina, pero, consciente de la injusticia de la actitud de su madre hacia mí, no podía encontrar un argumento para esta defensa.

—Para demostrarle a ella y al mundo que tengo confianza en ti —proseguí—, te propongo que te cases con mi nieta Livia Julia, la única hermana de Tiberio Gemelo. Creo que eres tú la única persona en quien puedo confiar en lo que se refiere a comportarse bien con el muchacho y creo que el matrimonio con su hermana es no sólo la mejor manera de hacer

evidente el afecto que siento por ti, sino algo que podrá redundar en tu propio provecho.

Se quedó sorprendido, afirmó que no era apropiado para un honor así. Durante un instante saboreé su terror, después me apresuré a tranquilizarlo. Le dije que había sido víctima de rumores maliciosos; había llegado el momento de acallarlos. Mi nieta era una chiquilla deliciosa, a la que no me cabía duda llegaría a amar. Observé cómo su boca temblaba; después, haciendo un esfuerzo, sonrió. Tenía la expresión de mi amada Julia cuando se la cogía en una mentira. Lo besé. «Nos comprendemos mutuamente», le dije.

Esta proposición de matrimonio dejó estupefacta a Agripina. No podía oponerse a ella; no obstante temía que representara, de una manera que no podía desentrañar, un complot contra ella. Tenía razón. Lo que yo intentaba era separar a Nerón de su maligna influencia.

La misma semana en que se celebró el matrimonio de Nerón y Livia Julia, mi madre enfermó y Sejano solicitó mi permiso para divorciarse de su esposa Apicata.

—Ya no nos complacemos el uno al otro —fue todo lo que dijo—. Esa explicación es suficiente.

Fui a visitar a mi madre. Me miró como si no me conociera y se negó a hablar. Le supliqué que no muriera en un estado de ira e hice celebrar en su alcoba un sacrificio para que los dioses le hicieran recuperar la salud y la razón. Pero incluso cuando yo movía mis manos sobre el altar, me daba cuenta de que deseaba su muerte. De hecho la había deseado durante años aunque era solamente ahora, cuando la muerte era inminente, cuando me sentí capaz de confesármelo, incluso a mi propio corazón.

Estaba lloviendo cuando salí de su casa por última vez y me quedé de pie mirando abajo, a mis pies, el bullicio del Foro. Llovía lo mismo que yo había llorado siempre que ella parecía apartar de mí su amor. Nada dura, excepto la memoria que alberga verdades confusas y espectrales.

Agripina estaba furiosa. Me acusó de robarle a su hijo, de tratar de desbaratar todos sus planes. El extremo de su larga nariz temblaba. Esa nariz suya, que frustró sus pretensiones a la belleza, y que ni siquiera era imperiosa, invadía continuamente mi imaginación. La veía temblando, presente en cada uno de mis actos.

—¿Es culpa mía que no seas reina? —le contesté.

—¿Reina? —replicó, no dándose cuenta de que yo estaba citando a Sófocles—. No tenemos reinas en Roma.

—Excepto mi querido hermano Nerón [5] —dijo Druso.

—Esa no es manera de hablar. Se le pasarán sus afectaciones. Hay mucho bueno en ese muchacho. Vamos, Agripina, ambos hemos sufrido mucho. No hay razón para que seamos enemigos. Disfrutemos por lo menos de una tregua. Ven a cenar conmigo mañana.

Accedió; pero en la mesa, cuando le pasé una manzana, la sostuvo en la mano un instante, mirándola con los ojos medio cerrados, y me la volvió a dar.

—Cómela tú —dijo—. Me gustaría vértela comer. La has escogido con tanto cuidado...

—La he seleccionado como la mejor manzana —contesté, y le di un mordisco a la fruta.

—¿Entiendes lo que eso significa? —le pregunté a Sejano.

—Claro que sí. Es lo mismo que si os estuviera acusando de tratar de envenenarla. Es más, cuando cuente la historia, apuesto a que no menciona que disteis un mordisco a la manzana. Os lo dije antes y os lo volveré a decir: esa mujer no desperdicia ninguna ocasión para difamaros. Naturalmente nadie cree en estas acusaciones concretas pero, como dice el proverbio: «Continua gotera cava la piedra...». Una acusación tras otra puede tener efecto.

Me retiré, sintiéndome harto y cansado y volví a mi escritorio y a la interminable serie de decisiones que tenía que tomar, informes que considerar, asuntos que debatir problemas que afrontar.

«El trabajo —me encontraba diciéndome con frecuencia a mí mismo— es la droga mas segura.»

Pero cuando me retiraba a la cama y el sueño no venía, como se me negaba tantas noches, mis pensamientos volvían a mi villa y mis jardines en Rodas. Me parecía, o al menos me persuadía a mí mismo de que era así, que había llegado más cerca de contento y del entendimiento del propósito de la vida, allí en mi retiro, que en ningún otro momento desde que se me volvió a lanzar al torbellino de la actividad. Naturalmente no me podía volver a retirar; si Druso no hubiera muerto, tal vez habría sido posible, como era mi proyecto, asociarle conmigo en el gobierno del Imperio, como Augusto había hecho conmigo en sus últimos años; y entonces, me dije a mí mismo, podría apoyarme en mi hijo, salir de Roma confiado en su valor personal y,

en mi retiro, ejercitar nada más que el poder general de vigilancia y asesoramiento. Ese sueño había sido tan seductor como un melocotón maduro. Ahora se había desvanecido.

Me volví al vino; no sirvió para nada. No me traía ni alegría ni consuelo. Y sin embargo podía oír el mar lamiendo las rocas, podía oler ese aroma punzante mezclado con el perfume de las rosas, del mirto y de la madreselva. Y recordé una historia que un erudito griego me relató una vez.

Era un liberto llamado Filipo, en la casa de Julia, y se había casado, con el beneplácito de su ama, con una muchacha griega, libre, de la isla de Capri, donde Augusto había tenido una villa. Me habló del tío de su mujer, un hombre soltero contra el que no obstante nunca se había perpetrado ninguna acusación de vicio. Se le respetaba en la familia por su sabiduría y su serena filosofía, aunque el que me informaba de todo esto no supo por mucho tiempo la razón de la alta estima en que se tenía a este hombre.

—De hecho me parecía extraño —dijo—, porque Jenofonte, que tal era su nombre, parecía ser, en lo tocante a las relaciones personales, un hombre arisco e irritable. Raras veces dejaba oír su voz en reuniones familiares y cuando lo hacía era para expresar su desaprobación de la generación más joven. No puedo ahora recordar qué es lo que le incitó a interesarse por mí. Tal vez nada en concreto. Tal vez percibió en mí sentimientos análogos a los suyos. No puedo asegurarlo. Pero lo que sí ocurrió es que, sin saber por qué, adopté la costumbre de sentarme con el anciano aquellas tardes que él pasaba en la terraza bajo una pérgola cubierta de una parra mientras que el resto de la familia dormía la siesta. Solíamos beber el vino amarillento de la cosecha de la familia, un vino fuerte y ácido pero con un sabor picante e inolvidable al que felizmente me había ido acostumbrando. Perdonadme todos estos detalles que os ofrezco porque me devuelven muy vivamente la memoria de esas tardes, cuando yo era consciente de una quietud absoluta, como de muerte; no obstante, mezclada con el sonido de las olas a nuestros pies y de los lagartos que se paseaban por la vieja muralla que rodeaba la terraza. Jenofonte solía comer erizos de mar que se metía enteros en la boca y que masticaba haciendo mucho ruido y escupiendo con frecuencia. Estaba generalmente silencioso y solía pasar horas y horas contemplando el mar. Me di cuenta al fin de que sus ojos estaban clavados en unas rocas que sobresalían del agua, un poco más allá de la costa que la distancia a la que se podía llegar nadando, sin cansarse.

—¿Hay algo especial acerca de esas rocas? —pregunté una tarde cuando su mirada llevaba más tiempo del acostumbrado fija en ellas.

—¿Han hecho conjeturas esos tontos ahí en la casa, delante de ti, acerca de las razones por las que nunca llegué a casarme?

Yo vacilé.

—Eres un tipo sensato —dijo—. ¿No te repugna copular con seres humanos?

Yo adoraba a mi esposa y si no hubiera sido porque a ella no le gustaba el sexo por las tardes, las habría pasado felizmente en su cama.

—Pero entonces, ¿por qué no? Eres como los demás. No conoces nada mejor.

Y se metió otro erizo en la boca, escupiendo con fuerza.

—¿Tú lo haces, entonces? —dije.

No hizo el menor caso a la insolencia de mi tono, sino que sonrió. Nunca he visto una sonrisa así. Revelaba un estado de arrobamiento total.

—Cuando yo era joven, ¡oh, aún más joven que tú! —recordó—, tuve una experiencia que no puedo llamar más que milagrosa y que cambió toda mi vida. Me preguntas por qué miro a esas rocas. Por la misma razón por la que tengo una barca en esa pequeña cala abajo. Estaba entonces prometido a una prima mía. Una tarde, cuando estaba sentado en este mismo sitio, el aire se llenó repentinamente de una música cuyo igual no he oído jamás. Era una música a un mismo tiempo melancólica y extraña, que tenía, no obstante, una melodía oculta de alegría, como el movimiento del agua profunda. Dejé la terraza y me dirigí a la barca y remé en dirección al sonido de la música. Y así llegué a esas rocas donde la música parecía más próxima, pero no más alta de lo que lo había sido en la distancia. Como si estuviera en un trance, escalé la roca hacia una joven que estaba allí reclinada, creando esa música, aunque no tenía ningún instrumento y sus labios no se movían. Yo tenía la impresión de que ella era la música. Me cogió en sus brazos y la música seguía sonando a nuestro alrededor y yo gusté de un deleite que supera los límites de la imaginación. Me uní a ella, logrando una etérea perfección de unidad, comparada a la cual cualquier unión sexual entre humanos no es más que una obscena, indefinida representación de la realidad. Digo una joven, pero por supuesto no era algo humano, sino un espíritu, una ninfa, la plenitud de todo lo que se puede desear. Hicimos el amor mientras el sol se ponía en el Occidente y a través de la oscuridad y hasta que salió otra vez en un cielo moteado de rosa,

detrás de las montañas de Campania. Y la música permaneció con nosotros. Entonces ella cerró mis ojos con un beso y murmuró que sería parte de mi vida para siempre y que volveríamos de nuevo a reunirnos. Y yo desperté, cuando el sol caía de plano en la roca y no había más sonido que el mar, y me encontré solo. Estos erizos de mar saben a ella, porque ella pertenece al mar, y al mar se volvió. Un día me llamará desde allí. ¿Te sorprende ahora, joven, que considere tus uniones sexuales con el mismo desprecio que tú puedas sentir hacia los gallos que se tiran sobre las gallinas en el corral?

Filipo hizo una pausa.

—Era una sirena a quien encontró y amó. No hay otra conclusión posible.

—Y ¿tú le crees? —pregunté.

—Durante mucho tiempo, no. Pero nunca olvidé sus palabras.

—Y ¿qué canción le cantó la sirena?

—Una canción que no se puede imitar. Evidentemente.

—¿Y durante mucho tiempo no le creíste?

—Así es.

—¿Y entonces? ¿Cuál es el final de la historia?

—No tiene final. ¿No lo sabes, emperador? No hay ninguna historia que tenga final. Todas las narraciones son circulares, porque no pueden ser de otra manera. Pero te puedo contar otra etapa en el camino. Un día el viejo Jenofonte estaba sentado en la terraza como siempre, mientras los otros miembros de la familia dormían, por la tarde. Había habido una semana de siroco, pero los cielos se habían despejado y el aire era suave. Le dejaron con su jarra de vino y una cesta de erizos de mar. Nadie le volvió a ver. Cuando se despertaron, había desaparecido.

—¿Y su barca? ¿Había desaparecido también?

—Por supuesto. Todos estaban consternados. Se supuso que por alguna razón que nadie podía desentrañar, había descendido por el acantilado, se había embarcado en su barquita y navegado hacia... ¿qué? ¿Tal vez el vacío?

—Pero tú no crees eso...

Filipo sonrió.

—Yo no estuve allí todo el tiempo. Nunca he hablado con nadie más que contigo, emperador, acerca de estas cosas. Ésta es la primera vez que he repetido la historia de Jenofonte...

—Luego, hay sirenas..., la calma debajo de los vientos...

—Tal vez fuera una ilusión, un engaño, emperador. Era un hombre viejo y tal vez no tuviera la cabeza bien.

OceanofPDF.com

Unas tres semanas después de esta conversación, ocupé el palco imperial en los Juegos. Había ido de mala gana, como de costumbre. No puedo creer que un hombre de gusto y sensibilidad se pueda recrear en las luchas de gladiadores. Además treinta años de experiencia de la guerra me han enseñado a ver esta forzada carnicería con repugnancia. He presenciado demasiado valor, sufrimiento y terror para poder recrearme en esa obligatoria exhibición de estos sentimientos, representada por unos pobres desgraciados que están condenados a luchar para divertir a la chusma. Es todavía más repugnante ver a hombres instruidos, de noble nacimiento, e incluso a mujeres, segregando saliva de placer en la contemplación de este tipo de espectáculo. Pocas cosas cimentaron con más fuerza mi respeto por Sejano que el desprecio que sentía hacia los que disfrutaban presenciando esas luchas.

Pero el deber me obligaba a asistir de vez en cuando. Y ese día casi toda la familia estaba presente, desde el desdichado y baboso Claudio, el hijo menor de mi hermano Druso, cuyo perverso entendimiento y anormalidades físicas podrían disculpar el mórbido placer que experimentaba en los combates del circo, hasta Agripina y su prole. Como de costumbre, Agripina mantenía un aire de superioridad casi regio y apenas se dignaba agradecer las aclamaciones con las que se recibía su presencia; no obstante transmitía una sensación de orgullo inconmensurable por medio de una ligera mueca de los labios o una inclinación de cabeza. En lugar de ofender a la plebe, su altivez estimulaba su entusiasmo. Era extraño. Siempre he sabido que la multitud sentía cierto resentimiento por lo que creían era la conciencia de mi propia superioridad; sin embargo su adoración por Agripina aumentaba en proporción a la distancia que ella creaba entre el pueblo y ella misma.

Esa tarde, la última pelea era entre un montañés de Anatolia, de color atezado, armado con red y lanza, y un joven germánico de cabello muy rubio, con una espada corta y un escudo. Si el joven germánico había recibido su entrenamiento del maestro de gladiadores, parecía que el terror o la desesperación le habían borrado el recuerdo de lo que había aprendido.

Inició una serie de furiosos ataques contra su oponente, que los eludió con facilidad, asestándole a cambio solamente ligeros golpes con su lanza al desconcertado muchacho, cuyos brazos pronto adquirieron un tono rojizo, debido al derramamiento de su propia sangre. Después de que su oponente evitara cada uno de sus desmañados ataques, hizo una pequeña pausa, con su pecho jadeante y las piernas, que aún mantenían la suave carnosidad de la juventud en contraste con la nervuda dureza de las del de Anatolia, temblequeantes. Después se retiró de la frente un rizo de pelo que le había caído sobre el ojo izquierdo, y atacó de nuevo. Esto continuó durante algunos minutos y era evidente que los dos contendientes estaban mal emparejados y que de ninguna manera se los debía haber enfrentado. El de Anatolia estaba jugando con su adversario, siguiendo las instrucciones dadas a los gladiadores por sus cínicos entrenadores, para «dejar que la multitud los viera sudar». De repente uno de los furiosos ataques del muchacho tocó al anatolio en el hombro. Le tocó solamente con la parte lisa de la espada y no hubo corte, pero la fuerza del golpe lo lanzó violentamente contra la arena. Su lanza y su red se le cayeron. Se puso de cuclillas mirando intensamente al muchacho, que, tal vez horrorizado por lo que había conseguido, o tal vez simplemente sorprendido, se quedó de pie inmóvil, incapaz de actuar. El anatolio sacudió su cabeza de derecha a izquierda. La chusma aullaba pidiendo su muerte.

El muchacho no se movió. Entonces bajó su espada empujando la punta de ésta contra la arena, y su adversario se arrastró como un cangrejo hacia donde estaban su lanza y su red, pero manteniendo la mirada fija en el muchacho. Las recuperó y se incorporó. El joven continuaba inmóvil. Y entonces el de Anatolia, como estimulado por el infortunio de su caída, empezó a provocarlo. Hizo mover rápidamente la red alrededor del muchacho, haciéndole saltar y aparecer ridículo. Con hábiles movimientos de la red persiguió al germano alrededor del anfiteatro. En una ocasión el valor del joven falló y, dándole la espalda a su adversario, trató de huir. Pero no había refugio contra la red que giraba como un remolino. Su malla daba vueltas en el aire delante de él, y él se volvió de nuevo. La multitud daba gritos. El muchacho se frotó la frente con el antebrazo para enjugarse el sudor, y dejó allí una raya de sangre. Miró hacia arriba. Yo tenía la impresión de que me estaba mirando a mí, directamente, suplicando ayuda. Pero dudo de que viera otra cosa sino una mezcla confusa de temor y peligro. Haciendo un esfuerzo sobrehumano, se lanzó sobre su enemigo con

un grito salvaje y la espada levantada. Pero no había nadie allí. El anatolio saltó a un lado y, adelantando su pie, le dio una patada al muchacho, lanzándolo por el aire hasta caer dando tumbos en la arena. En menos de un instante se vio envuelto en la red, con la lanza apretada contra la garganta. La lucha había terminado.

A mi lado, Cayo Calígula daba brincos en su asiento, gritando:

—Mátalo, mátalo...

La muchedumbre otorgaba con bramidos su aprobación.

Paseé mi mirada por la fila en que estaba nuestra familia. Agripina permanecía impassible, como si lo que estaba pasando en la arena no tuviera nada que ver con ella. Los labios de Nerón temblaban; compartía el terror del muchacho, pero no podía por menos de reaccionar ante la crueldad del espectáculo. Claudio le daba codazos a Druso en las costillas, salpicándole con la saliva de su excitación, mientras manifestaba atropelladamente su entusiasmo, tartamudeando más que de costumbre. El propio Druso adquiría el aire de un general triunfante; el mismo aire que su padre probablemente adquirió aquel día funesto cuando permitió que los amotinados arrepentidos expiaran su propio crimen mediante el asesinato legal de los dirigentes de la rebelión.

Y miré entonces la arena ensangrentada y vi cómo los miembros del muchacho se relajaban como aceptando la muerte, mientras sus ojos estaban aún dilatados por el terror de lo que se le venía encima. Conocía esa expresión. La había visto con frecuencia en la batalla. Había visto hombres y adolescentes descubrir anonadados, en un instante de revelación, que todo lo que ellos consideraban como parte esencial de sí mismos, todo lo que percibían por medio de los sentidos —lo que mejor conocían, su propio cuerpo— podía extinguirse repentinamente, como si la vida no fuera más que un sueño, convertido ahora en pesadilla. Los labios del muchacho se movieron, su lengua tocó el labio inferior, y yo levanté mi dedo pulgar, para salvarle la vida.

Le salvé no sólo a él sino a mí mismo y por mis propias razones. Había actuado impulsivamente. Dejé el anfiteatro entre una tempestad de pateos y silbidos, mientras la chusma manifestaba con aullidos su frustrado deseo de sangre. Yo estaba temblando. Bebí un vaso de vino para serenarme.

—La multitud os odiará por esto —dijo Sejano.

—Me odian ya. Déjalos que me odien, con tal de que me teman.

Pronuncié la cita con ligereza. No era adecuada, porque yo no deseaba que me temieran, sólo que me obedecieran. Ni siquiera eso es exacto, como expresión de mis sentimientos. Hubiera preferido que ni siquiera la obediencia hubiera sido necesaria y también hubiera preferido que el pueblo siguiera los dictados de la razón y la virtud con preferencia a los de cualquier otro hombre. Podía, más adecuadamente, haber citado a Horacio: *Odiprofanum vulgus et arceo* («Odio y esquivo a la chusma profana»)

Las palabras sonaban en mi mente, pero no las pronuncié. Sin embargo en aquel instante, mi decisión, que se había ido formando lentamente en los oscuros recovecos de mi voluntad, fue completa: era posible esquivarlos para siempre. Pero no se lo comuniqué a Sejano. En lugar de hacerlo le mandé que fuera al circo para dar una anodina e hipócrita explicación de mi marcha.

—Y mis excusas. No te olvides de presentarle mis excusas a nuestro amo, el pueblo.

—Claro que no.

—El pueblo quiere que se le engañe —dije—, así que engañémoslo.

—No os entiendo.

—No importa. Nada importa.

—¿Estáis seguro de que no os pasa nada?

—Estoy seguro. He visto la liberación. —Y con estas palabras le despedí.

Entonces mandé a uno de mis libertos a la escuela de gladiadores para que comprara al derrotado muchacho y me lo trajera a mi presencia.

Entró, con los ojos hinchados, vestido con una túnica corta de lana gris y calzado con sandalias. Se postró de hinojos delante de mí. Le dije, en su propia lengua, que se levantara.

—Eres germano, libre de nacimiento —dije—, y tal vez de noble origen. Sé muy bien que no es la costumbre de tu pueblo el humillarse de esta manera.

—Se me ha arrancado de las costumbres de mi pueblo y obligado a practicar otras.

—¿De qué tribu procedes?

—De una rama de los queruscos.

—¿Los queruscos? Pero si no han estado en guerra con nosotros... ¿Cómo es que tú eres un prisionero y un esclavo?

Explicó que era el hijo de un jefe y que se le había enviado, como es la costumbre germánica, a completar su educación con otra tribu a la que encontró librando guerra fronteriza con las legiones. Había sido capturado en una escaramuza.

—Y así, por una serie de circunstancias accidentales, llegué a donde me encuentro hoy. ¿Por qué salvasteis mi vida?

Adivinó, lo podía decir por la forma en que me miró, una respuesta que no era la respuesta completa, y el haberme lanzado a un detenido análisis de la razón de mi conducta me hubiera llevado a zonas que yo mismo no entendía ni quería entender. Así que simplemente sonreí y dije:

—Pensé que eras demasiado joven para morir.

—Demasiado joven o...

—Demasiado joven para morir de esa manera...

—Os lo agradezco.

—Una vez, ya hace tiempo —dije yo—, un joven germano, que se parecía a ti, me salvó la vida en la batalla. Tal vez ésa ha sido la razón. Tal vez sea a ese joven, que ha muerto hace muchos años, a quien tienes que estar agradecido. No lo sé. Esta tarde he tenido la sensación de que ya se había derramado suficiente sangre. Yo había visto más que suficiente. ¿Han curado tus heridas?

—Las que se han podido curar, se han curado. ¿Qué vais a hacer ahora conmigo?

No podía contestar. En su lugar le ofrecí una copa de vino. Parecía asombrado y después lo bebió de un solo trago, a la manera germánica, costumbre a la que hice renunciar, ahora recuerdo, al joven Segestes y a su padre.

—De momento —dije—, es mejor que te quedes en mi casa.

Hablé sin pensarlo. El muchacho se ruborizó.

—Por supuesto —proseguí—, me imagino que preferirás que te volviera a mandar a tu propio país y familia, pero esto tal vez no sea una buena idea. He visto cómo trata tu gente a los esclavos que regresan de Roma. Consideran que la experiencia los ha degradado. ¿No sería mejor que te quedases conmigo?

Naturalmente, cuando cundió el rumor de que había metido en mi propia casa al joven a quien había rescatado del anfiteatro, se aventuraron las peores interpretaciones. Se decía que el muchacho era mi favorito y aparecieron graffiti por toda la ciudad diciendo que mis sentimientos los

movía el deseo y no la compasión. Los agentes de Sejano me informaron de que Agripina había expresado su repugnancia y desprecio por mi «disoluta senilidad». ¿Puede estar el pueblo romano satisfecho de que lo gobierne un anciano que les priva de su placer a fin de satisfacer sus inmorales impulsos?

Sólo en las vigiliadas estrelladas, en la cama de campaña que había conservado desde mis días de soldado, yo supe la verdad de estas acusaciones. ¿Quién puede desenredar la trama de emociones que llevan a la acción? Mi mente, buscando el sueño en vano, porque hacía tiempo que era víctima del más desolador de los insomnios, jugaba con imágenes, a un mismo tiempo dolorosas y placenteras, de las piernas del joven Segismundo estiradas en la sangrienta arena, de sus labios temblorosos y de su rubio cabello que le caía sobre el ojo izquierdo. No puedo negarme a mí mismo lo que sentía, ni el deleite que experimentaba en tener al muchacho cerca de mí. Pero también me impresionaron su carácter viril, su reserva y su dignidad. Los abrazos de un hombre viejo, con mal aliento y un cuello de pollo descarnado, no lograrían más que causarle repugnancia. Así que yo no le obligaría a que se rebajara. Tenía un sentido del pudor que yo hubiera creído había desaparecido ya del mundo. Me agradaba sobremanera tenerle en mi casa, conversar con él, instruirle en la virtud y el conocimiento del mundo, poder contar con él para los pequeños servicios que llevaba a cabo con puntilloso respeto.

Durante unos breves meses me sentí cerca de la felicidad. Lo único que me inquietaba era el constatar cómo Livia se iba hundiendo en una especie de locura, a menudo asociada con la avanzada edad, así como el darme cuenta de la malicia e infatigable hostilidad de Agripina. Apenas pasaba una semana sin que Sejano me trajera pruebas de la persistencia de Agripina en tratar de enemistarme con todo el mundo, incluso de alentar conspiraciones y conjuras contra mi vida. Dándome cuenta de su popularidad y del respeto que se le debía como hija de Julia y viuda de Germánico, no quise permitirle que actuara en contra de ella, siempre esperando que finalmente desistiría de su locura. No me daba cuenta de que estaba en su sangre, de que estaba poseída del mismo impulso para destruirse a sí misma que había enloquecido a Julia.

Mientras tanto yo ponía toda mi confianza en Sejano. Era el único hombre que nunca me había traicionado. Entonces un día se me acercó con una petición, un acto sin precedentes, porque se había contentado hasta

ahora con aceptar lo que yo le ofrecía y nunca pedía nada para él. Pero esta petición era sorprendente. Para poner de relieve su importancia, la puso en forma epistolar, aunque hacía tiempo que estábamos ambos acostumbrados a discutir todo de palabra, libre e informalmente.

Las muchas amabilidades de vuestro padre Augusto, y las aún más numerosas muestras de favor y amistad que he recibido de vuestra mano, me han acostumbrado a llevar mis esperanzas y deseos a oídos imperiales con la misma facilidad que si se las dirigiera a los dioses. No he pedido nunca nada para mí, ni dinero ni grandes cargos. Yo prefería, como cualquier otro soldado, trabajar en pro de la seguridad del emperador, que estoy dispuesto a proteger con mi propia vida. Sin embargo ahora, con gran sorpresa mía, he sido beneficiario del más grande de los privilegios: el que una gran señora me haya considerado digno de alianza matrimonial con vuestra familia. Me refiero a Julia Livila, la viuda de vuestro llorado hijo. El conocimiento de lo que Roma había perdido con su prematura muerte nos acercó: descubrimos una compasión en común y nos consolamos el uno al otro en nuestra pena. Sus sentimientos hacia mí me han alentado a esperar lo que de otra manera nunca hubiera soñado posible. Además ella me ha recordado que el propio Augusto, cuando buscaba un esposo para su hija, no estimó indignos de consideración a hombres del orden ecuestre al que yo pertenezco. Por consiguiente, os suplico humildemente que no os olvidéis, si estáis pensando en un esposo para Julia Livila, de vuestro fiel amigo, que nada ganaría más que prestigio de esta relación. No pido nada más. Estoy satisfecho con los deberes que cumplo; satisfecho —en interés de mis hijos— si se protege a mi familia del injustificado desprecio y malevolencia de Agripina. En cuanto a mí, el poder vivir mi vida bajo la autoridad de un emperador tan ilustre, representa el colmo de mis ambiciones...

La petición me sorprendió. Después de reflexionarla, sin embargo, me parecía natural que Julia Livila, privada de su esposo por un hado cruel, hubiera dirigido su atención al único hombre de cualidades comparables que ella conocía, sobre todo cuando el matrimonio de Sejano con Apicata había fracasado, causándole a él evidente aflicción. Pero había que tener en cuenta otras cosas, además de la felicidad personal. Por lo tanto repliqué de manera cautelosa, sin comprometerme a nada.

Mi querido Sejano:

No hay nadie, como bien sabes, por quien yo sienta más afecto y en quien tenga mayor confianza, que tú. Lo he demostrado una y otra vez. Si fuéramos todos personas privadas no dudaría en mi respuesta. Pero, aunque las decisiones de hombres así se puedan basar en sus propios intereses y afectos, los gobernadores están en una situación diferente, por el hecho de que, en asuntos de importancia, están obligados a consultar a la opinión pública. Por eso no puedo recurrir a una respuesta fácil, y decirte simplemente que Julia Livila puede decidir por sí misma si quiere casarse de nuevo o no (y por supuesto si lo quiere no podría encontrar una persona más digna que tú). No diré ni siquiera que tiene una noble madre, Antonia, que es, más apropiadamente, su consejera en asuntos de naturaleza íntima, de lo que lo puedo ser yo. No, voy a ser más franco contigo, como tú lo mereces.

En primer lugar, la animosidad de Agripina (por suavizar la descripción de sus sentimientos) se acentuará si Julia Livila, que es — no necesito recordártelo— su cuñada, se uniera a ti en matrimonio. Esto dividiría a la familia imperial en dos (como sabes, detesto la expresión «familia imperial», por considerarla incompatible con nuestra herencia republicana, pero no obstante los hechos son hechos y éste es uno de ellos, por desagradable que resulte). Aún ahora es imposible reprimir la rivalidad entre estas dos mujeres, y mis nietos están atormentados entre una y otra.

¿Cuáles serían las consecuencias si el matrimonio que propones empeorara este enfrentamiento? En segundo lugar, estás equivocado, querido muchacho, si crees que Julia Livila, después de haber estado casada con Cayo César y después con mi amado Druso, se contentaría con irse haciendo vieja como la esposa de un mero caballero, o que tú pudieras retener ese rango. Aunque yo lo permitiera, ¿crees que lo tolerarían aquellos que han visto a su hermano y a su padre, y a nuestros antepasados, ocupando los grandes cargos del estado? Sería necesario elevarte de posición. Tú dices que no quieres elevarte por encima de tu presente rango. Yo respeto ese sentimiento, aunque es opinión general que hace ya tiempo que has eclipsado a todos los otros caballeros. Has llegado a ser objeto de envidia y, al envidiarte, la gente me critica a mí. Se me critica ya por los favores que te he

dispensado. ¿No te das cuenta de que la envidia y la crítica se intensificarán si este matrimonio se lleva a cabo?

Haces la correcta observación de que Augusto pensó en casar a su hija con un caballero. Pero previó que a cualquier hombre honrado por una alianza así, habría que elevarlo, y aquellos en quienes pensó eran hombres como Cayo Proculio, un íntimo amigo suyo que no tomaba parte activa en los asuntos públicos. No se pueden comparar los dos casos. Es más, a fin de cuentas, debes recordar que los dos yernos que eligió fueron, primero Marco Agripa y después yo mismo. He hablado con claridad, como se debe hablar a un amigo. Fundamentalmente, no pienso oponerme a ninguna decisión a que tú y Julia Livila lleguéis. No voy a hablarte ahora de ciertos proyectos míos y deberes adicionales mediante los cuales estoy pensando en ligarte aún más a mí. Diré sólo que tus propios méritos personales y el conocimiento que tengo de tu incondicional entrega a mis intereses y a mi persona, me convencen de que ningún ascenso sería demasiado alto. Cuando llegue el momento le hablaré francamente al Senado...

Sejano se manifestó profundamente conmovido por mi carta. Reconoció la justicia de mis observaciones y prometió considerarlas cuidadosamente.

—Nada —dijo— debe hacerse que dé ocasión para que se os dirijan más viles e injustificadas críticas, o que estimule a Agripina en sus sediciosas maniobras.

Pero yo sabía, por la expresión de su mirada, que no había desechado sus esperanzas. Eso era natural, ya que la posibilidad de desposarse con la viuda de mi hijo era atractiva. Por añadidura la propia Julia Livila estaba muy interesada en esta unión, y no tenía miedo de enemistarse aún más con Agripina. De hecho le atraía la idea.

En aquel mismo otoño hubo dos juicios que me inquietaron y que contribuyeron a afianzar la resolución que estaba formando en secreto. Se acusó a un senador, Votieno Montano, de hablar mal de mí y de la constitución que Roma había heredado de Augusto. Dando muestras de increíble desvarío hizo venir a un soldado raso, llamado Emilio, como a uno de sus testigos. Ese hombre, a quien se había retirado del servicio por razones de honor, algún tiempo atrás, parecía haber perdido el juicio al sentirse agraviado. Un torrente de ofensivas inmundicias dirigidas sobre

todo contra mí, salió de sus labios. Apenas puedo, ni siquiera ahora, forzarme a enumerar las calumnias. La de menos importancia era la que me acusaba de inmoralidad habitual. Se me acusó también de haber sido instrumento en el asesinato de Germánico; un asesinato que era, por supuesto, totalmente imaginario y que se había desechado como falso en el juicio del pobre Pisón. Impiedad hacia los dioses y la memoria de Augusto, participación en orgías y ritos mágicos que incluían la prostitución de vírgenes de libre nacimiento, e incluso el sacrificio ritual de niños serviles: estas y otras monstruosidades se destacaron del torrente de inmundicia que asaltaba mis oídos. Tal vez se había alentado a este loco a hablar así — aunque no creo que necesitara mucho aliento— con la esperanza de distraer al tribunal de los delitos de que se acusaba al propio Votieno.

El segundo caso fue aún más serio y penoso. Fue Sejano quien primero me habló de él. Obligado, como lo debe estar cualquier gobernante en los desdichados tiempos en que vivimos, a operar un sistema de vigilancia, había encontrado esta necesidad tan desagradable que, a diferencia de Augusto, que vigilaba estas cosas él mismo, había delegado total responsabilidad en Sejano, como el único hombre en cuyo honor y escrupulosidad podía confiar. Una mañana se acercó a mí Sejano, con gesto ceñudo, y un rostro que llevaba pintados en él el pesimismo y perturbación.

—Ha salido a la luz algo extremadamente desagradable —dijo—. Se refiere a una noble dama llamada Claudia Pulcra.

Empezó entonces a contarme cómo esa dama, prima mía y también de Agripina, de la cual era íntima amiga, había convertido su casa en el Aventino en un antro de sedición. Cneo Domicio Afer, un reciente pretor a quien Claudia había intentado seducir, le había llevado los primeros rumores a Sejano.

—De hecho —dijo Sejano, con esa franca y escéptica sonrisa con la que solía acompañar cualquier historia de depravación—, hasta creo que llegó a conseguirlo y el desdichado Afer se consideró elegido de la fortuna. Las atenciones de Claudia le halagaban. Hasta que descubrió que ella se estaba permitiendo el lujo de otra relación adúltera, con Cayo Furnio, y esto le desagradó.

—¿Furnio? —pregunté—. Un tipo difícil y desagradable, pero no sin cierto talento.

—Efectivamente.

El nombre me alarmó, aunque no dejé que Sejano lo notara. Sabía que Furnio era un descontento. Era un hombre de considerable mérito a quien yo había privado de responsabilidad por su carácter variable, su genio incontrolable y sus amigos sospechosos. Su abuelo había sido amigo de Marco Antonio; su padre había tenido el buen sentido de asociarse a Augusto y había recibido un consulado hacia el final de la vida del princeps. Pero yo no había podido distinguir a Furnio como él hubiera querido. No podía haber la menor duda de que sentía desafecto hacia mí.

—Cuando me enteré de esto —dijo Sejano—, yo naturalmente di los pasos que consideré necesarios para investigar el asunto. Puse un agente, en quien confiaba plenamente, en casa de Claudia. Sus informes me convencieron, no sólo de su incontrolable, o al menos sin controlar, inmortalidad, su práctica habitual del adulterio que la expone a los castigos decretados por la *lex papia poppaea*, sino de aún más nefandos delitos. ¿Os gustaría leer los informes completos o queréis que los resuma...?

Hice un gesto negativo con la cabeza. Mi espíritu se sentía invadido de melancolía, como la niebla del mar se va acercando a la tierra.

—Naturalmente —dijo Sejano—, yo no me fío solamente de esos informes. Como me habéis recordado a menudo, hay el peligro de que los agentes os cuenten lo que creen que vos queréis oír, aunque naturalmente yo he hecho todo lo que estaba en mi poder, con el ejemplo de los castigos que esperan a los falsificadores, para convencerlos de que lo único que queremos es la verdad. De una manera o de otra, tengo la seguridad de que esa maldita mujer ha conspirado contra vuestra vida de dos maneras, sobornando a envenenadores profesionales y empleando hechiceros para que practiquen su magia negra en perjuicio vuestro. Por ejemplo, aquí —ahondó en el fajo de papeles que estaba en la mesa delante de él—, tengo un *affidavit* de una de sus libertas, detallando cómo, la noche de la última luna llena..., pero no deseáis que los detalles os hagan sentir náuseas... Os aseguro que son tan repugnantes que me han dejado sin dormir una noche...

—No —dije—, no quiero saberlos. Ocúpate de que la ley siga su curso.

—Sí —dijo—. Puede que consiga que Afer se ocupe de la acusación. Tiene interés en que salga adelante.

—Estoy empezando a entenderos, romanos —dijo Segismundo—. Cuando me hicieron gladiador, pensé, esto no está bien, la vida no es así. Pensé así porque era todo tan diferente de la vida como yo la conocía. Pero

lo entiendo mejor ahora. Yo no me sé expresar bien, a pesar de vuestra bondad al tratar de enseñarme, pero tengo la impresión de que la arena es una especie de espejo de la vida que todos lleváis. Vos sois el hombre más poderoso del mundo, pero no podéis escaparos de la red. Espero no haberos dado causa de enfado.

—No —dije—, la verdad no debe enfadar nunca. Y me agrada saber que estás aprendiendo cómo son las cosas...

Aparté mi mirada de sus cálidos ojos y miré por encima de los tejados de la turbulenta ciudad. Un cometa rojo descendía en círculos bajos sobre los templos del Capitolio.

Agripina me escribió protestando del juicio contra su amiga:

Claudia Pulcra no es nada más que un pretexto. Sé que las acusaciones contra ella están realmente dirigidas a mí. Tú haces sacrificios a Augusto, como ordena la ley, pero persigues a sus descendientes. No es en las mudas estatuas donde reside su divino espíritu; yo, nacida de su sangre sagrada, soy su reencarnación. Nada puede alterar esto. Así que veo mi peligro. La única ofensa de Claudia Pulcra es que ha tenido la temeridad de elegir a la perseguida Agripina como amiga suya.

Sejano me devolvió la carta:

—La pobre mujer está realmente loca —dijo—. ¿Quién sabe lo que es capaz de intentar en su delirio? No estoy seguro de que no haya peligro en dejarla en libertad.

El juicio siguió el curso que se predecía. El caso contra Claudia era irrefutable. A petición mía, ciertas cláusulas, las que se referían a su conspiración contra mi vida, fueron borradas. El adulterio era suficiente; ella y su amante fueron exiliados por orden del Senado.

Agripina cayó enferma, o al menos eso es lo que ella hizo saber. Es posible que este juicio le dejara vislumbrar, por un instante, los peligros de la forma de comportarse en la cual tan irreflexiva y maliciosamente se había embarcado. No lo sé; nunca logré entender la causa de su terrible resentimiento, ni sondear las profundidades de su ofendida autocompasión. Pidió verme. Fui a su alcoba, donde yacía con los ojos hinchados de llorar; tenía una compresa fría que ella misma se sujetaba contra las sienes e

interrumpía con frecuencia su desordenado parlamento con sollozos entrecortados. Me dio pena de ella y recordé que era la hija de Julia y que, en los primeros años de mi matrimonio con su madre, yo mismo me había deleitado en la infantil intensidad de sus sentimientos.

—Me siento sola —sollozó—. Mis hijos, por los que lo he sacrificado todo desde la muerte de mi esposo, ya son mayores. Se separó a mi madre de mí cuando apenas había salido de mi infancia. Ahora tú, que fuiste mi padrastro, me persigues. ¿Por qué haces eso, Tiberio? ¿Qué daño te he hecho yo nunca? ¿Estabas celoso de Germánico? ¿Es ésa la razón para perseguirme como lo haces?

—Nunca estuve celoso de Germánico —dije—. Era el hijo de mi querido hermano y yo le admiraba. A veces pensé que era imprudente y entonces intervine, pero nunca le acusé de nada peor que la inexperiencia y la impetuosidad de la juventud. Agripina, tú y yo hemos llegado, tal vez sin quererlo ninguno de los dos, a una lamentable situación, llena de malentendidos y sospechas. No hay necesidad para ninguna de las dos cosas. Tú sabes que a mí no me gusta hablar de la sucesión imperial, ya que es la prerrogativa del Senado decidir quién debe ocupar el primer puesto en la República. Pero sé que debe haber un princeps, y que debe salir de nuestra familia. ¿No te das cuenta de que veo a tus hijos Nerón y Druso como mis inmediatos herederos? Yo soy un hombre viejo, tengo casi setenta años, y ya no me quedan muchas primaveras. ¿Es que no podemos dejar a un lado nuestras animosidades y ser amigos?

Extendí mi mano hacia ella, pero no quiso cogerla. No obstante tuve la impresión de que mis palabras la habían conmovido, y esperé una reacción a ellas. Permaneció silenciosa durante mucho tiempo. Después dijo:

—Me siento tan desdichada, tan sola, tan abandonada y tan incomprendida... Y siento una gran soledad. No te puedes imaginar lo sola que me he encontrado desde que mi marido fue arrancado de mi lado. No ha pasado una sola noche sin que yo no haya sollozado al ver un lugar vacío junto a mí. Se me escapa la juventud y lo único que veo frente a mí es un sombrío futuro. Ayúdame, Tiberio, déjame que me case otra vez. Te suplico que tú mismo me escojas un marido. Aún no soy vieja. El matrimonio..., el matrimonio es el único consuelo que puede haber para mí. ¿Cómo sería posible dudar que haya en Roma hombres que se enorgullecerían de casarse con la viuda de Germánico y llegar así a ser el padre de sus hijos...?

—¿No veis —dijo Sejano— que está tendiéndoo una trampa? El apelar a vuestra compasión es meramente una estratagema. Si elegís ahora un marido que a ella le parezca aceptable, crearéis inmediatamente un rival para vos. Y si vuestra elección recae en uno que ella rechace, esto constituirá una nueva evidencia de que la estáis persiguiendo. Dirá que estáis insultando la memoria de Germánico proponiéndole un marido indigno de su rango y su reputación.

Sejano conocía bien a Agripina, mejor que yo. Pensé que ella era sincera en su petición. Incluso ahora, me pregunto a veces si ella fue realmente sincera cuando me lo pidió; parecía que su aflicción era auténtica. Y aún creo que lo era. Pero estaba desgarrada por deseos opuestos. Yo me sentí conmovido por su emoción, pero cauteloso de sus inconstantes pasiones. No éramos capaces de comprender mutuamente nuestras respectivas naturalezas y, si lo lográbamos, era de forma retrospectiva; la espontaneidad de palabra y obra crea a veces confusión en nuestro mutuo entendimiento. No es por lo tanto sorprendente que otras personas sean tan insondables en su inconsistencia.

Puse manos a la obra y empecé a buscarle marido. Seleccioné dos candidatos, ambos hombres dignos, de buena familia; ambos se habían distinguido en el servicio de estado, ambos eran personas de confianza. Cualquiera de ellos hubiera sido un marido distinguido, a cualquiera de los dos cualquier juez imparcial le hubiera considerado como un sucesor aceptable de Germánico. No quiero nombrarlos por su nombre, porque no deseo revelar a la futura vergüenza de la familia la forma despreciativa con que Agripina reaccionó a sus nombres. Uno era «un saco de mierda»; el otro, «un cobarde servil, a quien Germánico ni siquiera le hubiera dado la hora». Ambas opiniones eran absurdas e infundadas. Pero ¿qué podía hacer yo, sobre todo cuando ella me acusó, como Sejano había predicho, de haberlos elegido puramente para insultarla a ella? Ésa no era mi intención, aunque estoy de acuerdo en que pudiera haber parecido así en el caso del segundo candidato, porque Sejano me dijo después que era uno de los jóvenes amantes de Nerón. Pero yo no sabía esto cuando le recomendé.

Salí de Roma a los sesenta y nueve años. Espero no volver a ver la ciudad. Se había hecho fea para mí. No podía asistir a las reuniones del Senado sin sentir náuseas, ocasionadas por el hecho de que me daba cuenta de la progresiva degeneración de aquel organismo del estado. Un día pasado allí, no, una mañana bastaba, me dejaba oprimido por una intolerable pesadez, una lasitud, la sensación de que había perdido todo sentido de la libertad, de que se habían apoderado de mí dolorosos calambres que me inutilizaban hasta casi paralizarme. El olor del lugar me producía asco; era el olor de la descomposición. Me sofocaban las palabras. En toda conversación, reflexioné, hay un grano de desprecio. Sea lo que sea lo que podamos describir con palabras, hemos ido ya más allá de ello. La lengua, hasta la lengua de los poetas en el mundo moderno, sirve sólo para lo que es ordinario, mediocre, comunicable. Sentí un profundo deseo de escapar de todo eso y, al hacerlo, reanudar la busca que había abandonado ya hacía mucho tiempo, de algo más allá de la mera existencia, algo que justificara el tedio de ella.

El valor de algo no consiste en lo que uno logra por ello, sino en lo que uno paga por ello, lo que nos cuesta. El hecho de asumir la autoridad imperial me costó a mí la felicidad, incluso el respeto de mí mismo, porque en los cambios y maniobras necesarias para mantener mi autoridad, yo dejé a un lado la conciencia de mi propia valía personal. Yo me había convertido en el esclavo el legado de Augusto. Tal vez ahora, en la vejez, logre la libertad.

Me retiré a Capri. ¿Por qué esa isla? Porque me gustaba. ¿Simplemente eso? Porque podía afincarme allí como en mi morada sin la agonía de la introspección y la justificación de mí mismo. Por el color del mar. A Sejano le pareció bien mi elección. Dijo:

—Estaréis bien allí y sin peligro. Hay solamente un desembarcadero.

Informé al Senado que me comunicaría por carta y que consideraran a Sejano como mi portavoz. Pero no fui tan precipitado como para concederle el *maius imperium*, que solamente poseía yo. No quería poner esa tentación

ante él ni hacerle objeto de la envidia de los demás. Echó la cabeza hacia atrás y se rió cuando le expliqué mis razones.

—¿Puede sorprenderle a nadie —preguntó— que yo os haya servido tanto tiempo y con tanto gusto?

—Vos, viejo zorro —dijo después.

Yo confiaba en Sejano pero no encontraba ya ningún placer en su compañía. Ésa fue otra de las razones para mi salida de Roma. Su presencia ya no me estimulaba. Era un hombre maduro que estaba empezando a perder el pelo, con tendencia a la obesidad y dominado por la ambición, un hombre calculador, sin esa alegre aceptación de la vida que tanto me había deleitado. Le di un abrazo al embarcarme y me dije: «Se acabó, ya no necesito a Sejano, excepto en el sentido político». Pero ahí, gracias a mi abdicación, lo necesitaba más que nunca.

Augusto me había dejado una villa que ocupé inmediatamente. Pero emprendí la construcción de una nueva, conforme a mi propio gusto, un poco más arriba en la montaña.

—¿Por qué habéis venido aquí? —me preguntó Segismundo—. ¿Es el descanso lo que buscáis, señor?

—No —dije, aunque deseaba con toda mi alma el descanso—, es la belleza. A fin de cuentas sólo la belleza ofrece consuelo. El único descanso hay que encontrarlo en la experiencia de la belleza. No digo «contemplación», porque la contemplación es pasiva. La experiencia de la belleza debe ser activa.

El pobre muchacho me miró y movió la cabeza.

Invité a algunos viejos amigos a que me acompañaran: Marco Coceyo Nerva, un ex cónsul; Curtio Ático, el distinguido caballero, y mi filósofo matemático, Trasilo. Me llevé también al liberto griego Felipe y por supuesto a Segismundo. Era una familia pequeña y de tal índole que estaba seguro de que no me cansarían con inoportunas demandas. No valía la pena ir a decir adiós a mi madre; ya no reconocía a nadie, sino que permanecía sentada, quejándose y pidiendo a sollozos la muerte. Yo supliqué también que fuera pronto liberada, y de hecho esto ocurrió a los seis meses de mi marcha.

Aquellos primeros meses fueron los más felices que había conocido desde que salí de Rodas. El aire del mar me permitía respirar con más facilidad, y por la mañana, antes de que el calor del día me obligara a ceder mi terraza a los lagartos, me sentía diez años más joven. Pero lo mejor de

todo era el saber que era libre. Por supuesto estaba aún obligado a ocuparme de mis asuntos oficiales. No pasaba un solo día que no exigiera el que yo tomara veinte decisiones en relación con el bienestar del Imperio, o que escribiera veinte cartas. Pero podía hacerlo con calma, sin esa agitación de espíritu que tanto me había afligido en Roma, sin el apremiante conocimiento de la codiciosa e indigna humanidad, sin el temor de que no estaba haciendo nada más que apuntalar una barrera contra la corrupción de la edad; porque, por extraño que parezca, toda esa sensación de opresión y de inquietud desaparecieron. Otros se dieron cuenta de mi inusitado contento.

—Es como si el mundo se detuviera a la orilla del mar —dijo Ático—, y sin embargo siento que el mundo está esperando una gran señal, como si hubiéramos llegado a un momento de la historia lleno de posibilidades.

—Esto es tan cierto ahora como en cualquier momento de la historia de nuestro pueblo —contesté yo.

Por la tarde, antes de la puesta del sol, hacía que me llevaran en una barca de remos hacia la bahía. Yo fijaba la mirada en aquellas rocas donde el tío político de Felipe había encontrado a su amante la sirena. Pero las rocas estaban desiertas y no había música en mis oídos. No obstante yo sabía que en algún lugar descansaban las sirenas, manteniendo y guardando promesas de absoluta felicidad.

Un día se levantó viento y la barca no pudo dar la vuelta en torno a un promontorio. Nos vimos forzados a regresar hacia la costa. Un claro se abrió frente a nosotros y nuestro timonel se dirigió hacia él. Por un instante mi guardaespaldas se puso la mano en la empuñadura de la espada, pero yo sonreí y le dije que no había peligro.

—¿Adónde vamos? —pregunté.

—Voy a enseñarle a César una de las maravillas de la isla —dijo el timonel, y guió la barquita bajo una repisa de roca, hacia dentro de una cueva. Súbitamente el mundo y la luz del día desaparecieron, y nos encontramos en un crepúsculo que era intensamente azul. El agua chapoteaba contra la barca lanzando destellos de intenso color azul, veteados de rayas color violeta. Las paredes brillaban en un color azul, y las burbujas del agua relucían más oscuras que cualquier cielo o mar, que permanecía azul, con destellos de color rojo rubí y esmeralda. La barca se detuvo en medio del agua violeta, que era tan tranquila como la de un lago en el

verano. Había un profundo silencio. La brisa de la libertad de inquietudes temporales sopló sobre mí. «Esto es la paz», pensé.

Suspiré al dejar este lugar de encanto, pero cuando volvimos al mundo de los hombres y vi cerca del desembarcadero muchachos bronceados, desnudos hasta la cintura, con las túnicas recogidas, caminar con el agua hasta los muslos para sacar redes llenas de peces a la orilla, y oí los gritos de aliento de sus jóvenes admiradoras, y vi orgullo en los ojos de sus madres, yo mismo me entregué por un corto espacio de tiempo a la ilusión de que la vida es buena.

Pero es una ilusión. Como máximo, la vida tiene buenos momentos. Pero la atmósfera de Capri curó mi dolor y mi aflicción, como ninguna otra cosa lo había hecho desde que mi matrimonio con Vipsania se vio truncado por obra de la política.

Otra tarde, pidiendo a mis acompañantes que me dejaran solo, subí a la colina detrás de mi villa. Un estrecho callejón conducía a un templete. Las paredes de éste estaban cubiertas con hiedra y madreselvas salvajes y, conforme me aproximaba, una lechuza salió, en vuelo silencioso, de una columna rota, y voló hacia una alameda de cipreses. El sol calentaba aún mucho y, cansado del esfuerzo de la subida, descansé allí, apoyando mi espalda contra las paredes del templo y observando cómo los lagartos se movían de un lado para otro. Abajo, en la distancia, el mar murmuraba, y no había viento. Pinzones gorjeaban entre los cercanos pinos y el traqueteo de los grillos era el único otro sonido que interrumpía la tranquilidad. Creo que me quedé dormido.

Un muchacho estaba de pie delante de mí, con sus doradas piernas moldeadas como una delicada escultura. Llevaba flores prendidas en su negro cabello y su frente era lisa y suave como la de alguien a quien no han perturbado los sueños, o cuyos sueños son siempre placenteros. Me di cuenta de que no podía hablar.

—¿Qué haces aquí? —preguntó.

Al no contestarle yo, tocó mis labios con una varita que llevaba, y volvió a hacerme la misma pregunta.

—Los hombres, generalmente, no se atreven a hacerme una pregunta así —dije.

Él se sonrió.

—Ah, los hombres —dijo—. Los hombres mortales.

—¿Eres tú inmortal cuando hablas de los hombres y de la muerte con tanta ligereza?

—No, ¿por qué piensas en eso?

Volvió a sonreír.

—¿Qué estás buscando? —dijo.

—El olvido.

—De eso no es posible disfrutar en tu vida.

—La paz, entonces. Y la experiencia de la belleza.

—No eres modesto en tus ambiciones.

—¿Quién eres tú —pregunté—, que hablas con tanta seguridad a pesar de ser tan joven?

—Yo soy joven porque he elegido aparecerme a ti así, porque he decidido no envejecer. Yo soy el genio de este lugar y estoy aquí porque tú me has mandado llamar.

—¿He hecho yo eso?

—Ciertamente.

—Y ¿eres capaz de otorgarme lo que deseo?

—Sólo si estás dispuesto a pagar el precio.

—¿Es que hay un precio? —pregunté—. Naturalmente debe haber un precio. Pues bien, hermoso joven, dime cuál es...

—Es un precio que muy pocos estarían dispuestos a pagar. Pero como sé que tu aflicción es grande, te haré un ofrecimiento.

Su boca, que tenía la forma de un arco, se curvó en un gesto de burla en el que, no obstante, noté una comprensión como no la había conocido nunca y que deseaba profundamente.

—Esta hermosa isla —dijo— es tuya para tu consuelo. ¿No es eso bastante, sin haber averiguado lo que pido por ello y sin haberlo aceptado tú?

—Dime qué es.

—Muy bien: puedes disfrutar de tanta belleza, paz y olvido como esté al alcance de tus medios, si accedes a dejar que tu nombre esté marcado por la infamia para siempre jamás...

—¿Tanta belleza, paz y olvido como esté a mi alcance? ¿Y cuánto es eso?

—No tanto como desearías, más de lo que podrías conseguir sin mi ayuda.

—¿Y mi nombre infame?

—Se te considerará un monstruo, un asesino, un bruto, un sátiro, una bestia deificada...

—Y ¿si digo que no?

—Entonces no me volverás a ver. Me marcharé y te dejaré con tus pesadillas, tus temores y recuerdos...

Sonrió, con una sonrisa radiante, maliciosa, como si fuera el Dios del Amor.

—Bien —dijo—, aceptas mi pacto...

—No he dicho que lo aceptara...

—Las palabras no son necesarias...

La lechuza emitió un chillido. Se dice que el ave de Minerva vuela sólo por la noche; y entonces vi que la luna estaba en el firmamento, una luna delgada y joven, como un cuerno de oro. Yo estaba solo y conocía el frío de la soledad.

Así que sellé el pacto, un pacto que me desacreditará a los ojos de mis antepasados y que hará que mis descendientes, si me sobreviven por mucho tiempo, se ruboricen al recordar mi nombre. Y lo he hecho así por una promesa de la que no puedo volverme atrás, en la cual en realidad no creo, porque no puedo suponer la existencia de un poder que pueda tranquilizar mi memoria. Por último, las circunstancias de mi pacto me dejan perplejo: es posible que viera al joven sólo en un sueño. Pero ¿quién sería tan atrevido como para negar que lo que experimentamos en un sueño pueda no ser la auténtica realidad? Hay filósofos que afirman que soñamos esta vida. Es ciertamente, en determinados momentos, tan vívida como un sueño.

Tal vez pueda escapar al pasado; no puedo escapar al presente. Todos los emisarios me traen noticias de depravaciones y conspiraciones en Roma. Agripina, olvidando su súplica y mi promesa, había vuelto a hacer circular una cadena de invectivas y murmuraciones contra mí; repitió la vieja y falsa acusación de que yo había estado implicado en la muerte de Germánico. Sejano me informó de que los agentes de ella eran activos entre las filas del ejército. «Me temo lo que están conspirando —dijo—. Permitidme, os lo ruego, que tome las necesarias medidas preventivas.» Pero yo me negué.

Entonces vino a la isla para que yo me enfrentara con su evidencia.

—No me he atrevido a confiarle esto a un mensajero —me dijo—, porque en la actual atmósfera de sospecha y traición, no conocía a ninguno en quien pudiera absolutamente confiar. El hecho es, Tiberio, que esa mujer y su hijo han corrompido de tal manera a las legiones que va a ser necesaria

una rigurosa investigación antes de que podamos saber quiénes son dignos de confianza. Y he de deciros también que hasta una investigación así puede no ser totalmente fidedigna, porque uno tiene que confiar también en los que llevan a cabo la investigación, que pueden ser también indignos de nuestra confianza. ¿Entendéis la magnitud del cenagal por el que tengo que vadear?

—Has dicho su hijo. ¿Cuál de sus hijos?

—Nerón.

—Nerón. Sentiría tener que creer en su culpabilidad. Es un muchacho a quien he colmado de atenciones.

—No obstante se le ha oído decir que ya es hora de que se muera el viejo. Os repito sus exactas palabras.

—No me parecen tan terribles. Yo he pensado a veces lo mismo.

—César —dijo—, me parece que no entendéis.

Se reclinó en la silla, dio unas palmadas y mandó a un esclavo que trajera vino. Había estado acostumbrado hacía ya mucho tiempo a tomarse tales libertades en mi presencia, y a mí eso me había gustado. Pero ahora, por primera vez, me parecía presuntuoso y atrevido; sin embargo conocía la profundidad de su lealtad hacia mí. Esperó en silencio la llegada del vino, tomó una copa y se enjugó los labios. El sudor brillaba en su frente.

—Debéis escucharme —dijo—. Sé que no queréis hacerlo, pero tenéis que hacerlo o, si no, los dos somos hombres muertos y Roma está en un estado de caos. Sois el heredero de Augusto, me lo habéis dicho muy a menudo y, pensarais lo que pensaseis de él en secreto, siempre le habéis reconocido un gran triunfo: el que terminó las guerras civiles. ¿Queréis que empiecen otra vez?

Entonces puso en orden los hechos o la información que tenía. No era simplemente cuestión de que se hablara de sediciones, aunque eso era en sí bastante de temer. Pero Agripina había estado dando banquetes a los que asistían senadores de los que se decía que no estaban en buenas relaciones con ella y, lo que es peor, ella y Nerón habían estado haciendo planes para salir medio a escondidas de Roma y unirse a las legiones en Germania, donde se veneraba de un modo especial la memoria de Germánico. Entonces sería, dijo Sejano, como César cruzando el Rubicón y entrando en Italia. Con las lesiones germanas respaldándolos, podía entrar en la capital y dictar órdenes.

—Estamos tan cerca de una guerra civil como estos hechos indican.

Yo dudé.

—Tus agentes —dije—. Ya sabes cómo desconfío del espionaje, porque los agentes tienen la costumbre de decir a sus amos lo que creen que les agrada oír.

—Eso es verdad, pero tengo dos agentes cuyas pruebas son, creo que estaréis en esto de acuerdo, incontrovertibles.

—Si eso es así, entonces... ¿quiénes son?

—El primero es Druso.

—¿Druso? ¿Qué interés puede tener en dar informes contra su madre y su hermano?

Sejano sonrió, como un gato gigante jugando con un ratón.

—Tiene diversas razones. Una, está celoso, porque Nerón es el mayor. Dos, odia a su hermano y le repugna su comportamiento vicioso. Nuestro Druso es un sabelotodo de mucho cuidado, no lo olvidéis. Tercera, es ambicioso. Espera que, si se quita a Nerón de encima, él será vuestro sucesor.

—Preferiría que me sucediera un cerdo antes que Druso. Creo que su informe es sospechoso, Sejano, porque está fundado en la enemistad y armoniza demasiado bien con lo que él cree son sus propios intereses.

—Tal vez lo sea así. Y podría ser sospechoso si no hubiera sido corroborado.

—¿Por quién?

—Por su cuñada, Livia Julia, la esposa del joven Nerón. Su marido no la ama, como era de esperar, pero están en relaciones amistosas. Tal vez deba decir que están en relaciones amistosas por instrucciones mías, transmitidas a su vez a través de mi querida Julia Livila, la madre de la joven. Se dio cuenta muy pronto de que la pequeña Livy estaba asqueada por el hecho de que su marido prefería a los hombres, y consideró esto como un insulto a sus propios encantos. Y ¿qué muchacha no tendría esos sentimientos? Pero ella tiene el sentido común y el dominio de sí misma para no demostrarlos, y el tal Nerón es un bocazas, con menos idea de los que es la seguridad personal que un palomino. Livia Julia está enterada de sus tratados con el ejército germano, y todo lo que sabe se lo cuenta a su madre, que me lo cuenta a mí. Así que ya veis, César, que esta vez no es cuestión de delatores pagados. Y no olvidéis que aunque retiramos la acusación de veneno contra la amiga de Agripina, Claudia Pulcra, yo siempre he dicho que eso era una equivocación. No os podéis hacer una

idea de qué alivio es para mí teneros aquí en esta isla, pero aun aquí es posible que no estéis totalmente a salvo.

—¿Por qué he de preocuparme de la seguridad si lo que deseo es la muerte?

—Habéis estado haciendo esa pregunta desde hace veinte años. La respuesta es todavía la misma. Porque os importa Roma.

—Un agujero pestilente.

—De acuerdo, y es lo que creéis vos. Pero he aquí una idea. No queréis pasar a la historia como el hombre en cuyas manos se deshizo el Imperio. Y los imperios son frágiles. Pensad en cómo el de Alejandro se disolvió tan sólo unos años después de su muerte. No queréis que los historiadores escriban que Tiberio, debido a una débil indiferencia y a una falta de resolución que se apoderó de él en la vejez y corrompió su capacidad de juzgar a hombres y acontecimientos, permitió que el Imperio que había heredado de Augusto fuera destruido en una guerra civil y en rivalidades intestinas. Mejor atacar ahora para impedir el desastre. A veces es necesario ser brutal para ser bueno...

Pero yo dudé. Oía el ruido de las olas lamiendo las rocas y veía la luna reflejarse en el agua. Se había puesto en tela de juicio mi capacidad para juzgar; pero yo aún recordaba cómo el joven Nerón me había abrazado después de la muerte de mi hijo y me había dicho que deseaba que yo pudiera llorar, por mi propio bien. Su emoción me había resultado embarazosa, pero no podía creer que un muchacho capaz de tanta compasión fuera también capaz de estar planeando mi muerte.

—Vamos primero a comer —dije.

Sejano se acomodó en su diván, y rompió una pinza de cangrejo.

—Bueno, hay que recordar —comentó— que el joven Nerón es un hipócrita consumado.

Al final, llegamos a una solución intermedia. Lo hice así porque no podía ni creer los informes que Sejano me había traído, ni rechazarlos. Así que le mandé de vuelta a Roma con una carta para el Senado en la cual me quejaba, en frases cautelosas y términos oscuros, de las sediciosas implicaciones de la hostilidad de Agripina contra mí; si a una dama de su rango, observé, se le permite hablar con el desenfreno que, según informes, utiliza habitualmente, entonces otras, que no tienen la relación familiar íntima conmigo, se sentirán libres para expresar pensamientos de insubordinación y desobediencia. Pronto toda autoridad sería puesta en

entredicho y, sin autoridad, la República estaría en peligro. No me importaban los insultos dirigidos a mi persona, porque me había acostumbrado hacía mucho a soportarlos. Medio siglo de vida pública me había endurecido contra improperios puramente personales. Pero el Senado me había confiado responsabilidades y yo no podría cumplir de forma adecuada los deberes que se me encomendaban, si mi autoridad era materia de discusión. En cuanto a Nerón, me contenté con llamar la atención del Senado acerca de las consecuencias políticas de su licencioso comportamiento.

Se nos honra solamente si nos comportamos honorablemente, y la honestidad de la vida pública depende de la honestidad de la conducta privada de aquellos a los que el Senado ha otorgado autoridad, así como la de aquellos que los rodean, incluyendo miembros de su propia familia. He tratado, en pasadas ocasiones y en conversación, de persuadir a este joven, por el cual siento un gran afecto, de que se compone de manera más digna. Dispuse que se casara con mi querida nieta, esperando, al hacerlo, que sus encantos y sus virtudes logaran lo que mis anteriores súplicas no habían logrado. Ahora, con gran aflicción por mi parte, me entero de que la experiencia del matrimonio no le ha hecho alejarse de la práctica del vicio. Si Nerón se entrega a él a la vista del público, este hecho no puede por menos de acarrearle desprecio y por añadidura ese desprecio puede transferirse a otros miembros de la familia, incluso hasta a mí, y por extensión a vosotros, senadores de Roma, y llevándolo más allá, afectar a toda la estructura de la autoridad legítima. Por lo tanto, os dirijo esta carta con la esperanza de que mi reprimenda legítima, respaldada, como espero lo sea, por la unánime expresión de vuestra natural y apropiada repugnancia, logre lo que mis recomendaciones privadas no han logrado. Todo esto persuadirá a este joven, que posee tantas cualidades y en quien adivino — dejando aparte el asunto a que me refiero mucha valía natural, a que cambie su forma de vida, deseche los vicios que corrompen su carácter y deslustran su fama, y así viva de una manera más digna de su alcurnia de noble romano y biznieto del Divino Augusto.

Sejano no estaba satisfecho con esta carta. Se quejó de mi moderación, incluso timidez. Me dijo que me destruiría a mí mismo con el instrumento de mi propia benevolencia.

No estoy seguro de cómo se recibió mi carta, porque he obtenido informes contradictorios. Parece ser que sorprendió a los senadores. No

sabían lo que yo quería que ellos hicieran, aunque a mí me parecía que estaba claro. Uno de ellos, Mesalino, se puso en pie para pedir que se condenara a muerte a Agripina y a Nerón, pero no dijo qué acusación podría justificar esta condena. Entonces Julio Rústico, un hombre al que hacía tiempo respetaba y a quien había dado el cargo de levantar acta de la reunión senatorial, trató de calmar a la asamblea arguyendo —correctamente, como mi informe debía haber puesto en claro— que la emoción no se debía someter a votación. Era inconcebible que yo hubiera querido eliminar a la familia de Germánico. Lo único que se requería del Senado era acusar recibo de la llegada de la carta y de su contenido, con la esperanza de que su mesurada y digna forma de expresión sirviera de pública advertencia a los dos miembros extraviados de la familia imperial. Eso era todo lo que deseaba el emperador.

Noticias de la carta alarmaron a la multitud. Se congregaron alrededor de la casa del Senado, manifestando a gritos su apoyo en favor de Nerón y Agripina. Esto inquietó aún más a los senadores. Dudo de que la aparición de la multitud fuera espontánea. Se me informó de que algunos de ellos decían que mi carta estaba falsificada: Tiberio no podía favorecer ningún plan para destruir a su propia familia. Si este informe era verdad me parecía a mí que los agentes de alguien habían inculcado esta idea en sus mentes.

Pero ¿de quién? Yo me estaba ya dando cuenta de que mi retiro a Capri había hecho más difícil el que yo supiera lo que estaba pasando. Estaba más que nunca a merced de la información que recibía.

Mi carta no surtió el efecto deseado de persuadir a Agripina o a Nerón de que cambiaran su forma de comportarse. De hecho pudo haber tenido el efecto contrario. En un plazo de menos de un mes de su aparición, Sejano me mandó un mensaje informándome de que habían tenido lugar nuevas comunicaciones entre los dos y las legiones germánicas.

Apareció en Capri sin anunciarse previamente, algo que nunca había hecho.

—La situación —dijo— es crítica.

Era una mañana hermosísima. Me había bañado temprano y estaba desayunando con Segismundo y otros miembros de la familia que había llevado a Capri, cuando se me dio la noticia de que un barco se aproximaba a la isla. Llegadas que no se han anunciado son siempre inquietantes, y Segismundo se esforzó en calmar mis sospechas. Fue un alivio cuando supe

que era Sejano el que iba a bordo. No obstante le reprendí por haberme cogido por sorpresa.

—La situación es crítica —repitió. Habló de manera brusca, sin afabilidad. Se manifestó insensible a la belleza del paisaje y de la mañana—. No entendéis —dijo—, os negáis a entender el peligro en que nos encontramos. Se están tramando conspiraciones por todas partes. Si queréis que os hable con franqueza, me parece que no puedo confiar en las precauciones de seguridad en vuestra propia casa. Si permito que se conozcan mis movimientos de antemano, se hace más difícil protegeros. Pensad en qué situación os hallaríais si yo fuera asesinado. Y no hay nada que les gustaría más que esto. Sin mí, estaríais aquí indefenso. Seríais como un prisionero. No sería necesario mataros o ni siquiera arrestaros, aunque por supuesto se desharían de vos tan pronto como pensarán que lo podían hacer impunemente. Y esto no tardaría mucho.

Estaba sentado al sol, sudando. Había hecho marchar a todos mis acompañantes y apostado guardias en la entrada que conducía a la terraza, y más guardias en la antesala por la que se aproximaba uno a la terraza.

—Me he arriesgado saliendo de Roma.

Yo le dije que no comprendía por qué había venido.

Él suspiró. Se levantó y anduvo a zancadas hasta el extremo de la terraza que da a la hermosa bahía que yo estaba seguro no había visto. Permaneció de pie dándome la espalda mientras el silencio se iba alargando. Entonces se dio la vuelta, con una expresión ceñuda.

—Puede pasar cualquier cosa mientras estoy fuera —dijo—. He dejado a cargo a hombres de confianza, pero hasta los hombres honrados pueden ser sobornados. Lo que se está fraguando es más que un complot, más que una rebelión. Es una revolución. Agripina invita a cenar a su casa todos los días a diferentes senadores. Las cartas vuelan en ambas direcciones entre ella y las legiones en Germania. He aquí un ejemplo.

La carta que me pasó era evidentemente sediciosa. Pedía al comandante de las legiones de allí mantenerse listo para el día que pronto llegaría: «Tan pronto como actuemos contra el Toro, o estemos preparados para actuar contra él, te lo haré saber. Entiendo naturalmente que no debes comprometerme hasta que estés seguro de que se le ha eliminado».

Sejano echó hacia atrás la cabeza con ese gesto provocativo que yo había amado una vez.

—Yo soy el Toro —dijo.

—¿Y esto es auténtico?

—Sí.

—¿Estás seguro?

—Sí.

Cuatro semanas antes, uno de los libertos más leales a Agripina había salido de la casa disfrazado de comerciante egipcio en piedras preciosas. Se había escapado del agente de Sejano en Ostia, pero el agente descubrió que se había embarcado rumbo a Marsella. Se enviaron mensajes al gobernador de la ciudad para que interceptara la huida del comerciante pero habían llegado con retraso y el hombre de Agripina había logrado salir de la ciudad. Se mandó una tropa de caballería detrás de él y se le había detenido en la puerta Augusta de Lyon. Llevaba encima la carta. No tenía escrita ninguna dirección pero se había interrogado al liberto y, bajo tortura, había revelado el nombre del destinatario.

Sejano dijo:

—No es probable que Agripina actúe hasta que haya tenido un acuse de recibo, pero, si éste no llega, tal vez decida moverse por temor de que se haya descubierto todo. No se atreverá a dirigirse directamente contra vos en tales circunstancias pero ciertamente actuará contra mí. Como podéis ver, eso no depende de la confirmación de ayuda por parte de las legiones germanas. Aquí tenéis la segunda página de la carta:

En lo que al viejo se refiere, habrá suficiente tiempo, una vez que estemos en control de la maquinaria del estado, para decidir su destino. Sé que tienes aún tiernos sentimientos de lealtad, y éstos serán respetados. Por consiguiente puedes decidir, en conversación con mi hijo, que hasta cierto punto comparte tus sentimientos, si se le debe hacer prisionero donde está, o en alguna otra isla menos saludable, como aquella a la que se desterró a mi madre, o si se debe uno deshacer de él de forma más definitiva. Debo decir que, en favor de nuestra seguridad general, yo me inclino por la segunda opción, ya que ¿quién puede saber el número de adictos que tiene todavía o de qué manera puede su supervivencia actuar como un foco de oposición?

Sejano sonrió por primera vez esa mañana. Yo levanté los ojos de la página, como impelido por su sonriente y fija mirada.

—Yo creo que ésta no es su letra.

—No. Ha dictado la carta.

—¿Estaría dispuesta a confiar en un esclavo o liberto en un asunto así?

—Evidentemente, puesto que lo ha hecho. ¿Qué otra persona podría haberla redactado? Estoy de acuerdo con vos en pensar que es una acción imprudente.

—Extrañamente imprudente...

—Imprudente, sí, pero no extrañamente. Yo he sabido siempre que nunca habéis entendido a Agripina. Cree que las reglas normales no tienen nada que ver con ella, y en consecuencia desdeña las precauciones que cualquier persona sensata tomaría. Por añadidura está tan llena del orgullo de su propia popularidad que no puede concebir que uno de los suyos sea capaz de actuar en contra de ella. Además, en este caso, ha tenido razón. No ha sido traicionada...

Su impaciencia y su certeza me inquietaron. En los primeros años de mi carrera militar aprendí a sospechar de cualquier curso de acción que se recomendara con demasiada vehemencia. Cuando quiera que un hombre demuestra excesivo entusiasmo en recomendar una norma de conducta, se puede estar cierto de que algo no funciona en algún aspecto. Sejano estaba acostumbrado a mantenerse alerta a mis cambios de humor; percibió un olorcillo de mis dudas.

—Dudáis —dijo— porque no queréis creer que Agripina pueda desear vuestra muerte aun teniendo suficiente evidencia de que lo ha deseado más que cualquier otra cosa en este mundo. Nunca habéis aceptado el que ella crea realmente que Pisón asesinó a Germánico y que vos instigasteis el crimen. Desde entonces le enloquece la idea de la venganza...

Yo no contesté. Sentí la fuerza de su mirada. Yo había hecho a Sejano porque así lo había deseado y ahora tenía la impresión de que se escapaba de mis manos, de que lograba una fuerza autónoma. Me sentí consciente de mi edad y de las debilidades e indecisiones de la vejez. Miré hacia abajo, hacia el mar. El sol arrancaba reflejos del agua y había niños jugando, con voces alegres, en los bajíos. Sejano seguía la dirección de mi mirada.

—Comprendo que sea una tentación —dijo— imaginaros, en esta isla paradisíaca, que os habéis escapado del mundo.

Se sentó en el muro de la terraza y desmenuzó fragmentos de gravilla entre sus dedos. Un gato se restregaba contra mis piernas y yo me incliné y pasé mi mano por su suave pelusa. Sejano tiró piedrecitas por encima del muro y parecía estar esperando un sonido que nunca llegó.

—Yo no estoy fuera del mundo —continuó—. Estoy en el centro de esta terrible confusión teñida en sangre. Rescatasteis a ese muchacho germano de la arena pero me dejasteis allí a mí para que luchara vuestras batallas. Pues bien, he de haceros una confesión. Tengo miedo. Seguro que nunca creisteis que me ibais a oír reconocerlo. Tengo tanto miedo como el muchacho germano cuando yacía en la arena mientras el mundo se apartaba violentamente de él y le dejaba de cara a la muerte. Tal vez vos sintáis una indiferencia hacia la muerte, Tiberio, y yo la sentiría también si la muerte fuera en el campo de combate. Pero este temor es diferente. Es el terror que os acecha por la noche. Cuando un suplicante se acerca a mí, me pregunto si será el asesino que me han enviado. Trato de tranquilizarme: «Lo han cacheado mis guardias —me digo—. No es posible que esté armado.» Y entonces me pregunto si los guardias han sido sobornados. Estos son los pensamientos, indignos de un hombre, a los que me ha condenado mi indiscutible lealtad a vuestra persona y a vuestros intereses.

—Muy bien —respondí—, pero yo no quiero que se les condene a muerte... Escribiré en términos apropiados al Senado.

—Ahora —dijo.

Observé cómo el barco en que Sejano navegaba desaparecía poco a poco hasta hacerse invisible. Había rosas en mi terraza, mandé traer vino. Esperé.

El Senado, cierto ahora de mis intenciones, no pudo por menos de alegrarse al tener que dar la orden de que se arrestara a Agripina y a Nerón. Se aprobó unánimemente un voto de gracias por mi liberación de una conspiración vil. Algunos espíritus ardientes, creyendo agradarme, pidieron la pena de muerte. Esta vez no se manifestó ninguna multitud alrededor de la casa del Senado. Roma estaba más quieta y silenciosa que una tumba. Se envió a Agripina a la isla de Pandataria, para mantenerla encerrada en la misma villa donde su madre, mi pobre Julia, había vivido. A Nerón se le mantuvo prisionero en la isla de Pontia, donde habían languidecido varios de los amantes de Julia. Le di las gracias al Senado por la forma en que llevaban a cabo la protección de mi propia persona y elogíé ante ellos a Sejano llamándole «el compañero de mis fatigas». Cuando me volvió a

escribir reiterando su petición de que le dejara casarse con mi nuera, Julia Livila, no puse la menor objeción. Que haga lo que le plazca, si esto place aún a la dama. Le pedí solamente que continuara ocupándose de los hijos que había tenido con Apicata.

Semanas después de la detención de su madre, Druso me visitó en Capri. Yo no le había invitado porque me desagradaba el pensamiento de que a este joven, que había hecho todo lo posible para lograr la destrucción de su hermano Nerón, lo vieran muchos como su evidente heredero. Exigió alabanza por su lealtad y solicitó una recompensa. Había llegado ya la hora de que se le pusiera al frente de un ejército, dijo. Yo repliqué que confiaba el mando de un ejército a soldados con experiencia y que merecieran mi confianza, no a muchachos ignorantes. Se ruborizó.

—Es más —dije—, encuentro las expresiones de lealtad hacia mí menos sorprendentes que la indiferencia hacia el destino de tu madre. Donde los afectos naturales se marchitan, es difícil confiar en nobles sentimientos.

«Habéis hecho un enemigo de ese muchacho —escribió Sejano—. Regresó a Roma inspirado por la malicia contra vuestra persona.»

No lo pude evitar. Vi en Druso ese feroz y astuto servilismo que ha sido la ruina de Roma. Hoy son los idus de marzo, el aniversario del asesinato de César. Por supuesto, le precedió con mucho la corrupción de la virtud y esto fue un vano intento de purificarla. Marco Bruto, al menos, un hombre que ganó la admiración de todos los que se oponían a sus actos, vio ciertamente el asesinato como un acto necesario de limpieza. Se me contó que miró al cadáver mutilado de César y murmuró: «Necesidad cruel». Hubo una excepción al beneplácito general que Bruto recibió: mi padrastro siempre lo describía como presumido, tonto e ingrato; definía la conspiración contra César como «un loco sueño de ambiciosos defraudados, al que Bruto, que carecía de conocimiento alguno de cómo había cambiado la República desde las Guerras Púnicas, le dio una falsa respetabilidad».

Augusto tenía razón. Sin embargo, yo me pregunto a menudo si yo tal vez me hubiera encontrado entre los que se habían erigido en Liberadores. En algunos momentos estoy seguro de que sí me hubiera encontrado, porque me hubiera parecido la autoridad de una sola persona —una autoridad entonces en su infancia— tan repugnante como..., como la encuentro ahora cuando yo soy esa persona. Pero no obstante, si tengo una cualidad constante, se me debe otorgar la de claridad de juicio. ¿No hubiera

entonces mirado, como lo hago ahora, alrededor del Senado, y no hubiera encontrado allí una generación merecedora de la esclavitud, incapaz de ejercitar el control de las pasiones, del que depende el disfrute de la verdadera libertad?

No es sólo cuestión de moralidad, aunque a la larga todas las cuestiones políticas deben ser juzgadas conforme a ella. Es cuestión de una autoridad firme. Roma ha sido destruida por su propio Imperio; el sino de la República estaba escrito en la conquista de Grecia, Asia, África, Galia e Hispania. Toda mi vida, animada por sentimientos republicanos, ha estado dedicada a hacer imposible el establecimiento de la República. Y es gracias a Bruto y sus amigos como el inevitable principado tuvo su origen en el asesinato y la guerra civil.

He tenido estos pensamientos durante mucho tiempo. Miré a mi alrededor y no vi a ningún otro hombre, que no fuera Sejano, capaz de gobernar el Imperio. Druso era un canalla. Tenía mis dudas acerca de la estabilidad mental de su hermano pequeño, Cayo Calígula. Mi propio nieto Tiberio Gemelo era un muchacho encantador, pero nada en su naturaleza parecía indicar que sería un hombre de carácter. Tal vez la mejor protección para él sería que su madre se casara con Sejano y se le encomendara su cuidado, como Augusto me había encomendado a mí la educación de Cayo y Lucio.

¿Seguramente, pensé, podía confiar en Sejano? La nobleza, celosa de su comparativamente humilde origen, se rebelaría si se le ascendía abiertamente al rango del que Augusto había disfrutado, y yo había tolerado; pero podía ser el poder, por así decir, detrás del trono, el trono de mi nieto. Anuncié que, como había sido durante tanto tiempo el compañero de mis trabajos y fatigas, le iba a honrar haciéndole mi colega en el consulado para el año venidero.

Este anuncio le demostró a Druso que no había sacado nada en limpio por traicionar a su madre y a su hermano. Reunió en torno a sí a un grupo de nobles atolondrados, disolutos y descontentos. Sus conversaciones en la mesa olían a sedición rancia. Esto se me comunicó y yo se lo transferí al Senado, que ordenó la detención de Druso. Pendiente de una investigación completa, se le mantuvo en su casa en forma de arresto domiciliario. Yo di órdenes para que se le vigilara estrictamente y se le prohibiera cualquier forma de compañía.

Agripina, al oír la noticia, inició una huelga de hambre. Se dieron órdenes para que se la obligara a comer. Se resistió. En lucha con sus guardianes, recibió un golpe que le hizo perder la vista del ojo izquierdo.

¿Es el azar el que todo lo gobierna? Recibí una carta de Antonia, la viuda de mi hermano, madre de Germánico, diciendo que esperaba hacerme una visita, tal vez de unos días, mientras estaba de vacaciones en su villa en la bahía de Nápoles. Estaba inclinado a decirle que no, aunque siempre me ha gustado Antonia y la he admirado. Tenía miedo de que viniera para defender la causa de sus nietos Nerón y Druso; no la de su nuera Agripina. De esto último estaba seguro porque nunca le había tenido el menor afecto. Hubiera sido embarazoso el tener que aguantar su intercesión a favor de ellos. Así que le escribí una carta diciéndole que no me encontraba bien y que no podía recibir visitas.

Pero no llegué a enviarla. Me distrajo otra carta que recibí. Era de Sejano. Me pedía que le concediera el poder tribunicio, ese cargo republicano que Augusto había utilizado como un mecanismo que le permitiera iniciar y poner el veto a la legislación, y asegurarse de que su persona era sacrosanta, y que él me había otorgado a mí. De hecho yo había estado pensando si no se le debía conceder a Sejano, pero había dudado, porque sabía cómo esta designación estimularía el descontento y la envidia. Pero yo seguía pensando en ello. Por otra parte, había algo en el tono de la carta de Sejano que me desagradaba, una nota perentoria, como si no tuviera nada más que hacer para que se le concediera que pedirlo. Había una sugerencia entre líneas de que con este poder se vería libre de mi autoridad. No se decía claramente. Tal vez, el mismo Sejano no supiera que estaba allí, pero yo percibí un tufo de arrogancia e impaciencia que me intranquilizaron.

En mi perturbación me sentí invadido de nostalgia. Cuando pensé en Antonia, dejé a un lado mis temores acerca de lo que me pediría. Fui capaz de olvidar el sumidero de la Roma política, con su oficina privada de espionaje, su hedor de conspiración, su atmósfera infestada de sospechas y temores: en su lugar vinieron a mi mente recuerdos de conversaciones bajo los castaños, conversaciones que se alargaban hasta la puesta del sol y abarcaban, de la manera más afectuosa y sincera, el panorama total de la experiencia humana. Al hablar con Antonia, pensé, podría participar en una especie de comunión con mi difunto hermano. Y recordé que en aquellos días lejanos Antonia y yo habíamos estado unidos por la más pura forma de

afecto, la que existe entre un hombre y una mujer cuando sólo sopla la más ligera brisa de deseo sexual —un deseo que por razones imperativas nunca se convertirá en acción: un afecto que flota como una balsa en un lago a la luz del sol de una tarde de verano, que no puede terminar nunca.

Íbamos a tener un día feliz antes de su llegada. Segismundo se había enamorado de una chica de la localidad, una griega llamada Eufrosine, cuyo padre practicaba como médico en Nápoles, pero tenía una pequeña villa en Capri, que se la había regalado Augusto en reconocimiento de ciertos servicios. Habría sido un matrimonio socialmente inadecuado, si no hubiera sido por mi ayuda. Milcíades (el padre) nunca habría accedido a que su adorada hija se casara con alguien tan inapropiado como un liberto germánico, que, por añadidura, había sido un gladiador, si ese liberto no hubiera sido también mi protegido. En lo que a mí se refería, yo estaba encantado con esa unión. Eufrosine era una muchacha encantadora, de ojos negros y abundantes rizos también muy negros, una criatura creada para el placer, pero al mismo tiempo tierna e ingeniosa. Verlos juntos era una justificación del Imperio, porque, ¿qué otra cosa sino Roma misma hubiera podido reunir a estos dos perfectos, pero físicamente opuestos, seres? Su felicidad y el placer que derivaba el uno del otro nos envolvían a todos. Yo di mi bendición al matrimonio, pidiendo solamente a cambio que permanecieran en mi casa.

Antonia llegó temprano, mientras estábamos aún celebrando. Tenía el cabello blanco, pero conservaba esa serena belleza que había heredado de Octavia, su madre.

—Tienes que perdonarme —dijo—, nunca me atengo exactamente a mis planes por razones que te explicaré más adelante. Mientras tanto, Tiberio, ¡qué placer es verte de nuevo y con un aspecto tan bueno y tan feliz!

—Has llegado en medio de una ocasión también feliz —dije—, y tu llegada, Antonia, aumenta esa felicidad.

—¡Ah! —dijo—, ¡si Roma pudiera verte en este momento tan inocentemente ocupado en tu papel de, digamos, padrino, la gente se avergonzaría de las procaces historias que tanto les gusta contar, una y otra vez!

—Estás corriendo el riesgo de echar a perder mi placer por el solo hecho de mencionar ese lugar.

—Eso es lo último que quisiera hacer —replicó, pero una nube pasó por su rostro—. Es extraño —dijo— el que hayamos logrado continuar siendo amigos.

—Tenemos nuestro amado Druso y muchos recuerdos en común.

—Y sin embargo no puedo ir a ningún sitio sin que se me diga que tú eres el enemigo de la familia.

—Tú y yo no podremos ser nunca enemigos, Antonia. Recuerdo con la más profunda gratitud cómo te negaste a creer los viles rumores acerca de la muerte de Germánico.

—Sabía que eran todas mentiras. Sabía que tú nunca hubieras podido tener parte en la muerte del hijo de tu hermano. Ahora dos de sus nietos están prisioneros por orden tuya.

—Por orden del Senado.

—A petición tuya...

—Si hubieras visto la prueba...

Desvió su mirada y sus ojos grises se llenaron de lágrimas. Una ligera brisa nos trajo susurros del océano. El mármol veteado de azul de la terraza brillaba como un escudo a la luz del mediodía. Estábamos sentados a la sombra, bajo una pérgola de rosas trepadoras.

—He venido un día antes —dijo—, porque he decidido no anunciar con precisión mis movimientos. Más que eso: no me atrevo. Y he traído a Cayo Calígula conmigo porque... —hizo una pausa y me miró a los ojos con una mirada inocente que yo quería soslayar pero de la que no podía escaparme—, porque tengo miedo de lo que pueda pasarle si no está contigo.

Entonces empezó a hablar de Cayo. Era un muchacho insatisfactorio, propenso a cambiar bruscamente de humor, desorganizado, inclinado a repentinos arranques de risa y ataques de mal genio, ambos aparentemente sin motivo justificado. Desgraciadamente el muchacho tenía ramalazos de crueldad (yo le recordaba, como si lo tuviera ante mis ojos, con su pelo color de estopa, desgredado, como un niño de los barrios bajos, saltando de su asiento en el anfiteatro y gritando: «matadle, matadle» mientras Segismundo yacía desamparado y atemorizado en la arena). No obstante y tal vez precisamente porque era difícil, desmañado y propenso a terrores nerviosos durante la noche, Antonia lo amaba; Agripina, que, después de haberlo maleducado, llegó a detestarlo, hacía tiempo que había encomendado el cuidado de este hijo a su abuela, y ella sentía la especial

responsabilidad que las buenas mujeres sienten a menudo por su hijo más difícil. Ahora tenía miedo de lo que pudiera ocurrirle.

Tenía amigos, un año o dos mayores que él en su mayoría, procedentes de buenas familias, pero entregados a la disipación y a las conversaciones violentas. A Antonia no le parecía bien la influencia que pudieran tener en él, pero la causa de su alarma era más profunda.

—No sé cómo decir esto —dijo— sin enojarte.

—Antonia, no me vas a enojar, porque sé que hablas como una buena amiga.

Puso una mano en la mía. Los huesos de la vejez se encontraron en mutua promesa tranquilizadora.

Sospechaba de esos amigos, algunos de los cuales habían aparecido de repente, y tanto más porque había llegado a saber que todas estas charlas subversivas tenían lugar en banquetes en que predominaba la embriaguez. Así que había empezado a hacer averiguaciones acerca de ellos y se había alarmado al descubrir —dudó al usar la palabra «alarmado»— que dos de ellos habían sido también íntimos de Sejano. «Se los describió como sus protegidos. O en otras ocasiones como sus criaturas.» Y mantenían relaciones con él. Había encargado a alguien que siguiera a uno de ellos varias mañanas después de haber asistido a cenas con Cayo, ya en la propia casa de Antonia, o en la casa de otro miembro del grupo, o en una taberna. En cada una de estas ocasiones, el individuo en cuestión había ido directamente a casa de Sejano en el Esquilmo, y permanecido allí durante largo tiempo.

—La única consecuencia que puedo sacar es que había ido allí para entregar un informe... Tiberio —dijo—, mi nieto es violento y no sabe cómo controlar su lenguaje. Se deja influir fácilmente, porque no tiene confianza en sí mismo y por consiguiente está expuesto a la adulación. No sería difícil incitarle a que dijera estupideces, como no lo sería incitarle a que tomara parte en estúpidas... conspiraciones. Tengo miedo de lo que le pueda pasar, porque sé que un día, muy pronto, Sejano vendrá con la evidencia, y testigos para corroborarla, de que está mezclado en una sedición. Ésa es la razón por la que quiero meterlo en tu casa. Permanentemente.

Como yo no contesté, ella preguntó:

—Tiberio, ¿te llegó la prueba contra los hermanos de Cayo, Nerón y Druso, a través de Sejano...?

—Yo tengo confianza en Sejano...

—Donde reina la mayor confianza, allí está también la mayor traición.

Se aclaró la garganta con un ruido cortés de preparación. Cruzó las manos en el regazo y permaneció sentada, muy erguida.

—Nadie más que yo se atreverá a decirte lo que voy a comunicarte ahora. Al entregar tu total confianza a ese hombre, te has aislado a ti mismo. Él ha hecho de ti un misterio en Roma, y siempre se temen los misterios. Tú has hecho de él lo que es, pero ¿estás seguro de que no ha escapado a tu control? Cuando asegura que está actuando en interés tuyo, ¿estás siempre seguro de que no está en realidad poniendo el suyo por delante? Agripina ha sido tu enemiga, ciertamente es una mujer estúpida y amargada, pero ¿estás seguro de que no se hizo que sus hijos aparecieran como enemigos tuyos, gracias a los artilugios y órdenes de ese hombre? ¿Qué razón tienes para creer la prueba que ofrece, cuando yo te puedo mostrar cómo se ha tramado esa prueba?

—Nunca me ha dicho una mentira.

—Nunca te ha dicho una mentira que tú hayas descubierto que lo era. Mi pobre Tiberio —de nuevo puso su mano sobre la mía—, ésta no es la primera vez que has sido traicionado por el afecto, y confiado más allá del momento en que ha desaparecido la razón para confiar. A ti no te gusta oír lo que te estoy diciendo, pero si esos mismos pensamientos no se te han ocurrido a ti en momentos de duda y no los has puesto a un lado porque los encuentras intolerables, entonces, sin tener en cuenta nuestra vieja, duradera amistad, actuarás en contra de mí. Yo seguiré a las otras mujeres de nuestra familia a una prisión en una isla, y Sejano permanecerá como dueño absoluto del terreno y de tu mente. Pero si te estoy mencionando dudas que tú has tenido ya en lo más profundo de tu corazón, entonces sabrás que no son fantasías vanas e indignas, puesto que hay otra persona que las comparte. Te darás cuenta de que tú eres su víctima en la misma medida en lo que son Nerón y Druso o puede llegar a serlo mi pobre polluelo Cayo Calígula. Si no estás convencido, pídele un informe acerca del muchacho. Me apuesto cualquier cosa a que, con expresiones de aflicción, te presentará la prueba que considere necesaria para destruirle. ¿No se te ha ocurrido pensar que la persona que ha salido ganando de todas esas supuestas intrigas de mis nietos es precisamente ese hombre: Lucio Elio Sejano?

La noche se echó sobre mí como una manta de niebla húmeda. El sueño no llegó; a lo largo de mis horas de insomnio, temores y dudas me

afligieron, como clavos que un martillo hacía penetrar en mi cerebro. De madrugada, el coro de las aves marinas que volaban en torno a los acantilados se burlaba de la inquietud que me había enrojecido los ojos. Antes de separarnos Antonia había dicho:

—En Roma la gente habla ahora de ti como de un monstruo, entregado a otros vicios que no tienen nombre pero que todo el mundo está dispuesto a nombrar. Estas historias se divulgan y se creen. En una cena el otro día, alguien hizo la observación de que un día, cuando tomabas parte en un sacrificio, te encaprichaste con el acólito que llevaba la urna con el incienso, y apenas pudiste esperar al final de la ceremonia para sacar al chico del templo y asaltarlo; después le hiciste lo mismo a su hermano, el trompetero sagrado... ¿Quién divulga tales historias?

—El pueblo romano —dije, volviéndome de espaldas para ocultar mis sentimientos—, ha sido siempre procaz.

—Estoy de acuerdo.

—Ese es el tipo de historias que la gente inventa acerca de hombres en puestos de autoridad, y que a los demás les encanta divulgar. Contaron historias así del propio Augusto, aunque nadie que lo conocía las creyó.

—Pero la gente está dispuesta a creerlas de ti. ¿Por qué?

Por un instante sentí la tentación de contarle la visión que había tenido en la ladera de la montaña, y la promesa que el joven divino me había hecho. Pero esa promesa parecía ya un engaño; yo no estaba más cerca de la paz de espíritu que me había ofrecido a cambio de mi reputación. Además, Antonia podría creer que yo estaba sufriendo de las alucinaciones que acompañan a veces a la vejez, como las que afectaron a Livia.

—Tal vez simplemente porque me he retirado aquí —dije.

—Eso es ciertamente una razón para creerlas. Pero hay otra. Cuando oí esa historia por primera vez, decidí averiguar su origen. Se decía que procedía de Quinto Junio Bleso, que es, como sabes, el tío de Sejano. ¿Tú crees que ese hombre, que tiene poca valía personal y es un conocido cobarde, se atrevería a inventar una historia así, o, si lo hiciera, no se aseguraría de que su sobrino le respaldaba?

—Pero yo no logro comprender cómo puede servirle de provecho a Sejano el poner mi autoridad en peligro de esa manera.

Antonia suspiró.

—Tiberio —dijo—, eres demasiado razonable. Ése ha sido uno de tus defectos. Has adquirido una reputación de doblez simplemente por decir la

verdad. ¿No ves que has considerado a Sejano veraz porque te ha estado mintiendo continuamente? En cuanto a tu pregunta: sí, es provechoso para él que se te considere inestable, caprichoso y cruel, cercano a la locura. De esta manera cualquier hecho vicioso o carente de popularidad se te puede atribuir a ti, mientras que Sejano adquiere la fama de ser el único hombre capaz de controlar tus inclinaciones crueles y violentas. ¿Ves? —concluyó Antonia—, he probado mi propia confianza en tu imperecedera valía personal porque si le hubiera hablado así a un hombre que fuera realmente como os describen, no vería el día de mañana.

—Si has dicho la verdad, Antonia —dije—, ojalá que no lo llegara a ver yo.

No me rendí a sus sospechas en nuestra conversación y luché por no entregarme a ellas en mis horas de insomnio. Si Sejano era falso, entonces la roca sobre la que había construido mi vida, no la certeza de su lealtad, sino más bien mi propia fe en mi capacidad de conocer a los hombres, se desmoronaría. Durante dos días no pude hacer nada que confirmara o rechazara las alegaciones de Antonia. Fingí que estaba aquí simplemente en visita amistosa, pero aproveché también la oportunidad para observar a Cayo Calígula de cerca. Mi escrutinio no consiguió tranquilizarme. Aparte de cualquier otro defecto, el muchacho era evidentemente una persona con la que no se podía contar. Era capaz de discutir con vehemencia un punto determinado, y horas más tarde, en la comida siguiente, por ejemplo, afirmar lo contrario, sin darse cuenta de ninguna contradicción. Por ejemplo, durante la comida citaba a Homero haciendo la observación de que «no había nada en este mundo más perfecto que el verso homérico o un héroe homérico» y en la cena afirmaba que lo mejor que había hecho Platón fue su decisión de excluir a Homero de La República porque, como lo expresó el muchacho, «los poetas son mentirosos que nos dicen que la vida es noble».

Tal vez no lo sea, pero es mejor que los hombres jóvenes creen que lo es, y Cayo era muy joven, sólo diecinueve años.

Después dijo que nadie debe entrar en el matrimonio en estado de virginidad, para afirmar con un ardor que no era necesario unas horas más tarde que si descubría que su esposa no era virgen la ahogaría con la almohada de la cama matrimonial.

No podía hacer caso omiso de las palabras de Antonia simplemente porque el muchacho tuviera un carácter desagradable (otro aspecto

desagradable de esto era que, a causa de haber sido educado en Roma con un cierto número de príncipes tracios, había absorbido todo tipo de ideas acerca de la dignidad real y de lo que se le debe a la realeza, que yo encontré ofensivas). Escribí a Sejano en términos dictados por la cautela. Antonia había traído aquí a Cayo de visita, dije, y le agradecería que me mandara, bajo sello, una copia del expediente del muchacho. Había cosas acerca de él que yo encontraba inquietantes, le dije.

El mensajero volvió inmediatamente. Sejano me escribía alarmado al oír que Cayo estaba conmigo. Yo no debía confiar en él. Sentía hostilidad hacia mí y hablaba a menudo de que deseaba mi muerte. Debía tomar precauciones para protegerme de un intento de asesinato.

Citó sus testigos. Eran esos nobles a quienes, según Antonia, él había empleado para que espíaran a Cayo y, según insistía ella, para provocarle a que expresara intenciones desleales. «Estos jóvenes —escribía Sejano— se escandalizaron de tal manera al oír la forma en que hablaba el joven príncipe (como a él le gusta considerarse) que, sin que yo se lo pidiera, vinieron voluntariamente a denunciarle.»

Una vez, de campaña en Iliria, llegué a un pueblo que acababa de sufrir un pequeño temblor de tierra. No había muerto mucha gente, pero el daño físico era aun así asombroso. Recuerdo a una anciana mirando atónita una grieta que había aparecido en el suelo de su choza. Las paredes estaban todavía en pie, el tejado estaba en su sitio, pero había esa grieta, de dos pies de ancho y de una longitud mayor que la de una lanza; sus gallinas y su gallo habían caído en las profundidades de ella. Algunos de los animales habían tal vez perecido ahogados; otros cloqueaban y graznaban con indignación y con un asombro que reproducía exactamente, por así decir, la expresión en el rostro de la anciana. Yo ahora comparto los sentimientos de aquella anciana y de su gallo: la vida había perdido sus cimientos.

Se me ocurrió pensar que estaba más aislado que nunca. Yo era un prisionero, porque me había puesto en manos de Sejano. No había un solo oficial en mi estado mayor a quien él no hubiera nombrado. No podía estar seguro de que mi correspondencia con los gobernadores de las provincias y los jefes del ejército no estuviera sometida a escrutinio por los agentes de Sejano. Ni tampoco podía creer que recibía todas las cartas que se me dirigían; era muy posible que cualquiera que Sejano considerara inadecuada por una u otra razón fuera interceptada y destruida. Casi todo lo que yo

sabía era lo que él quería que supiera, y mi conocimiento del mundo era el suyo.

Él había fomentado todas mis sospechas y yo ahora me encontraba, como resultado de la revelación que Antonia me había hecho, redoblando esas sospechas. Me di cuenta de que no podía estar seguro de nada. Unos meses antes, por ejemplo, había invitado a un viejo amigo, Pomponio Flaco, a quien tiempo atrás había nombrado gobernador de Siria, a pasar unas semanas de su retiro, como invitado mío. No aceptó la invitación. Flaco estaba demasiado enfermo para emprender el viaje. Ahora me pregunto si se recibió la invitación o si se falsificó la respuesta. Mis sospechas podían haber sido injustas en este caso; eso no alteraba el hecho de que las tenía.

Sejano me había enseñado a temer a otras personas. Apenas habíamos tenido una conversación en años recientes en la que él no hubiera mencionado el problema de mi seguridad personal o mencionado los nombres de aquellos que estaban conspirando para asesinarme. Ahora yo había aprendido a temerle a él.

Tenía una sola ventaja. Sejano tenía que seguir creyendo que yo tenía absoluta confianza en él. Era necesario que lo siguiera creyendo. Por consiguiente, le escribí dándole las gracias por precaverme contra Cayo y sus amigos, y por sus continuos esfuerzos en mi favor. «Lo único —dije— que me permite soportar la ingratitud y la falta de seriedad y sentido del deber en los hombres, es la confianza que he depositado en ti, el único hombre que no me ha traicionado.» En la misma carta le confirmaba el hecho de que sería mi colega en el consulado el año siguiente y le recordaba que había sido parco en la forma de asumir esa dignidad: compartiendo consulados sólo con Germánico y con mi hijo Druso. La implicación era, esperaba yo, bien clara: habían sido mis elegidos, designados sucesores. No tenía necesidad de delectarle a Sejano la importancia de este honor. Ofrecía también, con indirectas, el poder tribunicio «cuando llegue el momento oportuno». Sentí la tentación de satisfacer su deseo de que se le otorgara esto, con la esperanza de que un regalo así le arroparía en agradecida seguridad de que todo iba bien. Pero dudé, refrenado por un nuevo temor. Sejano había planeado el aislarme y el controlarme: ¿no sería capaz de decidir, al sentirse protegido por este poder y confiado en su autoridad, que ya no se me necesitaba y por lo tanto se me podía eliminar sin peligro? Así que prometí más de lo que entregué; dejémosle, me decía a mí mismo, que tenga aún algo que pueda recibir de mi mano.

Era necesario reavivar entre los senadores los sentimientos de solidaridad y apoyo hacia mi persona. De acuerdo con este plan, ordené que el juicio de Lucio Arruntio, acusado de traición por los agentes de Sejano, se suspendiera. No había, escribí, suficientes pruebas. Corriendo un riesgo, hice que Segismundo llevara esta carta a Roma y se la entregara al cónsul Memnio en persona. Como Memnio era primo político de Arruntio, confiaba en que obedecería mis instrucciones sin consultar a Sejano. Pero pasé unos días intranquilo hasta que supe que lo había hecho, y aún más hasta que Segismundo volvió sano y salvo a Capri.

He de confesar que yo había dudado antes de confiarle a Segismundo este mensaje. Sentía un amor cálido y tierno por este muchacho, deleitándome en la felicidad de su matrimonio, y naturalmente estaba seguro de que mi confianza en su valía personal estaba bien fundamentada. Y sin embargo, al mismo tiempo, no podía estar cierto. Me atormentaba pensando en métodos, halagos y amenazas que Sejano pudiera haber utilizado para sobornar al muchacho. Cuando Segismundo regresó, le llamé a mi presencia, en privado, y oí su informe, abrazándole con un calor que procedía del alivio tanto como del afecto.

Escribí a Sejano diciendo que había oído rumores de murmuraciones contra mi autoridad, incluso de conspiraciones contra mi persona, entre los oficiales de la guardia pretoriana. Le agradecería que investigara este asunto y, antes de tomar ninguna decisión, me suministrara los nombres de cualquiera de quien él tuviera razón para sospechar en relación con estas acusaciones. Él replicó que tenía absoluta confianza en casi todos estos oficiales que, me recordaba, él mismo había nombrado después de examinar cuidadosamente sus méritos. No obstante, cualquier cesto puede contener una manzana podrida y él no podía negar la presencia de manzanas así. Mencionó un número de ellos, el principal de los cuales era un tal Macrón, un calabrés, el tipo de hombre que está descontento con la vida porque ninguna consideración que se le tribute puede estar a la altura de la propia estimación de sus cualidades. Además, añadió, este Macrón había estado asociado primero con Nerón y luego con Cayo. Estaba relacionado con todos esos jóvenes turbulentos que habían incitado a Cayo a que se sintiera descontento y a que iniciara esa actitud desleal en la que había persistido, hasta que mi invitación a Capri le apartó temporalmente de esas malignas influencias.

—Segismundo —dije, e hice una pausa, incapaz de preguntarle si me amaba, si podía confiar en él, si arriesgaría su vida por mí. No forma parte de mi carácter el preguntar esas cosas a las personas; nunca, desde que se me privó de la compañía y el amor de Vipsania.

—Amo —replicó, y aguardó. Sus labios se curvaron en una sonrisa.

—«Amo» no —dije yo—. No llames «amo» a ningún hombre, querido muchacho.

Yo estaba tendido en la cama, débil, como afectado por una fiebre nerviosa. La luz del sol entraba a raudales en mi alcoba. Iluminaba la dorada pelusa de las mejillas del muchacho. Yo sentía ardientes deseos del alivio que me proporcionaría su fuerza, la seguridad de algo que nunca le podría exigir. Di unas palmaditas en la cama y le indiqué que se sentara allí.

—Estáis preocupado —dijo—. Lo he sabido desde hace mucho tiempo. Recordad una cosa: os debo todo lo que poseo, hasta mi vida. Nunca lo podré olvidar. Haré todo lo que deseéis de mí.

Sus palabras me avergonzaron. Creo que hasta lloré al oírle hablar así. Ciertamente los ojos se me arrasaron con las fáciles lágrimas de la vejez. Por un momento no pude ni hablar.

—Es tu vida —le dije— lo que estoy pidiendo otra vez de ti. Pero no hay nadie en quien pueda confiar. ¿Temes a Sejano?

No lo miré cuando hice esta pregunta, así que no sé si su rostro palideció o sus ojos relucieron.

—No —dijo—, le odio, que es diferente.

—¿Le odias?

—Me sedujo utilizando la violencia. Me hizo hacer cosas que me repugnaron. —Segismundo se sonrojó al recordarlo—. Me dijo que si no accedía, él os diría cosas que no eran verdad pero que él os haría creer. Dije que no las creeríais, pero él me aseguró que siempre podía haceros creer lo que él quería que creyerais, incluso cuando vos no queríais. Así que me trató como si fuera una mujer y peor que a una mujer.

Nada podía decir que le consolara. Las cosas permanecen con uno y las palabras no pueden curarlas. Pero mi nueva cólera contra Sejano era más feroz y estaba inflamada o corrompida por celos o por envidia, porque él había hecho algo de lo que yo me había privado. Así que abandoné la prudencia y le dije a Segismundo lo que quería que él hiciera.

Segismundo salió de la isla y se puso en camino hacia Roma. Viajaba solo y disfrazado. Yo le había dado un salvoconducto imperial como

protección pero le dije que no lo usara excepto en circunstancias extremas. Era mejor que nadie sospechara de su relación conmigo. Le di también mi sortija de sello y le advertí que estaría en peligro si se la encontraban en su persona, porque sería muy fácil acusarle de robo.

Sonrió.

—Me la meteré en el culo —dijo.

Ojalá hubiera podido forzarme a devolverle la sonrisa.

En su ausencia recibí otra carta de Sejano. Rebosaba placer ante los honores con que yo le había distinguido, el más reciente de los cuales era su nombramiento al sacerdocio de los Hermanos de Arval. Dijo que estaba abrumado por el honor que le había conferido al proponerle como el sucesor de Germánico y Druso en el consulado. Insinuaba que la concesión del poder tribunicio haría su satisfacción completa. Habló del deleite que experimentaba en su matrimonio con Julia Livila y del conocimiento de no ser digno de ser miembro de la familia imperial. Después pasó a comunicarme que Nerón había muerto.

El desdichado príncipe sedujo a uno de sus guardianes para que fuera cómplice de su huida de Pontia. Pero los otros guardianes sospecharon la relación entre los dos y me la comunicaron. Yo ordené que se mantuviera una estricta vigilancia, y apresaron a los dos cuando se metían en un barco. Tuvo lugar una lucha en la cual ambos resultaron muertos. Siento tener que informaros de que Nerón manifestó una cobardía lamentable en sus últimos momentos, y murió suplicando que le perdonaran la vida, como una mujer.

La arrogancia de su carta me molestó.

—Parece —le dije a Antonia— que ya no se molesta en hacer que su historia sea coherente.

—Druso será el siguiente —dijo—, y después mi pobre Cayo, a no ser que tú tomes tus medidas...

—¿Qué puedo hacer? —dije, porque no me atrevía a revelar mis planes ni siquiera a Antonia. Tampoco podía esforzarme en decirle que sería superfluo asesinar a Druso.

Si los informes que recibí eran dignos de crédito, sus sufrimientos le habían privado de razón. Insultaba frenéticamente, vociferando inmundicias

con palabras soeces, dirigidas sobre todo a mí, pero también a su madre Agripina, y se negaba a comer.

Cuando Segismundo llegó a la ciudad, se dirigió a una taberna en la Suburra, regentada por un germano de su propia tribu que había sido uno de mis esclavos y a quien yo coloqué en esta ocupación después de veinte años de honrado, aunque desesperadamente estúpido, servicio (no es cierto, dicho sea de paso, que todos los germanos sean estúpidos, algunos son astutos, otros, como Segismundo, indudablemente inteligentes; no obstante, los romanos creen siempre que son estúpidos porque hasta los más inteligentes retienen una ingenuidad que es ajena a nuestra naturaleza. Procede, creo, de su incapacidad para comprender la complejidad de la vida y a los seres civilizados, y se manifiesta en un soñar despierto que es ciertamente irritante y del cual ni siquiera Segismundo se ha librado).

Segismundo le explicó a Armin, el tabernero, que estaba huyendo de la policía. Sabía que Armin aceptaría esta explicación como razón suficiente para tratar de pasar inadvertido, pero se alarmaría si Segismundo le diera una indicación de la importancia de su misión. A continuación explicó que el asunto se solucionaría si Armin estuviera dispuesto a hacer llegar un mensaje al campamento de la guardia pretoriana. Esto sorprendió a Armin, que no podía comprender por qué un fugitivo de la ley deseaba establecer un contacto así, pero cuando Segismundo dijo que su problema era cuestión de un malentendido, Armin asintió y accedió a buscar un intermediario; malentendidos eran cosas que Armin era capaz de entender. De hecho, su vida había estado llena de malentendidos.

Así que el mensaje se entregó y Segismundo pasó horas de ansiedad mientras esperaba ver si el pez había mordido el anzuelo. Yo le había ordenado que hiciera el mensaje críptico; estaba expresado de tal manera como para sugerir a Macrón que Cayo estaba amenazado de peligro y que, impelido por el terror, le denunciaría a él, a no ser que acudiera en su ayuda. Yo le dije que lo expresara así porque había siempre —yo estaba seguro— un germen de verdad en las alegaciones que Sejano había hecho contra aquellos a quienes estaba decidido a destruir, y pensé que Macrón se asustaría. Yo quería que se asustase. No se atrevería a convertirse en mi instrumento, si no estaba asustado.

Llegó a la taberna de noche, receloso, con los ojos pesados, sufriendo todavía de los efectos de la excesiva bebida de la noche anterior. Cuando vio solamente allí a un joven germano, sospechó una trampa y llamó a los

guardias. Pero Segismundo mostró mi sortija. Yo le había advertido que éste podía ser el momento de más peligro, porque Macrón podía negarse a considerar las consecuencias de que esta sortija estuviera en su poder. La primera reacción de Macrón fue, efectivamente, arrestarlo como culpable de robo. Empezó hablando entre dientes de traición.

—Si hablas así —dijo Segismundo—, estás descubriendo tu propio cuello a la espada. Siéntate.

El subprefecto pretorial obedeció.

—Si la hubiera robado —dijo Segismundo—, no sería tan necio como para hacer que tú vinieras aquí, ¿verdad?

Macrón se rascó la cabeza, y dijo que le gustaría beber algo de vino.

—Esta es una casa germana —dijo Segismundo—, puedes tomar una jarra de cerveza.

Entonces le contó que Sejano me había escrito acusándole a él de traición; estaba implicado con Cayo en una conspiración contra mi vida.

Había suficiente verdad en esto para que Macrón empezara a temblar.

—El emperador me ordenó que te informara —dijo Segismundo— que cree menos de la mitad de lo que se le ha dicho. Me ha mandado a buscarte para darte una oportunidad de enmienda. Dice que debes conseguir permiso y acompañarme a Capri.

—¿Secretamente?

—Por supuesto...

Macrón se rascó la mejilla y bebió un buen trago de cerveza.

—¿Tienes una carta?

—Esa es una pregunta estúpida.

—¿Cómo puedo saber que esto no es un truco?

—No lo puedes saber, pero estarás en una situación más difícil si crees que lo es. Si decides no venir conmigo —Segismundo separó las manos en un gesto de fingida indiferencia—, entonces me ordenó que te asegurara que le pediría a Sejano someterte a un interrogatorio.

—Cuando mencioné esto, se convirtió en cera entre mis manos —me comunicó Segismundo—. La parte más difícil fueron los primeros cinco minutos, como vos predijisteis. Pero no estoy seguro, no estoy seguro de que sea vuestro hombre, ya que es al mismo tiempo un matón y un cobarde.

—Es el único hombre que hay —repliqué yo.

Macrón era un tipo delgado, de cabello rizado, con una mirada que podía brillar, pensé, en otras circunstancias, y un rictus de descontento en la

boca. Cuando hablaba de Sejano, su voz tenía una nota amarga, y temblaba un poco. No podría decir si ese temblor de su voz lo causaba el temor o la cólera o una combinación de esos dos sentimientos tan íntimamente relacionados. Pero yo podía ver que tenía también miedo de mí, y eso era bueno. De hecho mi único peligro era que su temor de Sejano fuera tal que me traicionara a mí ante él, a pesar de las promesas de poder y gloria que yo le había hecho.

Me aseguré que, incluso entre los miembros de la guardia pretoriana, los sentimientos en contra de Sejano iban en aumento.

—Los hombres dicen: «¿Por qué se le favorece por encima de nosotros, cuando su origen es más humilde?». Otros como yo, si me permitís decirlo, señor...

—No te dirijas a mí de esa manera.

—Lo siento, respeto vuestros sentimientos, naturalmente. Bien, entonces, general, otros como yo, que han pasado a la guardia pretoriana después de largos años de servicio con las legiones del norte, nos sentimos conscientes de que tenemos medallas de esas campañas y amplia experiencia militar, y que, sin embargo, estamos sometidos a un hombre cuya carrera apenas le ha llevado al frente, que nunca ha visto una verdadera batalla, sino que se ha elevado por medio de, si me perdonáis que os lo diga, señor, quiero decir, general, por artes políticas.

Entonces cobré coraje, el vacilante, inseguro coraje de la vejez, y le dije lo que quería de él. Se sintió a un tiempo excitado y aterrorizado por la idea, y yo me sentí como un hombre que necesita sacar un seis en una sola tirada de dados.

Cuando Macrón salió de la isla, yo hice que Segismundo arreglara con el propietario de una barca pesquera que la tuviera lista para mí, por si era necesario; porque yo sabía que si Macrón fracasaba en su empresa, yo tendría que huir de mi casa, refugiarme con los ejércitos, y esperar que quedara en ellos suficiente lealtad para rescatar el puesto.

Era un bello mes de octubre, mi mes favorito. Yo me desperté temprano el día fijado. Para entonces Macrón debía haber establecido su enlace con el capitán de la guardia de noche, Lacón. Se había asegurado de que Lacón era un hombre al que podía confiar su vida, que era la razón por la que habíamos escogido el momento en que estaba de servicio. Era, por supuesto, justo lo que estaba haciendo. No pude comer nada. El sol resplandecía abajo, en el agua, y el aire era vigorizador. Los pájaros aún

cantaban en los jardines. El Senado se reuniría, yo lo sabía, en el templo de Apolo en el Palatino, ya que la casa del Senado se estaba restaurando. ¿Indicaba esta bella mañana que Apolo favorecía nuestros planes?

Yo no había escrito a Sejano hacía diez días. Esto tal vez le hubiera preocupado. No había sido capaz de escribir a pesar de que era necesario mantenerlo tranquilo. No podía tampoco confiar en mi valor para escribir, porque los recuerdos de lo que había sentido por él me asaltaban. La cólera se hubiera manifestado en mis palabras. Así que tuve que correr este riesgo. Pero Macrón le aseguraría que había entregado una carta al cónsul Memnio, que actuaría como presidente del Senado, y que esa carta anunciaba la concesión del poder tribunicio que tanto deseaba. Se dirigiría entonces al Senado en espera de ese momento de gloria.

Segismundo apareció en la terraza para decirme que la barca pesquera estaría a mi servicio a partir de la media tarde de aquel mismo día.

—¿Cómo vais a llenar el día? —me preguntó.

Yo no tuve respuesta, ni entonces ni ninguno de los días que sucedieron a ése.

Ordenó que se preparara una litera y, sin molestarse en obtener mi asentimiento organizó que la casa entera tuviera un picnic junto al pequeño templo de Apolo, que se hallaba en la cima de la montaña. El aire es allí dulce, con el aroma del tomillo mejorana y agujas de los pinos. Dejé que hiciera lo que quisiera, pero no pude comer nada más que unas pocas aceitunas negras y algún queso. No me atreví a beber vino.

Memnio leería mi carta en voz alta. ¿Tendría la presencia de espíritu para alterarla como le pedí, de acuerdo con lo que él juzgaba ser el estado de ánimo del Senado?

Me imaginaba a Sejano, repantigado en su asiento, un león orgulloso y confiado, mientras mis palabras de elogio resonaban en su cabeza. Y después alerta, al oír mi primera crítica. ¿Cómo reaccionarían los senadores a esto?

Cayo empezó a reírse, una risa quebrada, incontrolable. Yo dirigí mi mirada frente a mí. Un lagarto estaba atrapado en una pequeña grieta. Se había caído hacia atrás y sus patas delanteras luchaban desesperadamente en el borde. Cayo las empujó con una pequeña daga, ornada como una joya, y continuó riendo. Yo hice un gesto en dirección a Segismundo, y él levantó al bicho por el cuello y lo puso encima de una pared rota: el bicho miró a su

alrededor, alarmado, y después se escurrió y se perdió de vista. Cayo frunció el ceño.

Después de escoltar a Sejano al Senado, se había instruido a Macrón para que atravesara rápidamente la ciudad hacia el campamento de la guardia pretoriana en los viejos jardines de Lúculo, y pusiera de manifiesto su nombramiento como nuevo jefe. En su trayecto a través de Roma habría recogido el oro que tenía que entregar, como el primer plazo de un donativo, de mi banquero. Se había sentido nervioso acerca de esto, pero insistí en que era necesario dar a los soldados prueba tangible de que yo estaba dispuesto a recompensar su lealtad. Además, cualquier hombre que aceptara el oro se habría comprometido totalmente y sabría que no podía volverse atrás.

El sol subía a su cenit. El aire relucía. Era el último calor del día. Cogí una rosa y me pinché los dedos con las espinas. Segismundo estaba echado a mi lado a la sombra de los pinos, mirando al cielo estriado. Entonces cerró los ojos y se durmió. Otros de nuestro grupo se durmieron también. Cayo se dirigió con paso errante hacia la choza de un pastor. Un perro ladraba en la distancia, y un gallo cacareó.

Todo habría terminado ya, de una manera o de otra. Mi corazón palpitó con fuerza. Apreté mis dedos unos contra otros, derivando una feroz satisfacción de la fricción de los huesos.

Uno por uno los senadores, la mayoría de los cuales le debían favores y le habían adulado en sus días de apogeo, abandonaron al que había sido mi amigo, que había caído en desgracia. Se apartaron de él como si estuvieran viendo en su vergüenza el reflejo de la ignominia de ellos mismos. Pero aun así Memnio no se atrevió a someter mi repentina acusación a voto. Entonces Memnio le pidió a Sejano que se pusiera de pie. Él no se movió. El Senado permaneció sentado en medio de un terror silencioso. Se repitió la petición. Sejano permaneció inmóvil. Cuando oyó la tercera petición, se tambaleó para levantarse y encontró a Lacón, el capitán de la guardia nocturna, a su lado, preparado. Fue solamente cuando Lacón puso su brazo en actitud represora sobre Sejano, cuando los que estaban presentes empezaron a proferir injurias. Entonces, y una vez rota la tensión del momento, los senadores estallaron en un confuso barboteo de acusaciones e insultos.

Me gustaría creer que Sejano no entendió completamente lo que estaba pasando, que su capacidad de comprensión estaba atrofiada por el terrible

sobresalto. Se le llevó apresuradamente fuera del recinto, bajando el Clivo Palatino bordeado de encinas, a lo largo de la Vía Sacra, con la multitud que se acababa de enterar de lo sucedido, como las masas siempre se enteran rápidamente de los grandes y terribles sucesos, empujándole, maldiciendo su tiranía, deleitándose en su desgracia. Las mujeres, se me informó, le escupían, los hombres le lanzaban excrementos de caballo junto con sus injurias. De esta manera se logró al fin meterlo en la prisión Mamertina, bajo el Capitolio, y se le lanzó por la estrecha escalera de caracol, a la antigua cámara de ejecución de Roma.

Por orden del Senado, después de someterlo a voto, se le ahorcó a las cuatro de la tarde.

Pero yo no podía saber todo esto mientras en Capri el sol se ponía y el aire se enfriaba, y a mí se me hizo bajar por la ladera de la colina, con mis ojos fijos en el mar y en el puertecito donde se anclaba a los barcos de pesca en la orilla.

Yo había pedido que Sejano fuera arrestado. El Senado, sin mi permiso, estalló en una orgía de venganza por las indignidades que habían soportado servilmente a manos de mi favorito, ahora en desgracia. Ni su familia ni sus amigos íntimos estaban libres de peligro. Hasta sus hijos fueron ejecutados por orden del Senado. Después de un debate, se decidió que su hija de trece años fuera primero violada por el verdugo, porque la ley prohibía la ejecución de vírgenes libres de nacimiento y, como arguyó un senador —descendiente, no os sorprenderá oír, de aquel pilar de la virtud republicana que era Marco Porcio Catón—, una transgresión de esta ley llevaría consigo el riesgo de acarrear desdicha sobre la ciudad de Roma. ¡Como si no estuviera ya sumida en la desdicha!

Un día después de recibir la noticia de la muerte de Sejano, subí la pequeña colina detrás de mi villa, al lugar donde había encontrado al joven dios que me había prometido paz de espíritu a cambio de mi reputación. Quería reprimirlo por haberme engañado, ya que había sacrificado la una sin conseguir la otra. Pero no se me apareció en esta ocasión. En su lugar, soplaban un viento helado procedente del norte y el cielo se había vuelto tan gris como el dorso de una paloma.

Sejano se me apareció en sueños, con su lengua hinchada saliéndosele de entre los labios amoratados, y en sus ojos el reproche que sus labios no podían pronunciar. Me desperté sollozando, y tembloroso. La duermevela que se me otorgaba lo interrumpían y hacían miserable los sueños en los que se torturaba cruelmente a la belleza, y hombres y mujeres me dirigían acusaciones e improperios. Yo me acurrucaba en un rincón, con una manta sobre mi cabeza, mientras que el ruido de pasos pesados y encolerizados merodeaba, y las voces exigían una muerte dolorosa y llena de ignominia.

Se había expuesto el cuerpo de Sejano por tres días en las escalinatas Gemonias, a merced de los insultos de la chusma, y la misma chusma hubiera tenido el mío, expuesto a su lado. Y había algo en mí que gritaba que yo no merecía mejor suerte. «¡Al Tíber con Tiberio!», gritaba la multitud.

Escribí al Senado:

Si sé lo que escribiros ahora, en un momento así, senadores, o cómo escribirlo, o qué no escribir, que los dioses me hundan en una ruina peor que la que se va apoderando de mí día tras día...

Cuando me enviaron una misión de consuelo, me negué a recibirla. Algo peor, aún peor, le siguió a esto. Cuando estaba ya preparado para decir que había experimentado lo peor, me di cuenta de que eso no era verdad. Apicata, la esposa abandonada por Sejano, me escribió una carta:

... que no me hubiera atrevido a escribirte antes, Tiberio. He vivido con un terrible secreto durante varios años y es ahora justo y apropiado que lo comparta contigo. Prepárate para experimentar un dolor como nunca lo has podido experimentar, algo que tiene forzosamente que ser la culminación del dolor y la aflicción. Tú creías que tu noble hijo Druso había muerto de una muerte natural, aunque no por eso menos llorada. No es así. Lo asesinó, a instigación de su mujer Julia Livila, mi marido Sejano, a quien aquella mujer había hechizado. No querrás creer esto, pero ¿por qué se te ha de ocultar el terrible secreto que yo he guardado dentro de mí años y años...? Si buscas pruebas, pregunta a los esclavos que le atendieron en su lecho de muerte.

No quería ninguna prueba. No obstante la busqué. Los malditos culpables fueron interrogados y confesaron. Cuando se le comunicó esta noticia a Julia Livila, a la que hasta entonces no había considerado culpable de nada más que de lascivia y depravación, se dio cuenta del peligro de su situación y se envenenó. Así que esta mujer, que era la hija de mi amado hermano Druso y de Antonia, a quien siempre había respetado, y a la que con tanto orgullo había visto desposarse con mi querido hijo Druso, murió en la vergüenza y la ignominia. Estas revelaciones y su suicidio me afectaron de tal forma que nunca desde entonces he podido forzarme a hablar con Antonia.

Todo lo que yo estimaba como bueno está deslustrado y convertido en algo sucio y repugnante.

En la ciudad, ese sumidero de iniquidad, los senadores siguen ocupándose de acusaciones y venganzas. Ya casi no me importa qué delitos se imputan y a quién se lo imputan. Que se maten unos a otros como ratas hambrientas en una ratonera...

Agripina murió, loca, dos años exactos después de la ejecución de Sejano. Su hijo Druso, aún más demente, murió maldiciéndome y acusándome de los crímenes más monstruosos. Yo ordené que el relato de sus últimos meses se leyera ante el Senado. Se me informó de que muchos sollozaban mientras otros se estremecían de asco. No me importó. Que vean lo que han hecho de Roma. Que se den cuenta de a qué clase de imperio me han condenado.

En dos o tres ocasiones me puse en marcha para visitar Roma. En cada una de estas ocasiones, la náusea se apoderó de mí y tuve que regresar. Una vez encontré que mi serpiente domesticada, una criatura que yo había adoptado debido a la revulsión que las serpientes inspiran en general entre hombres y mujeres, había muerto y se la estaban comiendo las hormigas. Un adivino, para ayudarme, interpretó esto como un aviso de que debía precaverme de la multitud. Yo le contesté que no necesitaba tal aviso.

El trabajo era el único paliativo, porque hasta la belleza de la isla parecía ser tan sólo una especie de burla de mi experiencia. Por consiguiente pasaba horas estudiando detenidamente las cuentas que me enviaba el Tesoro, examinando los informes de los gobernadores, comprobando los suministros para el ejército, considerando proyectos de construcción, corrigiendo los abusos de los empleados. Surgió una crisis financiera: la resolví poniendo a la disposición de los ciudadanos préstamos libres de impuestos. Tomé medidas para calmar la alarma en la frontera oriental. Trabajaba largas horas, como si todo tuviera importancia, aunque ya no creía que nada la pudiera tener.

Algunas veces, en las primeras horas de la tarde, experimentaba ráfagas de felicidad al mirar, por encima de las relucientes copas de los olivos, al océano, o cuando el bebé de Segismundo y Eufrosine gateaba por la terraza hasta coger en sus manos el borde de mi toga. Pero, al ponerse el sol, miraba a través de la bahía las rocas de la sirena, y sollozaba por no haber podido oír nunca el canto de la sirena, y nunca lo oiré.

Los recuerdos vienen a mi mente vacilantes como las sombras creadas por las llamas. Mecenas diciéndome cómo había colaborado con el tiempo y el mundo en la destrucción del muchacho que amaba... Agripa echando hacia atrás la cabeza y profiriendo juramentos, y a continuación, dándome una palmada en el hombro y diciendo que era al menos un hombre... Los refrescantes ojos y la suave voz de Vipsania... Julia acariciando la larga silueta de su muslo y pidiéndome que la admirara... Augusto con su lengua mentirosa y halagador... Livia azotándose hasta que yo le confesaba que era suyo... El joven Segestes y Segismundo, y la promesa de liberación... Sejano, sí, hasta Sejano, cómo era cuando lo vi por primera vez en Rodas y echaba hacia atrás la cabeza, dejando ver su tersa garganta, mientras se reía de las dificultades y se deleitaba en el hecho de estar vivo...

Por la noche, esperando oír el canto de la lechuza, el pájaro de Minerva, oía sólo el canto de los gallos y el ladrido de los perros.

Mi vida ha sido consagrada al deber.

«¿Por qué prolongar la vida a no ser para prolongar el placer?», suspiraba mi pobre padre mientras las lágrimas le corrían por las mejillas. El deber... y ¿cuál es el final? Cayo mandará en Roma en mi lugar. Si me importara Roma, haría que lo depusieran. Pero lo merecen. El otro día lo encontré dándole gritos de furia a mi nieto, el pequeño Tiberio Gemelo, aunque ya no es pequeño sino un joven de quince años, alto, esbelto y guapo.

—Contrólate —le dije a Cayo—. Pronto me habré muerto y entonces serás libre y podrás matarle. Y otra persona vendrá y te matará a ti. Así es como va el mundo...

En Roma este hombre acusa a aquél de traición, y así sucesivamente. Si realmente hubiéramos restaurado la República, habríamos perdido el Imperio, pero tal vez hubiéramos...

Una reflexión trivial. No hay razón para continuar este relato de mi vida, que va a terminar como empezó: en temor, traición, desdicha y desprecio.

Otra jarra de vino. Tal vez el rui señor cantará antes de que me retire..., me retire a descansar mi cuerpo, pero nada más.

No he escrito nada en meses, pero lo voy a hacer de nuevo, aunque sólo sea para informar a la posteridad de la razón de mi última acción, que tal vez la posteridad vea de otra manera (no me cabe duda), como el juicio final de un prolongado drama de venganza contra la familia de Germánico.

Esta tarde se acercó a mí Segismundo. Estaba temblando. Le pregunté qué le pasaba y no vaciló en decírmelo.

Ayer mi sobrino nieto y presunto heredero de este Imperio del infierno, Cayo Calígula, hijo del héroe Germánico, violó a Eufrosine, que está en su sexto mes de embarazo. Esta mañana ha sufrido un aborto. Segismundo se arrodilló delante de mí, tomó mis manos en las suyas, e imploró venganza. Le miré fijamente a los ojos. Su rostro, que es ahora redondo y ya no hermoso, estaba empapado de lágrimas y descompuesto por la aflicción. Su voz temblaba al hablar.

EPÍLOGO

Esta declaración la hace Esteban, conocido anteriormente como Segismundo, que fue primero un príncipe germano de nacimiento libre, después un cautivo obligado a servir de gladiador, que fue rescatado de una muerte vergonzosa por el emperador Tiberio y que le sirvió después como esclavo, liberto y amigo, a Timoteo, pastor de la Iglesia cristiana en Corinto, a quien confió este manuscrito para que lo conserve ileso y para siempre.

Lo hago así porque sé que a mi amo y maestro en la tierra, el emperador Tiberio, lo calumnian los seguidores de mi amo y maestro en los cielos, el Rey de Reyes, por el hecho de que Jesucristo fue crucificado en Jerusalén en el reinado de Tiberio, con el consentimiento del procurador de Judea, Poncio Pilato. No obstante aprovecho esta oportunidad para afirmar que el emperador no fue responsable de este crimen y en su inocencia nada sabía de él. Ni siquiera recuerdo que la muerte del Salvador la mencionara Poncio Pilato en sus informes y, actuando frecuentemente como secretario del emperador, es muy probable que mi memoria sea correcta.

Por añadidura aprovecho también esta oportunidad para acallar una calumnia personal que ha hecho mi vida difícil incluso entre esos cristianos que predicán la doctrina del arrepentimiento y del perdón de los pecados y a quienes este conocimiento les sirve de consuelo. Porque no está bien arrepentirse de pecados que no se han cometido, como se me ha incitado a menudo a hacer. Quiero por tanto declarar que nunca fui el favorito del emperador, en su acepción sexual, aunque me amaba, porque este amor era puro y paternal, y yo le debo mucho a él.

Por esta razón he guardado este manuscrito, que son sus memorias, desde la fecha de su intempestiva muerte, cuando he de confesar que lo robé. Pero lo hice para conservarlo, y por las más honorables razones. Y le ruego al mencionado Timoteo, ante quien hago esta declaración, que lo guarde de la misma manera en que lo he hecho yo, por mi reputación y en nombre de la verdad, para que la reputación de mi amo y maestro en la tierra sea algún día redimida de las calumnias con que se la ha asaltado.

Es de las circunstancias de su muerte de lo que quiero hablar.

El final del relato de su vida menciona cómo yo me aproximé a él con una acusación contra el futuro emperador, Cayo, un hombre bien conocido por la maldad y depravación de su conducta.

La acusación de que disfrutó de conocimiento carnal de mi esposa Eufrosine, en contra de la voluntad y de los esfuerzos de ésta para evitarlo, es cierta. Tiberio me creyó, y prometió tomar una decisión.

Tal vez el conocimiento de lo sucedido le afectó, porque amaba a Eufrosine como me amaba a mí y, al ser un hombre viejo, cayó enfermo. Pero pronto dio señales de haberse recuperado y me aseguró que estaba decidido a que se hiciera justicia. Ésa fue nuestra última conversación e insisto en que Tiberio estaba entonces recuperando sus fuerzas.

Dos horas más tarde estaba muerto.

Lo que ocurrió fue lo siguiente:

Cayo se alarmó al oír que se le ordenaba presentarse ante el emperador, porque conocía su culpa y temía que el emperador lo castigara. Por consiguiente se alegró cuando oyó la noticia de que el emperador estaba enfermo, noticia que le trajo Macrón, el prefecto del pretorio y compañero, siento tener que decirlo, de pecado de Cayo. Macrón le aseguró que, dada la enfermedad del emperador, no tenía motivo para inquietarse, y los dos se pasaron la tarde y la noche bebiendo en exceso. En algún momento de la noche, alguien hizo correr el rumor de que Tiberio había muerto, y en medio de la borrachera se aclamó a Cayo como emperador.

Imaginaos el terror cuando oyeron que Tiberio se había recuperado y deseaba ver a Macrón. Ambos hombres estaban ahora abrumados de culpabilidad y temor por una razón más. Macrón, no obstante, obedeció la orden y dijo a los guardias que servían al emperador que se marcharan. Estuvo encerrado con él cerca de una hora. (Cuando oí la noticia me preparé a salir del palacio porque me temía lo peor.) Finalmente, Macrón salió de la alcoba del emperador con una sonrisa en su rostro, anunciando que el viejo había dejado de existir y que todos podían empezar a disfrutar del reinado de Cayo.

Tiberio estaba vivo y recuperándose cuando Macrón entró en el cuarto, muerto cuando salió. Yo siempre he creído que Macrón le mató, probablemente ahogándole con una almohada.

En cuanto a mí, habiendo previsto que a mi querido amo tal vez no le quedara mucho tiempo de vida, había hecho planes para escapar, porque me daba cuenta de que, como un favorito del viejo emperador, no sería bien

visto en el nuevo régimen; por añadidura hacía mucho tiempo que Macrón me detestaba, por razones que serán evidentes a cualquiera que lea las propias memorias del emperador.

Mi suegro, un eminente doctor griego en medicina, me ayudó a preparar la huida y se nos trasladó de una casa amiga a otra hasta que llegamos aquí, a Corinto, donde he vivido desde entonces.

Mis primeros años los pasé escondido hasta que el asesinato de Cayo, después de un corto reinado vergonzosamente marcado por el vicio y toda clase de indecibles crueldades, me liberó de mi estado de terror.

Tuve la buena suerte unos años después de que se me concediera la gracia de oír el evangelio de Jesucristo y de que se me recibiera entre sus seguidores. Algunos de mis compañeros en Cristo, que conocen mi relación con Tiberio, suelen aconsejarme encarecidamente que me arrepienta por completo de esa vida. Pero yo no me siento capaz de hacerlo porque sé que había virtud, aunque fuera una virtud pagana, en ella, y es más: estoy convencido de que mi maestro Tiberio, aunque desconocedor de Cristo y de su doctrina, estaba no obstante poseído de una forma de pensar y obrar tan cristiana como le es posible manifestar a un pagano sin bautizar. Y he conservado este manuscrito por las razones arriba mencionadas.

Entregado en Corinto en el Año 60 de Nuestro Señor y con la esperanza de salvación a través de la resurrección de la carne y la fe en Nuestro Señor Jesucristo.

NOTAS

[1] En inglés los dos conceptos se expresan con palabras muy similares, de aquí la referencia al juego de palabras. (N. de la T.)

[2] La expresión inglesa para ardor de estómago es heartburn, que literalmente se traduciría por ardor de corazón. Esta traducción literal se presta al juego de palabras que tiene lugar en la frase siguiente; pero no así la traducción correcta española. (N. de la T.)

[3] La palabra inglesa es "spoff" que en este caso tiene el sentido de engaño calculado. (N. de la T.)

[4] La frase inglesa equivalente a «meter en un puño» se traduce literalmente en castellano como «tirar de alguien por la nariz». De ahí la referencia a un anillo de metal, sujeto en la nariz, para llevar a cabo la tracción. (N. de la T.)

[5] La palabra «queen» puede significar en inglés, además de «reina» y otras voces relacionadas, «marica», cuando se la usa en lenguaje puramente coloquial. (N de la T.)